El hombre que esperó el Otoño



MARGARITA LÓPEZ RIVERO

EL HOMBRE QUE ESPERÓ EL OTOÑO

EL HOMBRE QUE ESPERÓ EL OTOÑO

Margarita López Rivero

El hombre que esperó el Otoño
© 2026 Margarita López Rivero
Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales es puramente coincidental. El desastre de Bethnal Green del 3 de marzo de 1943 es un hecho histórico documentado; los personajes de esta novela que participan en él son ficticios.

Publicado de forma independiente

PARTE I

El jardín amurallado

CAPÍTULO 1

La llave

La llave encaja en el candado sin resistencia. Lo noto en los dedos antes que en la cabeza: un clic pequeño, casi íntimo, — el mecanismo llevaba años esperando exactamente esta presión. El candado se abre con un suspiro de óxido. Pesa más de lo que parece.

La puerta del jardín amurallado es de roble oscurecido por décadas de lluvia y abandono. Tiene bisagras de hierro que protestan cuando empujo. El sonido es áspero, metálico, y rebota contra los muros de ladrillo como una pregunta que nadie va a contestar. Empujo más fuerte. La puerta cede con el tipo de lentitud que tienen las cosas que llevan mucho tiempo sin moverse.

Dentro huele a tierra mojada, a musgo, a algo dulce y en descomposición que podría ser fruta caída. Hiedra. Mucha hiedra, trepando por los muros hasta el borde superior, cayéndose por el otro lado como pelo mal peinado. Los senderos de grava han desaparecido bajo una alfombra desigual de maleza, pero se adivinan debajo: líneas rectas que la vegetación no ha logrado borrar del todo. Hay arcos de piedra cubiertos de clemátide silvestre, un estanque seco con hojas podridas en el fondo, parterres que alguna vez tuvieron geometría. En el centro, un banco de piedra gris con algo grabado que no distingo desde aquí.

Y junto al banco, un rosal.

No debería estar vivo. Nada que lleve medio siglo sin cuidados debería tener tres flores abiertas en octubre. Pero ahí están: tres rosas tardías de un rojo tan oscuro que parecen negras. Me acerco. No las toco. Las miro como miro las piezas de porcelana en los museos donde trabajo: con respeto, con sospecha, con la distancia profesional de quien sabe que las cosas frágiles se rompen cuando las necesitas enteras.

Me llamo Isla Ashworth. Tengo treinta y cuatro años, un doctorado en Historia del Arte, una especialización en jardines históricos que nadie en mi familia entendió jamás, y un divorcio de siete meses que todavía huele a nuevo. He venido a Ashworth Hall a catalogar los jardines para el National Trust, que lleva dos años posponiendo una restauración porque no tiene presupuesto y porque a nadie le importa demasiado un jardín cerrado en una finca de los Cotswolds. He venido también, aunque eso no figura en ninguna orden de trabajo, a abrir una caja que mi abuelo George me dejó en su testamento hace seis meses con una sola instrucción: que nadie más la abriera.

Mi abuelo George murió en abril. Hepático, amargo, con un coñac en la mano incluso en el hospital, lo cual era impresionante y repugnante a partes iguales. No era un hombre cariñoso. No era un hombre cruel. Era el tipo de hombre que ocupaba una habitación entera con su silencio, y que te miraba a veces con una mezcla de culpa y algo parecido a la ternura que resultaba más desconcertante que cualquier abrazo.

La única vez que mencionó el jardín amurallado fue en Navidad de 1994. Estaba borracho. No era infrecuente. Se acercó a mí junto a la chimenea, con un vaso que olía a roble quemado, y dijo: «El jardín amurallado debería haberse quemado con todo lo demás.» Yo tenía veintinueve años y la sensatez de no preguntar. Él tenía ochenta y dos y la mirada de alguien que acaba de decir algo que no debía.

Ahora estoy dentro de ese jardín, y lo primero que pienso es que mi abuelo tenía razón en querer quemarlo. No porque sea feo —es hermoso, incluso así, devorado por la hiedra y el abandono— sino porque los lugares hermosos que se cierran con candado durante medio siglo guardan cosas que alguien prefirió no mirar. Y yo, que he pasado tres años de mi vida catalogando los jardines de casas ajenas para evitar pensar en la mía, estoy a punto de mirar.

Salgo del jardín y rodeo el muro exterior. La puerta, vista desde fuera, tiene una base de piedra donde el suelo se eleva unos

centímetros, como un umbral gastado. Es ahí donde los veo.

Ramilletes. Docenas de ramilletes secos, apilados contra la base de la puerta, capa sobre capa, año sobre año. Los más recientes —si es que recientes es la palabra para algo que lleva al menos una década— conservan algo de forma: tallos quebradizos, pétalos que fueron púrpura y ahora son grises. Los más antiguos son polvo comprimido, apenas reconocibles, mezclados con la tierra. Pero la acumulación es inconfundible. Alguien estuvo viniendo aquí durante años. Décadas. Dejando flores en una puerta que nunca se abrió.

Me arrodillo. Toco el ramillete que está más arriba en la pila. Se deshace entre mis dedos con una facilidad espantosa, como si llevara años esperando que alguien lo tocara para poder finalmente dejar de existir. Los pétalos caen como ceniza violeta.

Son ásteres. Ásteres de Michaelmas, si no me equivoco. Florecen a finales de septiembre y en octubre. Son de las últimas flores del año.

Intento contar las capas. La tierra ha absorbido las más antiguas, y en algunos puntos los ramilletes se han fusionado entre sí en una masa compacta de tallos y polvo. Cuento lo que puedo separar. Llego a cuarenta y tres antes de perder la diferenciación. Podrían ser más. Podrían ser muchos más.

Alguien vino aquí cada otoño durante más de cuarenta años a dejar flores en una puerta cerrada con candado. Cada año. Las mismas flores. La misma puerta. Y nadie las retiró. Nadie las barrió. Se quedaron ahí, pudriéndose, convirtiéndose en tierra.

Me levanto. Me duelen las rodillas. Tengo barro en los pantalones y ceniza violeta en los dedos, y una pregunta en la garganta que no sé cómo formular porque no sé a quién debería formulársela.

Vuelvo al bed & breakfast del pueblo a las cinco. Se llama The Fox and Hound, tiene una barra de madera pulida por codos de generaciones y una habitación en el primer piso con vistas al cementerio de la iglesia, lo cual es exactamente tan deprimente como suena. Me he traído la caja de George. La puse en la cama

esta mañana, antes de salir hacia la finca, y ahí sigue: una caja de cartón grueso, del tamaño de una caja de zapatos, sin marcas, sellada con cinta adhesiva que alguien aplicó con más cuidado del que mi abuelo solía dedicar a nada.

La abro con las tijeras del neceser.

Dentro hay tres cosas.

La primera es un cuaderno. Tapa de cartón verde, tamaño cuartilla, con una etiqueta manuscrita en la esquina inferior derecha: «C.A., 1936.» La caligrafía es femenina, cuidada, con una inclinación hacia la derecha que sugiere alguien educada para escribir con pluma, no con bolígrafo. Abro el cuaderno. Dibujos botánicos. Rosas, clemátides, madreselvas, lavanda, cada una con anotaciones en latín y, en los márgenes, comentarios personales en la misma caligrafía. El papel es grueso, amarillento, con manchas de humedad en las esquinas, pero los dibujos son extraordinarios: el trazo es firme, preciso, con un nivel de detalle que va más allá de la ilustración decorativa. Quien dibujó esto sabía mirar. Sabía mirar de verdad, con esa atención que es una forma de respeto.

La segunda cosa es un manojo de cartas atadas con un cordón fino, del tipo que usan los jardineros para atar plantas a tutores. Las cartas están dobladas en tres, como se doblaban antes de que existieran los sobres autoadhesivos. No las abro todavía. Las cuento. Once.

La tercera cosa es una llave. De hierro, vieja, con el vástago grueso y el ojo ovalado. Oxidada. La misma que he usado esta tarde.

Me siento en la cama con el cuaderno en las rodillas. Paso las páginas despacio. Los primeros dibujos son estrictamente botánicos: la planta completa, raíces incluidas, con medidas en pulgadas y anotaciones científicas. Pero a medida que avanzo, algo cambia. En los márgenes aparecen notas más personales, escritas con tinta diferente, como añadidas después:

«E. dice que esta variedad se llama Souvenir de la Malmaison porque Josefina Bonaparte la cultivó en los jardines de Malmaison. Dice que todas las rosas descienden de las que amó una emperatriz que nunca pudo darle un heredero a Napoleón. Le dije que eso era terriblemente triste. Dijo: las cosas más bellas lo son.»

E.

Leo más.

«E. y yo discutimos sobre si la madreselva del muro norte es Lonicera periclymenum o Lonicera caprifolium. Dice que el aroma es más dulce por la noche, lo cual indica periclymenum. Dice que las plantas hablan con más claridad cuando nadie las mira. Le dije que eso era una tontería romántica. Me miró como si acabara de descubrir una especie nueva.»

Paso páginas. Los dibujos van cambiando. Los primeros muestran plantas aisladas, científicas, impersonales. Los últimos incluyen detalles que no son botánicos: una mano masculina sosteniendo un tallo, la sombra de una figura en el borde de una página, un perfil rápido esbozado con tres líneas que podrían ser cualquiera pero que, por la forma en que la mano se ha detenido sobre el papel, no son cualquiera en absoluto.

C.A. 1936. Ashworth Hall. Una mujer que dibujaba plantas y un hombre al que llama E.

C.A. es fácil. Catherine Ashworth. La hermana de mi abuelo George. La tía abuela que nunca conocí, de la que mi familia hablaba con el tipo de vaguedad que se reserva para los parientes que hicieron algo que nadie quiere recordar.

E. no es tan fácil. No hay apellido. No hay descripción. Solo una inicial y una intimidad que crece página a página, como una planta que trepa por un muro sin que nadie le haya dado permiso.

Llego a la última página del cuaderno. No hay dibujo. Solo una fecha: 14 de noviembre de 1936. Y una mancha de tinta donde la pluma se detuvo sin escribir nada, como si la mano se hubiera paralizado.

Cierro el cuaderno. Lo dejo sobre la mesita de noche, junto a la lámpara que proyecta un círculo de luz amarillenta sobre la pared. Fuera, el cielo de octubre se está poniendo de ese color que solo tiene en los Cotswolds: gris con vetas de cobre, como un jarrón antiguo.

Las cartas pueden esperar. Esta noche no quiero leer cartas. Esta noche quiero quedarme con la imagen de una mujer que dibujaba rosas en un jardín amurallado y que escribía en los márgenes sobre un hombre que sabía el nombre de todas las flores.

Pero hay algo que no puedo quitarme de la cabeza. Los ramilletes en la puerta. Las capas de ásteres secos, año sobre año, pudriéndose contra la madera. Cuarenta y tres que pude contar. Probablemente más.

Alguien vino a ese jardín cada otoño. Alguien que sabía que la puerta estaba cerrada y venía igual. Alguien que dejaba flores sabiendo que nadie las vería, que se secarían, que se convertirían en polvo. Y volvía al año siguiente. Y al siguiente. Y al siguiente.

No sé quién era E. No sé qué pasó el 14 de noviembre de 1936. No sé por qué mi abuelo cerró ese jardín ni por qué quiso que fuera yo quien lo abriera.

Pero sé cómo se llaman esas flores. Son ásteres de Michaelmas. Florecen cuando todo lo demás se muere. Y alguien las trajo aquí, cada septiembre, durante más de cuarenta años, a una puerta que nunca se abrió.

Apago la luz. La habitación queda a oscuras excepto por la rendija de la cortina, que deja entrar una línea de luz de farola sobre la caja abierta de mi abuelo.

Mañana empiezo con las cartas.

CAPÍTULO 2

El hijo del jardinero

El acento le volvió en Kingham.

Llevaba tres años limándolo. En Cambridge había aprendido a pronunciar las vocales un poco más atrás en la boca, a no tragarse las consonantes del final, a decir «bath» como si la palabra tuviera dos sílabas en lugar de una. No era exactamente fingir. Era ajustar, como quien afina un instrumento para tocar con una orquesta que no es la suya. Pero en algún punto entre Oxford y Kingham, cuando el tren dejó atrás las últimas casas de ladrillo rojo y el paisaje se abrió en colinas de caliza y campos de cebada, Edmund notó que la «a» se le acortaba otra vez, que la «r» le raspaba el paladar, que el Gloucestershire le subía por la garganta como savia.

No le importaba. O sí le importaba, pero de un modo que había dejado de examinar porque examinarlo no cambiaba nada.

Bajó en Moreton-in-Marsh con una maleta de cartón reforzado que había sido de su padre y un título de Cambridge que no cabía en ella. First Class Honours en Ciencias Naturales. Su tutor, el profesor Whitfield, le había dicho que podía quedarse un año más para el posgrado. Edmund había dicho que lo pensaría. Lo que significaba que no. Lo que significaba que no sabía cómo explicar que Cambridge le había enseñado a pensar como un igual y Ashworth Hall le enseñaría, cada vez que volviera, que pensar no es lo mismo que pertenecer.

No había avisado de su llegada. Nadie iba a recibirle. Caminó las dos millas desde la estación por el camino que conocía de memoria: el seto de majuelo, el puente sobre el arroyo donde de niño pescaba renacuajos, la curva donde el paisaje se abría y Ashworth Hall aparecía al fondo del valle como una promesa hecha en piedra.

La casa era de esa caliza dorada de los Cotswolds que parece absorber la luz del atardecer y devolverla un poco más caliente.

Ventanas con parteluces de piedra, tejado de pizarra gris, chimeneas que subían por encima de los tilos como dedos señalando algo que ya nadie miraba. El jardín formal descendía en terrazas hasta el prado inferior, con setos de boj recortados en formas que Edmund sabía que su padre mantenía por disciplina, no por convicción: Arthur Blackwell prefería las plantas que crecían como querían.

Edmund se detuvo al lado del camino. Se quitó la gorra y la guardó en el bolsillo de la chaqueta. No sabía por qué se la quitaba. Quizá porque la casa le imponía ese gesto, como a un feligrés al entrar en la iglesia. O quizá porque era junio y hacía calor y la gorra le picaba. Lo segundo era más probable, pero Edmund tenía la costumbre de buscar motivos profundos a los gestos simples, lo cual era útil para la botánica y peligroso para casi todo lo demás.

Rodeó la casa por el camino de servicio. Era el camino que había usado toda su vida: rodeaba el ala norte, pasaba por detrás de las caballerizas —vacías desde que Lord Ashworth vendió los caballos en el veintinueve— y bajaba hacia el huerto y los edificios auxiliares. El cottage del jardinero estaba al borde de la finca, detrás del huerto, con su propio camino de grava y un muro bajo de piedra seca que lo separaba de los campos del arrendatario. Era pequeño, sólido, con un tejado de pizarra que gotearía en las esquinas a partir de noviembre y una puerta pintada de verde que necesitaba otra mano de pintura desde hacía tres años.

Su padre estaba podando rosales junto a la pared sur del cottage. Edmund lo vio antes de que su padre lo viera a él: un hombre de sesenta y dos años, enjuto, con las manos oscurecidas por décadas de tierra, la espalda ligeramente curvada como un árbol que ha crecido contra el viento. Arthur Blackwell podía estar horas sin hablar. No por hostilidad ni por melancolía, sino porque para él las palabras eran como el abono: necesarias, pero si se echaban demasiadas se ahogaban las raíces.

Edmund abrió la cancela. El chirrido del metal hizo que Arthur levantara la cabeza.

Se miraron. Arthur dejó las tijeras de podar sobre el muro. Se limpió las manos en el delantal. Caminó hacia Edmund con la misma tranquilidad con la que se acercaba a una planta recién transplantada: sin prisa, sin ruido, con la certeza de que las cosas que crecen no necesitan que uno corra hacia ellas.

Le tocó el hombro. Una vez. Brevemente. Como quien comprueba que algo es real. «Te han crecido los hombros», dijo.

Era lo más cercano a una declaración de amor que Edmund había escuchado de su padre. Quizá lo más cercano que escucharía jamás.

El cottage olía como siempre: a tabaco de pipa —Dunhill Standard, que Arthur compraba en latas de media libra en la tienda del pueblo—, a tierra traída en los zapatos, a papel viejo de los libros prestados que se acumulaban en la estantería de la cocina. Arthur leía todo lo que la biblioteca ambulante del condado dejaba en la iglesia cada jueves: novelas, atlas, manuales de apicultura, lo que viniera. Leía por las noches, junto a la chimenea, con una taza de té que se enfriaba sin que la tocara porque el libro siempre le ganaba al té.

Edmund dejó la maleta junto a la puerta y entró en su habitación. Su padre la había preparado: sábanas limpias dobladas con la precisión que Arthur aplicaba a todo, un vaso con guisantes de olor cortados del jardín esa mañana —blancos y rosa, los que olían más fuerte—. No había nota. No había tarjeta. Había guisantes de olor. En el vocabulario de Arthur Blackwell eso significaba: te esperaba. Me alegro de que estés aquí. No sé cómo decirlo, así que he cortado flores.

Edmund tocó uno de los pétalos. Delgado como una uña, suave como nada que pudiera compararse con otra cosa. Los guisantes de olor eran la especialidad de Arthur: los cultivaba contra la pared este del cottage, en hileras atadas a cañas de bambú, y cada primavera inventía nuevos cruces que daban colores que nadie había visto. Edmund había heredado de su padre dos cosas: las manos grandes y la convicción de que el mundo se entendía mejor tocándolo.

Se cambió de ropa. Guardó el traje de viaje —comprado de segunda mano en una tienda de King's Parade que vendía ropa de graduados que se la dejaban— y se puso los pantalones de trabajo y una camisa vieja que olía a almidón y a un verano anterior. Salió del cottage descalzo, con los zapatos en la mano, porque el césped estaba tibio y la tarde larga y nadie en la finca lo vería. Nadie en la finca lo buscaba.

Caminó por el huerto. Los manzanos tenían ya los frutos verdes del tamaño de pelotas de cricket, y las avispas zumbaban entre las ramas caídas con esa intensidad enérgica que tienen los insectos cuando el día se alarga. Pasó junto al invernadero —cristales empolvados, un par de ellos rotos que nadie había reparado— y bordeó el muro del jardín amurallado.

Se detuvo frente a la puerta.

La conocía de toda la vida. Roble oscurecido, bisagras de hierro, un picaporte que había que levantar y girar al mismo tiempo porque el mecanismo se había torcido con los años. Su padre cuidaba el jardín amurallado desde antes de que Edmund naciera, y Lady Ashworth, antes de morir, le había enseñado a Edmund a nombrar cada rosa. Edmund tenía seis años y Lady Ashworth una paciencia inagotable. Le decía: «Esta es Damask, esta es Gallica, esta es Centifolia. Si sabes cómo se llaman, les prestas atención. Y lo que recibe atención, vive.»

Lady Ashworth llevaba dos años muerta. El jardín amurallado, según las cartas de su padre, seguía intacto: Arthur lo mantenía con el mismo rigor con que lo había mantenido siempre, aunque ya nadie excepto él entrara en él.

Edmund no abrió la puerta. Estaba cerrada a esta hora, y no quería molestar a su padre pidiéndole la llave. Apoyó la mano en la madera. Estaba caliente del sol de la tarde. Olía a tanino, a lluvia vieja, a algo dulce que podía ser la madreselva trepando por el otro lado del muro. Sonrió sin saber por qué. Quién sonríe ante una puerta cerrada. Alguien que sabe lo que hay detrás, supuso.

Siguió caminando. El sendero de grava subía hacia la casa grande a través de un bosquecillo de hayas cuyas hojas estaban en ese verde intenso e impaciente de junio, antes de que el verano las espesara y el otoño las quemara. Edmund caminó con las manos en los bolsillos y la cabeza levantada, mirando las ventanas de Ashworth Hall que empezaban a encenderse una por una en el piso superior, como ojos que se abren después de una siesta.

Algo había cambiado en la finca. No era un cambio visible —el césped estaba cortado, los setos en forma— sino algo más sutil, como una nota desafinada en una pieza que conoces de memoria. La grava del camino principal tenía calvas donde antes no las tenía. La hiedra del ala este trepaba un poco más alto de lo que Arthur habría tolerado. Un canalón del tejado colgaba en ángulo. Pequeñeces. El tipo de cosas que un visitante no notaría pero que a Edmund, que había crecido leyendo la finca como su padre leía las plantas —por los síntomas, por los detalles que indican lo que está pasando debajo—, le contaban una historia de contracción lenta. Menos dinero. Menos personal. Menos atención. La casa hacía lo que hacen las casas grandes cuando empiezan a morir: mantener la fachada mientras la estructura se ablanda.

Llegó al ala de servicio. A través de la ventana iluminada de la cocina vio a Mrs. Potts, la cocinera, removiendo algo en un cazo de cobre que probablemente era sopa porque los martes siempre era sopa, de la misma manera que los miércoles siempre era pastel de carne y los domingos siempre era pollo asado con patatas. El servicio se había reducido —su padre le había escrito que solo quedaban dos doncellas, la cocinera, Dawson el mayordomo y una chica que venía del pueblo para la lavandería— pero la rutina persistía como persisten los hábitos en las casas viejas: no porque alguien los decida, sino porque nadie se acuerda de cancelarlos.

Edmund podía entrar por esa puerta. La puerta de servicio, con su escalón desgastado y su pestillo de hierro que se levantaba con el pulgar. La había usado toda su vida. Mrs. Potts le daría un plato de sopa y un panecillo y le preguntaría si Cambridge lo alimentaba bien, y él diría que sí aunque la comida del college fuera atroz, y se

sentaría en el taburete junto a la estufa y sería, durante media hora, el chico de Arthur que siempre tenía un libro y tierra en las rodillas.

La puerta principal, en cambio, estaba veinte metros más allá, al final de la fachada sur: doble hoja de roble, aldabón de bronce con forma de cabeza de león, escalinata de cinco peldaños. Edmund la había usado exactamente una vez, a los doce años, cuando Lord Ashworth lo invitó a la biblioteca para decirle que había conseguido una beca para la grammar school del pueblo. Entró con los zapatos limpios y la camisa abrochada hasta el cuello, y al salir, George Ashworth —que tenía catorce años y la certeza inmaculada de quien aún no sabe que el mundo contiene a personas que merecen más que él— le dijo desde lo alto de la escalera: «La próxima vez usa la de atrás, Blackwell.»

Edmund no le guardó rencor. Tampoco lo olvidó. Lo archivó en ese lugar donde se guardan las cosas que te enseñan qué forma tiene el mundo, sin rencor y sin perdón, como un dato: la puerta principal no es para ti.

Cambridge le había enseñado que un hijo de jardinero podía pensar lo mismo que un hijo de conde. Le había enseñado que su cerebro no tenía acento. Pero Ashworth Hall, cada vez que volvía, le enseñaba otra cosa: que la distancia entre la puerta de servicio y la puerta principal se mide en algo más que metros.

No entró por ninguna de las dos. Se quedó en el sendero, con los zapatos en la mano y los pies en la grava, mirando la casa que lo había criado sin ser suya, sintiendo esa punzada que no tenía nombre botánico. La punzada de lo bello que pertenece a otros. La de quien riega un jardín que no puede pisar descalzo porque no es el suyo, aunque conozca el nombre de cada planta que crece en él.

Volvió al cottage al anochecer. Su padre había hecho té y puesto sobre la mesa un plato con pan, queso y encurtidos. Comieron en silencio. No un silencio incómodo —nunca lo era entre ellos— sino el silencio de dos personas que comparten una casa tan pequeña que las palabras, cuando se usan, deben justificar su presencia. Arthur partió el pan con las manos. Edmund cortó el queso con un cuchillo

que tenía el mango flojo y que Arthur no había reparado en tres años, lo cual significaba que le tenía cariño, porque Arthur solo dejaba sin reparar las cosas que prefería como estaban.

Después del té, Arthur abrió un libro —algo sobre la propagación de rosales, de tapas verdes, con manchas de tierra en el lomo— y Edmund salió al jardín trasero del cottage. Se sentó en el escalón de la puerta de atrás con un cuaderno y un lápiz. La luz del atardecer todavía duraba, esa luz larga de junio que se niega a irse, y desde el escalón podía ver, colina arriba, las ventanas de Ashworth Hall encendiéndose una por una.

Dos mundos. Un mismo paisaje.

Abrió el cuaderno. Debía empezar a planificar el trabajo del verano. Lord Ashworth le había escrito a Cambridge en abril proponiéndole un proyecto: catalogar las especies del jardín amurallado que Lady Ashworth había plantado, crear un registro científico completo antes de que la memoria se perdiera. Era un encargo generoso, pagado, que le daría algo útil que hacer durante el verano. Era también, Edmund lo sabía, la forma que tenía Lord Ashworth de mantenerlo cerca sin que pareciera caridad. Lord Ashworth era un hombre que disfrazaba la bondad de utilidad, probablemente porque la bondad desnuda lo avergonzaba, como avergonzaba a la mayoría de los hombres de su clase.

Edmund escribió en la primera página del cuaderno: «Jardín amurallado — Inventario de especies — Verano 1936.» Debía empezar por los rosales, que eran lo más urgente: algunas variedades antiguas se perdían si nadie las registraba, y Lady Ashworth había plantado al menos tres que Edmund no había visto en ningún catálogo. Necesitaría alguien que dibujara las especies. Las fotografías no capturaban el detalle del pétalo, la textura de la hoja, la disposición exacta de los estambres. Necesitaba un dibujante.

Eso pensó esa noche. Un dibujante. Alguien con mano firme y ojo para el detalle. Nada más. Eso era todo lo que necesitaba.

Cerró el cuaderno. La última ventana de Ashworth Hall se apagó en el segundo piso. Edmund se quedó mirando la oscuridad donde había estado la luz, y después entró en el cottage, donde su padre ya dormía y el té se había enfriado en la taza y el libro de rosales seguía abierto en la página que Arthur no había terminado de leer.

CAPÍTULO 3

La señora de la casa

El menú del jueves era un problema.

No un problema grave. No un problema que alguien fuera a recordar al día siguiente, ni que mereciera la palabra «problema» en voz alta. Pero Catherine Ashworth llevaba once minutos de pie en la despensa con Mrs. Potts, la cocinera, discutiendo si el segundo plato debía ser salmón o cordero, y once minutos era demasiado tiempo para una decisión que importaba tan poco y que, sin embargo, debía ser correcta, porque en Ashworth Hall las cenas eran ceremonias y las ceremonias no admiten errores, solo variaciones aceptables dentro de un rango estrecho de lo que siempre se había hecho.

«El señor prefiere el cordero», dijo Mrs. Potts, que llevaba diecisiete años cocinando para la familia y que resolvía las dudas de Catherine con la misma paciencia firme con que resolvía las salsas: a fuego lento, sin prisa, con la certeza de quien sabe que el resultado ya está decidido. «Pero el cordero del jueves pasado estaba demasiado hecho, si me permite.»

«Entonces salmón», dijo Catherine. Y añadió, porque había aprendido que una señora de la casa no abandona una decisión sin añadir un comentario que justifique que la decisión era suya: «Con la salsa de eneldo, no la de mantequilla. La de mantequilla repite.»

Mrs. Potts asintió con una inclinación de cabeza que significaba «por supuesto, señorita» y también «yo ya sabía eso», y Catherine salió de la despensa con la lista del menú en una hoja de papel y la sensación, que la acompañaba desde hacía dos años, de estar interpretando un papel que nadie le había ofrecido y que nadie podía quitarle.

La señora de la casa. Así la llamaban las doncellas —las dos que quedaban, Mary y la joven Alice, que venía del pueblo tres mañanas por semana—, y así la llamaba Dawson, el mayordomo, cuando se

dirigía a ella con esa deferencia tan pulida que era imposible saber si contenía respeto o condescendencia. La señorita Catherine, señora de la casa. Tenía veinte años. Su madre había muerto hacía dos. Su hermana Helen se había casado y vivía en Escocia, en una finca aún más grande y aún más fría que Ashworth Hall, y escribía cartas el primer domingo de cada mes con noticias sobre el clima de Argyll, los problemas de fontanería de la casa y las opiniones de su esposo sobre el gobierno. Catherine las leía, las contestaba y las archivaba en un cajón del escritorio de su madre. Nunca las releía.

El resto de la mañana fue lo que siempre era. Repasar las sábanas con Mary para verificar que ninguna tuviera un remiendo visible —había invitados el jueves, y las sábanas de invitados no podían tener remiendos—. Escribir las tarjetas de invitación para la cena, tres en total, con esa caligrafía inclinada que su madre le había enseñado a los ocho años y que Catherine ejecutaba con la misma precisión automática con que ejecutaba todo: correctamente, sin esfuerzo aparente, sin placer. Encargar los langostinos a través del teléfono del pueblo porque Ashworth Hall no tenía línea propia y la más cercana estaba en la oficina de correos, lo que significaba pedirle a Dawson que fuera al pueblo, lo que significaba esperar, lo que significaba que la mañana se llenaba de pequeñas gestiones que no eran urgentes ni importantes pero que ocupaban el espacio exacto que en otra vida habría ocupado cualquier otra cosa.

A la una, Catherine comió sola en el comedor pequeño. Su padre almorzó en la biblioteca, como hacía cada vez con más frecuencia —una bandeja junto al sillón, un libro abierto sobre las rodillas, la comida enfriándose mientras él sub-rayaba pasajes de algo que la semana pasada había sido una monografía sobre orquídeas y esta semana era un ensayo sobre la geología del Jurásico—. Lord Ashworth se retiraba del mundo por el mismo camino que lo había recorrido: a través de los libros. Desde la muerte de su esposa, la biblioteca se había ido tragando al hombre y dejando en su lugar a un lector.

Catherine lo quería. Lo quería de esa manera específica en que se quiere a un padre que no sabe cómo llegar hasta ti pero que deja

la puerta abierta para que llegues tú. A veces, por las tardes, se sentaba a su lado en la biblioteca sin decir nada, ella con su cuaderno, él con su libro, y el silencio entre ambos era lo más parecido a una conversación que tenían.

A las tres salió al jardín.

El jardín amurallado estaba en la parte trasera de la finca, detrás del huerto, protegido por muros de ladrillo de dos metros y medio que su madre había hecho construir en 1920, el año de su boda, porque Lady Ashworth creía que un jardín sin muros era como una conversación sin puertas: abierta a cualquiera. Dentro, Lady Ashworth había diseñado un mundo completo: senderos de grava que formaban un rombo alrededor de un estanque circular, rosales trepando por arcos de piedra, parterres de lavanda y salvia bordeados de boj bajo, y en el centro, un banco de piedra gris orientado hacia el sur para recibir la mayor cantidad de luz posible.

Desde la muerte de su madre, solo Arthur Blackwell entraba regularmente en el jardín. Lo cuidaba con el mismo rigor con que lo había cuidado siempre, como si Lady Ashworth fuera a pasar por la puerta en cualquier momento a revisar los rosales, cosa que, por supuesto, no iba a ocurrir. Catherine sospechaba que Arthur mantenía el jardín no por lealtad a la familia sino por lealtad a las plantas, que era un tipo de lealtad más fiable.

Se sentó en el banco. Sacó el cuaderno.

Dibujar era lo único que hacía sin pensar en cómo debía hacerse. Todo lo demás —el menú, las sábanas, las tarjetas, las cartas a Helen, la forma de sentarse a la mesa, la inclinación exacta de la cabeza al saludar a un invitado— tenía una forma correcta que Catherine había aprendido, memorizado y ejecutado hasta que se volvió invisible: no la forma, sino ella. Pero cuando dibujaba, la forma nacía del ojo y de la mano, no del protocolo. Nadie le había dicho cómo debía trazarse el contorno de un pétalo. Nadie le había enseñado a medir, sin regla, la proporción entre el tallo y la flor. Nadie le había enseñado a mirar.

Eso lo había aprendido sola. O quizá no lo había aprendido: quizá era lo único que sabía de nacimiento, la única habilidad que no le debía a la casa ni a su clase ni a su madre ni a nadie. Mirar. Mirar de verdad, con los ojos quietos y la mano pronta, hasta que la cosa mirada dejaba de ser una cosa y se convertía en un conjunto de líneas, sombras, proporciones, texturas —una verdad más precisa que cualquier nombre—.

Dibujó una rosa. Una de las que trepaban por el arco de piedra más cercano al banco: pétalos apretados, aún cerrada a medias, con una gota de rocío que había sobrevivido al mediodía refugiándose en el pliegue entre dos pétalos. La copió con cuidado. El grafito sobre el papel hacía un ruido diminuto que en el silencio del jardín sonaba enorme, como pasos en una iglesia vacía. Anotó debajo: «Rosa sp. — arco norte — junio.» No sabía el nombre científico. Nunca se había molestado en averiguarlo. Los nombres eran de su padre, de los botánicos, de la gente que necesitaba clasificar para entender. Catherine no necesitaba clasificar. Solo mirar.

A las cuatro menos cuarto oyó un motor en el camino principal. Se quitó las gafas de leer y las guardó en el bolsillo del cárdigan. Lo hacía siempre que alguien podía verla: un gesto pequeño, tan automático que ya no sabía si lo hacía por vanidad, por costumbre, o porque las gafas la hacían sentir visible de una manera que no le gustaba, como si llevara un cartel que dijera «esta mujer mira las cosas de cerca.»

El motor era el Alvis de George. Lo reconoció por el sonido irregular del escape, que George no había mandado reparar porque George no mandaba reparar nada. Desde la muerte de su madre, George aparecía en Ashworth Hall cada tres o cuatro semanas, se quedaba un par de días, traía amigos de Londres, bebía más de lo necesario y se marchaba dejando la cocina en desorden y la factura del vino un poco más alta. Era el heredero. La finca sería suya. Catherine administraba lo que George heredaría, y esa asimetría —ella hacía funcionar lo que él poseería— era tan consustancial a la casa que ninguno de los dos la mencionaba, como no se menciona el peso de la gravedad.

Catherine guardó el cuaderno debajo del cojín del banco. También eso era automático. George no le habría dicho nada si la hubiera visto dibujando; habría dicho algo peor: «Qué bonito, Catherine.» Y «qué bonito», cuando lo dice alguien que no ha mirado, es la forma más educada de decir que no importa.

Salió del jardín amurallado y rodeó la casa hacia la entrada principal. El Alvis estaba aparcado en la grava con el motor aún caliente, y George bajaba del asiento del conductor con ese modo suyo de moverse que parecía ensayado frente a un espejo: solapa del abrigo levantada, cigarrillo en la boca, una mano en el bolsillo. Con él venían dos amigos. Catherine notó, antes que nada, los zapatos: eran nuevos, caros, de un cuero tan pulido que reflejaban la grava. Los amigos de George siempre tenían zapatos que costaban más que el salario mensual de Mary.

George la besó en la mejilla sin tocar la piel. Un beso de aire. Así besaba George: la forma sin el contenido, el protocolo cumplido con la mínima inversión posible.

«Catherine, estos son Freddie Lawrence y Tom Cavendish. Vamos a quedarnos hasta el sábado. Padre quiere que organices algo especial para el jueves.» Se detuvo para encender otro cigarrillo. «Viene el chico del jardinero.»

La palabra «chico.» Catherine la notó como se nota una nota falsa en una pieza que se conoce de memoria: algo que chirría sin que puedas explicar exactamente por qué. Edmund Blackwell tenía veintidós años, un título de Cambridge y una beca que había pagado Lord Ashworth. «Chico» era la forma que tenía George de devolver a Edmund al tamaño que George necesitaba que tuviera.

«Le diré a Mrs. Potts que añada un cubierto», dijo Catherine.

«Añade dos. Freddie y Tom se quedan a cenar.»

Freddie Lawrence dijo algo sobre que la finca era «encantadora» con el tono de quien dice «pequeña.» Tom Cavendish no dijo nada porque estaba inspeccionando la fachada con el interés específico del hombre que evalúa propiedades ajenas. Catherine les sonrió, les

ofreció té, les indicó a Mary que preparara las habitaciones del ala sur, y después fue a la biblioteca a hablar con su padre.

Lord Ashworth estaba junto a la ventana con un sobre en la mano. Se lo enseñó a Catherine como quien enseña un regalo que no puede esperar a Navidad.

«Ha escrito Edmund. Ha terminado con los máximos honores. Quiere venir este verano a catalogar el jardín de tu madre.» Hizo una pausa. Su padre hacía pausas como hacía Edmund los ramilletes de flores: con un significado que solo él entendía del todo. «Margaret habría querido eso.»

Margaret. Su madre. Lord Ashworth pronunció el nombre con la naturalidad de quien todavía pone dos tazas en la mesa del desayuno por la fuerza de la costumbre. Catherine asintió. No supo qué decir. Su padre estaba volviendo a hacer eso que hacía últimamente: hablar de Edmund Blackwell con un entusiasmo que no mostraba hacia nada más, como si Edmund fuera un tipo de planta rara que se hubiera dado excepcionalmente bien en un suelo que nadie esperaba.

Catherine sabía quién era Edmund. Lo recordaba como se recuerda la geografía de un lugar donde has vivido siempre: sin detalle, sin sorpresa, como un hecho. El chico del jardinero. El que leía en los escalones de la cocina cuando esperaba a que su padre terminara de trabajar. El que tenía barro en las rodillas y libros en las manos. El que a los catorce sabía más latín que George a los dieciséis. El que una vez, cuando Catherine tenía diez años, le había enseñado cómo se propagaba una hortensia por esqueje, y ella lo había escuchado con la atención fija y esa hambre de aprender que a los diez años no se disimula y a los veinte sí.

Pero todo eso era infancia, y la infancia era un país que Catherine había dejado de visitar cuando su madre murió y la casa la necesitó. Edmund se había ido a Cambridge y se había convertido en algo abstracto: una persona que existía en las cartas de Lord Ashworth, en los comentarios orgullosos de Arthur, en un mundo de laboratorios y bibliotecas que Catherine no conocía y que imaginaba

vagamente como un lugar donde las personas hablaban de cosas que importaban.

Su padre dijo que quería organizar una cena. Algo sencillo pero digno. Un reconocimiento. Catherine asintió. Salió de la biblioteca. Bajó a la cocina a hablar con Mrs. Potts sobre el menú del jueves, que ahora necesitaba ser mejor que salmón con salsa de eneldo, porque una cena de reconocimiento no era lo mismo que una cena ordinaria, aunque Catherine dudaba de que Edmund Blackwell supiera, o le importara, la diferencia.

Se detuvo en el pasillo que conectaba el ala de servicio con el cuerpo principal de la casa. Era un pasillo estrecho, sin cuadros, con una puerta en cada extremo: una que daba al mundo de los sirvientes y otra que daba al de la familia. Catherine estaba exactamente en la mitad. No en sentido figurado: estaba físicamente en el centro del pasillo, y la luz que entraba por la claraboya del techo caía sobre ella como un foco de teatro sobre una actriz que ha olvidado su texto.

Era una tontería. Un pasillo era un pasillo. Pero Catherine tenía la costumbre —hija del dibujo, probablemente— de ver composiciones donde otros veían decorado: líneas de fuerza, zonas de luz, puntos de fuga. Y lo que vio en ese momento fue que ella estaba exactamente entre dos mundos, que administraba uno y habitaba el otro, y que ninguno de los dos la había elegido.

Salió por la puerta de la familia. Era la que le correspondía.

Por la tarde, antes de que se pusiera el sol, volvió al jardín amurallado. Recuperó el cuaderno de debajo del cojín. Arthur estaba regando los rosales del muro oeste con una regadera de cobre que debía de pesar diez kilos pero que él sostenía con una sola mano, como si fuera de papel. Se saludaron sin palabras: Arthur inclinó la cabeza; Catherine levantó el cuaderno un centímetro, en un gesto que significaba «voy a dibujar» y que Arthur entendía porque había visto a Lady Ashworth hacer el mismo gesto cientos de veces.

Catherine se sentó en el banco. Abrió el cuaderno por la página del dibujo de esa mañana. La rosa del arco norte. La miró. Estaba

bien. Las proporciones eran correctas, el sombreado tenía profundidad, la gota de rocío se adivinaba sin exageración. Era un buen dibujo. Era un dibujo que, si alguien se tomara la molestia de mirarlo con atención, revelaría que la persona que lo había hecho no solo sabía dibujar sino que sabía ver.

Nadie lo miraría con atención. Catherine lo sabía. Su padre diría «muy bien, querida» sin detenerse. Helen diría «qué talento tienes» en su próxima carta, debajo de un párrafo sobre las tuberías. George no diría nada porque George no miraba los cuadernos de Catherine de la misma manera que no miraba las sábanas, los menús ni las flores que Arthur ponía en las mesas: cosas que funcionaban sin que nadie necesitara preguntar cómo.

Siguió dibujando. La luz de junio cambiaba despacio a su alrededor, y el jardín se iba llenando de esa quietud que tienen los lugares donde alguien ha plantado cosas y después las ha dejado crecer. Arthur terminó de regar y se fue sin despedirse, que era su forma de despedirse, y Catherine se quedó sola con el cuaderno y la rosa y el sonido del agua escurriendo lentamente por la grava.

Escribió debajo del dibujo: «Rosa sp. — arco norte — junio — sin identificar.»

No le molestaba no saber el nombre. O no le había molestado hasta ahora. Pero esa tarde, sin saber por qué, miró las dos palabras —«sin identificar»— y sintió que describían algo más que la rosa.

CAPÍTULO 4

El cuaderno de C.A.

Llueve desde las seis de la mañana. Una lluvia fina, obstinada, de las que no justifican un paraguas pero te empapan si sales sin él. La ventana del bed & breakfast da al cementerio de la iglesia de St. James, y las lápidas más viejas —las que ya no puede leer nadie— brillan bajo el agua como dientes oscuros.

No he salido. Llevo toda la mañana con el cuaderno.

Lo he leído dos veces, de principio a fin. La primera vez lo hojeé rápido, como hago con los documentos del trabajo: buscando fechas, nombres, datos que anclen el contenido a un contexto verificable. La segunda vez lo leí despacio, página por página, deteniéndome en los márgenes. Y me ha pasado algo que no me pasaba desde la universidad, desde aquella vez que encontré un plano original de Capability Brown en el archivo del condado de Northampton y me temblaron las manos al tocarlo: la sensación de estar sosteniendo algo que no debería haber sobrevivido.

El cuaderno es un objeto modesto. Tapa de cartón verde, sin marca comercial visible, tamaño cuartilla, unas sesenta páginas de papel grueso, amarillento, con manchas de humedad en las esquinas superiores y un olor que he estado intentando definir y que creo que es una mezcla de grafito, moho y algo floral muy débil, como si las flores que se dibujaron en él hubieran dejado un residuo invisible. La etiqueta de la esquina inferior derecha dice «C.A., 1936» en una caligrafía inclinada hacia la derecha, consistente, educada. Letra de alguien que aprendió a escribir con pluma metálica, no con estilográfica: los trazos descendentes son más gruesos, los ascendentes más finos. Es la letra de mi tía abuela Catherine. Lo sé porque he visto su firma en una carta vieja que mi padre guardaba en un cajón, y la inclinación es la misma, aunque el trazo era más joven.

Los dibujos son lo primero que llama la atención, y son extraordinarios. Pero no extraordinarios de la manera en que la gente usa esa palabra cuando no sabe qué decir. Extraordinarios como son extraordinarios ciertos dibujos del Natural History Museum: precisos, pacientes, con una atención al detalle que revela no solo habilidad técnica sino algo más difícil de nombrar. Respeto, quizá. La disposición a mirar una cosa durante el tiempo que haga falta hasta verla de verdad.

Los primeros dibujos son estrictamente botánicos. Una rosa por página, a veces dos, con la planta completa: raíces cuando era posible, tallo con espinas contadas y medidas, hojas con las nervaduras trazadas una por una, flor en distinto grado de apertura. Las anotaciones en latín son correctas —he verificado tres con mi guía de rosales del siglo XIX—, y las medidas están en pulgadas, no en centímetros, lo cual es consistente con la época y con la educación de alguien que dibujó esto en la Inglaterra de los años treinta.

A partir de la página catorce, aparece E.

No de golpe. No como un nombre que se anuncia. E. aparece como aparecen las cosas que importan: en los márgenes. Primero es una referencia técnica: «E. identifica la especie como Rosa centifolia, no damascena. Corrige la clasificación de la página 9.» Neutral. Informativo. Podría ser cualquiera. Un botánico, un profesor, un jardinero.

Pero en la página siguiente la nota dice:

«E. trajo una rama de Lonicera periclymenum para demostrar su argumento sobre el aroma nocturno. Tenía razón. El olor es completamente distinto después del anochecer: más denso, más dulce, casi agresivo. Le pregunté cómo sabía eso. Dijo que de niño salía a oler las plantas del jardín por la noche porque de día no podía entrar.»

Esa última frase me detuvo. «De día no podía entrar.» No en su propio jardín, se entiende. En el jardín amurallado. Un niño que vivía en la finca pero que solo podía entrar en el jardín del señor cuando

nadie miraba. Un niño que aprendió a oler las madreselvas de noche porque las horas de luz pertenecían a otros.

Seguí leyendo. Las notas marginales cambian de tono página a página, con una progresión tan gradual que quien la escribió probablemente no la notó. Al principio es «E. dice,» «E. identifica,» «E. corrige.» Después pasa a «E. y yo,» «Estuvimos,» «Discutimos.» El plural posesivo. El nosotros que se forma sin que nadie lo decida. Y después, en las últimas páginas, solo «E.» Sin verbo. Como si el nombre fuera suficiente. Como si una sola letra contuviera ya todo lo que había que decir.

La anotación sobre la Souvenir de la Malmaison está en la página veintiséis, escrita con tinta diferente del dibujo, añadida después. La conozco ya del primer día, pero hoy la releo con más cuidado:

«E. dice que esta variedad se llama Souvenir de la Malmaison porque Josefina Bonaparte la cultivó en los jardines de Malmaison. Dice que todas las rosas descienden de las que amó una emperatriz que nunca pudo darle un heredero a Napoleón. Le dije que eso era terriblemente triste. Dijo: las cosas más bellas lo son.»

Lo que no noté ayer es el dibujo que acompaña esa nota. La rosa está dibujada con el mismo rigor que las demás, pero en el ángulo inferior izquierdo hay algo que no aparece en ningún otro dibujo del cuaderno: una mano. Una mano masculina, dibujada con tres líneas rápidas, sosteniendo el tallo de la rosa por debajo de las espinas. El trazo es distinto del resto del dibujo: más suelto, más urgente, como si Catherine hubiera levantado la vista de la flor y hubiera necesitado capturar esa mano antes de que se moviera. Los dedos son largos. Tienen algo oscuro bajo las uñas.

Tierra.

Después de esa página, los dibujos cambian. No dejan de ser botánicos, pero empiezan a incluir fragmentos de otra cosa. La sombra de una figura al borde de un parterre, inacabada, como vista con el rabillo del ojo. Un perfil masculino esbozado con tres líneas en el margen de una clemátide. Y en la página treinta y cuatro, algo que me hizo detenerme y acercar el cuaderno a la lámpara: un

dibujo de un ramillete completo, sin nombre científico, sin medidas, sin anotación técnica. Solo flores. Madreselva, romero, violeta, hiedra. Dibujadas con un cuidado que ya no es profesional sino personal, con el tipo de atención que uno dedica no a un espécimen sino a un regalo.

No sé qué significan esas flores juntas. O no lo sabía hasta que bajé al salón del pub y usé la conexión a internet que el dueño me ofreció con la advertencia de que «funciona cuando le da la gana.» Le dio la gana el tiempo suficiente para encontrar una página sobre el lenguaje victoriano de las flores. Madreselva: voto de amor. Romero: recuerdo. Violeta: modestia. Hiedra: fidelidad.

Me quedé mirando la pantalla del portátil con el cuaderno abierto al lado. Un código. Catherine estaba dibujando un código que alguien le había enseñado. Alguien que sabía qué significaba cada flor. Alguien que usaba las plantas como lenguaje. Un botánico.

E.

C.A. es Catherine Ashworth. Eso lo sabía desde ayer. La hermana menor de mi abuelo George, nacida en 1916, desaparecida del radar de la familia hacía décadas. La tía abuela que nadie mencionaba. La mujer que dibujaba.

E. es más difícil. Una inicial no es un nombre. Pero la finca tenía registros, y la parroquia del pueblo tenía más registros aún, y la lluvía seguía cayendo con esa insistencia inglesa que convierte cualquier otra actividad en excusa para quedarse dentro, así que a las dos de la tarde me puse el impermeable y caminé hasta la iglesia de St. James.

El párroco era un hombre joven —más joven que yo— que no sabía nada de los Ashworth pero que tenía los registros parroquiales en un armario del vestíbulo, clasificados por décadas en carpetas de cartón con el lomo escrito a mano. Me los dejó revisar en la sacristaí. «No se lleve nada», dijo, y se fue a preparar el servicio del miércoles.

Los registros de Ashworth Hall empezaban en 1843, cuando el primer Lord Ashworth construyó la capilla de la finca y la parroquia empezó a anotar bautizos, matrimonios y defunciones. Busqué los años treinta. Encontré lo que esperaba: Lord Henry Ashworth, casado con Margaret Ellis en 1909. Hijos: Helen Margaret (1910), George Henry (1912), Catherine Margaret (1916). Defunción de Margaret Ashworth, 1934. Todo encajaba.

Busqué empleados de la finca. Los registros parroquiales no eran nóminas, pero los bautizos y las defunciones de quienes vivían en la propiedad se anotaban con la dirección. Encontré: Arthur Blackwell, jardinero, cottage de la finca, empleado desde 1906. Casado con Rose Hartley en marzo de 1914. Un hijo: Edmund James Blackwell, nacido en septiembre de 1914 en el cottage del jardinero. Defunción de Rose Blackwell, 1919. Causa: neumonía.

Edmund.

Hice las cuentas. Arthur y Rose se casaron en marzo de 1914. Edmund nació en septiembre del mismo año. Seis meses. Un embarazo de seis meses al casarse, o un matrimonio apresurado para dar cobertura a un embarazo ya avanzado. No era inusual para la época, especialmente entre el personal de servicio. Pero en el contexto de Ashworth Hall —una finca con doncella, mayordomo, ama de llaves, con la rigidez jerárquica que esas casas imponían—, un embarazo antes de la boda sugería algo. Rose Hartley había sido, según la nota del registro, «doncella, Ashworth Hall, desde 1911.» Doncella. Empleada de la casa. Y de repente embarazada. Y de repente casada con el jardinero.

No había forma de saber, mirando estos papeles, si Arthur era el padre o si se casó con Rose por otra razón. Los registros parroquiales guardan fechas, no explicaciones. Pero el patrón —doncella embarazada, matrimonio apresurado con un empleado de rango inferior, nacimiento rápido, muerte temprana— era un patrón que conocía de otros archivos, de otras casas de campo. Era el tipo de historia que la Inglaterra de principios de siglo resolvía con discreción y olvido.

Busqué más. Edmund James Blackwell aparecía en el registro hasta 1936. Bautizado en la capilla de la finca, confirmado en la iglesia del pueblo, con dirección en el cottage del jardinero. Después de noviembre de 1936: nada. Ningún matrimonio, ninguna defunción, ninguna otra entrada. Como si a partir de esa fecha hubiera dejado de existir para la parroquia.

Arthur Blackwell: defunción registrada en febrero de 1940. «Muerte natural, en su domicilio.» Nada más.

Cerré la carpeta. Le di las gracias al párroco, que me ofreció té y que tuvo la delicadeza de no preguntar qué buscaba. Volví al bed & breakfast bajo la lluvia, que seguía siendo fina y obstinada, y me senté en la cama con el cuaderno de Catherine y los nombres que ahora tenía.

E. es Edmund Blackwell. Hijo de Arthur Blackwell, jardinero jefe de la finca. Nacido en 1914 en el cottage del jardinero. El niño que olía las madreselvas de noche porque de día no podía entrar en el jardín del señor. El botánico que sabía el nombre de todas las rosas. El hombre que le enseñó a Catherine el lenguaje de las flores.

Y que desapareció de los registros en noviembre de 1936.

Me permití una de esas asociaciones que mi directora de tesis habría considerado «excesivamente especulativas»: abrí el cuaderno en la última página. La que no tiene dibujo. La que solo tiene una fecha —«14 de noviembre de 1936»— y una mancha de tinta donde la pluma se detuvo sin escribir nada.

Noviembre de 1936. El mes en que Edmund desaparece de los registros parroquiales. La última página del cuaderno de Catherine.

Coincidencia, diría mi directora de tesis. Correlación no implica causalidad. Pero yo no estaba en un departamento de Historia del Arte. Estaba en una habitación sobre un pub de los Cotswolds, con un cuaderno de sesenta años entre las manos y once cartas sin abrir en la caja de mi abuelo muerto, y la correlación era tan fuerte que podía sentirla en las manos, como una vibración, como el latido de

algo que lleva décadas enterrado y que todavía no ha dejado de moverse.

Las cartas. Todavía no las había abierto. Las había contado —once— y las había tocado —el papel era grueso, doblado en tres, atado con cordón de jardín—, pero no las había leído. Algo me pedía esperar. No sé qué. Quizá la misma cautela con la que abro los archivos del trabajo: primero el contexto, después el documento. Primero saber quiénes son antes de leer qué se dijeron.

O quizá era miedo. El tipo de miedo que no se siente como miedo sino como prudencia: el instinto de que lo que hay dentro de esas cartas va a cambiar algo que no sé si quiero que cambie.

Cogí el cuaderno otra vez. Lo abrí por la página de la mano. La mano masculina con tierra bajo las uñas, sosteniendo el tallo de la Souvenir de la Malmaison. Tres líneas de grafito. Un gesto capturado en medio segundo.

La mano de Edmund Blackwell. El hijo del jardinero que olía las madreselvas de noche. El hombre cuyo nombre desaparece de los registros el mismo mes en que la pluma de Catherine se detuvo sobre el papel y no volvió a moverse.

Pensé en mi abuelo George. En su caja sellada con cinta adhesiva. En la llave que abría el jardín que él había cerrado. En su frase de Navidad: «Debería haberse quemado con todo lo demás.»

Con todo lo demás. Qué era todo lo demás.

Dejé el cuaderno sobre la mesita de noche y me quedé mirando la lluvia. Caía sobre las lápidas del cementerio con la misma indiferencia con que cae sobre los jardines, sobre las casas cerradas, sobre las cajas de los muertos que guardan las cosas que los vivos no saben qué hacer con ellas. Mañana abriría las cartas. Esta noche todavía no. Esta noche quería quedarme un poco más en el margen del cuaderno, donde una mujer que sabía mirar dibujó la mano de un hombre que sabía nombrar, y donde las flores decían lo que las personas no podían.

CAPÍTULO 5

La cena

El traje no era suyo.

Eso fue lo primero que notó Catherine. No la cara de Edmund Blackwell, ni su altura, ni el pelo oscuro que le caía sobre la frente con un desorden que parecía calculado pero que no lo era. Lo primero fue el traje: lana gris, cruzado, con las costuras del hombro un centímetro más adelante de donde debían estar y un botón del chaleco de un tono ligeramente distinto al de los otros cuatro. Detalles que nadie más en la mesa habría notado. Catherine los notó como notaba las líneas de un dibujo que está casi bien pero no del todo: con el ojo, no con la intención. Con la parte de ella que miraba sin permiso.

El traje era de segunda mano. Probablemente comprado en alguna tienda de Cambridge que vendía ropa de graduados que se deshacían de ella al terminar la carrera. Era un buen traje —la tela era buena, el corte era bueno—, pero estaba hecho para otro cuerpo. Para alguien con los hombros más estrechos y el torso más largo. En Edmund, la chaqueta tiraba levemente en la espalda y sobraba un poco en las mangas. No era ridículo. No era evidente. Era el tipo de cosa que sólo nota alguien que ha pasado la vida midiendo proporciones.

Edmund entró en el comedor a las ocho en punto. Dawson lo acompañó desde la puerta principal —la puerta principal, no la de servicio; Lord Ashworth había insistido— con la expresión de imparcialidad profesional que los mayordomos perfeccionan durante décadas y que sirve lo mismo para recibir a un duque que para ignorar una mancha de vino. Edmund caminó por el vestíbulo con la espalda recta y las manos fuera de los bolsillos, porque Arthur le había dicho una vez que un hombre se mide por lo que hace con las manos cuando no sabe qué hacer con ellas, y Edmund no sabía qué

hacer con las suyas. Llevarías en la tierra lo habría ayudado. En los bolsillos lo habría delatado.

La mesa estaba puesta para siete. Lord Ashworth en la cabecera, Catherine a su derecha, George a su izquierda, Freddie Lawrence y Tom Cavendish junto a George, y Edmund en el otro extremo, frente a Lord Ashworth, en la posición que normalmente se reserva para un invitado de honor o para alguien a quien el anfitrión quiere tener a la vista. Había una silla vacía entre Catherine y Edmund. Había sido de Lady Ashworth.

Dawson sirvió la sopa. Crema de berros, con un remolino de nata que Mrs. Potts añadía siempre porque Lady Ashworth lo había hecho siempre y porque en Ashworth Hall las costumbres de los muertos pesaban más que las preferencias de los vivos. Edmund cogió la cuchara correcta sin dudar. Tres años en Cambridge, cenando en el hall de Pembroke College con cubertería georgiana y rituales que databan de la fundación, le habían enseñado eso. Pero Catherine vio la pausa —una fracción de segundo, no más, la duda de la mano entre la cuchara sopera y la de postre— y entendió que el gesto era aprendido, no heredado. Que Edmund sabía cómo manejar la cubertería pero que el conocimiento le costaba un esfuerzo imperceptible que nadie de su clase necesitaba.

La diferencia entre saber algo y haberlo sabido siempre. Eso era la clase. No una línea trazada en un mapa sino una fracción de segundo ante una cuchara.

Lord Ashworth habló durante la sopa. Habló con Edmund, específicamente, con el entusiasmo que reservaba para las conversaciones que le importaban, que eran pocas y que tenían, invariablemente, que ver con plantas. Había leído el trabajo final de Edmund sobre polinización cruzada en rosales híbridos. Lo había leído dos veces. Quería saber cómo se había planteado el diseño experimental. Quería saber si las conclusiones eran replicables en condiciones de campo. Quería saber, específicamente, si los resultados tenían implicaciones para la Souvenir de la Malmaison del

jardín amurallado, que llevaba tres años dando flores más pequeñas de lo normal.

Edmund respondió con la comodidad de quien habla de lo único que sabe hablar: la vida secreta de las plantas, los mecanismos invisibles que deciden si una flor se abre o se pudre, la paciencia necesaria para esperar un resultado que puede tardar estaciones en manifestarse. Hablaba sin jáctancia, con la precisión tranquila de alguien que describe hechos verificables, y sus manos —que Catherine no podía dejar de mirar— se movían mientras hablaba, dibujando en el aire la forma de un pétalo, el ángulo de un estambre, como si las palabras necesitaran un cuerpo para completarse.

Tierra bajo las uñas. Incluso esta noche, incluso con el traje prestado y la puerta principal, Edmund Blackwell tenía tierra bajo las uñas. Catherine lo notó cuando él alzó la copa de vino para brindar. Un ribete oscuro en el borde de cada uña, como la línea que queda en un dibujo cuando el grafito no se borra del todo. No era suciedad. Era identidad. La parte de Edmund que ningún traje podía cubrir y que ningún college podía limar.

George bebía. No más que de costumbre —George bebía siempre lo mismo, que era ligeramente más de lo conveniente y bastante menos de lo que la gente murmuraba—, pero esta noche el vino parecía cumplir una función distinta. No lubricaba la conversación sino que la tapaba. Cada vez que Lord Ashworth citaba a Edmund, George levantaba la copa. Cada vez que Edmund respondía con algo inteligente, George bebía. No era agresivo. No era evidente. Era el tipo de ritmo que solo detecta alguien que lleva años observando a George, y Catherine llevaba veinte.

Dawson retiró la sopa y sirvió el salmón con salsa de eneldo. Tom Cavendish le preguntó a Edmund qué pensaba hacer después de Cambridge, con el tono de quien pregunta por preguntar, porque los amigos de George no preguntaban las cosas para saber las respuestas sino para medir a las personas que las daban.

«Todavía no lo sé», dijo Edmund. «Tengo un proyecto aquí para el verano. Después, ya veremos.»

«Un proyecto en la finca», dijo Freddie Lawrence, con un interés educado que era primo hermano del desdén. «¿Como jardinero?»

No lo dijo con maldad. No lo dijo con ironía. Lo dijo con la ignorancia sincera de alguien para quien «jardinero» y «botánico» eran aproximadamente lo mismo, de la misma manera que «criado» y «empleado» eran aproximadamente lo mismo: categorías de un mundo que existía para servir al suyo.

«Como botánico», corrigió Lord Ashworth desde la cabecera. Su voz no era seca ni irritada; era la voz de un hombre que corrige un dato factual, como quien dice que París está en Francia y no en Bélgica. «Edmund va a catalogar las especies del jardín amurallado que plantó Margaret. Es un trabajo científico.»

Hubo un silencio de medio segundo. No más. El tipo de silencio que cabe entre una corrección y su aceptación, y que contiene, comprimida, toda la jerarquía de la mesa: el señor ha hablado. Freddie Lawrence asintió con la cabeza. Tom Cavendish volvió a su salmón.

George dijo: «Padre tiene debilidad por los caballeros de grammar school.»

Lo dijo con una sonrisa. La sonrisa de George era un instrumento de precisión: podía significar una docena de cosas, y esta noche significaba todas al mismo tiempo. Afecto filial. Humor ligero. Una observación sin importancia. Y debajo, tan abajo que solo alguien que conociera el mecanismo podía detectarlo, una línea de falla: la grieta por donde se filtraba algo que George no tenía nombre para llamar pero que Edmund, si hubiera estado mirando, habría reconocido como el sonido de una planta que se rompe bajo una helada.

Edmund no estaba mirando a George. Estaba mirando el salmón.

Lord Ashworth no respondió. Miró a George por encima de las gafas con la expresión que Catherine conocía bien: la de un hombre

que evalúa si vale la pena responder y decide que no. Era una expresión que hería más que cualquier reproche, porque implicaba que lo dicho no merecía refutación. George lo sabía. Catherine lo vio en la mandíbula de su hermano: una tensión breve, como un tornillo que se aprieta medio giro.

El resto de la cena transcurrió con la fluidez ensayada de las cenas inglesas donde todo el mundo finge que no ha pasado nada. Dawson sirvió el cordero —porque Mrs. Potts había preparado los dos platos, por si acaso, que era su manera de resolver las decisiones que Catherine tomaba y ella revertía—. Freddie Lawrence habló de una cacería en Norfolk. Tom Cavendish habló de una yegua que había comprado en Newmarket. George habló de un club nuevo en el Soho que servía cócteles americanos, lo cual hizo que Lord Ashworth levantara una ceja con la desaprobación contenida de un hombre para quien «americano» era un adjetivo innecesario.

Catherine no habló. O habló lo justo: asintió cuando correspondía, sirvió cuando había que servir, hizo una pregunta sobre la yegua de Newmarket que no le interesaba lo más mínimo pero que cumplió la función que las preguntas de las mujeres cumplían en esas cenas: mantener la conversación en movimiento, como un motor que necesita combustible para no detenerse. Mientras tanto, hacía lo que siempre hacía: observar. La escena tenía una composición que un pintor habría apreciado: Lord Ashworth iluminado por las velas de la izquierda, inclinado hacia Edmund como quien se inclina hacia una ventana que da a un paisaje que le gusta; George al otro lado, con la copa en la mano y la sonrisa puesta, encuadrado por las sombras del aparador; Freddie y Tom como figuras de relleno, el tipo de personajes que en un cuadro de Gainsborough estarían en el fondo, ligeramente desenfocados. Y Edmund en el otro extremo de la mesa, con el traje que no era suyo y la tierra que sí lo era, hablando de estambres con la misma naturalidad con la que los demás hablaban de caballos.

A las diez, Dawson sirvió el postre —tarta de manzana con crema, de las manzanas del huerto de la finca, que Arthur había recogido esa mañana— y la cena empezó a deshilacharse. Freddie

bostezó detrás de la servilleta. Tom miró su reloj. George se sirvió una última copa de oporto con la determinación del bebedor que sabe que la noche está a punto de terminar y quiere llevarla un poco más lejos. Lord Ashworth se puso de pie, lo cual era la señal de que la cena había terminado, porque en Ashworth Hall la cena terminaba cuando el señor se ponía de pie, de la misma manera que la mañana terminaba cuando el sol se ponía: no por acuerdo sino por ley natural.

«Edmund», dijo Lord Ashworth, deteniéndose junto a la puerta del comedor, «ven a la biblioteca mañana a las diez. Hablemos del jardín.»

Edmund asintió. Catherine notó que asintió sin inclinación de cabeza, sin deferencia exagerada, sin ese gesto de gratitud que se espera del protegido hacia el patrón. Asintió como asiente un colega. Y no sabía si eso era valentía o inconciencia.

Los invitados salieron del comedor en el orden que la costumbre dictaba: Lord Ashworth primero, George y sus amigos después, Edmund al final. Catherine se quedó un momento junto a la mesa, recogiendo una servilleta que se había caído —no porque fuera su trabajo sino porque era un gesto automático, como quitarse las gafas al oír pasos—. Cuando salió al pasillo, Edmund estaba allí.

No la esperaba. O quizá sí. Estaba de pie junto al cuadro de Lady Ashworth que colgaba frente a la puerta del salón, mirándolo con la atención que daba a las cosas que le interesaban, que era una atención densa, casi física, como si mirar fuera una forma de tocar.

«Su padre fue muy amable», dijo Edmund al verla. Lo dijo en voz baja. Después de las diez, en Ashworth Hall, las voces se reducían por instinto.

Catherine se detuvo. Estaban a tres metros el uno del otro. El pasillo estaba iluminado por una sola lámpara de pared que dejaba la mitad superior en sombra y la mitad inferior en una luz amarillenta que hacía que la alfombra turca pareciera más vieja de lo que era.

«Mi padre colecciona personas interesantes», dijo Catherine.

No sabía por qué había dicho eso. No era lo que había pensado decir. Había pensado decir «gracias por venir» o «buenas noches» o cualquier otra frase que cumpliera la función de cerrar el intercambio sin abrirlo. Pero lo que salió fue eso, que era verdad y que era íntimo y que, en la gramática de Ashworth Hall, equivalía a descorrer una cortina.

Edmund la miró. Fue una mirada breve —dos segundos, quizá tres—, pero Catherine sintió que en esos segundos Edmund la estaba evaluando con la misma atención con la que evaluaba una especie desconocida: no con juicio sino con curiosidad, con esa disposición a esperar que tienen los botánicos y que la gente normal confunde con paciencia pero que es algo distinto: es la certeza de que las cosas revelan su naturaleza cuando las dejas ser.

«Es un cumplido», añadió Catherine, porque el silencio se estaba alargando y porque sentía que debía aclarar, aunque aclarar lo arruinaba. «Es lo más generoso que hace.»

Edmund sonrió. No una sonrisa grande ni cálida ni memorable. Una sonrisa pequeña, algo torcida, que empezaba en la comisura izquierda y no llegaba del todo a la derecha, como si la alegría le costara un esfuerzo asimétrico. Era la sonrisa de alguien que no está acostumbrado a que le digan cosas inesperadas y que, cuando se las dicen, no sabe qué cara poner.

«Buenas noches, señorita Ashworth», dijo.

«Buenas noches, señor Blackwell.»

Los apellidos. Los apellidos como muros. Señorita Ashworth, señor Blackwell. La distancia social medida en sílabas. Y sin embargo, algo en la forma en que los dijeron —no como un hábito sino como una pregunta— sugería que ambos estaban probando el peso de esas palabras, como quien levanta una piedra para ver lo que hay debajo.

Edmund se fue por el pasillo hacia la puerta principal. Catherine lo vio alejarse. Notó que caminaba con las manos fuera de los

bolsillos, que la chaqueta le tiraba un poco en la espalda, y que al llegar a la puerta se detuvo un segundo —uno solo— antes de salir. Decidiendo algo, quizá. O recordando. O mirando el vestíbulo con una atención que no justificaba la hora ni la ocasión.

La puerta se cerró detrás de él. El sonido fue pequeño, como todo en esa noche.

Catherine volvió al comedor. Mary estaba recogiendo los platos con la eficiencia silenciosa que las doncellas cultivaban como un arte menor. Había una mancha de vino en el mantel, junto al sitio de George. Catherine la miró. Era pequeña, del tamaño de una moneda de chelín, y ya se estaba oscureciendo en la tela de hilo. Para mañana habría que remojar el mantel en agua fría con sal. Para pasado, plancharlo. Para el jueves, ponerlo otra vez en la mesa, impecable.

Subió a su habitación. Se quitó el vestido de cena. Se puso el camisón. Se lavó la cara. Se sentó en el borde de la cama. Y entonces, sin planearlo, sin entender exactamente por qué, cogió el cuaderno de dibujo de la mesita de noche y dibujó de memoria una mano masculina que sostenía una copa de vino. Los dedos eran largos. El trazo era rápido, casi furioso: la urgencia de fijar algo antes de que desapareciera. Debajo de las uñas había algo oscuro que podía ser sombra o podía ser otra cosa. No lo etiquetó. No anotó nada. Guardó el cuaderno debajo de la almohada y apagó la luz.

CAPÍTULO 6

Centifolia

El error estaba en la página nueve.

Catherine lo había dibujado tres días antes, con el cuidado de siempre: la rosa del arco norte, completamente abierta, con los pétalos desplegados en capas concéntricas que iban del rosa pálido en el exterior al rosa intenso en el centro. Había contado los pétalos —era algo que hacía sin pensar, como quien cuenta los peldaños de una escalera— y había medido el diámetro de la flor con una regla de costura que era lo único que tenía a mano. Había etiquetado el dibujo con la mejor aproximación que le permitían los libros de la biblioteca de su padre: «Rosa damascena.»

Estaba orgullosa de ese dibujo. No era una palabra que usara a menudo, ni siquiera en sus pensamientos —en Ashworth Hall el orgullo era privilegio de los hombres y de los caballos—, pero tenía la satisfacción callada de haber capturado algo verdadero: la forma exacta en que esos pétalos se disponían, el peso de la flor sobre el tallo, la gota de rocío que sobrevivía cada mañana en el pliegue entre el tercer y cuarto pétalo como un secreto que la rosa guardaba para quien supiera dónde mirar.

Edmund Blackwell miró el dibujo, miró la planta, miró el dibujo otra vez.

Llevaban cinco días trabajando juntos en el jardín amurallado. Edmund llegaba a las nueve con su cuaderno de campo y una mochila de lona que contenía una lupa, un metro de sastre, un frasco de cristal para muestras y tres lápices de diferentes durezas que afilaba con una navaja y que usaba para hacer anotaciones tan minúsculas que parecían taquigrafía. Catherine llegaba a las diez —después de dar las instrucciones del día a Mary, de repasar el menú con Mrs. Potts, de asegurarse de que la casa funcionara sin ella

durante unas horas— con su cuaderno de tapas verdes y un estuche de lápices que había sido de su madre.

Las primeras sesiones habían sido formales. Edmund identificaba las especies; Catherine las dibujaba. Se comunicaban en latín botánico, que era un idioma cómodo porque no tenía pronombres personales ni requería miradas. «Rosa gallica.» «Lavandula angustifolia.» «Lonicera periclymenum.» Nombres que sonaban a conjuros y que cumplían una función parecida: mantenían el mundo a una distancia segura. Mientras hablaran de plantas, no tendrían que hablar de otra cosa. Mientras se sentaran uno en cada extremo del banco de piedra, con el cuaderno como frontera, la colaboración sería exactamente eso: una colaboración.

Pero el banco de piedra tenía metro y medio de largo, y las plantas que tenían que examinar estaban en el mismo sitio, y cuando Edmund necesitaba mostrarle la diferencia entre un sépalo y una bráctea, tenía que acercarse, y cuando se acercaba, Catherine podía oler la tierra en sus manos y algo más debajo: jabón de alquitrán, tabaco de Arthur, lana calentada por el sol. Era un olor que no tenía nada que ver con las cenas de Ashworth Hall, donde los hombres olían a colonia y a whisky y a la pomada con la que se peinaban. Edmund olía a trabajo. A fuera. A algo que existía antes de que se inventaran las normas de presentación.

Esa mañana de julio —un martes, porque Catherine recordaría el día por el menú que había dejado preparado: sopa de puerros, que era de martes—, Edmund miró el dibujo de la página nueve, miró la rosa en el arco, se acercó a la planta, le separó una hoja con dos dedos, la examinó, y dijo:

«Es una centifolia.»

Lo dijo con suavidad. Sin énfasis, sin pedantería, sin la condescendencia que Catherine había aprendido a detectar en los hombres que sabían más que ella y necesitaban que lo supiera. Lo dijo como se dice una hora: son las tres. Un dato.

«He puesto damascena», dijo Catherine. No era una defensa. Era una constatación, con un borde de algo que podía ser irritación o

podía ser otra cosa.

«Lo sé. Pero la damascena tiene el tallo más espinoso.» Edmund tocó el tallo de la rosa con el pulgar y el índice, recorriéndolo de arriba abajo como quien lee braille. «Las espinas son más cortas, más curvas. Y las hojas.» Arrancó una con cuidado y se la puso en la palma de la mano, extendida, como una ofrenda pequeña. «Más opacas en la damascena. Esta tiene brillo. Es centifolia.»

Catherine miró la hoja en la mano de Edmund. Era verde oscuro, con un lustre ceroso que la distinguía, ahora que lo veía, de las hojas más mate de la planta vecina. Edmund tenía razón. La hoja lo decía con la claridad de algo que siempre estuvo ahí y que Catherine no había mirado con suficiente atención.

«El dibujo es excelente», añadió Edmund, sin cambiar de tono, como si la corrección y el elogio fueran partes del mismo gesto. «Ha capturado la textura exacta del pétalo. Pero centifolia tiene entre sesenta y cien pétalos.» Hizo una pausa. «Cuente los de su dibujo.»

Catherine abrió el cuaderno en la página nueve. Contó. Llegó a sesenta y tres.

«Sesenta y tres», dijo.

Edmund sonrió. La misma sonrisa del pasillo, la torcida, la que empezaba en un lado y no terminaba de llegar al otro. «Centifolia. Centum folia. Cien hojas. Aunque rara vez llegan a cien. Sesenta y tres está bien.»

Catherine cerró el cuaderno. Le molestaba el error. No por vanidad —o no solo— sino por algo que tardó un momento en identificar y que, cuando lo identificó, la irritó aún más: le molestaba que nadie se lo hubiera señalado antes. Llevaba dos años dibujando las rosas del jardín. Había enseñado sus dibujos a su padre, que había dicho «muy bien, querida» con la atención de quien hojea un periódico viejo. Los había enviado a Helen, que había contestado «qué talento tienes» en el mismo párrafo que los problemas de cañerías de Argyll. Nadie los había mirado. Nadie los había mirado

de verdad, con los ojos abiertos y la disposición a decir: esto está mal.

«Muy bien, querida» significaba: no importa lo suficiente como para corregirlo. «Qué talento tienes» significaba: no voy a perder el tiempo comprobándolo. Eran frases amables, frases correctas, frases que cumplían la función social del halago sin asumir la responsabilidad de la atención.

Edmund la había corregido.

Edmund había mirado su dibujo con la seriedad que se dedica a algo que importa. Le había encontrado un error y se lo había dicho, y al decírselo le había dado algo que nadie le había dado en veinte años de vida en Ashworth Hall: el respeto de ser tratada como alguien capaz de mejorar, que era otra forma de decir como alguien capaz de equivocarse, que era otra forma de decir como un igual.

No se lo agradeció. No habría sabido cómo. En la gramática de su clase, agradecer una corrección era admitir ignorancia, y admitir ignorancia era vulnerabilidad, y la vulnerabilidad era algo que las mujeres de su posición no podían permitirse, ni siquiera las que dibujaban rosas en jardines cerrados. Lo que hizo fue algo más pequeño y más verdadero: tachó «damascena» en el cuaderno y escribió, con la pluma que Edmund le pasó sin que ella la pidiera, «centifolia.»

La «» de centifolia quedó torcida porque la pluma de Edmund era más gruesa que la suya y escribía distinto: más oscuro, más húmedo, con una tinta que tardaba más en secarse. Catherine miró la palabra. Su caligrafía, normalmente uniforme, tenía una irregularidad en esa primera letra que la molestaba y que, al mismo tiempo, no quería corregir.

Siguieron trabajando. Edmund identificó las cuatro rosas del muro norte: una gallica, dos centifolia —primas de la del arco, dijo, probablemente del mismo esqueje original— y una que no reconoció de inmediato, que examinó durante diez minutos con la lupa, le arrancó una hoja, la olió, la dobló entre los dedos para ver la elasticidad de la nervadura, y finalmente dijo:

«No estoy seguro. Tendría que consultar el catálogo de Rivers. Si su padre lo tiene en la biblioteca, podría traerlo mañana.»

«Puedo buscarlo yo», dijo Catherine.

«Puede que esté en los estantes de arriba.»

«Sé dónde están los estantes de arriba, señor Blackwell.»

Hubo un silencio que duró dos segundos y que contenía varias cosas. La primera: que Catherine acababa de usar un tono que no era el tono que la señora de la casa usaba con nadie, ni con las doncellas ni con el mayordomo ni con los invitados de George. Era un tono directo, ligeramente cortante, sin adornos. El tono de alguien que habla a un igual. La segunda: que Edmund no pareció sorprendido. La miró —esa mirada suya, evaluativa, paciente, de botánico— y no dijo nada, lo cual era la respuesta correcta, porque cualquier cosa que hubiera dicho habría roto lo que acababa de ocurrir.

Lo que acababa de ocurrir era pequeño. Nadie fuera de ese jardín lo habría notado. Pero Catherine lo sintió como se siente un cambio de presión atmosférica: algo había bajado, o subido, o se había movido, y el aire del jardín amurallado ya no era exactamente el mismo que media hora antes.

Trabajaron hasta las doce. Edmund catalogó siete especies más. Catherine dibujó tres. En una de ellas —una clemátide del muro sur, con los pétalos abiertos en forma de estrella—, Edmund se acercó para señalarle un detalle en el estambre que ella no había visto, y al acercarse apoyó la mano en el banco, a dos centímetros de la suya. Los dos miraron la clemátide. Ningúno movió la mano.

A las doce Edmund dijo que tenía que almorzar. Se levantó, recogió su mochila, guardó la lupa y los lápices. Catherine se quedó sentada. Había algo que quería decirle —no sabía exactamente qué —, pero Edmund ya estaba caminando hacia la puerta, y las palabras que no se formulan a tiempo se quedan en la garganta y se convierten en otra cosa: en la decisión de volver mañana, por

ejemplo, con el catálogo de Rivers debajo del brazo y algo que demostrar.

Edmund se detuvo en la puerta. Se dio la vuelta. Catherine pensó que iba a decir algo sobre la centifolia, o sobre el horario de mañana, o sobre el catálogo. No dijo nada de eso. Se acercó al arriate que bordeaba el sendero de entrada, arrancó con cuidado una ramita de algo pequeño y azul, volvió al banco y la dejó sobre el cuaderno cerrado de Catherine, junto al lápiz.

«Myosotis», dijo. «Por si quiere dibujarla esta tarde.»

Se fue. La puerta del jardín se cerró detrás de él con el crujido de siempre.

Catherine cogió la ramita. Cinco flores diminutas, de un azul que parecía pintado con acuarela, con un centro amarillo no más grande que la cabeza de un alfiler. Myosotis. No-me-olvides. Había leído en algún sitio —uno de los libros de la biblioteca de su padre, probablemente— que en la era victoriana las flores tenían significados codificados, un lenguaje entero hecho de pétalos y tallos, y que el myosotis significaba exactamente lo que su nombre común decía.

Sabía qué significaba. Puso la ramita entre las páginas del cuaderno, en la página de la centifolia, donde la tinta de la «c» torcida aún no había terminado de secarse. Cerró el cuaderno. Lo apretó contra el pecho un momento —no mucho, el tiempo que se tarda en respirar dos veces— y después lo guardó en su sitio, debajo del cojín del banco.

Salió del jardín. El sol de julio le dio en la cara con esa fuerza torpe que tiene el mediodía inglés, un calor que nunca es del todo seguro de sí mismo. En la cocina, Mrs. Potts tenía la sopa lista. Mary necesitaba instrucciones sobre las cortinas del salón azul, que tenían una mancha de humedad. Dawson quería saber si el vino de la cena del sábado debía ser Burdeos o borgonia. George había salido en el Alvis y no había dicho a qué hora volvería. Su padre estaba en la biblioteca con la puerta cerrada.

Catherine resolvió todo: sopa, cortinas, Burdeos. Cada decisión limpia, rápida, sin esfuerzo aparente. La señora de la casa. El mecanismo que funciona sin que nadie le pregunte cómo.

Pero todo el día, mientras resolvía lo que debía resolver y administraba lo que debía administrar y sonreía cuando debía sonreír, una parte de ella estaba en otra parte. Estaba en un jardín amurallado, sentada en un banco de piedra, mirando una ramita de flores azules sobre un cuaderno cerrado. Sesenta y tres pétalos. Centum folia. Un hombre que le había encontrado un error y se lo había dicho, y que después le había dejado no-me-olvides en el cuaderno, y que quizá no sabía lo que eso significaba, o quizá sí, o quizá no importaba, porque las flores significan lo que significan incluso cuando quien las da no conoce el código.

Esa noche, en su habitación, dibujó el myosotis. No lo hizo del natural —la ramita estaba prensada entre las páginas del cuaderno, en el jardín, donde la había dejado— sino de memoria. Era la primera vez que dibujaba algo de memoria. Los dibujos de memoria son distintos a los del natural: menos precisos, más honestos. Porque lo que se recuerda no es lo que se vio sino lo que importó de lo que se vio, y eso, que parece una imprecisión, es en realidad una confesión.

El dibujo quedó bien. Los pétalos eran ligeramente más grandes de lo que eran en realidad. El azul, que en el grafito no podía verse pero que Catherine imaginaba mientras trazaba, era un poco más intenso de lo que había sido. Debajo del dibujo escribió:

Myosotis arvensis — jardín amurallado — julio — E.

Era la primera vez que escribía esa inicial en el cuaderno. No la tachó.

Cerró el cuaderno, apagó la lámpara de la mesita, y se quedó un rato en la oscuridad, mirando el techo, escuchando el sonido que hacía Ashworth Hall por las noches: las tuberías, la madera que se contraía con el frío, un vencejo tardío graznando en el alero. Pensó en la palabra centifolia. Cien hojas. No siempre cien. A veces sesenta y tres.

CAPÍTULO 7

El lenguaje de las flores

Empezó con la madreselva.

Edmund la cortó una mañana de agosto del muro norte, donde trepaba hasta el borde superior enroscándose en el ladrillo con esa determinación vegetal que no entiende de muros ni de límites. Era temprano. Catherine aún no había llegado. El jardín amurallado estaba en esa hora que sólo conocen los jardineros y los insomnes: la hora en que el rocío aún no se ha evaporado y el aire huele a todo lo que las plantas exhalaron durante la noche, más intenso, más honesto que el olor del día, como si la oscuridad les diera permiso para decir lo que a la luz se callan.

Cortó tres tallos de madreselva con la navaja. Los puso en el banco de piedra, en el extremo donde Catherine se sentaba, sobre el cojín que ella traía de la casa porque la piedra le enfriaba la espalda. No dejó nota. No dejó explicación. Dejó madreselva.

No fue un impulso. O no sólo. Llevaba semanas pensándolo sin pensar exactamente en ello, que es la forma en que Edmund pensaba las cosas que importaban: no de frente sino de costado, como se mira una planta que está creciendo, sin forzarla, sin medirla cada día, esperando a que revele su forma. La idea había germinado en algún punto entre la corrección de la centifolia y la tarde en que Catherine le dijo «Sé dónde están los estantes de arriba, señor Blackwell» con una voz que no era la voz de la señora de la casa sino otra, más afilada, más suya, como una planta silvestre que asoma entre los setos podados.

La idea era esta: que las palabras que podía decirle no eran suficientes, y que las que eran suficientes no podía decírselas. Que entre «buenos días, señorita Ashworth» y lo que quería decirle había un espacio vacío del tamaño de un jardín, y que ese espacio solo podía llenarse con algo que no fuera lenguaje pero que funcionara

como lenguaje. Algo que tuviera la claridad de una palabra y la belleza de lo que no se dice.

Flores.

Su padre le había enseñado, cuando Edmund tenía ocho o nueve años, que en la época de la reina Victoria las flores tenían significados codificados. No como metáfora sino como sistema: un lenguaje con gramática, vocabulario y reglas de composición. Una rosa roja significaba una cosa y una rosa blanca otra, y mezclarlas significaba una tercera. Un ramo podía ser una frase completa. Un jardín podía ser un discurso. Arthur se lo explicó una noche de invierno, junto a la chimenea, con el libro de Thomas Miller abierto sobre las rodillas y la pipa humeando en el cenicero, y Edmund pensó entonces, con la claridad de los niños, que era el invento más inteligente del mundo: un idioma que no necesitaba voz.

La madreselva significaba «voto de amor.» Edmund lo sabía. Catherine, probablemente, no. O quizá sí. No importaba. Lo que importaba era que la madreselva estuviera ahí, en el banco, cuando ella llegara, y que ella decidiera qué hacer con ella.

Catherine llegó a las diez y cuarto. Edmund la vio desde el muro este, donde estaba examinando una clemátide que no se decidía a florecer. La vio cruzar la puerta del jardín, caminar por el sendero con el cuaderno bajo el brazo, sentarse en el banco, ver la madreselva. La vio cogerla con dos dedos, acercarla a la nariz, olerla. La vio mirar alrededor del jardín hasta encontrarlo. No dijo nada. Él no dijo nada. Ella puso la madreselva entre las páginas del cuaderno y abrió por una página en blanco.

Al día siguiente, Edmund dejó romero.

Romero significaba recuerdo. Era una elección más directa que la madreselva, porque el romero no necesitaba libro para ser descifrado: todo el mundo sabía que significaba recuerdo, desde Ofelia hasta las abuelas que lo ponían en los bolsillos de los muertos. Pero Edmund lo eligió por su olor: áspero, resinoso, persistente. El tipo de olor que se queda en los dedos horas después de tocarlo. Quería que Catherine oliera a romero cuando volviera a la

casa, que lo llevara consigo sin darse cuenta, como un secreto que se adhiere a la piel.

No lo analizó así en el momento. Cortó el romero, lo puso en el banco, se fue a trabajar al muro sur. Eran las siete de la mañana. El sol aún estaba bajo y la piedra de los muros parecía dorada, — el jardín convertido en cofre abierto.

Catherine encontró el romero, lo olió, no dijo nada.

El tercer día: violeta. La violeta significaba modestia. Edmund las encontró creciendo a la sombra del muro oeste, donde la humedad era mayor y la luz llegaba filtrada por la hiedra. Eran diminutas, de un púrpura tan oscuro que parecía negro hasta que las mirabas de cerca, y tenían un olor tan suave que había que acercar la nariz hasta casi tocar los pétalos para percibirlo. Edmund las cortó con cuidado —los tallos de la violeta son frágiles, se parten si los fuerzas — y las puso en el banco envueltas en una hoja de higuera para que no se marchitaran antes de que Catherine llegara.

Esa tarde, Catherine dijo, sin levantar la vista del dibujo que estaba haciendo:

«He estado leyendo sobre la propagación de las violetas. Dice Rivers que se multiplican por estolones.»

Edmund la miró. Catherine seguía dibujando. Su lápiz se movía sobre el papel con esa combinación de rapidez y control que a Edmund le recordaba a un pájaro que bebe agua: inclinación rápida, exactitud absoluta, retirada inmediata.

«No sabía que hubiera leído a Rivers», dijo Edmund.

«No lo había leído hasta ayer.»

Silencio. El tipo de silencio que es una respuesta.

Catherine había buscado el catálogo de Rivers en la biblioteca de su padre. Lo había buscado no para identificar una especie sino para entender algo que Edmund le había dicho sin palabras. Había ido a los libros a descifrar un ramillete. Eso significaba que sabía que

había algo que descifrar. Y eso significaba que el lenguaje estaba funcionando.

Edmund no dijo nada más. Volvió a su clemátide. Pero las manos le temblaban un poco mientras anotaba medidas en el cuaderno de campo, y la caligrafía de esa página es ligeramente más irregular que la de las demás, lo cual no tiene importancia a menos que alguien sepa que Edmund Blackwell tenía la letra más firme del condado y que el único motivo por el que la letra le temblaba era el mismo por el que les tiembla a todas las personas que descubren que han sido escuchadas.

El cuarto día: hiedra. Significaba fidelidad. Edmund la arrancó del muro este y la dejó enroscada sobre sí misma en el banco, como una pulsera verde, con las raíces aéreas todavía húmedas.

El quinto día no dejó nada. No por estrategia, no por cálculo. Porque llovió toda la mañana y Edmund se quedó en el cottage ayudando a su padre a reparar una canaleta que goteaba. Cuando llegó al jardín a mediodía, Catherine ya estaba allí, dibujando bajo el arco de piedra que tenía un saliente que protegía de la lluvia. El banco estaba vacío. Sin flores.

Catherine no dijo nada sobre la ausencia de flores. No lo miró diferente. Pero Edmund notó que había traído su propio ramillete: tres ramitas de lavanda, cortadas no del jardín amurallado sino del seto que bordeaba la terraza de la casa. Las tenía en un vaso de agua junto al cuaderno. No las mencionó.

Edmund sabía lo que significaba la lavanda. Desconfianza. O, en algunas versiones del código, reconocimiento. La ambigüedad era parte del sistema: las flores podían tener significados opuestos según el libro que consultaras, y esa imprecisión —que habría enloquecido a un científico— era exactamente lo que las hacía perfectas para decir lo que las palabras no podían, porque las palabras aspiran a la exactitud y el sentimiento no.

No le preguntó qué significaba la lavanda. Ella no le explicó. Ese fue el día en que el lenguaje dejó de ser un juego de Edmund y se convirtió en un idioma de dos.

Las semanas de agosto avanzaron con esa lentitud espesa que tiene el verano inglés cuando decide ser generoso: días largos, tardes que no terminan, una luz que se niega a bajar hasta las nueve o las diez, como si el sol también supiera que algo estaba creciendo y quisiera darle más horas. Edmund trabajaba por las mañanas, antes de que Catherine llegara, con la camisa remangada y el pelo pegado a la frente por el sudor. Se la ponía apresuradamente cuando oía sus pasos en el sendero de grava. Catherine fingía no notar que el cuello de la camisa estaba húmedo.

Había cosas que Edmund quería contarle y que no podía. No por timidez —Edmund no era tímido; era cauteloso, que es distinto— sino porque las reglas del jardín eran las reglas del lenguaje floral: todo lo que se dijera en palabras llanas, sin código, sin la protección del símbolo, se volvería real de una forma que no se podía deshacer. Mientras hablaran de polinización y de estolones y de la diferencia entre una damascena y una centifolia, podían estar juntos sin que nadie —ni ellos mismos— tuviera que admitir lo que estar juntos significaba. El latín botánico era un escudo. Las flores eran un conducto. Y el jardín amurallado era el único lugar del mundo donde ambas cosas funcionaban al mismo tiempo.

Una tarde de finales de agosto, Edmund le explicó la historia de la Souvenir de la Malmaison.

Estaban en el centro del jardín, junto al rosal que Lady Ashworth había plantado en 1921. Era una planta vieja y nudosa, con el tronco retorcido y la corteza agrietada como piel de anciano, pero que cada verano producía flores de un rosa pálido con un aroma tan intenso que Edmund podía olerlo desde la puerta del jardín. Catherine estaba dibujándola. Edmund le sostenía una rama baja para que pudiera ver el interior de la flor.

«Se llama Souvenir de la Malmaison», dijo, porque todavía no le había dicho el nombre y porque decírselo era una excusa para hablar y hablar era una excusa para quedarse ahí, sosteniendo la rama, a una distancia de ella que no era la distancia que habría mantenido

con cualquier otra persona. «La creó un jardinero francés en 1843, a partir de un esqueje de los jardines de Malmaison.»

«Malmaison», repitió Catherine, sin levantar la vista. «¿Los jardines de Josefina?»

«Los jardines de Josefina.»

Edmund le contó lo que sabía: que Josefina Bonaparte había reunido en Malmaison la colección de rosas más grande de Europa, más de doscientas cincuenta variedades, que las cuidaba con una obsesión que Napoleón no entendía pero toleraba, que después del divorcio Josefina se retiró a Malmaison y pasó los últimos años de su vida entre las rosas, y que cuando murió, en 1814, los jardines empezaron a decaer pero algunos esquejes sobrevivieron en manos de jardineros que los propagaron por toda Europa. Que la Souvenir de la Malmaison era una de esas supervivientes. Que todas las rosas de su tipo descendían, directa o indirectamente, de las que Josefina había amado.

«Todas las rosas descienden de las que amó una emperatriz que no pudo darle un heredero a Napoleón», dijo Edmund, y al decirlo se dio cuenta de que sonaba distinto en voz alta que en su cabeza. En su cabeza era un dato histórico. En voz alta, con Catherine a medio metro y la rosa entre los dos, era otra cosa.

Catherine dejó de dibujar. Lo miró. No con sorpresa ni con ternura ni con ninguna de las emociones que Edmund habría podido catalogar. Lo miró con algo que él, botánico de profesión y torpe de emociones, sólo pudo describir comparándolo con el modo en que una planta gira hacia la luz: no como decisión sino como naturaleza.

«Eso es terriblemente triste», dijo Catherine.

«Las cosas más bellas lo son», dijo Edmund.

No sabía de dónde había salido la frase. No era suya. No era de ningún libro que recordara. Era el tipo de cosa que se dice sin haberla pensado, las palabras saliendo antes que la decisión de decirlas a que llegara el momento exacto de ser dichas, y Edmund simplemente las hubiera dejado salir. Se arrepintió inmediatamente.

No porque fuera falsa sino porque era demasiado verdadera, y las cosas demasiado verdaderas, en el mundo en que vivían, eran peligrosas.

Catherine no respondió. Volvió al dibujo. Pero algo había cambiado en su forma de trazar: las líneas eran más lentas, más deliberadas, como si estuviera dibujando no la rosa que tenía delante sino otra cosa que solo ella podía ver.

Los ramilletes continuaron. Edmund los variaba cada día, probando combinaciones como un compositor que prueba acordes: madreselva con romero, violeta con hiedra, clavel blanco —inocencia— con un tallo de menta —calor de sentimiento—. Catherine, a su vez, empezó a incluir flores en los márgenes de sus dibujos botánicos. No las flores que debía dibujar para el catálogo, sino otras: pequeñas, hechas con trazos rápidos, casi taquigráficos, como notas al margen de un texto que solo dos personas podían leer. Edmund las vio cuando Catherine dejó el cuaderno abierto sobre el banco para ir a buscar agua al grifo exterior. No lo hizo a propósito. O quizá sí. La distinción entre lo accidental y lo intencional se había vuelto borrosa en aquel jardín.

Edmund miró los márgenes. Vio madreselva. Vio romero. Vio violeta. Vio hiedra. Vio, en la esquina inferior derecha de una página dedicada a la Rosa gallica del muro sur, un ramillete completo que Catherine había compuesto con las cuatro flores, dibujado con un cuidado que no era profesional sino personal, con el tipo de atención que se dedica a algo que importa más de lo que debería.

Si alguien supiera leerlo, el ramillete diría: voto de amor, recuerdo, modestia, fidelidad.

Edmund cerró el cuaderno antes de que Catherine volviera. Se sentó en su extremo del banco. Se concentró en la clemátide que estaba clasificando, que era una Clematis vitalba, común, sin interés botánico particular, pero que en ese momento le pareció la planta más importante del mundo porque necesitaba mirar algo que no fuera Catherine.

Eso era lo que tenía de extraordinario el jardín amurallado en agosto de 1936: que todo lo que importaba ocurría sin ocurrir. Nadie decía nada. Nadie tocaba a nadie. Nadie cruzaba ninguna línea que un observador externo pudiera señalar. Había un hombre y una mujer que trabajaban juntos en un jardín, que se sentaban en extremos opuestos de un banco de piedra, que hablaban de latín botánico y de las propiedades de los estolones. Nada más. Y debajo de esa nada, como las raíces debajo de la tierra, como el agua debajo de la piedra, algo crecía con una fuerza que ninguno de los dos podía medir porque medir significaría nombrar y nombrar significaría destruir lo único que protegía lo que estaba creciendo: el silencio.

Una tarde, cerca del final de agosto, Edmund estaba trabajando solo en el invernadero pequeño que Lady Ashworth había mandado construir en la esquina noroeste del jardín. Clasificaba semillas. Era un trabajo metódico, silencioso, que requería las manos ocupadas y la mente libre, y que le permitía pensar sin sentir que estaba pensando. La puerta del invernadero estaba abierta. Podía ver, a través del cristal empolvado, el banco de piedra donde Catherine dibujaba.

Ella no sabía que la estaba mirando. O quizá sí. En cualquier caso, Edmund miró, y lo que vio fue esto: Catherine con las gafas puestas —cosa que solo hacía cuando creía que nadie la veía—, la cabeza inclinada sobre el cuaderno, el lápiz moviéndose con esa combinación de velocidad y control que a Edmund le hacía pensar en un pájaro carpintero: golpes rápidos, exactos, cada uno en el sitio justo. El sol de la tarde le daba en el pelo y lo volvía cobrizo, del color de las hojas de haya cuando empiezan a cambiar. Había una abeja en el arco de piedra, a medio metro de su cabeza, y Catherine no la había notado porque cuando dibujaba desaparecía del mundo, se volvía puro ojo y pura mano, y todo lo demás —la abeja, el sol, Edmund mirándola desde el invernadero— dejaba de existir.

Edmund pensó: así es como crece una planta. No de golpe. No de forma visible. La miras un día y es un brote, la miras otro día y tiene hojas, la miras otro y tiene flores, y en ningún momento la

viste crecer. Pero creció. Lo que sentía por Catherine había crecido de esa manera: silenciosamente, sin un momento que pudiera señalar y decir ahí fue, en ese instante. No había instante. Había una acumulación de tardes, de latín, de ramilletes en un banco, de silencios que decían más que las palabras, de una mano en la página nueve que tachó «damascena» y escribió «centifolia» con una «c» torcida.

Se le ocurrió entonces, mientras clasificaba semillas con los dedos manchados de tierra, que no había nombre botánico para lo que sentía. Había nombres para el deseo, que era una cosa. Para la admiración, que era otra. Para la afinidad, que era una tercera. Pero lo que sentía no era ninguna de esas cosas por separado; era las tres juntas, más algo que no tenía nombre, algo que se parecía a la gratitud pero que no lo era, algo que se parecía al asombro pero que no lo era, algo que se parecía al miedo pero que no lo era tampoco, y que quizá —quizá— era lo que la gente llamaba amor pero que Edmund prefería no llamar de ninguna manera porque las cosas que se nombran se vuelven fijas, y lo que sentía no era fijo sino vivo, y lo vivo necesita espacio para crecer y no una etiqueta que lo clave como un insecto en una caja de coleccionista.

Catherine levantó la vista del cuaderno. Miró hacia el invernadero. Edmund no sabía si podía verlo a través del cristal sucio. Probablemente no. Pero su mirada fue directa, como si supiera exactamente dónde estaba él, con esa precisión que tienen los animales y los dibujantes: la capacidad de sentir una mirada antes de verla.

Se sostuvo un segundo. Dos. Edmund contó. Después Catherine bajó la vista al cuaderno y siguió dibujando, y Edmund volvió a sus semillas, y la abeja siguió zumbando en el arco de piedra, y el sol bajó un grado y la sombra del muro avanzó un centímetro sobre la grava, y nada había ocurrido.

Nada que un observador pudiera nombrar. Nada que nadie pudiera usar contra ellos. Solo un hombre y una mujer en un jardín, con un banco de piedra entre los dos y un ramillete que nadie recogió.

CAPÍTULO 8

La señora Finch

La encontré por el párroco.

No directamente. El párroco —el joven, el que me dejó los registros sin hacer preguntas— me dijo que si buscaba a alguien que hubiera trabajado en Ashworth Hall, probara en la residencia Greenfields de Stow-on-the-Wold, donde vivían varios ancianos del pueblo. «Pregunte por la señora Finch», dijo. «Fue doncella en la finca. Tiene una memoria asombrosa para algunas cosas y un agujero negro para otras, pero si le lleva galletas de jengibre se acuerda hasta de lo que no quiere acordarse.»

Compré galletas de jengibre en la tienda del pueblo, que era también la oficina de correos y, según un letrero manuscrito en la puerta, el punto de recogida de paquetes de Amazon para todo el valle, lo cual me pareció un anacronismo tan británico como encontrar un cajero automático en una iglesia normanda. Conduje los diez minutos hasta Stow-on-the-Wold en el coche de alquiler, un Vauxhall que olía a ambientador de pino y a los cigarrillos de quien lo hubiera tenido antes, y aparqué frente a Greenfields, que era una casa victoriana reconvertida con una rampa de acceso y un cartel que decía «Residencia de Mayores Greenfields — Donde cada día cuenta», un lema que probablemente pretendía ser inspirador pero que, en el contexto, sonaba a advertencia.

Dorothy Finch tenía ochenta y siete años, estaba en una silla de ruedas con una manta escocesa sobre las rodillas, y tenía unos ojos azules tan claros que parecían lavados, como tela que ha pasado demasiadas veces por la colada. Me recibió en la sala común, que olía a té recocido y a calefacción central, junto a una ventana que daba a un jardín con tres rosales que nadie había podado en al menos dos temporadas.

«¿Ashworth Hall?» dijo cuando me presenté y le expliqué lo que buscaba. Su voz era más fuerte de lo que esperaba. «Dios mío. Hacía años que nadie me preguntaba por esa casa.»

Le di las galletas. Las abrió con unos dedos sorprendentemente ágiles para su edad, cogió una, la partió por la mitad y se comió la mitad más pequeña. Guardó la otra mitad en el bolsillo de la bata. Vieja costumbre de servicio, supuse: no desperdiciar, no comer de más, guardar para después.

«Fui doncella de ropa blanca», dijo, con el tono específico de alguien que aún sabe exactamente qué lugar ocupa en una jerarquía que dejó de existir hace sesenta años. «Desde el treinta y tres hasta el cuarenta. Seis libras al año y media tarde libre los jueves. Sábanas de lino de Irlanda, manteles adamascados, y un ama de llaves, Mrs. Bellamy, que podía detectar un remiendo mal hecho a tres metros de distancia.»

Sonrió al decirlo, y en la sonrisa había algo que no era nostalgia exactamente, sino la satisfacción seca de alguien que fue buena en su trabajo y lo sabe.

Le pregunté por Catherine.

«La señorita Catherine.» La señora Finch repitió el nombre como si lo probara, como quien prueba un sabor que lleva años sin encontrar. «La callada. La que dibujaba. Siempre con un cuaderno y un lápiz, siempre en el jardín de la señora cuando hacía buen tiempo. Las otras chicas decían que era rara, pero yo no creo que fuera rara. Creo que era la única de la familia que miraba las cosas de verdad. Los demás miraban para arriba o para abajo. Ella miraba a lo que tenía delante.»

Le pregunté por Edmund.

Algo cambió en su cara. No se cerró exactamente; se reorganizó, como la superficie de un estanque cuando algo se mueve debajo.

«El chico de Arthur.» Pausa. «Edmund. Sí, claro que me acuerdo. Alto, delgado, con el pelo que le caía en la frente, siempre con un libro o con tierra en las manos, a veces las dos cosas. Leía en los

escalones de la cocina cuando esperaba a que su padre terminara. Mrs. Potts le daba un bollo de pasa todas las tardes a las cuatro, sin que Lord Ashworth lo supiera, o sabiendo y fingiendo que no sabía, que era la forma en que Lord Ashworth manejaba casi todo.»

«¿Y después?», dije. «¿Después de Cambridge?»

«Volvió un verano. El treinta y seis.» La señora Finch cogió otra galleta. Esta vez no la partió. Se la comió entera, despacio, dándose tiempo para decidir qué decía y qué callaba. «Lord Ashworth organizó una cena. Para celebrar el título. Nunca se sentó nadie del servicio a la mesa del comedor, y de repente el hijo del jardinero estaba comiendo salmón con cubiertos de plata. Hubo comentarios en la cocina. No malos, no exactamente. Pero comentarios. Ya sabe usted cómo son esas cosas.»

Sabía cómo eran. Había leído suficientes memorias de servicio doméstico para saber que la cocina de una casa de campo era un parlamento en miniatura con sus propias leyes, sus propias jerarquías y su propia forma de jurisprudencia, y que en ese parlamento, un hijo de jardinero cenando en el comedor era un terremoto constitucional de grado menor.

«¿Y el jardín amurallado?», pregunté.

«El jardín de la señora.» La señora Finch miró por la ventana, hacia los rosales sin podar, y por un momento su expresión se suavizó, como si estuviera mirando otro jardín en otro siglo. «Edmund pasaba mucho tiempo ahí ese verano. Trabajaba en no sé qué catálogo. Y la señorita Catherine iba todas las tardes con su cuaderno. Arthur también andaba por allí, claro, pero Arthur era parte del paisaje, como los muros. A nadie le extrañaba que Arthur estuviera en el jardín. Pero que la señorita Catherine fuera todas las tardes...»

Se detuvo. Cogió la taza de té que una auxiliar le había dejado y bebió un trago largo. Era la pausa de alguien que sabe exactamente lo que viene después y está decidiendo cuánto de eso le pertenece contar.

«Mrs. Bellamy comentó una vez que no era apropiado», dijo finalmente. «Que la señorita pasara tanto tiempo con el chico de Arthur. No lo dijo delante de Lord Ashworth. Lo dijo en la cocina. Mrs. Potts le dijo que se ocupara de sus sábanas y dejara a la señorita en paz, que bastante tenía la pobre con llevar la casa sola. Y no se habló más del asunto.»

«Pero usted lo notó», dije.

La señora Finch me miró con esos ojos lavados que, de repente, no tenían nada de débiles.

«Yo lavaba la ropa», dijo. Como si eso lo explicara todo. Y en cierto sentido, lo explicaba. Una doncella de ropa blanca conocía la intimidad de una casa de la manera más literal posible: por lo que dejaba marcas en la tela. «Lavaba las sábanas de la señorita Catherine, las camisas de Edmund, los pañuelos de Lord Ashworth. Se aprende mucho de la ropa de la gente, ¿sabe? Quién suda, quién llora, quién mancha de té a las tres de la mañana. Yo no notaba nada raro en las cosas de Edmund. Ni en las de la señorita. Eran las dos personas más limpias de la finca, si quiere que le diga la verdad. Lo único que salía en la ropa de Edmund era tierra, y eso no se le quita ni con lejía.»

Me hizo gracia y no me hizo gracia al mismo tiempo. La señora Finch estaba hablando de pruebas físicas —o de la ausencia de ellas — con la autoridad de un perito forense y la delicadeza de alguien que lleva décadas guardando los secretos de otros sin que nadie se lo haya pedido. Guardar secretos que no te han confiado es la especialidad del servicio doméstico. Es también la condena.

«¿Qué pasó en noviembre?», pregunté.

La señora Finch dejó la taza. La dejó despacio, con las dos manos, como se deja una cosa que pesa más de lo que parece.

«Se fue.» Pausa. «Edmund se fue una noche de noviembre. Con una maleta. Sin despedirse de nadie excepto de su padre, que lo vio irse desde la puerta del cottage y no dijo una palabra. Yo lo vi desde la ventana de la lavandería. Eran las seis de la tarde. Ya estaba

oscuro. Caminaba por el sendero de la finca con la maleta en la mano y las hojas cayendo alrededor. Al día siguiente, la señorita Catherine no estaba. La habían enviado a Escocia.»

«¿Por qué se fue?»

«Se decía que había robado algo.» Lo dijo con el tono plano de alguien que repite una versión oficial en la que no cree pero que no tiene autoridad para desmentir. «Un reloj, creo. Del abuelo. De la vitrina de la biblioteca.»

«¿Y usted se lo creyó?»

Silencio. La señora Finch miró sus manos, que estaban quietas sobre la manta, con las venas azules como raíces bajo una piel que parecía papel de seda.

«Yo lavaba la ropa de ese muchacho», repitió. «Nunca vi nada que no fuera libros y tierra. Un chico que roba no tiene la ropa así. Un chico que roba está nervioso, suda más, mancha los cuellos. Edmund Blackwell era el hombre más tranquilo que he conocido. Hasta esa noche.»

Dejé que el silencio durara. Había aprendido en los archivos que el silencio, cuando se usa bien, es una invitación. Las personas que guardan cosas necesitan tiempo para decidir si las sueltan.

«Después de que se fue», dijo la señora Finch, y su voz bajó medio tono, no dramáticamente sino con la naturalidad de quien entra en una habitación más pequeña, «Arthur cambió. No de un día para otro. No de manera que Lord Ashworth o el señorito George lo notaran. Pero yo lo noté.»

«¿Cómo?»

«Las flores.» Me miró como se mira a alguien que necesita que le expliquen algo que debería ser evidente. «Arthur ponía flores en la mesa del desayuno de la señorita Catherine todas las mañanas. Desde que murió Lady Ashworth. Flores frescas, cortadas del jardín, en un vaso pequeño de cristal tallado. Siempre las mismas flores que estuvieran en temporada, siempre puestas antes de que la señorita

bajara. Era lo primero que hacía después de encender la estufa de la cocina.»

Hizo una pausa.

«Después de que Edmund se fue, dejó de ponerlas.»

No añadió nada. No explicó por qué. No especuló sobre el significado. Dijo que Arthur dejó de poner flores y dejó que el hecho hablara solo, que es lo que hace la gente que ha pasado la vida observando sin derecho a opinar: presenta los datos y deja el juicio a otros.

Le pregunté por George.

Algo se endureció en su cara. No mucho. Lo justo para que yo lo notara.

«El señorito George.» Lo dijo con el tratamiento formal intacto, como si los sesenta años transcurridos no hubieran erosionado la jerarquía. «Venía y se iba. Traía amigos de Londres. Bebían gin en el salón y dejaban los vasos para que Mary los recogiera. No era malo, ¿entiende? No era de los que gritan o de los que pegan. Era de los que no miran. De los que pasan por la casa como si la casa funcionara sola.»

«¿Y después de que Edmund se fue?»

«Dejó de venir durante un tiempo. Semanas, quizás un mes. Cuando volvió, cerró el jardín amurallado con un candado nuevo. Dijo que era por seguridad.» La señora Finch cogió la media galleta que tenía en el bolsillo y la sostuvo sin comérsela. «Nadie preguntó seguridad contra qué.»

Le pregunté si Catherine volvió.

«Volvió.» La señora Finch sonrió, pero no era la sonrisa de antes, la del orgullo profesional. Esta era más pequeña y más triste, como una flor que se abre a destiempo. «En septiembre del año siguiente. La vi llegar desde la ventana de la lavandería, la misma ventana desde la que había visto irse a Edmund. Venía a pie desde la estación. Caminaba despacio. Fue directa al jardín amurallado.»

Hizo una pausa larga. Le tembló algo en la boca que podría haber sido un recuerdo o podría haber sido la galleta de jengibre.

«La puerta estaba cerrada. Con el candado del señorito George. La señorita se quedó allí de pie un rato largo. Llevaba algo en la mano. Flores. Las dejó en la puerta. Y se fue.»

«¿Qué flores?», pregunté, aunque ya lo sabía.

«Púrpuras. De esas que salen al final del verano. Ásteres, creo que se llaman.»

Sí. Ásteres. Ásteres de Michaelmas. Las flores que alguien dejó durante más de cuarenta años contra una puerta que no se abrió.

«¿Volvió más veces?»

«Cada septiembre.» La señora Finch lo dijo como si fuera un dato meteorológico: algo que simplemente ocurría, como la lluvia o la caída de las hojas. «Yo estuve hasta el cuarenta. Después me fui a la fábrica de municiones de Cheltenham. Pero volvía al pueblo a visitar a mi madre, y Mary me contaba. Decía que la señorita Catherine venía una vez al año, en septiembre, dejaba flores en la puerta y se marchaba. No entraba en la casa. No hablaba con nadie. Año tras año.»

Me quedé callada un momento. Fuera, un mirlo cantó en uno de los rosales sin podar. La calefacción hacía un ruido sordo, rítmico, como un corazón mecánico.

«¿Sabe usted qué pasó realmente?», le pregunté. «¿Por qué se fue Edmund?»

La señora Finch se terminó la media galleta. Se limpió las migas de la bata con un gesto pequeño y preciso, el gesto de alguien que ha pasado la vida limpiando cosas y que lo hace ya sin pensar, como respirar.

«Sé lo que vi», dijo. «Vi a un chico que se fue con una maleta y a una chica que dejaba flores en una puerta cerrada. Vi a Arthur dejar de poner flores en la mesa. Vi al señorito George cerrar un jardín que no era suyo.» Me miró. «Lo demás no me corresponde

decirlo. No porque no lo sepa, sino porque en esa casa las personas como yo no decíamos lo que sabíamos. No estaba permitido. Ni entonces ni, a mi manera de ver, ahora.»

Sentí un escozor de frustración que intenté no mostrar. La señora Finch sabía más. Lo sabía con la certeza de alguien que había mirado el mundo a través de la ventana de una lavandería durante siete años, que había tocado la ropa íntima de la familia, que había contado las manchas de vino en los manteles y los puntos de lejía en las sábanas. Pero tenía una lealtad —no a la familia, creo, sino al oficio— que le impedía ir más allá de lo que había visto con sus propios ojos. Hechos, no interpretaciones. Ropa, no motivos. Era la ética profesional de un mundo que ya no existía, intacta en una mujer de ochenta y siete años que partía galletas de jengibre por la mitad y guardaba los restos en el bolsillo.

Me puse de pie. Le agradecí su tiempo. Le dije que las galletas eran suyas y que podía volver si no le importaba. La señora Finch asintió, y cuando le di la mano para despedirme, me la retuvo un momento. Sus dedos eran fríos y delgados y sorprendentemente fuertes, como raíces que se aferran a la tierra por debajo de lo que se ve.

«Si va a abrir ese jardín», dijo, mirándome con una lucidez que no tenía nada que ver con la edad ni con la residencia de ancianos ni con la manta escocesa sobre las rodillas, «hágalo bien. Ese lugar guardaba algo que nadie quiso mirar.»

Soltó mi mano. Cogió otra galleta. Se giró hacia la ventana.

Volví al coche. Me senté sin arrancar el motor. Llovió. Por supuesto que llovió; era octubre en los Cotswolds. La lluvia caía sobre el parabrisas y lo convertía en un cristal opaco, como la ventana del invernadero a través de la cual, en otro siglo, un hombre miraba a una mujer dibujar sin que ella lo supiera.

Pensé en lo que la señora Finch había dicho. En lo que no había dicho. En las flores que Arthur dejó de poner. En la ventana de la lavandería desde la que vio a Edmund irse y a Catherine volver. En el candado que George puso en un jardín que no era suyo.

Se decía que había robado algo. La versión oficial. La versión que una doncella de ropa blanca repetía sesenta años después sin creérsela, porque la ropa de Edmund Blackwell solo tenía tierra, y la gente que roba no tiene las manos así.

La ropa de mi abuelo George, por el contrario, probablemente tenía gin, tabaco y el sudor específico de los hombres que pasan la noche despiertos pensando en lo que han hecho. Pero eso la señora Finch no lo dijo, y yo no se lo pregunté, y las dos sabíamos por qué.

Arranqué el coche. Puse la calefacción. Las galletas de jengibre que me había sobrado estaban en el asiento del copiloto, y el olor a jengibre se mezcló con el del ambientador de pino y con algo más que no pude identificar y que podía ser memoria o podía ser lluvia o podía ser la clase de tristeza que huele a ropa recién lavada.

CAPÍTULO 9

Michaelmas

La feria olía a manzanas asadas y a barro.

Era el veintinueve de septiembre, día de San Miguel, y el pueblo llevaba preparando la feria desde la semana anterior. Habían instalado las carpas en el prado junto a la iglesia: una para la cerveza, otra para los concursos de conservas —pepinillos, mermelada de ciruela, chutney de manzana—, otra más pequeña donde la mujer del herrero vendía tartas y bollos de grosellas y una sidra turbia que hacía con las manzanas de su huerto y que tenía la reputación de ser más fuerte de lo que parecía. Los niños corrían entre los puestos con manzanas caramelizadas en palos, con la cara manchada de azúcar y los calcetines caídos. Un hombre de Bourton-on-the-Water hacía girar un torno de madera y tallaba cucharas que nadie compraba pero que todo el mundo miraba, porque la mano que mueve un torno tiene algo hipnótico, como una llama o un río.

Era la feria de Michaelmas. El día que marcaba el fin de la cosecha, la liquidación de las rentas, el cierre del año agrícola. En los siglos anteriores, los sirvientes que buscaban empleo venían a estas ferias con las herramientas de su oficio como insignia: un pastor traía su cayado, una lechera su taburete de ordeño, una cocinera su cuchara más grande. Ya nadie hacía eso, o casi nadie; la tradición se había vuelto pintoresca, como casi todo lo que sobrevive a su razón de ser. Pero la feria persistía, y con ella la única tarde del año en que las jerarquías del pueblo se relajaban lo suficiente para que un granjero y un terrateniente bebieran la misma sidra en el mismo prado, y para que los hijos del servicio doméstico y los hijos de los señores pisaran el mismo barro.

Edmund fue solo. Llegó a las tres, cuando la feria ya estaba en marcha y la carpa de la cerveza empezaba a llenarse con hombres que no tenían prisa por volver a casa. Se compró una jarra de la sidra de la mujer del herrero y se sentó en un muro de piedra, al

borde del prado, mirando la feria desde fuera, como miraba casi todo: con interés y sin pertenencia. La sidra era áspera y dulce al mismo tiempo, con un regusto a manzana fermentada que se quedaba en la garganta. Edmund bebió despacio. No tenía a nadie a quien buscar ni a nadie que lo buscara.

Catherine llegó a las cuatro.

La vio antes de que ella lo viera a él. Venía caminando por el sendero que bajaba de la iglesia, con un vestido de algodón azul oscuro que no le había visto antes y un cárdigan gris que sí, el mismo que usaba en el jardín. Llevaba el pelo suelto. En Ashworth Hall siempre lo llevaba recogido, pero hoy lo llevaba suelto y el viento de septiembre se lo movía sobre los hombros, y Edmund pensó, con la parte de su cerebro que clasificaba las cosas automáticamente, que el pelo de Catherine tenía el color exacto de las hojas de haya en la primera semana de octubre: castaño que empieza a volverse cobrizo, — algo ardiendo dentro sin que se notara desde fuera.

No venía a buscarlo. O eso se dijo él. Probablemente venía a la feria como venía todo el pueblo, porque era Michaelmas y Michaelmas era una costumbre y las costumbres eran lo que sostenía a la gente en los Cotswolds más que la religión o el gobierno. Pero caminó directamente hacia el puesto de la sidra, que estaba a tres metros del muro donde Edmund estaba sentado, y cuando llegó al puesto no miró la sidra sino que miró alrededor, con ese gesto rápido y preciso de quien busca un punto de referencia que ya sabe dónde está.

Lo vio. No sonrió. Hizo algo que Edmund había aprendido a reconocer durante las semanas en el jardín: se quitó el pelo de la cara con dos dedos y lo metió detrás de la oreja, que era el gesto que hacía cuando se concentraba, cuando iba a empezar a dibujar, cuando dejaba de observar el mundo en general y empezaba a mirar algo en particular.

Se acercó.

«No sabía que venías», dijo.

«No sabía que venías tú», dijo Edmund.

Los dos mintieron con la misma naturalidad. Los dos lo supieron. Ninguno de los dos lo mencionó.

Catherine se compró una jarra de sidra. Se sentó en el muro, al lado de Edmund, con medio metro de piedra entre ellos. Era la primera vez que estaban juntos fuera de Ashworth Hall, fuera del jardín amurallado, fuera de la órbita de la casa y de sus reglas. Aquí no había muros de ladrillo ni senderos de grava ni puertas de servicio. Aquí había barro, sidra, niños con azúcar en la cara y un hombre que tallaba cucharas. Aquí Catherine no era la señorita Ashworth y Edmund no era el hijo del jardinero. Eran dos personas sentadas en un muro con los pies colgando a diez centímetros del suelo, bebiendo la misma sidra que bebía todo el pueblo.

No era cierto, por supuesto. La clase no desaparecía porque uno quisiera. Seguía ahí, en los zapatos de Catherine —de cuero, sin barro— y en los de Edmund —gastados, con la suela remendada—. Seguía en la forma en que el tendero les había cobrado: «señorita» a Catherine, «colega» a Edmund. Seguía en la mirada que Mrs. Bellamy —que pasaba por la feria camino de la iglesia— les lanzó al verlos sentados juntos: no de reproche sino de registro, como quien apunta algo en un cuaderno invisible. La clase estaba ahí. Pero la sidra era buena, y la tarde era larga, y el viento de septiembre olía a humo de leña y a caídas de manzanas, y a veces la ilusión de libertad es suficiente para actuar como si la libertad fuera real.

Caminaron. No lo decidieron; ocurrió. Edmund bajó del muro y Catherine bajó después, y se encontraron caminando entre los puestos, uno al lado del otro, con la distancia justa entre sus cuerpos para que nadie pudiera decir nada y para que ambos supieran que la distancia era deliberada. Pasaron por el puesto de conservas, donde Catherine se detuvo a mirar un tarro de mermelada de ciruela con la concentración que dedicaba a todo lo que miraba. Pasaron por el torno del hombre de Bourton, donde Edmund explicó, sin que nadie se lo preguntara, que la madera que estaba tallando era olmo y que el olmo tenía una veta espiral que lo

hacía ideal para cucharas porque no se rajaba con el uso. Catherine lo miró mientras hablaba. No miraba al tornero. Lo miraba a él.

«¿Cómo sabes eso?», dijo.

«Mi padre me enseñó. Sabe todo lo que se puede saber sobre la madera. Y sobre las plantas. Y sobre la tierra.» Hizo una pausa. «No sabe mucho sobre las personas.»

«Quizá las personas no son tan distintas de las plantas», dijo Catherine.

«No. Las plantas son más fiables.»

Catherine se rio. No una risa grande ni una risa contenida: una risa breve, seca, genuina, del tipo que se escapa antes de que uno pueda decidir si quiere soltarla. Edmund la miró. Nunca la había oído reír. En el jardín amurallado no se reía; sonreía a veces, con esa sonrisa pequeña que no terminaba de formarse, pero no se reía. La risa le cambiaba la cara. Le abría una zona que no estaba en los dibujos, que no podía capturarse con lápiz, que existía solo en el sonido y se desvanecía tan rápido que había que estar atento para atraparla.

Llegaron al borde del prado, donde los puestos terminaban y empezaba el camino de vuelta al pueblo. Los setos estaban cargados de bayas rojas —espino, cornejo, rosa silvestre— y a lo largo del sendero, creciendo en las cunetas y al pie de los muros de piedra seca, había ásteres. Ásteres de Michaelmas. Decenas de ellos, docenas, floreciendo en púrpura oscuro y azul lavanda y un rosa polvoriento que parecía blanco a contraluz. Eran de esas flores que la gente no mira porque crecen en cualquier parte, porque no son rosas ni lirios ni nada que merezca un jarrón, porque florecen cuando todo lo demás se está muriendo y eso las hace parecer ordinarias, — florecer a finales de septiembre es lo que las hace extraordinarias y no un acto de resistencia.

Edmund se detuvo. Se agachó junto al seto y cortó tres tallos de ásteres con la navaja que siempre llevaba en el bolsillo: púrpura oscuro, con el centro amarillo, los pétalos dispuestos en una espiral

tan regular que parecía hecha con compás. Los sostenía con cuidado, por la base del tallo, como sostenía las rosas en el jardín.

«Ásteres de Michaelmas», dijo, y se los ofreció a Catherine. No con el gesto formal de quien entrega un ramo sino con la naturalidad de quien comparte lo que tiene. «En el lenguaje de las flores, el áster significa paciencia. Y recuerdo.» Hizo una pausa. «Pero también significa otra cosa.»

«¿Qué cosa?»

«Te amé hasta el final.»

Lo dijo mirando los ásteres, no a Catherine. Lo dijo con el tono de quien cita un dato botánico, como había dicho «centifolia» y «Lonicera periclymenum» y «Souvenir de la Malmaison.» Era un significado de flor, no una declaración. Podía ser las dos cosas. Podía ser ninguna. Esa era la ventaja del lenguaje de las flores: la ambigüedad como escudo y como puerta.

Catherine cogió los ásteres. Los miró un momento. Eran flores modestas, casi feas si uno no sabía mirarlas, con esa apariencia desaliñada de las cosas que crecen sin que nadie las cultive. Pero eran las últimas flores del año. Las que florecían cuando todo lo demás se retiraba.

«¿Hasta el final de qué?», dijo.

«De todo.»

Siguieron caminando. Catherine llevaba los ásteres en la mano derecha. Edmund caminaba a su izquierda, con las manos en los bolsillos. El sol de septiembre bajaba y la luz se volvía oblicua, dorada, del color que sólo tiene en esa hora y en esa estación, como si alguien hubiera añadido miel al aire. Las campanas de la iglesia empezaron a tocar. Vísperas de Michaelmas. Seis campanadas lentas que se extendían por el valle como ondas en un estanque, cada una un poco más débil que la anterior, hasta que el silencio las absorbía y el aire volvía a ser solo aire.

Habían llegado a la parte trasera de la carpa de la cerveza. Estaban solos. El ruido de la feria llegaba amortiguado, como algo

que ocurriera en otro país. El seto de espino tenía bayas rojas que brillaban bajo la luz última. Un mirlo cantaba en alguna parte con esa urgencia que tienen los pájaros cuando el día se acaba, como si necesitaran decir algo antes de que oscurezca.

Edmund se detuvo. Catherine se detuvo. Estaban a medio metro el uno del otro.

No hubo declaración. No hubo pregunta. No hubo nada que un observador pudiera describir como una decisión. Edmund la miró y Catherine lo miró y algo que llevaba semanas creciendo en el espacio entre los dos —entre los ramilletes en el banco, entre las frases en latín, entre el dibujo de una mano y el perfume de una madreselva— llegó al punto en que las cosas que crecen dejan de crecer y se abren.

La besó. O ella lo besó. O fue simultáneo, como la polinización que Edmund había descrito en su trabajo final de Cambridge: dos organismos que se mueven el uno hacia el otro porque la biología sabe lo que las personas aún no admiten.

Sabía a sidra. A humo de leña. A algo más que no tenía nombre porque los nombres son para lo que se puede repetir y eso solo ocurrió una vez. Duró tres segundos, o cinco, o toda la tarde; después Edmund no podría estar seguro. El pelo de Catherine le rozó la mandíbula. Los ásteres quedaron atrapados entre los dos, contra el pecho de él, y cuando se separaron algunos pétalos se habían caído y estaban en la camisa de Edmund, púrpuras contra el algodón blanco, como confeti o como prueba.

Las campanas habían dejado de sonar.

«Esto no puede ser», dijo Catherine. No lo dijo como reproche ni como alarma. Lo dijo como quien constata una ley física: la gravedad existe, el agua hierve a cien grados, esto no puede ser.

«Ya es», dijo Edmund.

También eso era una constatación. No un desafío ni una promesa ni una declaración. Un dato. Como centifolia. Como Michaelmas. Lo que está ahí no puede dejar de estar aunque uno quisiera.

Se quedaron de pie, el uno frente al otro, con un pétalo de áster pegado a la camisa de él y el pelo de ella moviéndose con el viento que traía olor a humo y a manzana y a algo más que era septiembre terminando y octubre empezando y todo lo que esas dos palabras iban a significar en las semanas que venían.

Volvieron al prado. No se tocaron. No hacía falta. Toda la tarde había sido un solo gesto, y el gesto estaba hecho, y ahora caminaban por el camino de vuelta con la distancia justa entre los dos y el mundo entero reorganizado alrededor de un beso que había durado tres segundos o cinco o toda la tarde.

Los ásteres de Michaelmas seguían floreciendo a lo largo de los setos, púrpuras y azules bajo la luz que se iba. A esa hora parecían más oscuros, casi negros, y Edmund pensó que se parecían a las rosas del rosal viejo del jardín amurallado: las que tenían un rojo tan oscuro que no parecía rojo sino ausencia de otro color. Las cosas que florecen al final son así: más intensas, más concentradas, con la intensidad de lo que sabe que dura poco y pusieran todo lo que tienen en cada pétalo.

Se separaron al llegar al cruce donde el camino de la finca se bifurcaba del camino del pueblo. Catherine iría hacia la casa grande. Edmund iría hacia el cottage. El mismo paisaje, dos destinos.

«Buenas noches, señorita Ashworth», dijo Edmund. La formalidad le salió automática, como un reflejo, como quitarse la gorra al entrar en la iglesia. Pero había algo distinto en la forma de decirlo. Algo que no estaba ahí la última vez, en el pasillo de Ashworth Hall después de la cena. No sabía qué era. Quizá era humor. Quizá era desafío. Quizá era la broma privada de usar un muro de protocolo que ambos acababan de saltar.

Catherine lo miró. El sol estaba detrás de ella y Edmund no podía verle la cara con claridad, solo la silueta y el pelo cobrizo que el contraluz convertía en algo que no se parecía a nada botánico ni a nada de lo que Edmund supiera el nombre.

«Buenas noches, señor Blackwell», dijo. Y se fue por el sendero de la finca sin mirar atrás, con los ásteres en la mano, con un pétalo

púrpura que se le había pegado al cárdigan y que no se quitó.

Edmund la vio alejarse. El sendero subía entre tilos cuyas hojas estaban empezando a amarillear, y la luz última los teñía de un oro sucio que era el color exacto del final del verano. Catherine caminaba con la espalda recta y los ásteres contra la cadera, y Edmund pensó, sin botánica y sin metáfora y sin ninguno de los mecanismos que usaba para mantener el mundo a distancia: la quiero. Así, sin más. La quiero. Como se quiere a la tierra donde creció lo que eres. Sin condiciones, sin nombre científico, sin la protección de un código que permita no decirlo.

Se quitó los pétalos de la camisa. Tres. Los guardó en el bolsillo del pantalón, donde se aplastaron contra un trozo de lápiz y el borde de la navaja, y se convirtieron en una mancha púrpura que no salió al lavar. La señora Finch la habría encontrado semanas después, en la lavandería, y no habría sabido qué era, porque las manchas de áster no se parecen a nada: no son ni fruta ni tinta ni tierra. Son algo propio que solo alguien que conociera la historia podría haber identificado.

Volvió al cottage. Arthur estaba en la cocina, leyendo junto a la chimenea. Le preguntó cómo estaba la feria. Edmund dijo que bien. Arthur asintió y volvió al libro. Era toda la conversación que necesitaban y todo el espacio que Edmund necesitaba para sentarse en el escalón de la puerta de atrás, con la noche cayendo sobre el valle y el olor a humo de leña subiendo desde las chimeneas del pueblo, y quedarse muy quieto, mirando cómo la primera estrella aparecía sobre el tejado de Ashworth Hall, con el sabor de la sidra y del humo todavía en la boca y una mancha púrpura en el bolsillo del pantalón que era la única prueba de que lo que había ocurrido no era un sueño.

En su habitación, arriba en la casa grande, Catherine puso los ásteres en un vaso de agua sobre la mesita de noche. A la luz de la vela, los pétalos púrpura se veían casi negros. Como las rosas tardías del jardín amurallado.

CAPÍTULO 10

Octubre dorado

Lo que Edmund recordaría después no eran los días sino la luz.

Una luz que solo existía en octubre, cuando el sol bajaba lo suficiente para entrar en el jardín amurallado por encima del muro sur y cruzarlo en diagonal, como una mano lenta que acariciara las plantas de este a oeste. Era una luz oblicua, dorada, con una calidad que los pintores llaman «caliente» y que Edmund, que no era pintor sino botánico, solo podía describir en términos de lo que hacía con las cosas que tocaba: volvía la piedra del banco más rubia, el ladrillo de los muros más rojo, las hojas de parra del muro oeste de un escarlata que parecía ardíer sin consumirse. Y a Catherine, que se sentaba en el extremo sur del banco con el cuaderno sobre las rodillas y el lápiz entre los dedos, le hacía algo en el pelo que Edmund no podía dejar de mirar: lo convertía en algo entre castaño y cobre, como las hojas de haya en el momento exacto en que dejan de ser verdes y aún no son marrones. Un color que duraba tres semanas al año y que después no existía.

Octubre de 1936. Después, cuando lo recordara, diría que fue el mes más largo y más corto de su vida. Largo porque cada tarde en el jardín tenía la densidad de un día entero: las horas se expandían, se llenaban de detalles, de observaciones, de silencios que no eran vacíos sino llenos de algo para lo que el inglés tiene una palabra —contentment— y el castellano no tiene ninguna que se le acerque sin pasarse o sin quedarse corta. Corto porque terminó, y cuando terminó, Edmund entendió que había durado lo que duran las cosas que importan: menos de lo que uno necesita y exactamente lo que uno recuerda.

Las tardes tenían una forma. No la habían acordado; se había formado sola, como se forman los senderos que la gente camina sin planificar. Edmund llegaba al jardín a las dos, después de comer con su padre en la cocina del cottage. Catherine llegaba a las tres,

después de supervisar la casa. No se saludaban. No hacía falta. Edmund levantaba la cabeza del cuaderno de campo; Catherine dejaba el bolso en el borde del banco; los dos sabían que el otro estaba ahí, y ese saber era suficiente.

A veces trabajaban. Edmund catalogaba; Catherine dibujaba. Habían terminado los rosales y estaban con las clemátides, que eran más difíciles porque tenían menos carácter que las rosas: las rosas pedían atención, exigían ser nombradas; las clemátides trepaban en silencio y florecían cuando les daba la gana, sin avisar, sin protocolo. A Edmund le gustaban las clemátides por eso. Catherine las dibujaba con una impaciencia que no mostraba con las rosas, retada por la modestia de la planta a encontrar belleza donde no había ostentación.

A veces no trabajaban. Se sentaban en el banco de piedra y leían. Catherine tenía un ejemplar de Jane Eyre que había sido de su madre, con subrayados en lápiz que Lady Ashworth había hecho en páginas que Catherine releía por los subrayados, porque las palabras que otra persona marca en un libro dicen más de esa persona que cualquier diario. Edmund leía los cuadernos de viaje de Alexander von Humboldt, que era lo más parecido a un héroe que tenía: un hombre que había recorrido el mundo nombrando lo que veía, convencido de que nombrar era una forma de cuidar.

Leían en silencio. No el silencio tenso de los primeros días, cuando la distancia entre los extremos del banco era un muro invisible. Sino un silencio compartido, cómodo, del tipo que sólo existe entre personas que ya no necesitan hablar para sentirse acompañadas. Edmund pasaba una página; Catherine pasaba una página; una abeja trazaba un arco entre los ásteres tardíos y el arco de clemátide; el sol bajaba un grado; la sombra del muro avanzaba un centímetro. Eso era todo. Eso era suficiente.

A veces Edmund le explicaba cosas. Su mente funcionaba así: veía una hoja caída y necesitaba decir por qué había caído, cuál era el mecanismo, qué pasaba dentro del árbol para que la hoja se soltara.

«Las hojas no caen porque estén muertas», le dijo una tarde, sosteniendo una hoja de arce entre los dedos. Era amarilla con bordes rojos, del tamaño de su mano. «Caen porque el árbol las suelta. Forma una capa de células en la base del pecíolo, como una cicatriz antes de que haya herida. El árbol decide. No es una muerte: es una amputación voluntaria.»

«¿Por qué?»

«Para sobrevivir al invierno. Si conservara las hojas, el agua se congelaría en los tejidos y las ramas reventarían. Así que las suelta. Guarda la energía en el tronco y las raíces, donde está a salvo, y espera.»

«¿Hasta cuándo?»

«Hasta la primavera. Pero antes de soltar las hojas, les retira la clorofila. Eso es lo que vemos. El verde desaparece y aparecen los pigmentos que siempre estuvieron debajo: carotenoides, antocianinas. Los amarillos, los rojos, los naranjas. Estaban ahí todo el tiempo, escondidos debajo del verde.»

Catherine cogió la hoja. La miró a contraluz. El sol de octubre la atravesaba como una vidriera diminuta, mostrando la red de nervaduras que sostenía el color.

«Entonces el otoño no transforma las hojas», dijo. «Las muestra como siempre fueron.»

«Exactamente.»

«El otoño es la estación de la verdad.»

Edmund no supo qué responder. No porque no estuviera de acuerdo sino porque Catherine acababa de convertir un dato de biología celular en algo que le apretaba el pecho, y él no tenía vocabulario para eso. Tenía vocabulario para los carotenoides y para las antocianinas y para la capa de absición que se forma en la base del pecíolo. No tenía vocabulario para lo que le ocurría cuando Catherine decía cosas así, con esa voz seca y precisa que no buscaba belleza sino exactitud y que, por eso, era más bella que cualquier cosa que buscara serlo.

Ella le devolvió la hoja. Él la puso entre las páginas del cuaderno de campo, donde se aplastaría con el tiempo y se secaría y perdería el rojo pero no la forma, y años después alguien podría abrirlo y encontrar una hoja de arce prensada entre un diagrama de polinización y una lista de clemátides, y no sabría qué significaba, porque las hojas prensadas entre páginas no vienen con explicación.

Fue en una tarde así, de lectura y silencio, con la luz bajando sobre el jardín y los ásteres de Michaelmas todavía floreciendo en los bordes de los parterres, cuando Edmund dijo lo que dijo.

No lo pensó antes. Las cosas que Edmund decía sin pensar eran siempre más verdaderas que las que pensaba, porque cuando pensaba les ponía filtros —de clase, de prudencia, de la costumbre de no atreverse— y cuando no pensaba las decía como eran, limpias, sin protección, como una raíz que queda al aire cuando se retira la tierra.

«Volveré siempre en otoño», dijo. Estaba mirando los ásteres, no a Catherine. Tenía las manos sobre las rodillas, con tierra bajo las uñas como siempre, y el cuaderno abierto en una página que no había escrito porque la tarde no era para escribir sino para estar. «El otoño es cuando todo lo que importa madura.»

Catherine no dijo nada. Edmund no la miró. Oyó el lápiz detenerse sobre el papel —ese sonido diminuto que en el silencio del jardín amurallado era tan claro como un chasquido— y después un silencio más largo que los silencios habituales, y después un ruido que no era lápiz sino otra cosa: piedra contra piedra. Un rasguido sordo, como una uña sobre pizarra.

Miró.

Catherine tenía una piedra pequeña en la mano —un trozo de sílex que había cogido del sendero de grava— y estaba grabando algo en el banco, entre los dos, en esa franja de piedra que nadie usaba porque quedaba exactamente en la mitad. Las letras eran toscas, poco profundas, del tamaño de una moneda de penique, y no eran letras de dibujante: eran letras de alguien que está haciendo algo que no ha ensayado.

E.B. + C.A.

«Es una locura», dijo Edmund.

«Los cuerdos son los que no graban nada», dijo Catherine, sin levantar la vista.

Siguió grabando. La piedra cedía bajo el sílex con esa resistencia blanda que tiene la caliza: no se rompe, se deja marcar, — acepta la marca en lugar de rechazarla. Catherine terminó la «A» del apellido, se echó hacia atrás y miró el resultado. Las letras eran irregulares, algunas más profundas que otras, con un trazo que no tenía nada de la precisión de sus dibujos. Eran letras hechas con prisa y con algo que no era prisa sino urgencia, la urgencia de dejar constancia, de escribir en un material que no se pudiera tachar ni borrar ni perder ni quemar.

Edmund las miró. E.B. + C.A. Iniciales de nombres que no necesitaban apellido completo porque en ese banco solo podían significar dos personas. Iniciales grabadas en piedra como las que graban los niños en los árboles, con la misma mezcla de temeridad y miedo, la misma necesidad de decir «yo estuve aquí» que es la forma más antigua y más desesperada del amor.

Quiso decirle que esas letras estarían ahí cuando los dos ya no estuvieran. Quiso decirle que la piedra caliza duraba siglos, que la lluvia la erosionaría un milímetro por siglo pero que las letras eran lo bastante profundas para sobrevivir a los dos, a la finca, al jardín, al muro. Quiso decirle que lo que acababa de hacer era un acto de fe tan completo que no podía medirse en pétalos ni en latín botánico ni en ningún lenguaje que él conociera. No dijo nada de eso.

«Está torcida la B», dijo.

Catherine lo miró. Por un segundo Edmund pensó que se había enfadado. Después vio que se estaba conteniendo, que la boca le temblaba por una razón que no era enfado, y que lo que estaba conteniendo era una risa que quería salir con la misma fuerza que la sidra en la feria de Michaelmas.

«También estaba torcida la C de centifolia», dijo. «La que escribí con tu pluma.»

Era la primera vez que lo tuteaba.

No lo señalaron. No hicieron nada que marcara el momento. Pero el «tú» quedó en el aire entre los dos como la hoja de arce entre las páginas del cuaderno: algo que se guardaría para después, sin necesidad de comentario.

Se quedaron sentados. El sol siguió bajando. La sombra del muro avanzó sobre el jardín con la lentitud de algo que no tiene prisa porque sabe que siempre gana. Los ásteres de los parterres, que a la luz directa eran púrpura, se volvieron azules cuando la sombra los cubrió, y después casi negros, como si el color se concentrara en la oscuridad en lugar de desaparecer. Las rosas del arco norte estaban en su última floración: pétalos que ya no se apretaban con la firmeza de agosto sino que se abrían blandos, generosos, como si supieran que no habría otra oportunidad y quisieran mostrar todo lo que tenían antes de que el frío las cerrara.

Edmund pensó: así es como quiero recordar esto. No como una escena sino como una temperatura. La temperatura de octubre en un jardín amurallado. La temperatura de estar sentado junto a alguien que acaba de grabar tus iniciales en piedra y que ha usado el «tú» por primera vez y que no ha sonreído al hacerlo sino que ha seguido mirando las letras con esa atención concentrada que dedica a todo lo que dibuja, verificando que las iniciales siguieran ahí.

«Se acabó la luz», dijo Edmund. La sombra había cubierto el banco por completo. El sol ya solo tocaba la parte superior del muro sur, una franja estrecha y brillante que se hacía más estrecha cada segundo.

«Mañana volverá», dijo Catherine.

Se levantaron. Recogieron los cuadernos, los lápices, la lupa de Edmund, el cojín de Catherine. Era el ritual del cierre, el mismo de cada tarde, con los mismos gestos en el mismo orden, como los pasos de un baile que habían aprendido sin coreografía. Pero esa

tarde, antes de irse, Edmund hizo algo que no había hecho nunca: pasó la punta de los dedos por las letras grabadas. E.B. + C.A. La piedra estaba fría donde la sombra la había cubierto, pero los surcos de las letras guardaban un resto de calor del sol de la tarde, como si la piedra hubiera absorbido algo de la mano que las había tallado.

Catherine lo vio hacer ese gesto y no dijo nada. Se colgó el cuaderno bajo el brazo. Se puso las gafas —estaban solos; podía— y caminó hacia la puerta del jardín.

«Edmund», dijo desde la puerta, sin darse la vuelta.

Era la primera vez que lo llamaba por su nombre. No señor Blackwell. Edmund. Así, a secas, como se nombran las cosas que ya no necesitan presentación.

«Mañana trae el catálogo de Rivers. Hay una rosa en el arco sur que nadie ha identificado.»

Se fue. La puerta se cerró. El jardín quedó vacío excepto por Edmund, las iniciales y el último rayo de sol que se apagaba en el borde del muro como la llama de una cerilla que se consume.

Se sentó otra vez. No tenía prisa. Arthur no esperaba hora de cena; cenaban cuando cenaban. Edmund se quedó en el banco, en la oscuridad creciente, con los pies en la grava y las manos sobre las iniciales grabadas, y miró cómo el cielo de octubre se iba cerrando sobre el jardín: del dorado al cobre, del cobre al gris, del gris a un azul profundo en el que aparecieron, una a una, estrellas que Edmund podía nombrar pero que esa noche no le interesaba nombrar porque ya había agotado su cuota de nombres, de datos, de clasificaciones, y lo que quería no era saber sino estar.

Estar aquí. En este banco. Con estas letras bajo los dedos. En este octubre que no se repetiría.

Se equivocaba, por supuesto. Octubre se repetiría. Se repetiría cincuenta y tres veces más para Catherine, que volvería cada año con ásteres a una puerta cerrada. Se repetiría para Edmund de una forma que aún no podía imaginar: como una inquietud sin nombre en un jardín de Sussex, como unas manos que cuidarían plantas sin

recordar por qué, como una frase —«volveré cuando madure»— que diría sin saber qué significaba. Octubre volvería. Pero no este octubre. Este, el primero, el que tenía esta luz y este banco y estas iniciales recién grabadas y la voz de Catherine diciendo su nombre por primera vez, este no volvería.

Eso lo sabía Edmund sin saberlo. Lo sabía del mismo modo en que sabía que las hojas caían no porque murieran sino porque el árbol las soltaba: no como conocimiento sino como verdad del cuerpo, como el escozor que precede al frío, como la tensión en el aire antes de la lluvia. Algo iba a cambiar. No podía decir qué ni cuándo. Solo que el jardín amurallado tenía esa cualidad que tienen los lugares donde uno es feliz: la cualidad de parecer, al mismo tiempo, infinitos y a punto de acabarse.

Se levantó. Cruzó el jardín a oscuras, guidándose por los olores: lavanda a la izquierda, rosa a la derecha, tierra recién regada bajo los pies. Encontró la puerta con las manos. La abrió. Salió. La cerró detrás de él.

Arriba, en la casa grande, una ventana del segundo piso tenía luz. Edmund no sabía de quién era esa ventana. Podía ser la de Catherine, quitándose las gafas y abriendo el cuaderno en una página en blanco. Podía ser la de George, sirviéndose la tercera copa de oporto. Podía ser la de Lord Ashworth, leyendo sobre orquídeas con una taza de té que se enfriaba. Podía ser cualquiera. Era una ventana iluminada en una casa grande, y Edmund estaba fuera, en la oscuridad, con tierra bajo las uñas y el nombre de Catherine en la garganta, caminando hacia el cottage donde su padre dormía con un libro abierto sobre el pecho y el té frío en la taza.

Las hojas caían a su alrededor. Las oía, más que verlas: un roce seco contra la grava, un susurro intermitente que se parecía al sonido del papel cuando alguien pasa una página. Caían porque el árbol las soltaba. Porque debía soltarlas para sobrevivir.

Pero aún no. Aún no. Todavía quedaba octubre.

CAPÍTULO 11

La noche en el cottage

No lo decidió. Lo hizo.

Había una diferencia, y Catherine la conocía bien: había pasado veinte años en una casa donde todo se decidía antes de hacerse, donde las acciones eran la consecuencia de las deliberaciones y las deliberaciones tenían protocolo y el protocolo tenía reglas. Pero esa noche, después de la cena en la que George había traído a Freddie Lawrence y a Tom Cavendish y a una mujer llamada Sybil que fumaba con boquilla y hablaba de Edmund como de un fenómeno curioso —«El protegido de tu padre, qué encantador, ¿no?, un poco como un proyecto de caridad con patas»—, Catherine no decidió nada. Se quitó el vestido de cena. Se puso el cárdigan gris sobre el camisón. Se calzó los zapatos de caminar. Bajó la escalera de servicio, la que no cruíja, la que las doncellas usaban a las seis de la mañana para no despertar a la familia. Salió por la puerta lateral. Caminó.

Llovía. No la lluvia teatral de las tormentas sino una lluvia fina, persistente, del tipo que en los Cotswolds puede durar días sin que nadie la considere digna de mención. El sendero que bajaba del ala de servicio al huerto estaba oscuro. No había luna. Catherine caminó por la grava guiándose por el sonido de sus propios pasos y por la memoria de un camino que había recorrido mil veces de día y nunca de noche. Los manzanos del huerto eran formas oscuras a su derecha, con los frutos todavía en las ramas, y el olor a manzana mojada era tan fuerte que era casi un sabor: agrio, dulce, con un fondo de fermentación que era la señal del otoño avanzando.

El cottage estaba al final del sendero. Tenía una ventana encendida. Una sola: la de la cocina, que era también la sala, que era también el lugar donde Arthur leía por las noches. Pero era jueves. Los jueves Arthur jugaba al dominó en el pub del pueblo. No volvía hasta las diez. Eran las nueve menos cuarto.

Catherine se detuvo frente a la puerta verde. El corazón le latía con una velocidad que no era miedo ni era excitación sino algo más parecido al vértigo: la sensación de estar al borde de algo que no tiene barandilla. Levantó la mano para llamar. Antes de que los nudillos tocaran la madera, la puerta se abrió.

Edmund estaba descalzo, con una camisa vieja arremangada hasta los codos y un libro en la mano que cerró al verla sin marcar la página. No parecía sorprendido. Parecía alguien que ha estado escuchando pasos en la grava durante los últimos tres minutos y que ha tenido tiempo de levantarse, de cerrar el libro, de caminar hasta la puerta, y de abrirla en el momento exacto en que la persona que esperaba llegaba. Si era casualidad, era una casualidad con la precisión de un reloj. Si no lo era, Edmund llevaba semanas esperando este momento con la misma paciencia con la que esperaba a que germinara una semilla: sin forzar, sin medir el tiempo, sabiendo que lo que debe ocurrir ocurre cuando las condiciones son las correctas.

No dijo su nombre. No dijo buenas noches. No dijo nada que pudiera convertir el momento en una conversación, porque las conversaciones tienen reglas y esta noche no tenía ninguna.

Se apartó de la puerta. Catherine entró.

El cottage era más pequeño de lo que imaginaba. Sabía sus dimensiones —era la señora de la casa; sabía las dimensiones de todo—, pero saberlas no era lo mismo que sentirlas. Dos habitaciones abajo, dos arriba, una cocina que servía de todo. El techo era bajo, con vigas de roble que alguien más alto que ella habría tenido que esquivar. Las paredes estaban encaladas pero amarillentas por el humo de la chimenea y de la pipa de Arthur, y en cada superficie horizontal había plantas: macetas de barro en el alféizar de la ventana, un helecho en un tarro de mermelada sobre la repisa de la chimenea, tres esquejes en vasos de agua junto al fregadero, y en la estantería de la pared, entre los libros prestados de la biblioteca ambulante, ramitas secas de lavanda y de romero que perfumaban las páginas.

Olía a tabaco de pipa. A tierra traída en los zapatos. A papel viejo. A algo más que Catherine tardó un momento en identificar: jabón de alquitrán. El jabón negro que Arthur compraba en barras en la tienda del pueblo y que dejaba un olor medicinal y limpio, como a bosque después de un incendio. Era el olor de Edmund. El que Catherine había percibido durante semanas en el jardín, debajo del olor a tierra y a sol, y que ahora, en el espacio cerrado del cottage, era más fuerte, más presente, más él.

Había un fuego bajo en la chimenea. No grande: tres leños que ardían sin llama, con brasas anaranjadas que palpitaban como algo vivo. Una vela en la mesa de la cocina, metida en una botella de cerveza vacía, con la cera derretida formando estalactitas en el cristal verde. La luz era irregular, intermitente, y hacía que las sombras de las plantas en la estantería temblaran sobre la pared como un jardín que respirara.

Catherine miró a su alrededor con los ojos de quien dibuja: notó las proporciones de la habitación (más ancha que larga, con el techo más bajo en el extremo de la chimenea), la composición de la mesa (el libro abandonado, la taza de té a medio beber, un lápiz, una lupa, un plato con migas de pan), la calidad de la luz (cálida en el centro, oscura en las esquinas, con esa inestabilidad que tienen las velas, —la habitación parpadeaba). Era un espacio que no se parecía a nada de Ashworth Hall. No era feo ni era bello. Era verdadero. Cada cosa estaba donde estaba porque alguien la usaba, no porque alguien la hubiera colocado para que pareciera algo. La taza de té tenía un desconchón en el borde. El cuchillo del pan no tenía mango. La manta del sillón de Arthur estaba doblada con el descuido de alguien que la dobla todos los días sin pensar en cómo queda.

Era el lugar más honesto que Catherine había visto.

«Siéntate», dijo Edmund. Señaló el sillón de Arthur. Después se corrigió: «O la silla. O...» Se detuvo. No sabía dónde sentar a una mujer que acababa de cruzar medio kilómetro de oscuridad y lluvia para llegar a su puerta, porque ninguno de los manuales de etiqueta que había leído en Cambridge —y había leído varios, con la

meticulosidad del que quiere aprender las reglas de un mundo que no es el suyo— cubría esta situación.

Catherine no se sentó. Se quedó de pie junto a la mesa, con el cárdigan gris mojado por la lluvia y el pelo pegado a las sienes, y miró a Edmund con una expresión que él no había visto antes: una mezcla de calma y de algo que no era lo contrario de la calma sino su fondo, lo que la calma cubre cuando es verdadera.

«No he venido a sentarme», dijo.

No lo dijo con coquetería ni con dramatismo. Lo dijo con la misma voz seca y precisa con la que había dicho «Sé dónde están los estantes de arriba, señor Blackwell» y «Los cuerdos son los que no graban nada.» La voz de alguien que ha tomado una decisión que lleva semanas formándose y que, ahora que está formada, no necesita adornos.

Edmund dejó el libro sobre la mesa. Lo dejó boca abajo, abierto, con las páginas hacia la madera. Era Humboldt: Catherine reconoció la portada de tela azul. Después él la miró —con esa mirada de botánico, paciente, evaluativa, que ya no era la mirada de un botánico sino la de un hombre que mira a una mujer que está mojada y que ha venido y que ha dicho lo que ha dicho— y caminó hacia ella, y la lluvia repiqueteaba en el tejado de pizarra con un ritmo que cambió en ese momento, o que pareció cambiar, porque el viento giró y la lluvia dejó de caer vertical y empezó a caer oblicua, golpeando la ventana con un sonido nuevo, más íntimo, como dedos que llaman a un cristal.

Edmund le tocó el pelo. No el rostro, no las manos, no los hombros. El pelo mojado que se le pegaba a la sien derecha. Lo apartó con un dedo, con la misma delicadeza con la que apartaba un tallo para ver la flor que había debajo. Catherine cerró los ojos. El tacto de esa mano —áspera, con callosidades en la base de los dedos y tierra en los pliegues de las uñas que ningún jabón terminaba de sacar— le decía más que cualquier cosa que la vista pudiera ofrecerle.

Lo que ocurrió después pertenecía a la parte del mundo que no tiene palabras. Las palabras, que sirven para nombrar las rosas y para descifrar los ramilletes y para escribir las cartas que nadie lee, no sirven para esto: para el momento en que dos cuerpos que han estado separándose con cuidado durante semanas dejan de separarse. Para el sonido de la lluvia en la pizarra cambiando de ritmo otra vez, — la noche respirando. Para la luz de la vela haciendo temblar las sombras de las plantas en la estantería, de modo que parecía que el jardín entero estuviera dentro de la habitación, moviéndose con ellos. Para el peso de los libros en los estantes. Para el olor a tabaco y a tierra y a jabón y a lluvia. Para el frío de las sábanas de algodón en la habitación de arriba —la habitación de Edmund, pequeña, con una ventana que daba al huerto y un techo inclinado que los obligaba a quedarse en el centro de la cama— y después el calor, gradual, necesario, como la tierra en primavera cuando el sol la alcanza después del invierno.

No fue perfecto. No es que Catherine hubiera esperado que lo fuera —no había esperado nada, porque esperar habría implicado planificar, y lo que estaba ocurriendo no tenía plan—, pero lo que la sorprendió fue que la imperfección fuera lo mejor de todo. La torpeza de Edmund buscando el botón del cárdigan y no encontrándolo porque era un botón forrado, del tipo que tiene un lazo en lugar de un ojal, y ella tuvo que deshacerlo con los dedos porque los dedos de él, que podían identificar una especie por la textura de un pétalo, no sabían cómo funcionaba un botón forrado. La rodilla de Edmund chocando con el marco de la cama en la oscuridad y diciendo algo entre dientes que sonaba a una maldición pero que podría haber sido el nombre científico de algo. La almohada que se cayó al suelo y que ninguno de los dos recogió.

Y las manos. Las manos de Edmund sobre su piel. Manos que sabían tocar la corteza de un roble y la nervadura de una hoja y la tierra recién cavada, y que ahora tocaban otra cosa con la misma atención, la misma lentitud, la misma disposición a esperar que la cosa tocada revelara su naturaleza. Catherine había sido tocada antes: por su madre, que le acariciaba el pelo antes de dormir; por

Helen, que le abrazaba en los cumpleaños; por Robert Hale, que le había besado la mano en un baile el año anterior con la corrección de quien practica un gesto social. Pero nadie la había tocado como la tocaba Edmund: como si cada centímetro de piel fuera una especie nueva que merecía ser catalogada.

Después, la oscuridad fue completa. La vela se había apagado sola, ahogada en su propia cera. La lluvia seguía. El fuego de abajo se había reducido a un resplandor rojizo que subía por la escalera como un rubor. Catherine estaba acostada boca arriba en la cama estrecha de Edmund, con la sábana de algodón que ya no estaba fría, y Edmund estaba a su lado, con una mano sobre su estómago, abierta, quieta, como si midiera algo que solo podía medirse con la palma.

Hablaron.

No de lo que acababa de pasar. No de lo que significaba. No de lo que vendría después, porque después era una palabra que pertenecía al mundo de fuera, al mundo de Ashworth Hall y de las sábanas de lino y de los apellidos, y en esta habitación no había después. Solo había lluvia en el tejado, oscuridad tibia, y dos personas que estaban más cerca de lo que habían estado nunca de nadie y que, por eso, podían decir cosas que nunca habían dicho.

«A veces sueño con irme», dijo Catherine. Lo dijo mirando el techo, que no podía ver. «Irme de Ashworth Hall. No a Escocia, no a Londres, no a ningún lugar con nombre. Solo irme. Dejar las llaves en la puerta y no volver.»

Silencio. La lluvia. El crujido de una viga.

«Yo sueño con lo contrario», dijo Edmund. Su voz sonaba distinta en la oscuridad: más grave, más suelta, sin la tensión que siempre tenía cuando estaba en la finca, como si la oscuridad le permitiera hablar sin la vigilancia de ser visto. «Sueño con pertenecer. Con poder entrar por la puerta principal. Con sentarme en la biblioteca sin que nadie me haya invitado. Con ser de aquí.»

«Tú eres de aquí.»

«De aquí.» Hizo una pausa. «Del cottage. Del huerto. De la puerta de atrás. No de ahí arriba.»

Catherine pensó en lo que acababa de decir y en lo que Edmund acababa de decir, y entendió —con esa claridad que la oscuridad da a veces, cuando no hay nada que mirar y el pensamiento no tiene donde distraerse— que los dos sueños eran la misma herida vista desde lados opuestos del muro. Ella quería irse de un lugar al que pertenecía sin sentir que le perteneciera. Él quería pertenecer a un lugar que no lo aceptaba. Ambos estaban atrapados: ella dentro, él fuera. Y el jardín amurallado —el único espacio donde las reglas no funcionaban— era el único punto donde las dos prisiones se tocaban.

No se lo dijo. Era demasiado grande para las tres de la mañana, para una cama estrecha, para una noche que ya se estaba acabando aunque la oscuridad dijera lo contrario. Algunas cosas se entienden mejor cuando no se dicen. Lo apretó más fuerte. El brazo de Edmund alrededor de su cintura. La mano con tierra y callosidades que le tocaba la cadera con una ligereza que no debía ser posible en unas manos así, como si Edmund supiera que hay cosas que se sostienen mejor cuanto menos se aprietan.

«Cuéntame algo», dijo Catherine. «Algo que no sepa.»

Edmund calló un momento. Catherine sintió que pensaba: no con la cabeza sino con el cuerpo, con ese modo suyo de procesar las cosas como procesaba las plantas, desde la raíz hacia arriba.

«Mi madre», dijo. «Se llamaba Rose. Murió cuando yo tenía cinco años. No me acuerdo de ella. Mi padre nunca habla de ella. No sé cómo era, no sé cómo olía, no sé si me quería o si simplemente me tuvo porque era lo que le tocó.» Hizo otra pausa. «Se llamó Rose y yo no sé qué tipo de rosa era.»

Catherine no dijo «cuánto lo siento» ni «qué triste» ni nada que la situación esperara que dijese, porque en la oscuridad, desnuda, con el brazo de Edmund sobre su cintura, las frases de consuelo le parecían lo que eran: ropa prestada que no abriga. Lo que hizo fue

buscarle la mano —la que tenía en su cadera— y entrelazar los dedos con los suyos, y apretar. No mucho. Lo justo.

Edmund apretó de vuelta.

No dijeron nada más durante un rato largo. La lluvia amainó. El viento dejó de empujar la ventana. En el huerto, un búho gritó dos veces y después calló. Catherine sintió que Edmund se dormía: la respiración se le hizo más lenta, el brazo se relajó, los dedos entrelazados aflojaron un poco pero no se soltaron. Le pasó la mano libre por el pelo —estaba caliente, un poco húmedo de sudor— y sintió la forma de su cráneo bajo los dedos, la curva de la nuca, la línea donde el pelo terminaba y empezaba la piel, suave, con un vello fino que era como el envés de una hoja.

Miró la oscuridad. Pensó: si alguien pudiera ver esto —si George pudiera ver esto, si su padre, si Helen, si Mrs. Bellamy, si Dawson, si cualquiera de las personas que componían el mundo de Ashworth Hall—, la palabra que usarían sería «vergüenza.» La señorita Ashworth en la cama del hijo del jardinero. La hija del señor en un cottage de dos habitaciones con sábanas de algodón y una taza con un desconchón. Vergüenza. Escándalo. La caída.

Pero la palabra no encajaba. No encajaba porque lo que Catherine sentía no se parecía a una caída sino a lo contrario: a haber subido, por fin, a un lugar desde el que podía ver con claridad. Una claridad que no tenía que ver con la moral ni con la clase ni con las reglas sino con algo más simple y más viejo: la sensación de estar exactamente donde debía estar, con la persona con la que debía estar, en una noche que no debía existir pero que existía, tercamente, como las rosas que florecen cuando nadie las cuida.

Se levantó antes de que amaneciera. Se vistió en la oscuridad, guiándose por el tacto: el camisón en el respaldo de la silla, el cárdigan en el suelo, los zapatos debajo de la cama. Se abrochó los botones del cárdigan —incluido el botón forrado que Edmund no había sabido deshacer— con los dedos torpes del que se viste sin luz.

Se detuvo en la puerta de la habitación. La cama estaba detrás de ella. Edmund dormía boca abajo, con la cara girada hacia la ventana y una mano fuera de la sábana, colgando del borde del colchón, con los dedos curvados hacia abajo, hacia el suelo, buscando el suelo incluso en sueños. La tierra. Las plantas. Las raíces de algo que no podía nombrar.

Catherine lo miró. Lo grabó —no en el cuaderno, no en papel, sino en el único lugar que no se podía robar ni cerrar con candado: la memoria—. La forma de sus hombros. La línea de la columna bajo la sábana. La mano con los dedos curvados. El pelo oscuro contra la almohada gris. El resplandor del amanecer que empezaba a filtrarse por la ventana y que le tocaba el hombro izquierdo con una franja de luz tan delgada y tan nueva que parecía recién nacida.

Bajó la escalera. Pasó por la cocina, donde las brasas de la chimenea todavía estaban tibias y Humboldt seguía boca abajo en la mesa, abierto en la página que Edmund nunca terminaría de leer. Abrió la puerta del cottage. El aire de fuera era frío y limpio, lavado por la lluvia, con un olor a tierra mojada y a hierba que era el olor del mundo antes de que la gente se despierte y lo llene de ruido.

Caminó por el sendero. No miró atrás. No porque no quisiera sino porque mirar atrás habría convertido la partida en una despedida, y no se estaba despidiendo. Se estaba yendo para volver. Como el otoño. Como las hojas que caen y que, debajo, siempre tuvieron los colores que ahora muestran.

CAPÍTULO 12

La carta

La escarcha llegó la primera semana de noviembre.

Edmund la encontró por la mañana en los cristales de la ventana de su habitación: una capa fina, con patrones que parecían helechos, como si una planta hubiera crecido en el vidrio durante la noche y se hubiera congelado antes de terminar de abrirse. Raspó el cristal con la uña del pulgar. La escarcha se desprendió en escamas diminutas que se derritieron en su dedo antes de llegar a la palma. Noviembre. Las hojas ya no eran doradas; eran marrones, húmedas, pegadas a la grava del sendero como monedas usadas. El viento soplaba del norte y traía un frío que no era aún el frío del invierno pero que era su aviso, su embajador, la nota que el invierno envía antes de presentarse en persona.

El jardín amurallado seguía siendo bello, pero de otra manera. La belleza de octubre —generosa, exhibicionista, con sus rojos y sus oros— había sido sustituida por algo más sobrio: los esqueletos de las clemátides trepando por los arcos, las rosas reducidas a escaramujos rojos, los ásteres de Michaelmas marchitándose con una dignidad lenta que Edmund admiraba sin saber que admirar. Los últimos pétalos se caían por la mañana, cuando la escarcha los aflojaba, y quedaban en la grava como trocitos de tela púrpura.

Catherine ya no venía todas las tardes. Noviembre traía obligaciones que octubre no tenía: la preparación de la casa para el invierno, el inventario de la despensa, las cortinas pesadas que había que colgar en todas las ventanas, la revisión de las chimeneas con el deshollinador que venía de Cheltenham. Catherine administraba todo eso con la eficiencia de siempre, pero Edmund notaba —en las veces que sí venía, una o dos tardes por semana, con el cuaderno y el cárdigan y las mejillas enrojecidas por el frío— que algo en ella había cambiado. No la forma de dibujar ni el rigor de sus trazos ni la atención que dedicaba a las plantas. Lo que había cambiado era la

velocidad con la que se ponía las gafas al llegar. Antes las sacaba del bolsillo después de sentarse, de acomodarse, de mirar alrededor para asegurarse de que estaban solos. Ahora se las ponía al entrar en el jardín, como quien se quita un disfraz. Ya no le importaba que él la viera con gafas. Eso significaba algo que Edmund no sabía formular pero que sentía como una temperatura: confianza. El calor específico de ser visible ante alguien y no necesitar esconderse.

Fue una de esas noches de noviembre —Arthur en el pub, el cottage en silencio, el fuego bajo en la chimenea y la escarcha creciendo en los cristales como un segundo jardín, oscuro y mineral — cuando Edmund escribió la carta.

No la planificó. No se sentó con la intención de escribir una carta de amor. Se sentó con la intención de anotar en el cuaderno de campo las observaciones del día: tres escaramujos del rosal Gallica que presentaban una coloración anómala, posiblemente relacionada con la helada temprana. Abrió el cuaderno por una página en blanco. Mojó la pluma en el tintero. Escribió la fecha: 7 de noviembre de 1936.

Y después, en lugar de describir escaramujos, escribió otra cosa.

No fue un torrente. No fue una confesión descontrolada ni un arranque romántico de los que se leen en las novelas que la biblioteca ambulante dejaba en la iglesia y que Arthur nunca leía porque prefería los manuales de apicultura. Fue algo distinto. Fue el mismo impulso que lo llevaba a catalogar una especie que no conocía: la necesidad de nombrar con exactitud algo que existía y que, sin nombre, podía perderse. Un naturalista no describe una planta por sentimentalismo; la describe para que sobreviva. Para que alguien, dentro de cien años, pueda abrir un cuaderno y saber exactamente qué crecía en un jardín amurallado de los Cotswolds en el otoño de 1936.

Edmund escribió sobre Catherine con la misma atención. Escribió sobre la forma en que sostenía el lápiz —entre el índice y el corazón, no entre el pulgar y el índice como la mayoría de la gente, lo que le daba un control sobre el trazo que Edmund solo había visto en los

grabadores del departamento de botánica de Cambridge—. Escribió sobre la curva de su nuca cuando se inclinaba sobre el cuaderno, que tenía la forma exacta del tallo de una Dicentra spectabilis: corazón sangrante, la llaman, aunque Edmund nunca le había contado ese nombre porque era demasiado obvio y porque Catherine habría fruncido los labios con el gesto que hacía cuando algo le parecía sentimental, que era el gesto más honesto que tenía.

Escribió sobre sus manos. Sobre la mancha de grafito que siempre tenía en el borde del meñique derecho, porque apoyaba la mano al dibujar y el grafito de los trazos anteriores se le pegaba a la piel. Sobre la cicatriz pequeña en la base del pulgar izquierdo que ella le había explicado una vez —un accidente con las tijeras de podar de su madre, a los once años— y que Edmund había tocado una tarde en el jardín, pasándole el dedo por encima sin pensarlo, como se toca una nervadura de hoja para sentir la textura, y Catherine no había retirado la mano.

Y escribió sobre la noche en el cottage. No con la crudeza de alguien que quiere escandalizar ni con la asepsia de alguien que quiere protegerse, sino con el lenguaje que tenía, que era el único lenguaje que había aprendido a usar sin tropezar: el de las plantas. Las metáforas eran botánicas pero no eran metáforas en el sentido decorativo; eran comparaciones de naturalista, precisas y sin adorno, que servían para nombrar lo que las palabras comunes nombraban mal o no nombraban. El interior de un pétalo tiene una textura que no se parece a nada que no sea un pétalo. La humedad que una planta libera al amanecer, cuando la temperatura sube y la tensión superficial se rompe, tiene un nombre: gutación. Edmund usó esa palabra. Usó otras. No eran vulgares. No eran pornográficas. Pero eran inconfundibles: el que las leyera —cualquiera que las leyera, no solo Catherine— sabría exactamente qué describían, porque la exactitud científica no deja espacio para la ambigüedad.

Era lo más honesto que había escrito en su vida. Era también, aunque no lo sabía, lo más peligroso.

Porque la honestidad, en el mundo de Ashworth Hall, no era una virtud sino un lujo que solo podían permitirse los que tenían poder para protegerse de sus consecuencias. Un hijo de conde podía escribir una carta explícita a una mujer y, si la carta se descubría, el asunto se manejaría con discreción: un padre comprensivo, un arreglo privado, quizá una boda adelantada, quizá un viaje al continente. Un hijo de jardinero que escribiera la misma carta sería otra cosa. La misma honestidad, el mismo deseo, las mismas palabras —pero filtradas por el tamiz de la clase, donde lo que arriba es «affaire» abajo es agresión, donde lo que arriba es «pasión» abajo es «atrevimiento,» donde el cuerpo de un hombre pobre tocando el cuerpo de una mujer rica deja de ser amor y se convierte en delito.

Edmund no pensó en nada de eso mientras escribía. Esa fue su inocencia y su condena: que escribió como si el jardín amurallado fuera el mundo entero, como si las reglas que no funcionaban dentro de esos muros no funcionaran en ningún sitio. Escribió como si fuera un hombre que amaba a una mujer, sin adjetivos de clase delante de «hombre» y de «mujer.» Escribió, durante una hora y media, con la escarcha creciendo en los cristales y el fuego bajándose en la chimenea, y cuando terminó tenía cuatro páginas escritas por las dos caras con la letra pequeña y apretada que usaba en el cuaderno de campo, la misma letra con la que anotaba medidas de estambres y ángulos de ramificación y porcentajes de germinación.

Relevó lo que había escrito. Le temblaban un poco las manos, no de frío. La carta era buena. No «buena» en el sentido de elegante o de literaria —Edmund no era escritor; era botánico—, sino buena en el sentido de exacta. Cada frase decía lo que quería decir. Cada imagen correspondía a algo real: algo visto, tocado, olido. No había exageración ni idealización ni la vaguedad que tienen las declaraciones de amor cuando se escriben desde la distancia. Esta carta se había escrito desde la cercanía. Desde las manos que habían tocado. Desde la boca que había besado. Desde la piel que había estado contra otra piel.

Eso era exactamente lo que la hacía peligrosa. No la pasión —la pasión puede negarse, atribuirse a la imaginación, descartarse como fantasía— sino la precisión. La carta describía cosas que solo alguien que hubiera estado ahí podía saber. La cicatriz en la base del pulgar. La mancha de grafito. La forma en que Catherine giraba la cabeza cuando olía algo que no reconocía. La carta era una prueba, en el sentido judicial del término: la demostración irrefutable de que lo que había ocurrido entre Edmund Blackwell y Catherine Ashworth no era un rumor sino un hecho.

Edmund no pretendía enviarla. Eso se dijo a sí mismo, y probablemente era cierto. La carta no tenía destinatario explícito; no empezaba con «Querida Catherine» ni terminaba con un nombre. Era algo entre un diario, una declaración y un inventario: la lista completa de lo que Edmund Blackwell sentía por Catherine Ashworth, escrita con la misma metodología con la que habría escrito un inventario de especies. Para que existiera. Para que no se perdiera. Para que, si algún día la memoria le fallaba o el coraje le faltaba o el mundo le decía —como el mundo siempre le decía— que no tenía derecho a sentir lo que sentía, pudiera abrir el cuaderno y leer, en su propia letra, la prueba de que sí lo había sentido. De que había sido real.

Guardó la carta entre las páginas del cuaderno de campo. No la arrancó; las páginas del cuaderno eran continuas, cosidas al lomo, y arrancar una habría dejado un muñón visible. La dejó entre el diagrama de polinización de la página cuarenta y siete y la lista de clemátides de la página cincuenta y dos. Cuatro páginas de letra apretada, intercaladas entre datos científicos, como un organismo que vive camuflado en un ecosistema que no es el suyo.

Cerró el cuaderno. Lo dejó sobre la mesa de la cocina, junto a la taza de té que se había enfriado sin que la tocara. Arthur volvería en media hora. Mañana llevaría el cuaderno al jardín amurallado, como cada día, y lo dejaría abierto sobre el banco de piedra mientras trabajaba entre los rosales. Lo había hecho cientos de veces. Lo haría una vez más. Sin pensar que alguien además de él pudiera abrirlo. Sin imaginar que el rigor que lo hacía buen botánico —la

incapacidad de ser vago, de dejar espacio para la ambigüedad, de escribir «la quiero» cuando podía escribir exactamente cómo— era la misma precisión que lo destruiría.

Porque en el jardín amurallado Edmund se sentía seguro. Era el único lugar del mundo donde no necesitaba vigilar. Dentro de esos muros no había puertas de servicio ni puertas principales, no había acento de Gloucestershire que esconder ni costuras de traje que disimular, no había miradas que clasificaban y descartaban en función del apellido. Dentro de esos muros Edmund era lo que las plantas eran: lo que crecía porque podía crecer, sin pedir permiso, sin justificar su presencia, sin el peso de estar donde no le correspondía.

Esa seguridad le costó todo.

Pero esa noche no lo sabía. Esa noche estaba en el cottage con las manos manchadas de tinta y la escarcha en los cristales y el cuaderno cerrado sobre la mesa, y lo que sentía no era miedo sino algo parecido al alivio: el alivio de haber dicho, aunque solo fuera por escrito, aunque solo fuera para sí mismo, lo que llevaba semanas creciendo dentro sin nombre.

Arthur llegó a las diez. Olía a cerveza y a lluvia y a la lana mojada de la gorra que se quitaba siempre al entrar. Se sentó en su sillón. Abrió el libro de rosales por la página donde lo había dejado. Edmund calentó agua para el té.

«¿Buen día?», preguntó Arthur. Era lo que preguntaba todas las noches. No esperaba una respuesta larga. Esperaba un gesto, un «mm», algo que confirmara que su hijo estaba ahí y que el día había sido soportable.

«Bueno», dijo Edmund.

Arthur asintió. Pasó una página del libro. Edmund vertió el agua hirviendo sobre las hojas de té y llevó las dos tazas a la mesa. Se sentó frente a su padre. Bebieron en silencio. El reloj de pared —un reloj barato, de los que se compraban en el mercado de Stow por dos chelines y que funcionaban hasta que dejaban de funcionar—

marcaba las diez y cuarto con un tic-tac que en otra casa habría sido imperceptible pero que en el cottage de los Blackwell era la única música.

Edmund miró a su padre. Las manos de Arthur sostenían el libro con la misma firmeza con la que sostenían las tijeras de podar: sin esfuerzo visible, con la seguridad de alguien que ha sostenido cosas toda su vida. Manos oscurecidas por la tierra, con las uñas cortas y limpias —Arthur era meticuloso con sus uñas, quizá porque sabía que la gente juzgaba a los jardineros por las uñas— y una cicatriz vieja en el dorso de la derecha, de cuando un rosal trepador le había arrancado una tira de piel hace veinte años.

Edmund quiso preguntarle por su madre. Quiso preguntarle —como quería preguntarle cada noche desde hacía veinte años— quién era Rose, cómo se habían conocido, por qué se habían casado, cómo había muerto, si la había querido o si la compañía era otra cosa. Quiso preguntarle si el amor que él sentía —ese desorden que no se dejaba catalogar, ese organismo que crecía sin que nadie le diera permiso— se parecía a lo que Arthur había sentido. Si el hijo estaba repitiendo la historia del padre. Si las raíces de lo que le ocurría con Catherine estaban, como las raíces de todo, en la tierra de la que venía.

No preguntó.

Arthur pasó otra página. El té se enfrió en las tazas. La escarcha crecía en los cristales. En algún lugar del pueblo, el pub estaba cerrando, y los hombres que habían jugado al dominó con Arthur volvían a sus casas por caminos oscuros, con las manos en los bolsillos y la cerveza calentando un estómago que por la mañana estaría frío. Era noviembre. El otoño se acababa. Lo que venía después era más oscuro, más frío, más callado.

Edmund se fue a la cama. Subió la escalera estrecha que crujía en el tercer peldaño. Se metió entre las sábanas —las mismas de algodón, las que Catherine había tocado— y se quedó mirando el techo bajo, con las vigas de roble que conocía de memoria, cada nudo y cada veta, como conocía de memoria el mapa de los

senderos de la finca y el nombre de cada planta del jardín amurallado.

Pensó en la carta. En las cuatro páginas que estaban abajo, en el cuaderno, entre la polinización y las clemátides. Pensó que quizá debería arrancarlas, aunque quedara un muñón. Pensó que quizá debería quemarlas en la chimenea antes de que Arthur se levantara. Pensó que quizá estaba loco por haber escrito lo que había escrito, con esa precisión que no dejaba espacio para la negación ni para la duda ni para la excusa de que era solo imaginación.

No las arrancó. No las quemó. Se durmió con la certeza confusa de que lo que había escrito merecía existir, porque existir era lo que hacían las cosas verdaderas, y la carta era verdadera, y destruir algo verdadero le parecía, esa noche, peor que el riesgo de que alguien la encontrara.

A la mañana siguiente, como cada mañana, Edmund cogió el cuaderno de campo, se lo puso bajo el brazo, caminó por el sendero de la finca hasta el jardín amurallado, abrió la puerta, entró, y dejó el cuaderno abierto sobre el banco de piedra mientras se iba a trabajar entre los rosales del muro norte.

Como lo había hecho cientos de veces.

El cuaderno quedó en el banco. Las páginas abiertas al viento de noviembre, que las movía con ese sonido seco de papel frío. Dentro, entre un diagrama de polinización y una lista de clemátides, cuatro páginas de letra apretada esperaban.

PARTE II

La traición

CAPÍTULO 13

Lo que George leyó

No buscaba la carta.

Buscaba a su padre. Lord Ashworth no estaba en la biblioteca —su lugar habitual a esa hora—, ni en el salón, ni en el comedor pequeño donde a veces desayunaba tarde los domingos con un ejemplar del Observer y una tostada fría. George había preguntado a Dawson, que dijo que Lord Ashworth había salido al jardín antes del mediodía. George había preguntado a Mrs. Potts, que dijo que no había vuelto a almorzar. George necesitaba hablar con su padre sobre las cuentas de la finca —los impuestos de la propiedad habían subido otra vez y el arrendatario del campo norte pedía una reducción de renta que George consideraba una insolencia y Lord Ashworth consideraría, probablemente, razonable—. Necesitaba hablar con su padre, y su padre no estaba.

Fue al jardín amurallado porque era el último sitio que no había mirado.

El jardín estaba vacío. Lord Ashworth no estaba. Edmund no estaba: era la hora del almuerzo y habría vuelto al cottage. Catherine no estaba: George la había visto en la cocina con Mrs. Potts, discutiendo algo sobre conservas de ciruela. El jardín estaba solo, con ese silencio que tienen los jardines en noviembre, cuando los pájaros se han callado y las plantas están quietas y el único sonido es el viento moviéndose entre las ramas desnudas como alguien que busca algo que no encuentra.

George no venía al jardín amurallado casi nunca. No le gustaba. No era un hombre de exteriores ni de plantas ni de la paciencia lenta que requieren las cosas que crecen. George era un hombre de interiores: de salones con chimenea, de bares con barra de latón, de habitaciones de hotel con sábanas que otro lavaba y platos que otro fregaba. El jardín amurallado le producía una incomodidad que no

era física sino algo más difícil de localizar: la sensación de estar en un lugar que pertenecía a otras personas. A su madre, que lo había diseñado. A Arthur, que lo cuidaba. A Catherine, que lo dibujaba. A Edmund, que lo nombraba. Todo el mundo tenía una relación con ese jardín excepto George, y esa ausencia —que era también una exclusión— le molestaba de la misma manera opaca en que le molestaba que su padre prefiriera hablar de rosales con el hijo del jardinero que de caballos con el suyo.

El cuaderno estaba sobre el banco de piedra. Abierto. Las páginas se movían con el viento.

George lo habría ignorado. Lo habría cerrado, quizá, para que la lluvia no lo estropeara. Habría seguido caminando. Pero algo lo detuvo. No fue curiosidad —George no era curioso; era vigilante, que es distinto—. Fue un reconocimiento. En el margen de la página abierta, entre las anotaciones científicas de Edmund, había un dibujo. Un dibujo hecho con lápiz, con trazos rápidos, con una habilidad que George reconoció aunque no la admirara: la letra visual de Catherine. Su hermana había dibujado algo en el cuaderno de Edmund. Una mano. Una mano masculina sosteniendo un tallo.

Se sentó en el banco. Cogió el cuaderno.

Pasó las páginas. Los dibujos de Catherine aparecían cada pocas páginas, al principio en los márgenes —flores pequeñas, trazos taquigráficos— y después más grandes, más elaborados, con una familiaridad que se veía en la soltura de la línea: los primeros dibujos estaban hechos con cuidado; los últimos, con confianza. George no sabía nada de arte, pero sabía leer el progreso de una relación en el grado de libertad con que una persona toca las cosas de otra. Catherine había empezado dibujando en los márgenes del cuaderno de Edmund como quien escribe una nota al pie. Había terminado dibujando como quien se instala.

Siguió pasando páginas. Pasó el diagrama de polinización. Pasó la lista de clemátides. Y llegó a las cuatro páginas escritas por las dos caras con una letra apretada que no era la de Catherine sino la de Edmund, y que no era latín botánico sino otra cosa.

George leyó.

Leyó la primera página con incredulidad. La segunda con algo que se parecía al asco pero que no lo era. La tercera con la mandíbula apretada y un calor en el pecho que subía por la garganta. La cuarta sin respirar.

No era lo que decía. No exactamente. Lo que decía era lo que decía: una descripción de Catherine que usaba metáforas botánicas con una precisión que no dejaba espacio a la ambigüedad, que nombraba partes de su cuerpo con la misma naturalidad con que nombraba pétalos y estambres, que hacía de la piel de su hermana un paisaje que Edmund había explorado con la misma atención que dedicaba a las rosas del jardín. Era explícita sin ser vulgar, que era peor que si hubiera sido vulgar, porque la vulgaridad se puede despreciar y lo que Edmund había escrito no se podía despreciar. Se podía envidiar.

Eso fue lo que George sintió. No indignación moral. No horror fraternal. No la rabia protectora del hermano ofendido. Sintió envidia. La envidia pura, corrosiva, sin mezcla, del hombre que descubre que otro hombre es capaz de algo que él nunca será. Edmund Blackwell —hijo de un jardinero, producto de una grammar school, dueño de un solo traje que no le quedaba bien— había escrito algo que George, con su educación de Eton y su año en Oxford y su guardarropa de Savile Row, no habría podido escribir ni en un millón de años. No porque le faltaran las palabras sino porque le faltaba lo que las palabras nombraban: la capacidad de mirar a otra persona con esa atención, esa paciencia, esa disposición a ver lo que está ahí en lugar de lo que uno quiere que esté.

Y Catherine. Catherine, que George había asumido siempre que era una extensión decorativa de la casa —la hermana callada que dibujaba flores y administraba menús y no molestaba—, era capaz de inspirar esto. De provocar en un hombre esta precisión, esta hambre de nombrar, esta necesidad de escribir cuatro páginas por las dos caras en una noche de noviembre para fijar lo que había sentido al tocarla. Catherine tenía dentro algo que George no había

visto nunca, o que había visto y había preferido no mirar, porque mirar significaría reconocer que su hermana era más interesante que él, y los hermanos mayores no reconocen eso, y los herederos de fincas menos.

Cerró el cuaderno. Se lo llevó.

No lo pensó. Lo hizo. Como Catherine yendo al cottage aquella noche: sin decidir, sin planificar. La mano cogió el cuaderno, los pies caminaron hacia la puerta del jardín, el cuerpo salió al sendero de grava. George se llevó el cuaderno a su habitación del segundo piso y lo dejó sobre la mesita de noche, junto a la botella de oporto que siempre tenía cerca y al cenicero que siempre necesitaba vaciar.

Se sirvió una copa. Abrió el cuaderno. Leyó la carta otra vez.

La segunda lectura fue distinta de la primera. La primera había sido un golpe: la sorpresa, la envidia, el calor en el pecho. La segunda fue más fría, más calculadora, con la parte de George que no era emoción sino instinto de supervivencia. Porque eso era lo que George tenía en lugar de talento: instinto. El instinto del animal que huele al depredador antes de verlo. El instinto del heredero que sabe, antes de que nadie se lo diga, cuándo su posición está amenazada.

Y su posición estaba amenazada. No por la carta en sí —una carta de amor, por explícita que fuera, no le quitaba la herencia ni el título ni la finca—, sino por lo que la carta implicaba. Si su padre descubría que Catherine había elegido a Edmund Blackwell —no a un oficial de buena familia, no a un hijo de baronet, no a ninguno de los hombres «adecuados» que George había mencionado durante la cena de Navidad pasada con la sutileza de quien no tiene ninguna—, Lord Ashworth no se horrorizaría. George lo sabía. Lo sabía con la certeza de los hijos que han pasado la vida leyendo a sus padres como quien lee un barómetro: midiendo la presión, anticipando el clima. Lord Ashworth se alegraría. Porque Lord Ashworth admiraba a Edmund con esa admiración sin fondo que los hombres intelectuales sienten por los hombres más inteligentes que ellos, y porque Lord Ashworth, en algún rincón de su conciencia que nunca admitiría en

voz alta, habría preferido un hijo como Edmund. Y si Catherine se casaba con Edmund, eso sería lo más cercano posible.

George terminó la copa. Se sirvió otra.

Lo que sentía no tenía nombre en el vocabulario que le habían dado. En Eton le habían enseñado latín, griego, la diferencia entre una elegaía y un epigrama, y la forma correcta de anudar una corbata de seda. No le habían enseñado a nombrar lo que sentía cuando su padre miraba a otro hombre con la atención que nunca le había dedicado a él. No le habían enseñado la palabra para el tipo específico de dolor que produce descubrir que tu hermana es capaz de amar con una intensidad que tú desconoces y que el hombre al que ama es capaz de escribir sobre ello con una precisión que te hace sentir, de golpe, que toda tu educación, todo tu linaje, toda tu posición en el mundo, no sirve para nada si no puede comprar lo único que importa: la capacidad de sentir.

George Ashworth no era cruel. Eso era lo peor de George Ashworth: que no era cruel. La crueldad requiere una fuerza que George no tenía. Lo que tenía era miedo. Un miedo que venía de lejos, de antes de Edmund, de antes de Cambridge, de antes de que Lord Ashworth empezara a inclinar la cabeza hacia el hijo del jardinero con la misma atención con la que se inclinaba hacia sus libros: el miedo del hijo que no es suficiente. El miedo del heredero que hereda una casa que no merece y lo sabe. El miedo del hombre que ocupa una habitación entera con su presencia y que, al mismo tiempo, sospecha que la habitación estaría mejor sin él.

Durante tres días George guardó el cuaderno en el cajón de su mesita de noche, debajo de una caja de cigarrillos y un ejemplar del Tatler que no había terminado de leer. Durante tres días lo abrió por las noches, después de cenar, con la puerta de la habitación cerrada y la copa de oporto al alcance de la mano, y releyó la carta de Edmund. Cada relectura era diferente. La primera noche la leyó buscando algo que pudiera despreciar: una falta de ortografía, una metáfora torpe, una prueba de que Edmund Blackwell no era tan brillante como todos pensaban. No la encontró. La segunda noche la

leyó buscando evidencia legal: algo que pudiera mostrarse a su padre como prueba de que Edmund había «corrompido» a Catherine, que era la palabra que George usaba en su cabeza porque «corromper» implicaba una dirección —de él hacia ella— que protectía a Catherine y condenaba a Edmund, que era exactamente la narrativa que George necesitaba. La tercera noche la leyó como lo que era: la carta de un hombre a una mujer, y no pudo terminarla porque en algún punto de la tercera página sintió una presión detrás de los ojos que podría haber sido cualquier cosa —cansancio, oporto, el humo del cigarrillo— pero que George sabía, sin admitirlo, que era envidia cristalizada en algo que se parecía peligrosamente a la tristeza.

Al cuarto día George había tomado una decisión que no era una decisión sino una acumulación. No se sentó a planificar. No trazó un plan. Lo que hizo fue más simple y más humano: se autoconvenció. Fue un proceso gradual, como la fermentación, como la oxidación, como todos los procesos que ocurren sin un momento decisivo y que, cuando terminan, parecen haber sido inevitables. George se convenció a sí mismo de que lo que iba a hacer era necesario. No justo —George no era tan estúpido como para creer en su propia justicia—, pero necesario. Necesario para proteger a Catherine. Necesario para proteger el honor de la familia. Necesario para mantener el orden que sostenía Ashworth Hall, que era el único orden que George conocía y el único en el que su existencia tenía sentido.

La autoconvicción funcionó como funcionan siempre las autoconvicciones: no eliminando la duda sino cubriéndola con una capa de razón lo bastante gruesa para que dejara de verse. George no dejó de saber que lo que iba a hacer estaba mal. Simplemente dejó de mirar esa parte de lo que sabía. Como quien cierra una puerta en una casa grande: la habitación sigue ahí, pero si no la abres, puedes fingir que no existe.

Había otro detalle. Un detalle que George conocía desde hacía años, que Mrs. Bellamy le había contado cuando él tenía quince o dieciséis, probablemente sin la intención de que lo usara nunca pero

con la certeza del ama de llaves que sabe que las historias que se cuentan en la cocina acaban, tarde o temprano, subiendo al salón. La historia era esta: Rose Hartley, la madre de Edmund, había sido doncella de Ashworth Hall. Había quedado embarazada en 1913. No de Arthur Blackwell, el jardinero, con quien se casó seis meses antes de dar a luz, sino de alguien de la casa. Mrs. Bellamy no dijo de quién. No hacía falta. En una casa de campo de esa época, cuando una doncella quedaba embarazada de alguien «de la casa,» «de la casa» no significaba el mayordomo ni el cochero: significaba alguien de la familia o un invitado. Rose fue despedida sin referencias. Arthur Blackwell se casó con ella, le dio su apellido al niño y la cuidó hasta que murió de neumonía cinco años después. Lord Ashworth, que sabía la historia —o parte de ella, o toda, o la versión que su conciencia podía soportar—, becó a Edmund como una forma de compensación que nunca reconoció como tal.

George tenía esa historia guardada desde hacía años en el mismo sitio donde guardaba todo lo que sabía y no le convenía saber: en el fondo, debajo de capas de oporto y de noches en clubes del Soho y de la certeza intermitente de que ser el heredero de Ashworth Hall debía significar algo, aunque cada año significara un poco menos. Nunca había pensado en usarla. Pero las historias guardadas tienen una propiedad que George no había previsto: cuando se las necesita, salen solas, como el agua que busca el nivel más bajo.

Así que al cuarto día George tenía tres cosas.

La carta. Que era real.

Una historia sobre la madre de Edmund. Que también era real.

Y una tercera cosa que aún no tenía pero que sabía cómo conseguir.

El reloj del abuelo estaba en la vitrina de la biblioteca, entre un juego de té de plata que nadie usaba y una miniatura de Lady Ashworth pintada en marfil. Era un reloj de bolsillo, de oro, con una cadena corta y la tapa grabada con el escudo de los Ashworth: un árbol con raíces y la divisa «Radicibus firmis» que significaba algo

sobre las raíces firmes y que George había encontrado siempre vagamente irónico. La vitrina no tenía llave. Nunca la había tenido. En Ashworth Hall no se cerraban las vitrinas porque en Ashworth Hall no robaba nadie, de la misma manera que en Ashworth Hall no se hablaba de dinero y no se admitía la existencia de la clase media: por costumbre, no por razón.

George cogió el reloj una noche después de la cena, cuando su padre ya estaba en la biblioteca leyendo y Catherine había subido a su habitación y Dawson estaba en la cocina supervisando a Mary. Lo metió en el bolsillo de la chaqueta. Al día siguiente, temprano, antes de que nadie se despertara, caminó hasta el cottage del jardinero. La puerta no estaba cerrada —en el cottage de los Blackwell no se cerraba la puerta, porque, ¿qué iban a robar?—. George entró en la cocina, abrió el primer cajón de la cómoda que encontró y dejó el reloj debajo de un mantel. Salió. Cerró la puerta. Caminó de vuelta a la casa grande por el sendero de grava, con las manos en los bolsillos y la escarcha cruíéndole bajo los zapatos.

A mitad del camino se detuvo. El sol estaba saliendo por detrás de los tilos y la finca entera se veía nítida, con esa claridad excesiva que tienen las mañanas de helada, como si el frío limpiara el aire de todo lo que normalmente lo enturbia. Ashworth Hall. La casa de piedra dorada. Las ventanas con parteluces. El jardín formal descendiendo en terrazas. El huerto. El muro del jardín amurallado. El cottage del jardinero, pequeño y sólido, con humo saliendo de la chimenea porque Arthur ya había encendido la estufa.

Todo eso era suyo. Lo sería, cuando su padre muriera. La casa, las terrazas, el huerto, el muro, el cottage. Los arrendatarios pagarían la renta a George. Los sirvientes llamarían «señor» a George. Los rosales del jardín amurallado serían rosales de George.

George se quedó mirando la finca desde el sendero y sintió, con la claridad obscena de las mañanas de helada, que poseerla no era suficiente. Que la finca podía ser suya y seguir perteneciendo a otros: a Arthur, que la conocía planta por planta; a Catherine, que la dibujaba línea por línea; a Edmund, que la nombraba especie por

especie. Poseer no era pertenecer. George poseería Ashworth Hall. Edmund pertenecía a Ashworth Hall. Y esa distinción —que George sentía sin poder formular, porque Eton no enseña a formular esas cosas— era la que le hacía apretar los puños dentro de los bolsillos de la chaqueta mientras el sol subía sobre los tilos y el humo del cottage se elevaba recto en el aire quieto.

Siguió caminando. Entró en la casa por la puerta principal. Subió a su habitación. Se lavó las manos. Se miró en el espejo del lavabo y vio lo que veía siempre: un hombre apuesto, rubio, con los modales correctos y la mirada de alguien que no ha dormido bien pero que sabe cómo disimularlo. Un hombre que parecía, desde fuera, exactamente lo que se suponía que debía ser.

Se cambió de camisa. Se peinó. Bajó a desayunar. Saludó a su padre con un beso en la mejilla que Lord Ashworth recibió con la sorpresa vaga de quien no recibe besos con frecuencia. Saludó a Catherine, que estaba untando mermelada en una tostada con el cuidado de alguien que unta mermelada como si el mundo dependiera de la distribución uniforme de la ciruela sobre el pan. Bebió té. Comió un huevo cocido. Habló del tiempo.

A las diez fue al despacho de su padre.

Llevaba tres cosas en los bolsillos.

La carta, que era real. La historia de Rose, que era real. Y la certeza de que el reloj del abuelo estaba en el cajón de una cómoda en el cottage del jardinero, donde George lo había puesto esa madrugada con las manos frías y la escarcha crujiéndole bajo los zapatos. Dos verdades y una mentira. Que es lo que tienen las mejores trampas: suficiente verdad para que la mentira sea creíble, y suficiente mentira para que la verdad sea condenatoria.

CAPÍTULO 14

Las tres pruebas

El despacho de Lord Ashworth olía a cuero y a tinta vieja.

Era una habitación pequeña, más pequeña que la biblioteca, con un escritorio de caoba que había sido del primer Lord Ashworth y una ventana que daba al jardín formal. Lord Ashworth casi nunca la usaba. Prefería la biblioteca, con su sillón y su desorden de libros y su proximidad a la chimenea. El despacho era para los asuntos que requerían formalidad: firmar documentos del condado, recibir al abogado de la familia, hablar con el administrador de la finca sobre impuestos y arrendamientos. Era la habitación donde los Ashworth dejaban de ser personas y se convertían en propietarios.

George llamó a la puerta a las diez y seis minutos de la mañana. No había ensayado lo que iba a decir. O no lo había ensayado conscientemente: durante los tres días anteriores, mientras releía la carta y colocaba el reloj y reconstruía la historia de Rose en su cabeza, las palabras se habían organizado solas, como los movimientos de una obra de teatro que el actor lleva representando desde antes de saber que actuaba. George no era inteligente de la forma en que Edmund era inteligente —no podía desmontar un problema y volver a montarlo con las piezas en orden distinto—, pero tenía una habilidad que en Eton llamaban «instinto social» y que en cualquier otro contexto se habría llamado manipulación: la capacidad de saber qué necesita oír otra persona para creer lo que tú quieres que crea.

Su padre necesitaba oír tres cosas, en un orden específico.

«Padre, tengo que enseñarte algo.»

Lord Ashworth estaba de pie junto a la ventana, con una taza de té que aún humeaba y la mirada puesta en los setos del jardín formal, que Arthur había podado esa mañana con la precisión habitual. Se dio la vuelta. Vio la cara de George y algo en ella —la

seriedad, o la falta de su sonrisa habitual, o quizá una palidez que George no podía controlar— le hizo dejar la taza sobre el escritorio y sentarse. No en el sillón de la ventana, donde se sentaba cuando hablaba como padre. En la silla detrás del escritorio, donde se sentaba cuando hablaba como propietario.

George cerró la puerta. Se quedó de pie. No se sentó porque sentarse habría sido ponerse al mismo nivel que su padre, y lo que iba a decir requería una posición de informe: el hijo que comunica algo al padre, no el igual que debate. George sabía esto sin formularlo. Lo sabía como sabía el largo exacto de un apretón de manos o el momento preciso en que una conversación de sobremesa debía cambiar de tema: por instinto, no por cálculo.

Lo primero fue la carta.

George la sacó del bolsillo interior de la chaqueta. La había separado del cuaderno esa mañana, arrancando las cuatro páginas con cuidado para que los bordes quedaran lo más limpios posible. Las páginas estaban dobladas en tres, como se dobla una carta, con la letra de Edmund visible en la cara exterior: pequeña, apretada, inconfundible para cualquiera que hubiera visto sus anotaciones botánicas. George las puso sobre el escritorio, frente a su padre, sin comentario. Las dejó ahí como se deja una prueba en un tribunal: con la neutralidad del que presenta hechos.

«Lo encontré en el jardín amurallado», dijo. «En el cuaderno de Blackwell. Estaba en el banco.»

Blackwell. No Edmund. El apellido era deliberado: ya no era el protegido, el becado, el chico brillante de Arthur. Era Blackwell. Un empleado. Un apellido que denotaba rango, no afinidad.

Lord Ashworth cogió las páginas. Las abrió. Empezó a leer.

George observó a su padre leer. Era algo que había hecho toda su vida —observar a Lord Ashworth leyendo—, pero nunca con esta atención. La cara de su padre cambió página a página. La primera: confusión. Los ojos acelerándose sobre las líneas, volviendo al principio, releyendo. La segunda: comprensión. La mandíbula

apretándose. Las cejas bajándose medio centímetro, lo cual en el rostro de Lord Ashworth era el equivalente de un portazo. La tercera: dolor. Dolor genuino, del tipo que no se finge, que se ve en la forma en que los hombros se encogen y la respiración se hace más corta, como si el aire hubiera cambiado de composición. La cuarta: Lord Ashworth dejó las páginas sobre el escritorio, se quitó las gafas y se frotó los ojos con el pulgar y el índice de la mano derecha, en ese gesto que los hombres de su generación hacían cuando necesitaban un momento que no fuera visible.

George esperó.

«¿Dónde estaba esto?» La voz de Lord Ashworth era baja. No era una voz enfadada. Era la voz de un hombre al que le han mostrado algo que prefería no haber visto.

«En el cuaderno de campo. En el banco del jardín amurallado. Estaba abierto.»

«¿Lo ha visto alguien más?»

«No.»

Lord Ashworth volvió a ponerse las gafas. Miró las páginas otra vez, pero no las releyó; las miró como se mira un objeto que ha cambiado de naturaleza, que era una cosa cuando lo cogiste y ahora es otra. Cuatro páginas de letra científica que describían a su hija con metáforas botánicas que no dejaban espacio a la duda. Lord Ashworth era un hombre que leía monografías sobre orquídeas: entendía las metáforas. Las entendía con la precisión de alguien que sabe qué significa gutación y qué describe exactamente la textura interior de un pétalo. No podía refugiarse en la ambigüedad. Edmund había sido demasiado preciso para eso.

Lo segundo fue el reloj.

George lo sacó del otro bolsillo. Lo puso sobre el escritorio, al lado de la carta, con una delicadeza que no era respeto por el objeto sino cuidado de escenógrafo: la colocación importaba. La carta a la izquierda, el reloj a la derecha. Las palabras y la prueba material. Lo abstracto y lo concreto.

«Dawson lo encontró en el cottage del jardinero», dijo George. «En un cajón de la cómoda.»

Era mentira. Dawson no había encontrado nada. Dawson no había estado en el cottage. George había puesto el reloj esa madrugada con sus propias manos, en un cajón que no había abierto jamás, debajo de un mantel que probablemente era el único mantel que poseían los Blackwell. Pero la mentira funcionaba porque era pequeña —un detalle logístico, no una narrativa— y porque a Lord Ashworth no se le ocurriría verificarla. No se le ocurriría llamar a Dawson y preguntarle. Los hombres como Lord Ashworth no interrogaban a los mayordomos sobre los movimientos de los jardineros, de la misma manera que no revisaban las cuentas de la cocina ni contaban las cucharillas después de las cenas: había una jerarquía para eso, y la jerarquía funcionaba porque nadie la cuestionaba.

Lord Ashworth miró el reloj. Lo cogió. Le dio la vuelta. La tapa tenía el escudo de los Ashworth grabado: el árbol con raíces, la divisa en latín. Era el reloj de su padre. Había estado en la vitrina de la biblioteca desde que Lord Ashworth tenía memoria. No tenía valor económico significativo —no era un Breguet ni un Patek Philippe—, pero tenía valor simbólico, que en Ashworth Hall era la única moneda que importaba.

«Esto estaba en la vitrina», dijo Lord Ashworth. No era una pregunta.

«Estaba.»

Silencio. Lord Ashworth sostenía el reloj en la palma de la mano, como si lo pesara. George observó que su padre quería no creerlo. Lo vio en la forma en que la mano se cerraba alrededor del reloj y se abría y se cerraba de nuevo, como alguien que intenta encontrar otra explicación para algo que tiene una sola. Lord Ashworth quería que hubiera una razón inocente por la que el reloj de su padre estuviera en el cajón de la cómoda del jardinero. Pero no la había. O no la había si creías la premisa, y la premisa era George, y George

era su hijo, y no creer a tu propio hijo significaba algo que Lord Ashworth no podía permitirse.

Lo tercero fue la historia.

George no la contó de inmediato. Esperó a que la carta y el reloj hicieran su trabajo. Esperó a que el silencio del despacho se llenara de las dos primeras piezas antes de añadir la tercera, porque George sabía —por instinto, siempre por instinto— que la secuencia importaba. La carta creaba la sospecha. El reloj la confirmaba. La historia la explicaba.

«Hay algo más», dijo George. Bajó la voz. No dramáticamente — no era un actor de teatro; era algo peor: un hombre que creía a medias lo que decía—. «Algo que quizá deberías saber. Sobre la madre de Blackwell.»

Lord Ashworth levantó la mirada del reloj.

«Rose Hartley», dijo George. «Fue doncella de esta casa. Entró en el once. En el catorce, antes de casarse con Arthur... estaba embarazada.»

Hizo una pausa. No por efecto sino porque la frase siguiente era la más difícil, la que costaba más decir, no porque fuera mentira sino porque era verdad, y la verdad, cuando se usa como arma, pesa más que la mentira.

«No de Arthur», dijo George. «De alguien de la casa. No sé de quién.» Pausa. «Fue despedida por eso. Arthur se casó con ella. Le dio su apellido al niño.»

Lo último fue lo más preciso, lo más calculado, lo único que George añadió por elección y no por acumulación:

«Es un patrón, padre.» Lo dijo con suavidad, como quien señala una mancha en un mantel. «La madre fue doncella. Quedó embarazada de alguien de la familia. Ahora el hijo... hace lo mismo con Catherine.»

La palabra «patrón» fue la última pieza. George la había elegido sin saber que la elegía, de la misma forma en que había elegido el

reloj del abuelo y no cualquier otro objeto: porque «patrón» implicaba repetición, implicaba herencia, implicaba que lo que Edmund estaba haciendo no era un acto individual sino la consecuencia de una naturaleza. No un error sino un defecto. No un impulso sino una tendencia. La misma lógica que la eugenesia —tan de moda en ciertos círculos del treinta y seis— usaba para clasificar a las personas: por lo que venían siendo.

George no pensaba en términos de eugenesia. No pensaba en términos de nada que tuviera nombre. Pensaba en términos de supervivencia, que es el único idioma que habla el miedo.

Lord Ashworth no se movió durante lo que a George le parecieron varios minutos pero que probablemente fueron treinta segundos. Tenía la carta en la mesa, el reloj en la mano, la historia de Rose en la cabeza, y en la cara una expresión que George no le había visto nunca: la expresión de un hombre que está decidiend algo y que sabe, antes de decidirlo, que la decisión es incorrecta pero que la alternativa es peor.

Porque la alternativa era esta: no creer a George. Y no creer a George significaba que su propio hijo era un mentiroso. Significaba que la carta podía tener una explicación inocente —pero Lord Ashworth había leído la carta, y no la tenía—. Significaba que el reloj podía haber llegado al cottage por otro camino —pero la vitrina no tenía llave y el cottage no tenía cerradura y la única persona que iba y venía entre la casa grande y el cottage era Edmund—. Significaba que la historia de Rose podía ser falsa —pero Lord Ashworth sabía que no lo era, porque Lord Ashworth conocía la historia de Rose, la conocía mejor que George, la conocía desde 1914, y había vivido con ella durante veintidós años como se vive con una deuda que no se puede pagar—.

No creer a George significaba examinar la posibilidad de que su hijo hubiera fabricado una acusación, y esa posibilidad era un abismo que Lord Ashworth no podía mirar sin caer. Un padre puede aceptar muchas cosas de un hijo —mediocridad, pereza, incluso cobardía—, pero no traición deliberada. No la manufactura fría de

una mentira diseñada para destruir a alguien que Lord Ashworth amaba. Porque eso era lo que implicaba la alternativa: que George odiaba a Edmund lo suficiente como para destruirlo, y que el odio de George era culpa de Lord Ashworth, que había preferido al hijo de un jardinero sobre el suyo. Y si eso era verdad, entonces Lord Ashworth no solo había fallado como juez: había fallado como padre. Y eso, eso era lo único que Lord Ashworth no podía soportar.

Así que creer a George era más fácil. No porque fuera verdad sino porque la verdad alternativa era invivible. Creer a George significaba que Edmund era el culpable, que la generosidad de Lord Ashworth había sido traicionada, que el mundo funcionaba como se suponía que debía funcionar: los de arriba arriba, los de abajo abajo, y cuando alguien cruzaba la línea, el sistema lo devolvía a su lugar. Creer a George era restaurar el orden. Y el orden era lo único que sostenía a un hombre como Lord Ashworth, que era decente pero no valiente, que era justo pero no inquisitivo, que amaba a Edmund pero no lo suficiente como para arriesgar la única estructura que le quedaba: su familia, su casa, la ficción de que los Ashworth eran lo que siempre habían sido.

Lord Ashworth dejó el reloj sobre la carta. La cadena de oro se enroscó sobre las páginas como una serpiente dormida.

«Trae a Blackwell a la biblioteca», dijo.

No dijo «Edmund.» Dijo «Blackwell.» Era la primera vez que Lord Ashworth usaba el apellido solo, sin el nombre delante, y George supo —con la certeza del instinto, del barómetro interior que nunca le fallaba— que había ganado. No porque su padre le hubiera creído exactamente. Sino porque su padre había elegido creerle, que era distinto y que, en la economía moral de Ashworth Hall, era suficiente.

George asintió. Salió del despacho. Cerró la puerta detrás de él. En el pasillo, se detuvo un momento. Se apoyó en la pared. Le temblaban las manos. No de alivio: de algo más sucio que el alivio, algo que se parecía a la náusea que viene después de un esfuerzo

físico intenso, cuando el cuerpo deja de funcionar por adrenalina y empieza a sentir lo que ha hecho.

Se miró las manos. Estaban limpias. No tenían tierra, no tenían tinta, no tenían nada que delatara lo que acababan de hacer. Eran las manos de un hombre educado en Eton que sabía cómo sostener una copa de oporto y cómo dar un apretón firme y cómo colocar un reloj robado en el cajón de otra persona sin que le temblara el pulso.

Bajó al vestíbulo. Mandó a Mary a buscar a Edmund al jardín amurallado. No fue él personalmente. No podía. Aún no.

Mientras esperaba, fue a la habitación de Catherine. Llamó a la puerta. Catherine estaba dentro, leyendo. George le dijo que Helen había escrito pidiendo que fuera a visitarla. Que el coche saldría esa tarde. Que debía hacer la maleta. Catherine lo miró con esos ojos suyos —los ojos de la dibujante, los que veían las costuras y las proporciones y las líneas de fuerza— y George sintió, por un instante, que ella podía ver a través de él, como a través de un cristal sucio.

«¿Por qué ahora?», preguntó Catherine.

«Porque Helen te echa de menos», dijo George. Sonrió. La sonrisa habitual, la que podía significar todo y nada. «Y porque padre cree que te vendrá bien un cambio de aires.»

Catherine no discutió. En Ashworth Hall las mujeres no discutían con los hombres sobre los desplazamientos, de la misma manera que los jardineros no discutían con los propietarios sobre los despidos: había una jerarquía para eso, y la jerarquía funcionaba porque nadie la cuestionaba. O porque cuestionarla costaba más de lo que nadie podía pagar.

«¿Cuánto tiempo?»

«Hasta que las cosas se calmen.»

«¿Qué cosas?»

George no contestó. Se fue. Cerró la puerta. Catherine se quedó mirando la puerta cerrada con la misma atención con que miraba los

dibujos que no le salían bien: buscando el error, la línea que no cuadraba, la proporción que fallaba. Algo estaba pasando que no le habían dicho. Podía sentirlo. Podía dibujarlo si alguien le pidiera una imagen de cómo se siente cuando la casa donde vives se reorganiza a tu alrededor sin avisarte: un cuadro con todas las líneas ligeramente inclinadas, como un suelo que parece recto pero no lo es.

Empezó a hacer la maleta. Aún no tenía información suficiente para desobedecer, y en la gramática de Catherine —que era la gramática de las mujeres de su clase—, la desobediencia requería datos, no intuiciones.

Abajo, en el vestíbulo, Mary volvía del jardín con el mensaje entregado. Edmund estaba de camino a la biblioteca. George se sirvió una copa de jerez del aparador del salón. Eran las once menos cuarto de la mañana. Bebió de pie, mirando por la ventana el sendero por el que Edmund subiría desde el jardín amurallado, y cuando lo vio aparecer al final del sendero —alto, con la chaqueta de trabajo y las manos en los bolsillos, caminando con la tranquilidad del que no sabe que camina hacia su destrucción—, George apartó la mirada.

No por vergüenza. Aún no. La vergüenza vendría después, en capas, como la escarcha, como los ásteres secos contra la puerta del jardín, cada año más gruesa, cada año más difícil de ignorar. Pero todavía no. Todavía George podía mirar el jerez en su copa y dejar que la copa le tapara la vista del sendero por el que caminaba un hombre que no sabía lo que le esperaba.

Se terminó el jerez. Dejó la copa en el aparador. Oyó la puerta principal abrirse y cerrarse. Pasos en el vestíbulo. La voz de Dawson diciendo algo que no entendió. Después, silencio. Edmund había entrado en la biblioteca.

CAPÍTULO 15

La biblioteca

La habitación estaba distinta.

Edmund lo notó antes de notar nada más. No la biblioteca —la biblioteca era la de siempre, con sus estanterías de roble y sus ventanas altas y el olor a papel y a cuero que era, para Edmund, el olor de los días buenos: los días en que Lord Ashworth lo invitaba a hablar de orquídeas o de rosales o de cualquier cosa que tuviera raíces—. Lo que estaba distinto era la disposición. Lord Ashworth no estaba en el sillón junto a la ventana, que era donde se sentaba cuando hablaba como anfitrión, como mentor, como el hombre que le había pagado Cambridge y que lo llamaba Edmund y le servía jerez en una copa que no era de servicio sino de familia. Lord Ashworth estaba detrás del escritorio.

Era un escritorio de caoba con un tapete de cuero verde y un tintero de plata que nadie usaba porque Lord Ashworth prefería las plumas estilográficas. Edmund lo había visto de lejos muchas veces pero nunca de cerca, porque el escritorio estaba en el despacho contiguo a la biblioteca, y el despacho era para asuntos de la finca, y los asuntos de la finca no incluían a los hijos de los jardineros. Pero esta mañana Lord Ashworth había cruzado la puerta que conectaba ambas habitaciones y había colocado el escritorio —o había mandado que lo colocaran— en el centro de la biblioteca, frente a la chimenea apagada, con la silla giratoria detrás y ninguna silla delante.

Ninguna silla delante. Edmund se quedó de pie.

Lord Ashworth tenía las gafas puestas y las manos cruzadas sobre el tapete verde. No había libros en el escritorio. No había taza de té. No había el desorden habitual de monografías y recortes de periódico que convertía la biblioteca en un lugar donde se podía respirar. Había dos objetos. Los dos estaban centrados en el tapete,

uno al lado del otro, como piezas de un museo con su rótulo invisible.

El primero era un reloj de bolsillo de oro con una cadena corta y una tapa grabada.

El segundo eran cuatro páginas de letra apretada que Edmund reconoció antes de leer una sola palabra, porque la tinta, la pluma, la disposición de las líneas en la página, el espacio entre las palabras: todo era suyo. Reconoció su propia escritura como se reconoce la propia cara en un espejo que alguien ha puesto en un lugar donde no debería haber ningún espejo.

La carta.

La carta que había escrito en una noche de noviembre con escarcha en los cristales y el fuego bajando en la chimenea. La carta que había guardado entre las páginas del cuaderno de campo, entre el diagrama de polinización y la lista de clemátides. La carta que no tenía destinatario porque no era para enviar. La carta que era, supuestamente, un secreto entre Edmund y su cuaderno y la tinta y la noche.

Estaba sobre el escritorio de Lord Ashworth. Abierta. Leída.

Edmund sintió algo que no era exactamente miedo ni exactamente vergüenza. Era más específico que eso: era la sensación de estar desnudo en un lugar público. No su cuerpo —su cuerpo estaba vestido, con la ropa de trabajo de siempre, con tierra en los puños de la camisa— sino algo más vulnerable que el cuerpo: lo que había escrito. Lo que había pensado y sentido y nombrado con la precisión que era su único talento y su única condena, y que ahora estaba ahí, sobre un tapete de cuero verde, expuesto a la luz de la biblioteca y a los ojos de un hombre al que Edmund quería como no había querido nunca a su propio padre, y la comparación era injusta con Arthur pero era verdad, y la verdad, esa mañana, era lo único que Edmund tenía y lo único que no le servía de nada.

Lord Ashworth no gritó. No levantó la voz. No golpeó la mesa ni se puso de pie ni hizo ninguno de los gestos que Edmund habría

podido anticipar y contra los que habría podido defenderse. Lo que hizo fue peor. Habló con la voz de un hombre que se siente traicionado y que, por eso, habla más bajo que de costumbre, como si la traición hubiera encogido algo dentro de él y la voz ya no tuviera el espacio de antes para sonar.

«Me han dicho que esto estaba en tu cuaderno.» Señaló la carta sin tocarla. «En el jardín amurallado. En el banco.»

Edmund no preguntó quién se lo había dicho. No hacía falta. En Ashworth Hall solo había una persona con motivo para buscar, encontrar y entregar algo así. Pero no era el momento de acusar. Edmund no tenía la autoridad para acusar. Edmund no tenía autoridad para nada, y esa ausencia de autoridad —que era la condición permanente de su vida en la finca, la condición de quien existe por permiso ajeno— le cayó encima en ese instante con un peso que no era nuevo sino simplemente más visible que nunca, como los colores debajo de la clorofila.

«Es mía», dijo Edmund. Lo dijo sin inflexión. Una confirmación, no una defensa. La carta era suya. Eso era un hecho. Los hechos eran lo único que podía ofrecer.

Lord Ashworth asintió porque había reconocido la letra de Edmund antes de preguntar. Cogió el reloj de bolsillo. Lo levantó con dos dedos, por la cadena, y lo dejó oscilar brevemente entre los dos, como un péndulo diminuto.

«Y esto estaba en tu cottage. En un cajón de la cómoda.»

Edmund miró el reloj. Lo conocía: era el reloj del abuelo, de la vitrina de la biblioteca. Había pasado frente a él cientos de veces. Nunca lo había tocado. Nunca se le habría ocurrido tocarlo, de la misma manera que nunca se le habría ocurrido sentarse en el sillón de Lord Ashworth ni usar la puerta principal sin invitación: porque las cosas que pertenecen a otros tienen una frontera invisible que Edmund había aprendido a respetar antes de aprender a caminar.

«Yo no tomé eso», dijo.

Lo dijo sin énfasis. Sin indignación. Sin la energía del inocente que sabe que es inocente y que espera que su inocencia baste. Lo dijo como quien ofrece un dato botánico —centifolia, no damascena — y después espera.

Lord Ashworth no respondió inmediatamente. Dejó el reloj sobre el escritorio, al lado de la carta. Se quitó las gafas. Se frotó los ojos con el pulgar y el índice, en el gesto que hacía cuando necesitaba un momento que no fuera visible. Después se puso las gafas otra vez y miró a Edmund, y lo que Edmund vio en sus ojos no fue ira ni desprecio ni la frialdad del juez que dicta sentencia. Fue dolor. Dolor puro, sin mezcla, del tipo que no se finge, que se reconoce porque tiene el mismo aspecto en todas las caras: una contracción mínima de los músculos alrededor de los ojos, como si la cara intentara cerrarse y no pudiera.

«Me has decepcionado», dijo Lord Ashworth. «De una manera que no creía posible.»

Cada palabra pesaba. No por su volumen —eran palabras dichas en un tono que apenas habría cruzado la habitación si las paredes hubieran estado más lejos— sino por su precisión. Lord Ashworth había elegido cada una. No había dicho «me has traicionado,» que habría sido un ataque. No había dicho «me has robado,» que habría sido una acusación. Había dicho «me has decepcionado,» que era algo peor que ambas cosas, porque la decepción presupone expectativa, y la expectativa presupone amor, y «me has decepcionado de una manera que no creía posible» significaba: te quería lo suficiente como para creer que no podías hacerme esto, y ahora no sé qué hacer con el sitio que ocupabas.

Edmund no se defendió.

Podría haberlo hecho. Podría haber dicho que no robó el reloj. Podría haber preguntado quién lo había puesto en el cajón de la cómoda. Podría haber señalado que la puerta del cottage no tenía cerradura y que cualquiera podría haber entrado. Podría haber dicho todo eso y quizá Lord Ashworth le habría creído o quizá no, pero al

menos habría habido una defensa, un argumento, la posibilidad de una duda.

No lo hizo. No porque no pudiera. Porque una parte de él —la parte que había crecido en el cottage, la parte que había entrado por la puerta de servicio, la parte que había dudado medio segundo ante el tenedor de pescado— siempre había esperado este momento. No este momento exacto, no esta habitación, no estas palabras. Pero sí el momento en que el mundo le recordaría que su presencia en Ashworth Hall era una concesión, no un derecho. Una concesión que podía retirarse en cualquier momento, por cualquier motivo, sin necesidad de juicio ni de pruebas ni de la ficción de un proceso justo. Porque los procesos justos son para los iguales, y Edmund no era igual. Nunca lo había sido. Cambridge le había enseñado a pensar como un igual, pero no le había dado la ciudadanía.

Y la carta. La carta existía. Eso no podía negarlo. Cada palabra que había escrito era verdadera, y la verdad de esas palabras era, en esta habitación, bajo la mirada de este hombre, lo más parecido a una confesión de culpabilidad que el sistema de clases podía encontrar. Porque lo que Edmund había escrito —lo que había sentido, lo que había tocado, lo que había nombrado con la precisión de un botánico y la desnudez de un amante— era exactamente lo que un hijo de jardinero no tenía derecho a sentir por la hija del señor. El reloj podía ser mentira. La carta era verdad. Y la verdad de la carta hacía creíble la mentira del reloj, porque en la economía moral de Ashworth Hall, un hombre que se atrevía a amar por encima de su estación era capaz de cualquier cosa.

Edmund se quedó callado. El silencio duró lo que duran los silencios que no se van a romper: el tiempo suficiente para que ambos entiendan que no hay nada más que decir. Lord Ashworth esperó la defensa que no llegó. Esperó la explicación, la negación, la súplica. No llegó nada. Edmund estaba de pie frente al escritorio con las manos a los lados del cuerpo —no en los bolsillos, no cruzadas, simplemente a los lados, como alguien que ya no sabe qué hacer con ellas porque lo que hacían antes, que era tocar plantas y escribir

cartas, ya no le pertenece— y lo miraba sin desafío, sin miedo, sin nada que Lord Ashworth pudiera usar para sentirse justificado.

Esa ausencia de resistencia fue, quizá, lo más cruel que Edmund hizo esa mañana. No porque fuera crueldad deliberada sino porque le negó a Lord Ashworth la posibilidad de sentirse atacado, y sin la sensación de ataque no hay derecho a la defensa, y sin la defensa lo que queda es lo que Lord Ashworth hizo: juzgar en el vacío, condenar a un hombre que no se defendía, ejecutar una sentencia contra alguien que la aceptaba como se acepta la gravedad.

Lord Ashworth habló otra vez. Más bajo aún, si eso era posible. «Le debo mucho a tu padre.» Pausa. «Por eso no llamaré a la policía.»

Por eso. Porque Lord Ashworth le debía algo a Arthur Blackwell, que había cuidado su jardín durante treinta años y que se había casado con una mujer embarazada para darle un apellido al hijo de alguien que Lord Ashworth no podía o no quería nombrar. Esa deuda —vieja, subterránea, nunca reconocida— era lo que protegía a Edmund de la policía. No la inocencia. No la justicia. La deuda de un señor con un jardinero. Era compasión, y la compasión, en este contexto, era más humillante que la condena, porque mantener a Edmund fuera de la cárcel por deuda con su padre era la forma más precisa de decirle que no merecía clemencia por sí mismo.

«Pero debes irte», dijo Lord Ashworth. «Hoy.»

Hoy. No «mañana,» no «cuando te convenga,» no «cuando hayas arreglado tus asuntos.» Hoy. Como se desaloja a un inquilino moroso. Como se poda una rama enferma. Hoy, antes de que la enfermedad se extienda, antes de que alguien más vea, antes de que la casa tenga que reconocer lo que ha pasado dentro de sus muros.

Edmund asintió. No inclinó la cabeza. No dijo gracias ni lo siento ni le juro que no robé el reloj. Asintió y punto, como asiente alguien que ha recibido una instrucción y la entiende.

Se dio la vuelta.

Y entonces Lord Ashworth dijo algo más.

«Tu madre...»

Se detuvo. La palabra se quedó en el aire entre los dos como una hoja que cae de un árbol y que tarda en llegar al suelo. Edmund se paró. No se dio la vuelta. Esperó. Tenía la espalda recta y los hombros inmóviles y una tensión en la nuca que era la tensión de alguien que acaba de oír la única palabra que lleva veinte años esperando.

Tu madre. Lord Ashworth había dicho «tu madre.» En veintidós años de relación entre ambos —veintidós años de becas, de conversaciones botánicas, de jerez junto a la chimenea, de una protección que Edmund había aceptado sin preguntarse nunca de dónde venía—, nadie en Ashworth Hall había mencionado a Rose. Nadie. Arthur no hablaba de ella. Las doncellas no hablaban de ella. Lord Ashworth no hablaba de ella. Rose Blackwell, nacida Hartley, era un agujero en la historia de la finca, un nombre en un registro parroquial, una tumba en el cementerio del pueblo que Edmund visitaba los domingos sin saber qué decirle porque no sabía quién era.

Y ahora Lord Ashworth había dicho «tu madre» y se había detenido, y en esa detención había algo que Edmund podía sentir sin ver: un hombre al borde de decir algo que cambiaría la forma de todo, como una piedra que al moverse revela lo que había debajo. Edmund esperó. Cinco segundos. Diez.

Lord Ashworth no terminó la frase.

«Vete», dijo en su lugar. La voz le tembló. Fue la única vez. Un temblor breve, como la llama de una vela cuando alguien abre una puerta. Después, firme otra vez. «Vete hoy.»

Edmund salió de la biblioteca. Cerró la puerta detrás de él. El sonido fue pequeño, contenido: el clic de un pestillo que encaja en su sitio. Un sonido que pasa desapercibido cuando se abre y se cierra una puerta cien veces al día, pero que esa mañana, en el

pasillo de Ashworth Hall, sonó como suena la última nota de algo que ha terminado de sonar.

Cruzó el vestíbulo. Pasó frente al retrato de Lady Ashworth, que lo miraba desde su marco dorado con la expresión serena de los muertos que ya no pueden hacer nada por nadie. Pasó frente a la puerta del salón. Frente a la vitrina de la biblioteca contigua, donde faltaba un reloj. Frente al pasillo que llevaba al comedor donde había cenado en junio con un traje que no era suyo.

La puerta principal estaba abierta. Dawson la había abierto por la mañana, como cada mañana, para ventilar el vestíbulo. La luz de noviembre entraba por el hueco: una luz gris, sin temperatura, la luz de los días que no tienen estación. Edmund llegó a la puerta. Se detuvo en el umbral. Diez meses antes, había entrado por esta puerta por primera vez, invitado por Lord Ashworth para la cena. Ahora salía. La misma puerta. Otra dirección.

No miró atrás.

Salió a la escalinata. Cinco peldaños. Los bajó y giró hacia la derecha, hacia el sendero de servicio que rodeaba la casa y bajaba al cottage. El aire olía a escarcha y a hojas en descomposición: el olor de noviembre, que no es el olor noble del otoño sino su residuo, su sedímento, lo que queda cuando el color y la luz se han ido y lo único que persiste es la química lenta de lo que se pudre.

En el cottage, su padre estaba en la puerta del jardín trasero, limpiando las tijeras de podar con un trapo. Edmund lo vio antes de que Arthur lo viera a él, y por un segundo —antes de que Arthur levantara la cabeza, antes de que la conversación que no iban a tener empezara a no tenerse— Edmund miró a su padre como no lo había mirado nunca: como un hombre que se había casado con una mujer embarazada de otro para darle al niño un apellido y una casa y las manos de un jardinero en lugar de nada. Arthur Blackwell, que nunca hablaba de Rose, que nunca explicaba nada, que ponía guisantes de olor en un vaso junto a la cama de su hijo y que le había enseñado el lenguaje de las flores una noche de invierno junto

a la chimenea como si fuera el conocimiento más importante del mundo. Quizá lo era.

Arthur levantó la cabeza. Miró a Edmund. Miró su cara. No preguntó qué había pasado. No preguntó por qué venía del sendero de la casa grande a las once de la mañana con la cara de alguien a quien acaban de arrancar de raíz. Arthur sabía cómo funcionaba Ashworth Hall. Sabía cómo funcionaba el mundo. Sabía que cuando la casa hablaba, la puerta de servicio escuchaba, y que las palabras de un jardinero no cambiaban nada que la piedra y el dinero y el apellido hubieran decidido.

Siguió limpiando las tijeras.

Edmund entró en el cottage. Fue a su habitación. Sacó la maleta de debajo de la cama —la misma de cartón reforzado, la que había sido de su padre, la que había traído de Cambridge en junio— y la abrió sobre el colchón. Las sábanas de algodón. El olor a jabón de alquitrán. La almohada donde Catherine había dormido. Todo eso se quedaba.

Metió en la maleta la ropa que tenía: dos camisas, los pantalones de repuesto, un jersey de lana, los calcetines. Los libros que eran suyos: Humboldt, una guía de campo de flora británica, el Manual de Rivers que Catherine le había traído de la biblioteca de su padre y que Edmund no devolvió porque devolverlo significaría ir a la casa grande y no iba a volver a la casa grande. El estuche de lápices. La navaja. La lupa.

El cuaderno de campo no estaba. George se lo había llevado. O estaba en el despacho de Lord Ashworth, junto al reloj y la carta. O estaba en algún lugar de la casa grande donde Edmund ya no podía ir a buscarlo. El cuaderno con los dibujos de Catherine en los márgenes. Con los no-me-olvides prensados entre las páginas. Con la «c» torcida de centifolia escrita con su pluma. Todo eso se quedaba también.

Bajó. Arthur estaba en la cocina. Había puesto la tetera en la estufa y había sacado algo del armario de abajo, el que tenía la

puerta torcida. Era un paquete envuelto en papel de estraza, del tamaño de un puño. Lo puso sobre la mesa sin decir nada.

Edmund lo abrió. Dentro había un injerto de rosal. El tallo era grueso como un lápiz, cortado en diagonal, con la base envuelta en musgo húmedo y atada con cordón de jardín. Edmund lo reconoció por el olor antes que por la vista: dulce, denso, con esa profundidad que tienen las rosas antiguas y que las modernas han perdido a cambio de tamaño.

Souvenir de la Malmaison. Del rosal del jardín amurallado. El que Lady Ashworth había plantado. El que Edmund le había descrito a Catherine una tarde de agosto: la rosa que descendía de una emperatriz que no pudo darle un heredero.

Arthur le había preparado un injerto. No esa mañana —los injertos se preparan con días de antelación, cortando el tallo en el ángulo correcto, envolviéndolo en musgo, manteniéndolo húmedo— sino antes. Días antes. Quizá semanas. Arthur había preparado un injerto de la Souvenir de la Malmaison y lo había guardado en el armario de la cocina, esperando. Esperando este momento. Porque Arthur sabía. No qué exactamente, ni cuándo exactamente, pero sabía, con la certeza de los jardineros que leen el clima antes de que cambie, que algo iba a pasar y que cuando pasara, su hijo necesitaría llevarse algo del único lugar al que había pertenecido.

«Para dondequiera que vayas», dijo Arthur.

Eran siete palabras. Eran las siete palabras más largas que Arthur había dicho seguidas en la vida de Edmund. Contenían todo lo que Arthur no había dicho nunca y no diría nunca: que sabía, que lamentaba, que no podía cambiar nada, que lo único que podía hacer era lo que había hecho siempre —cuidar algo vivo y entregárselo a alguien para que siguiera vivo en otro lugar.

Edmund cogió el injerto. Lo envolvió en el papel de estraza. Lo metió en la maleta, entre la ropa, donde el musgo húmedo mancharía la camisa limpia y Edmund no se daría cuenta hasta días después, en una pensión de Londres, cuando deshiciera la maleta y

encontrara la mancha verde en el algodón, como la huella de algo que había estado vivo.

No abrazó a su padre. Los Blackwell no se abrazaban. Se miraron. Arthur asintió con la cabeza una vez, despacio, con la misma gravedad con la que comprobaba si un injerto había prendido: mirándolo de cerca, sin tocarlo, esperando la señal de que lo trasplantado sobreviviría.

Edmund buscó a Catherine. Fue al jardín amurallado. La puerta estaba cerrada. No con el candado de George —eso vendría después — sino con el pestillo de siempre, el que había que levantar y girar al mismo tiempo. Lo abrió. Entró. El jardín estaba vacío. Catherine no estaba. El banco de piedra estaba vacío, con las iniciales grabadas entre manchas de liquen: E.B. + C.A. Las hojas de noviembre se habían acumulado en los senderos y en la base del banco, y algunas cubrían parcialmente las letras, — el otoño empezando a enterrar lo que el verano había grabado.

Fue a la casa grande. Preguntó a Mary, que salía por la puerta lateral con un cubo de cenizas. Mary le dijo que la señorita Catherine se había ido a Escocia esa mañana. Sí, esa mañana. Dawson la había llevado a la estación. No, no sabía cuándo volvería. No, no había dejado ningún mensaje.

Edmund se quedó de pie en el camino de grava, con la maleta en una mano y el olor del injerto filtrándose por las costuras del cartón. Catherine se había ido. Antes de que él pudiera buscarla. Antes de que pudiera decirle. Antes de que pudiera explicar que la carta era suya, que el reloj no lo era, que lo que había escrito era verdad y que la verdad, por una vez, no lo había salvado sino todo lo contrario.

No sabía que George la había enviado. No sabía que Catherine no quería irse. No sabía que en unas semanas —o quizá en unos días, quizá esa misma noche— Catherine volvería a Ashworth Hall y encontraría el jardín cerrado con un candado nuevo y brillante, y dejaría ásteres en la puerta, y se iría, y volvería al año siguiente, y al siguiente, y al siguiente, durante más de medio siglo, buscando a un

hombre que había cruzado por última vez el jardín amurallado una mañana de noviembre y que no había encontrado a nadie esperándolo.

Caminó por el sendero de la finca hacia la estación de Moreton-in-Marsh. El sendero era el mismo por el que había llegado en junio, con la maleta y el título de Cambridge y la esperanza tortísima de que la vida iba a empezar. Ahora caminaba en la otra dirección, con la misma maleta, sin el título —que era un papel y el papel se queda donde está—, y con algo que no era esperanza sino su negativo: la certeza de que la vida, la que había empezado, acababa de terminar.

Las hojas caían. No las de octubre, las doradas, las que Edmund le había explicado a Catherine. Las de noviembre: marrones, secas, que no caían sino que el viento las arrancaba y las arrastraba por la grava con un ruido desagradable, como algo que se rompe sin querer.

A mitad de camino se detuvo. Se dio la vuelta. Ashworth Hall estaba arriba, en la colina, con los tilos desnudos y el tejado de pizarra y la fachada de piedra dorada que a esa hora, bajo el cielo gris de noviembre, no parecía dorada sino del color de algo que fue dorado y que ya no lo es. El cottage estaba abajo, con el humo de la chimenea subiendo recto porque no había viento. El jardín amurallado estaba entre los dos, con su puerta de roble cerrada y las iniciales en el banco que nadie vería.

Se dio la vuelta otra vez. Siguió caminando.

CAPÍTULO 16

No le creo

Las cartas estaban frías.

No es una metáfora. El papel estaba frío al tacto, — la caja de mi abuelo conservando la temperatura de la habitación donde George murió, que era una habitación de hospital con ventanas que no cerraban bien. O quizá era la temperatura de mi propia habitación en el bed & breakfast, donde la calefacción se apagaba a las diez y no volvía a encenderse hasta las seis, y eran las once de la noche y yo estaba sentada en la cama con las once cartas sobre la colcha y las manos frías.

Las había estado posponiendo. Primero el cuaderno. Después los registros parroquiales. Después la señora Finch. Había ido montando el contexto alrededor de las cartas como quien construye un andamio alrededor de un edificio antes de entrar: necesitaba saber quiénes eran C.A. y E. antes de leer lo que se dijeron. Era el método que me había enseñado mi directora de tesis: siempre el contexto primero, después el documento. Pero también era, si soy honesta, una excusa. El contexto era manejable. Los registros no duelen. Las cartas sí.

Desanudé el cordón de jardín que las ataba. Era cordón de yute, del tipo que se usa para atar plantas a tutores, grueso, áspero, con un nudo sencillo que se deshizo sin resistencia. Once cartas dobladas en tres, sin sobre, sin sello, sin dirección de destinatario. Once cartas que se escribieron para ser enviadas y que nunca se enviaron, o que se escribieron sabiendo que no se enviarían, que es distinto y que es peor.

Las ordené por fecha. La caligrafía del encabezamiento era la misma del cuaderno —la inclinación a la derecha, los rasgos de pluma metálica— pero el papel variaba: algunas estaban escritas en papel de carta con membrete (Helen Ashworth, Argyll, Escocia),

otras en papel corriente, una en lo que parecía el reverso de un formulario del gobierno. Catherine había escrito con lo que tenía a mano, que es como se escriben las cosas que no pueden esperar.

Abrí la primera.

Estaba fechada en enero de 1937. Escrita en Escocia, según el membrete. La tinta era negra, la caligrafía firme. Pero no firme como la del cuaderno, donde cada letra era producto de un control aprendido. Firme como la de alguien que aprieta la pluma contra el papel porque la alternativa es apretar otra cosa.

«No sé por qué te fuiste sin despedirte.»

Así empezaba. Sin saludo. Sin «Querido Edmund.» Sin preámbulo. La frase entraba en la página como alguien que entra en una habitación dando un portazo: sin pedir permiso.

«No sé qué les dijiste. No sé qué te dijeron. Solo sé que el jardín está cerrado y que George dice que robaste algo y que yo no debo hablar de ti.»

Me detuve en «George dice.» George. Mi abuelo. El hombre de la caja sellada con cinta adhesiva, el hombre del coñac en el hospital, el hombre que me miraba a veces con una mezcla de culpa y algo parecido a la ternura. George dice que robaste algo. George dice que yo no debo hablar de ti. George dice.

Lo que seguía estaba escrito con la tinta más oscura, presionada, como si Catherine hubiera hundido la pluma en el papel con cada repetición:

«No le creo. No le creo. No le creo.»

Tres veces. La misma frase. Cada una más gruesa que la anterior, como capas de pintura sobre una pared que alguien quiere cubrir. O como raíces que se aferran. Leí las tres líneas y sentí algo que no me había preparado para sentir, porque el método de mi directora de tesis no incluye un protocolo para cuando el documento que estás leyendo te rompe un poco el pecho: la certeza de que Catherine Ashworth, a los veintiún años, sola en una casa de Escocia que no era la suya, sabía que la versión oficial era mentira. Sabía

que Edmund no había robado. No tenía pruebas —no podía tenerlas; estaba en Escocia, a seiscientos kilómetros de Ashworth Hall, sin teléfono propio, sin coche, sin ningún recurso excepto la palabra de su hermano, que era exactamente el recurso que no valía nada—. Pero sabía.

Sabía porque conocía a Edmund. Porque había visto sus manos. Porque la señora Finch, sesenta y dos años después, diría lo mismo con otras palabras: «Yo lavaba la ropa de ese muchacho. Nunca vi nada que no fuera libros y tierra.» La ropa y la certeza. Las pruebas íntimas de la inocencia, invisibles para la ley, incontestables para quien las ha tocado.

Leí la carta hasta el final. No era larga. Después de «no le creo» tres veces, había un párrafo más, escrito con la tinta ya más clara, como si Catherine hubiera levantado un poco la pluma y la presión hubiera bajado:

«Estoy en Escocia, en casa de Helen. No sé cuánto tiempo. Llueve todos los días. Helen cree que me he venido porque necesito descanso. No me preguntes de qué. Si supiera dónde estás te enviaría esto. Como no lo sé, lo guardo. Guardar cosas es lo único que puedo hacer.»

Guardar cosas es lo único que puedo hacer. Leí la frase dos veces. La tercera vez la leí en voz alta, en la habitación vacía, y oí cómo sonaba: como una sentencia, como un diagnóstico, como la frase que describe la condición de una mujer de veintiún años en 1937 que sabe que algo está mal y que no tiene ningún mecanismo para corregirlo. No puede investigar. No puede acusar. No puede volver a Ashworth Hall sin permiso. No puede escribir a Edmund porque no sabe dónde está. Lo único que puede hacer es guardar: guardar la carta, guardar la certeza, guardar la memoria de un hombre que tenía tierra bajo las uñas y que no robó nada.

Abrí la segunda carta. Primavera de 1937. Todavía Escocia.

«He escrito a Cambridge. Al colegio. Me contestaron con una nota formal diciendo que Edmund Blackwell completó sus estudios

en junio de 1936 y que no tienen información sobre su paradero actual. Es como si te hubieran borrado.»

Como si te hubieran borrado. Lo había leído antes en el cuaderno, en una de las notas marginales. Pero aquí, en la carta, con la caligrafía inclinada y la tinta negra sobre el papel de membrete de Helen, la frase tenía otro peso. No era una anotación sino un grito contenido en cuatro palabras.

La tercera carta era de septiembre de 1937. La primera visita a la puerta cerrada. La que la señora Finch había visto desde la ventana de la lavandería.

«Fui a Ashworth. El jardín tiene un candado. George dice que es por seguridad. Dejé ásteres en la puerta. No sé si los verás. No sé si estás vivo. Pero los ásteres no saben eso, y florecen igual.»

Los ásteres no saben eso, y florecen igual. Era la clase de frase que Catherine escribía en los márgenes del cuaderno, con esa precisión que no buscaba belleza sino exactitud y que, por eso, la encontraba sin querer. No era una metáfora. Era una observación botánica: los ásteres florecen cuando todo se muere a su alrededor. No necesitan saber si alguien los mira. Florecen porque es lo que hacen. Catherine dejaba flores en una puerta cerrada por la misma razón.

Seguí leyendo. Las cartas se acortaban a medida que avanzaban en el tiempo, — la esperanza ocupando menos espacio en el papel con cada año. La cuarta era de 1938:

«Me caso en junio. Se llama Robert Hale. Es oficial de la marina. No me pregunta nada. No sé si eso es una virtud o un defecto.»

La quinta, de 1939, mencionaba la guerra. La sexta, de 1940, la muerte de Arthur:

«Tu padre murió. Lo encontró Mrs. Potts. Estaba mirando por la ventana hacia el jardín. Lo siento, Edmund. Lo siento por ti y por él y por las flores que ya nadie va a regar.»

La séptima, de 1941, la muerte de Lord Ashworth:

«Padre murió. El ala este se derrumbó. George hereda todo. Incluido el candado.»

Incluido el candado. Cuatro palabras que decían todo lo que Catherine pensaba de George sin necesidad de decirlo. La brevedad como arma. La precisión como desdén.

La octava, novena y décima eran cada vez más cortas, más secas, como un río que se va estrechando hasta convertirse en arroyo. La muerte de Robert. Noticias de la guerra. El Frío. La soledad. Detalles domésticos que no interesaban a nadie excepto a alguien que ya no estaba ahí para escucharlos: la gotera de la cocina de Hampshire, un gato que se coló por la ventana, el precio de las patatas. Catherine escribía a Edmund sobre patatas, y en esa mundanidad había algo que me desarmó más que cualquier declaración: la necesidad de compartir lo ordinario con alguien, lo insignificante, lo que no merece ser contado pero que se cuenta igual porque contar es la única forma de no perder del todo a la persona que no está.

La última carta era de septiembre de 1942. Tenía tres frases:

«Fui. Dejé flores. Volveré.»

Fui. Dejé flores. Volveré.

Once cartas en seis años. La primera tenía párrafos, repeticiones, rabia. La última tenía tres verbos. Como si el silencio fuera un idioma que Catherine hubiera ido aprendiendo año a año, podando las palabras como Arthur podaba los rosales: quitando lo innecesario hasta que solo quedara la estructura, el tallo, lo que sostiene el peso de lo que florece encima.

Dejé las cartas sobre la cama. Me lavé las manos en el lavabo del baño —el agua salía helada y con un color parduzco que decidí no examinar— y me miré en el espejo. Isla Ashworth. Treinta y cuatro años. Nieta de George. El George que dijo que Edmund había robado. El George que cerró el jardín con candado. El George que heredó todo, incluido el candado.

Sentí algo que no era exactamente vergüenza. La vergüenza requiere que hayas hecho algo. Yo no había hecho nada. Pero el apellido que llevo —Ashworth— era el mismo apellido que había cerrado una puerta y expulsado a un hombre y callado algo que aún no sabía exactamente qué pero que podía sentir en las cartas de Catherine como se siente una corriente bajo el hielo: algo que se mueve debajo de lo que se ve, algo que empuja, algo que la superficie mantiene contenido pero que existe.

No era vergüenza. Era proximidad. La incomodidad específica de descubrir que compartes la sangre de alguien que hizo daño. No es lo mismo que sentirse culpable. Es lo mismo que mirarte las manos y preguntarte si las manos que robaron un reloj —o que colocaron un reloj en un cajón ajeno, que era lo que yo empezaba a sospechar— se parecían a las tuyas. Si la cobardía tiene genética. Si el instinto de cerrar puertas se hereda como se heredan los ojos o el tono de voz.

Pensé en mi divorcio. En los meses que pasé sin decirle a David lo que pensaba. En las veces que cerré la puerta del estudio y me quedé dentro catalogando jardines ajenos para no tener que mirar el mío. En las cenas donde sonreí cuando debía haber hablado y hablé cuando debía haber gritado. No era lo mismo. No era comparable. Pero el patrón —el silencio como gestión del conflicto, la puerta cerrada como solución temporal que se vuelve permanente— me resultó, esa noche, desagradablemente familiar.

Volví a la cama. Cogí las cartas otra vez. Las miré como lo que eran: once documentos en una investigación que ya no era profesional. El National Trust me había encargado catalogar unos jardines. Lo que estaba haciendo no tenía nada que ver con jardines. Lo que estaba haciendo era desenterrar algo que mi abuelo había enterrado, y la pala que usaba era la misma que habría usado para mi trabajo: la paciencia, el registro, la atención a los detalles que otros pasan por alto. Pero el sujeto había cambiado. Ya no catalogaba especies. Catalogaba daños.

Había cosas que sabía y cosas que sospechaba y una zona gris entre ambas donde vivía la mayoría de lo importante.

Sabía: que Edmund y Catherine se habían conocido en el jardín amurallado en el verano de 1936. Que tenían un código de flores. Que algo los unió con una intimidad que crecía página a página en el cuaderno de Catherine. Que en noviembre de 1936 Edmund fue expulsado de la finca acusado de robo. Que Catherine fue enviada a Escocia. Que el jardín fue cerrado con candado. Que Catherine no creyó la versión oficial. Que la señora Finch tampoco.

Sospechaba: que George había fabricado la acusación. No porque tuviera pruebas sino porque las piezas encajaban de esa manera —la misma manera en que las piezas de un jardín histórico encajan cuando sabes leer el diseño original debajo de las capas de modificaciones posteriores—. George tenía motivo: los celos, la inseguridad, la amenaza que Edmund representaba. George tenía oportunidad: acceso a la casa, al cottage, a la vitrina del reloj. George tenía un patrón de comportamiento que la señora Finch había descrito sin acusar: «No era de los que gritan ni de los que pegan. Era de los que no miran.» De los que no miran. O de los que miran demasiado y actúan cuando nadie los ve.

Lo que no sabía: qué pasó después. Dónde fue Edmund. Si sobrevivió a la guerra. Si Catherine lo buscó alguna vez más allá de los ásteres en la puerta. Por qué George le dejó a su nieta una caja con el cuaderno de su hermana, las cartas de su hermana y la llave del jardín que él mismo había cerrado.

Eso era lo que más me inquietaba. No la traición —si es que fue una traición; aún no estaba segura, aún me aferraba a la posibilidad de que hubiera una explicación que no implicara que mi abuelo hubiera destruido deliberadamente la vida de un hombre—. Lo que más me inquietaba era la caja. George había guardado esas cartas durante años. Había sellado la caja con cinta adhesiva. Había escrito en su testamento que solo yo la abriera. George, que según todos los indicios había cerrado el jardín para que nadie mirara lo que había dentro, me estaba pidiendo que mirara. Sesenta años después. Como si el candado y la llave fueran parte del mismo gesto, separado por medio siglo: cerrar y abrir, ocultar y revelar, la

misma mano haciendo lo contrario en momentos distintos de una vida.

Fuera llovía otra vez. La lluvia de los Cotswolds, que es más un estado de ánimo que un fenómeno meteorológico. Las lápidas del cementerio brillaban bajo la farola. Pensé en Catherine escribiendo «no le creo» tres veces, hundiendo la pluma en el papel como quien hunde los dedos en la tierra para comprobar que la tierra sigue ahí. Pensé en Edmund caminando por un sendero con una maleta y un injerto de rosa que aún no sabía que existía. Pensé en mi abuelo George, joven, rubio, con la sonrisa que podía significar todo y nada, cerrando un jardín con un candado nuevo en la mañana de un día de noviembre.

Apagué la luz. Me quedé en la oscuridad con el olor de las cartas en las manos —papel viejo, tinta, algo que podía ser perfume o podía ser el fantasma de un perfume, débil, floral, casi imperceptible, como el olor que dejan las flores prensadas entre páginas cuando llevan décadas sin que nadie las abra—.

Mañana volvería al jardín amurallado. Había algo más ahí dentro. Lo sabía como lo sabía Catherine: sin pruebas, sin datos, con la certeza de quien ha mirado algo con suficiente atención como para saber que lo que se ve en la superficie no es todo lo que hay.

CAPÍTULO 17

La nota en el muro

La maleta estaba sobre la cama y Catherine no sabía qué meter en ella.

No porque no tuviera ropa. Tenía ropa suficiente para una semana, que era el tiempo que George había dicho aunque sin decir exactamente cuánto. «Hasta que las cosas se calmen.» Las cosas. Qué cosas. George no había contestado. George había cerrado la puerta con esa sonrisa suya que funcionaba como un cerrojo: daba igual lo que hubiera detrás, porque el cerrojo era la respuesta.

Catherine sabía que algo había ocurrido. No porque alguien se lo hubiera dicho —nadie le había dicho nada; en Ashworth Hall las cosas les ocurrían a las mujeres sin que nadie se molestara en explicarles por qué— sino porque la casa sonaba distinta. Los sonidos de una casa cambian cuando algo se ha roto dentro de ella, igual que cambian los sonidos de un cuerpo cuando algo se ha roto dentro de un cuerpo: no es un sonido nuevo, es la ausencia de un sonido viejo. Ashworth Hall llevaba todo el día sin el sonido de Edmund. Sin sus pasos en la grava del sendero, sin su voz en el jardín amurallado, sin el ruido seco de la puerta del cottage abriendo y cerrando a las horas de siempre. La finca tenía un agujero donde Edmund había estado, y el agujero no era silencio sino algo peor: el eco de lo que debería sonar y no suena.

George le había dicho que Edmund se había ido. Que había robado algo. Que su padre lo había echado. Lo dijo con la voz de quien comunica un hecho administrativo —una gotera reparada, un arrendatario que no paga—, y Catherine lo miró mientras hablaba con los ojos de la dibujante, los que veían las líneas que no cuadraban, y vio que George no la miraba a ella sino a un punto detrás de su hombro, lo cual significaba que estaba mintiendo o que estaba diciendo una verdad que le costaba sostener, y Catherine no

sabía cuál de las dos pero sabía que ninguna de las dos versiones era completa.

Había bajado a hablar con su padre. Lord Ashworth estaba en la biblioteca, detrás de un escritorio que normalmente estaba en el despacho y que ahora estaba en medio de la habitación como un mueble desplazado por un terremoto. Tenía los ojos rojos. No lloraba —Lord Ashworth no lloraba; pertenecía a una generación y a una clase que había decidido que los ojos podían ponerse rojos sin que eso contara como llanto— pero tenía los ojos rojos, y cuando Catherine le preguntó qué había pasado, dijo: «No quiero hablar de eso, Catherine.» No «no puedo.» «No quiero.» Era la primera vez que su padre le negaba una conversación. No una respuesta: una conversación. El derecho a estar en la habitación mientras se hablaba.

Así que Catherine estaba de pie junto a la maleta, con dos horas antes de que Dawson la llevara a la estación, y sabía tres cosas: que Edmund se había ido, que George mentía, y que nadie iba a explicarle nada. Lo que no sabía era que Edmund la había buscado esa mañana, que había ido al jardín y no la había encontrado, que había preguntado a Mary y que Mary le había dicho que la señorita se iba a Escocia. No sabía que mientras ella hacía la maleta, Edmund caminaba por el sendero de la finca con una maleta igual de torpe que la suya y un injerto de rosa en el cartón. No sabía que se estaban yendo al mismo tiempo, en direcciones opuestas, como dos hojas que el viento arranca del mismo árbol y lleva a lados distintos del muro.

Metió ropa en la maleta. Camisones, medias, un vestido de lana que Helen le había regalado el año anterior y que Catherine nunca se había puesto porque era de un verde que no le sentaba pero que para Escocia servía, porque en Escocia todo era verde y todo era frío y nada importaba cómo te sentara la ropa. Metió un libro —Jane Eyre, el de su madre, con los subrayados en lápiz— y un estuche de lápices y un cuaderno en blanco que no era el cuaderno. El cuaderno, el de tapas verdes, el que tenía los dibujos y los márgenes con flores y la «c» torcida de centifolia y la ramita de myosotis

prensada entre las páginas y todo lo demás que era Edmund sin ser Edmund, estaba en el jardín amurallado, debajo del cojín del banco. Catherine lo había dejado ahí ayer. Hoy no había ido al jardín. No había tenido tiempo. Pero ahora tenía que ir.

Bajó por la escalera de servicio. La misma que había usado la noche que fue al cottage. La misma que no cruíja. El pasillo de la cocina olía a sopa de puerros —martes— y a leña quemada y a la cera con que Mary había frotado el suelo esa mañana. Catherine pasó sin que Mrs. Potts la viera, o sin que Mrs. Potts dijera que la veía, que era lo mismo en la economía del servicio doméstico.

Salió por la puerta lateral. El aire de noviembre la golpeó en la cara con un frío que no era límpio sino húmedo, pesado, cargado de agua que aún no era lluvia pero que lo sería antes de que anocheciera. El cielo era gris sin matices, el gris uniforme de los días que no tienen estación. Los árboles del camino principal estaban casi desnudos. Las pocas hojas que quedaban se aferraban a las ramas con esa terquedad agotada que tienen las cosas que saben que van a caer pero que aún no han caído.

Caminó hacia el jardín amurallado. El sendero estaba cubierto de hojas podridas que se pegaban a las suelas de los zapatos. Pasó por el huerto, donde las últimas manzanas colgaban de las ramas como faroles apagados. Pasó por el invernadero de cristales empolvados. Llegó a la puerta del jardín.

No tenía candado. Todavía no. George no había tenido tiempo, o no había pensado en ello, o estaba esperando a que Catherine se fuera para cerrar. Catherine empujó la puerta. Las bisagras sonaron como siempre: un quejido metálico que en verano parecía una bienvenida y en noviembre parecía una advertencia.

El jardín estaba distinto sin Edmund. No podía explicar cómo. Las plantas eran las mismas, los muros eran los mismos, el banco de piedra estaba en el mismo sitio con las mismas iniciales grabadas. Pero faltaba algo que no era visible ni audible ni tangible, algo que solo se detectaba por la ausencia, como el silencio que deja un reloj cuando se para: no echas de menos el tic-tac hasta que no está.

Edmund no estaba, y el jardín lo sabía, y Catherine lo sabía, y las plantas probablemente también, porque las plantas detectan las cosas que los humanos fingen no sentir.

Fue al banco. Levantó el cojín. El cuaderno estaba ahí. Tapas verdes. Papel amarillento. Los bordes desgastados por meses de uso. Catherine lo cogió y lo abrió por la última página que había dibujado: una clemátide del muro sur, con anotaciones en latín de la letra de Edmund. En el margen, un ramillete pequeño dibujado por ella: madreselva, romero, violeta, hiedra. El código completo. Lo miró como se mira una carta que uno escribió hace mucho tiempo: con extrañeza, con ternura, con la sensación de que la persona que dibujó esas flores vivía en un mundo que ya no existe.

No iba a llevárselo. Lo pensó durante un segundo —meterlo en la maleta, llevarlo a Escocia, guardarlo bajo la almohada de la cama de invitados de Helen— y supo inmediatamente que no. El cuaderno pertenecía al jardín. Sacarlo sería como arrancar una planta de raíz: sobreviviría, quizá, pero sin el suelo que la sostenía. Además, si Edmund volvía —cuando Edmund volviera—, el cuaderno tenía que estar aquí. Tenía que encontrarlo donde lo habían hecho, entre los muros que habían sido su único territorio neutral.

Pero no podía dejarlo en el banco. Si George cerraba el jardín —y Catherine sabía que lo haría, porque George cerraba las cosas que le molestaban de la misma manera que cerraba las conversaciones: con un gesto definitivo que no admitía discusión—, el cuaderno se pudriría bajo la lluvia de invierno. Necesitaba un sitio seco, protegido, que Edmund conociera o pudiera encontrar.

Caminó por el jardín. Los senderos de grava estaban cubiertos de hojas. Los rosales del muro norte eran esqueletos de espinas. Los arcos de piedra tenían las clemátides secas colgando como cortinas viejas. Todo lo que había sido verde y vivo y perfumado en agosto era ahora marrón, gris, frágil. Pero los muros seguían. El ladrillo rojo, manchado de liquen, sólido. Los muros que su madre había mandado construir en 1920 porque creía que un jardín sin muros era como una conversación sin puertas.

Catherine conocía esos muros. Los había dibujado docenas de veces: la textura del ladrillo, las juntas de mortero, las manchas de humedad que formaban mapas de países inexistentes. Y conocía una cosa más: un ladrillo suelto.

Estaba en el muro del fondo, a la derecha de la puerta del fondo que daba al campo y que nadie usaba desde que el arrendatario había puesto una cerca de alambre al otro lado. El ladrillo estaba a la altura de la cintura, ligeramente hundido respecto a los demás, con una junta de mortero que se había deshecho con los años y que dejaba espacio suficiente para meter los dedos y tirar. Catherine lo conocía desde niña. Lo había descubierto a los ocho o nueve años, jugando en el jardín mientras su madre podaba las rosas y Arthur regaba los parterres. Había escondido ahí cosas de niña —una canica, una pluma de arrendajo, una moneda de medio penique que encontró en la grava— y después las había olvidado, como se olvidan las cosas que se guardan en los sitios que uno cree que son secretos.

Tiró del ladrillo. Salió con un ruido sordo, arrastrando polvo de mortero. Detrás había un hueco de unos veinte centímetros de profundidad, seco, protegido, con restos de tela de araña y una moneda de medio penique cubierta de óxido verde que Catherine no reconoció hasta que la cogió y la sintió en los dedos: la misma que había escondido a los ocho años. Veinte años en la oscuridad. La moneda estaba fría y pesaba menos de lo que recordaba, como pesan menos todas las cosas de la infancia cuando se vuelve a ellas.

Metió el cuaderno en el hueco. Cabía justo, con las tapas rozando los lados del ladrillo. Lo emparejó para que quedara lo más dentro posible. Después sacó del bolsillo del cárdigan un lápiz y una hoja de papel que había arrancado del cuaderno en blanco de la maleta —no del cuaderno de dibujos; de ese no habría arrancado nada, de la misma manera que no se arranca una hoja de un árbol que se ama—.

Escribió. No era fácil. El muro del jardín no es un escritorio, y el lápiz se resistía en el papel sin soporte, y los dedos le temblaban, no

de frío. Escribió con la caligrafía inclinada de siempre pero más irregular, más apretada, como las letras que había grabado en el banco: letras que no eran de dibujante sino de alguien que tiene prisa y que escribe no para que quede bonito sino para que quede.

E.: Volveré en otoño. Espérame junto a los ásteres.

Dobló la nota. La metió dentro del cuaderno, en la primera página, donde Edmund la vería al abrirlo. Después empujó el ladrillo de vuelta a su sitio. Entró con un chasquido seco, como una pieza de un rompecabezas que vuelve a encajar. La superficie del muro quedó lisa, o casi: había que saber dónde mirar para notar que ese ladrillo estaba un milímetro más hundido que los demás.

Se quedó de pie frente al muro. La nota estaba ahí dentro, con el cuaderno, con los dibujos, con la moneda de medio penique y veinte años de polvo. Estaba a salvo. Seca. Esperando.

El problema era que Edmund no sabía que el ladrillo estaba suelto. No se lo había dicho nunca. Era uno de esos datos que pertenecían a la Catherine de antes de Edmund —la niña que escondía canicas— y que la Catherine de después de Edmund no había tenido ocasión de compartir, porque los detalles de la infancia no salen en las conversaciones sobre botánica ni caben en los ramilletes de flores. Catherine sabía dónde estaba el ladrillo. Edmund no. Pero Edmund conoceía este jardín planta por planta, piedra por piedra. Cuando volviera —porque volvería; las cosas que importan vuelven como vuelve el otoño, porque no saben hacer otra cosa—, buscaría. Tocaría los muros como tocaba las plantas: con las manos abiertas, con paciencia, esperando a que la piedra revelara lo que escondía. Encontraría el ladrillo. Encontraría el cuaderno. Encontraría la nota.

Era un acto de fe. Catherine lo sabía. Un acto de fe en un hombre que no sabía dónde estaba, que quizá no volvería, que quizá —y aquí la mente de Catherine tropezaba, como un lápiz que se atasca en un nudo de la madera— ya no quería volver. Pero Catherine había aprendido algo en el jardín amurallado que no había aprendido en la casa grande ni en los libros ni en las cartas de Helen

ni en ningún otro sitio: que las cosas que se plantan con cuidado sobreviven a más de lo que parece. Que un injerto puede prender en suelo ajeno. Que una semilla puede esperar años en la tierra, seca, inerte, muerta en apariencia, y germinar cuando las condiciones cambian. Que esperar no es pasividad. Que esperar es lo que hacen las raíces.

Miró el jardín por última vez. El banco de piedra con las iniciales. Los arcos vacios. El rosal de la Souvenir de la Malmaison, sin flores, reducido a un esqueleto de ramas nudosas que parecía muerto pero que no lo estaba, porque los rosales viejos guardan la vida en las raíces durante el invierno y lo que se ve arriba no es lo que importa. El estanque seco. Los ásteres marchitos en los bordes de los parterres, con los últimos pétalos secos todavía adheridos a los tallos, negándose a caer, como se niegan a caer las cosas que aún no han terminado de decir lo que tenían que decir.

Salió del jardín. Cerró la puerta. No con llave —no tenía llave; la llave era de Arthur— sino con el pestillo de siempre, el que había que levantar y girar al mismo tiempo. La puerta se cerró con un clic que a Catherine le sonó distinto de otras veces, más seco, más final, como un hueso que se parte limpio.

Volvió a la casa. Subió a su habitación. Cerró la maleta. Se puso el abrigo —el de lana gris, que no era el más abrigado pero sí el que tenía más cerca— y bajó al vestíbulo donde Dawson la esperaba con el coche.

George no estaba. Su padre no estaba. Mrs. Potts asomó la cabeza desde la cocina y dijo algo sobre un sándwich para el viaje que Catherine rechazó con un gesto que no fue brusco pero que tampoco fue amable, porque la amabilidad requería una energía que Catherine no tenía. Mary estaba en la puerta del salón, con un trapo de pulir en la mano, y la miró con la expresión que las doncellas reservaban para los momentos que no entendían pero de los que iban a hablar en la cocina: abierta, prudente, curiosa sin permiso.

Dawson abrió la puerta del coche. Era el Austin negro que Lord Ashworth usaba para ir a la estación. Catherine se sentó en el

asiento trasero. La maleta fue al maletero. Dawson arrancó sin decir nada, porque los buenos mayordomos no hablan cuando no se les habla, y los grandes mayordomos no hablan ni siquiera entonces.

El coche salió por el camino de la finca. Catherine miró por la ventanilla. No hacia la casa —no quería ver la casa; la casa era lo que la expulsaba— sino hacia el jardín amurallado, cuyo muro era visible desde el camino como una línea de ladrillo rojo entre los árboles desnudos. La puerta del jardín no se veía desde aquí. Pero Catherine sabía dónde estaba, y sabía que detrás de la puerta estaba el banco con las iniciales, y detrás del muro del fondo estaba el ladrillo suelto, y detrás del ladrillo estaba el cuaderno, y dentro del cuaderno estaba la nota.

Volveré en otoño. Espérame junto a los ásteres.

Era noviembre. Los ásteres ya se habían marchitado. Pero Catherine había escrito «otoño» como quien escribe una dirección: no el otoño de este año sino el otoño en general, la estación que vuelve, la que siempre vuelve, la que no necesita permiso ni invitación. El otoño como punto de encuentro. El otoño como promesa. No porque Catherine creyera en promesas —las promesas eran palabras, y las palabras se las llevaba el viento de noviembre— sino porque creía en las estaciones, que son la única cosa del mundo que cumple siempre lo que anuncia.

El coche pasó por el puente sobre el arroyo. Catherine vio, por un segundo, el agua correr entre las piedras con esa prisa sin sentido que tiene el agua en noviembre, cuando llueve más de lo necesario y el arroyo se convierte en río sin que nadie se lo pida. Después el camino giró y la finca desapareció detrás de la colina, y lo último que Catherine vio fueron los tilos del camino principal, desnudos, con las ramas negras contra el cielo gris, como manos que se extienden hacia algo que ya no está.

No miró atrás. No porque no quisiera. Porque mirar atrás habría significado admitir que se la estaban llevando, y Catherine no iba a admitir eso. No iban a llevarla. Iba a irse. Había una diferencia. Una diferencia que existía solo en su cabeza, que no cambiaba nada en

la práctica —el coche iba a la misma velocidad, la estación estaba a la misma distancia, Escocia estaba igual de lejos y de fría—, pero que era la diferencia entre ser una mujer a la que mueven y una mujer que se mueve. Catherine se aferró a esa distinción como se aferró la moneda de medio penique a la oscuridad del muro durante veinte años: con terquedad, sin motivo racional, por la simple razón de que aferrarse era lo único que podía hacer.

Dawson condujo en silencio hasta la estación. Le abrió la puerta. Le bajó la maleta. Le deseó buen viaje con la inclinación de cabeza que reservaba para los momentos que no entendía pero que aceptaba, porque aceptar lo que no se entiende era la descripción de su trabajo.

Catherine esperó el tren en el andén de Moreton-in-Marsh. El mismo andén donde Edmund había llegado en junio con una maleta de cartón y un título de Cambridge. Catherine no sabía eso. No sabía que había pisado las mismas baldosas, que había mirado el mismo reloj de pared con los números romanos y la aguja de los minutos que temblaba un poco al avanzar, como si a ella también le costara moverse. No sabía que Edmund había caminado desde aquí hasta la finca sin avisar a nadie, porque nadie lo esperaba. No sabía que esta misma mañana, unas horas antes, Edmund había caminado en la otra dirección, desde la finca hasta aquí, con la misma maleta y una rosa invisible en el equipaje.

El tren llegó. Catherine subió. El compartimento olía a tapicería vieja y a humo de carbón y a algo metálico que podía ser el frío del hierro o podía ser el olor que tienen los trenes cuando llevan a la gente lejos de donde quiere estar. Se sentó junto a la ventanilla. No abrió el libro. No sacó los lápices. Se quedó mirando el andén mientras el tren empezaba a moverse y el reloj de la pared se alejaba y las baldosas y los bancos y el arbusto de ásteres marchitos que crecía al final del andén —los había visto al llegar; estaban ahí, marrones, secos, con los últimos pétalos como páginas mojadas— se hacían pequeños y después desaparecían y después no había nada excepto campo, verde oscuro bajo el gris, y la lluvia que empezaba a

caer contra la ventanilla con un ritmo que no era ritmo sino insistencia.

En el jardín amurallado de Ashworth Hall, detrás de un ladrillo suelto en el muro del fondo, una nota esperaba en la oscuridad. No sabía a quién esperaba ni cuánto tiempo llevaría la espera.

PARTE III

Los años del silencio

CAPÍTULO 18

Kew Gardens

La pensión de Lambeth tenía una ventana que daba a un muro de ladrillo.

No a un jardín, no a un río, no a un cielo que mereciera la palabra cielo. A un muro. Ladrillo londinense, de ese color pardo oscuro que parece mojado incluso cuando no llueve, con una tubería de desagüe que bajaba por el centro y que goteaba los días de niebla con un ritmo arrítmico que Edmund escuchaba desde la cama a las cinco de la mañana, cuando aún estaba oscuro y el ruido del agua en la tubería era lo único que se movía en toda la habitación.

La habitación era pequeña. Cabían una cama con un colchón que cruíja en las esquinas, una mesa con una silla, un armario de pino sin puerta —le faltaba la bisagra inferior— y un lavabo de porcelana con una grieta que subía desde el desagüe como la raíz de algo que hubiera intentado crecer y no hubiera podido. El suelo era de tablas sin barnizar. La calefacción era un radiador de hierro que funcionaba tres horas por la mañana y dos por la noche, y que en las horas intermedias servía para colgar la camisa mojada del día anterior, que se secaba adquiriendo una forma rígida y ondulada que a Edmund le recordaba a las hojas de higuera cuando se secan al sol.

En el alféizar de la ventana —el único sitio donde daba la luz, media hora al día, cuando el sol pasaba entre el tejado de la pensión y la cornisa del edificio de enfrente— estaba la Souvenir de la Malmaison.

Había prendido. El injerto que Arthur le dio la noche de la expulsión, envuelto en musgo y cordón de jardín, se había convertido en una planta de treinta centímetros que crecía con la lentitud propia de los rosales trasplantados: despacio, sin prisa, como si necesitara asegurarse de que el nuevo suelo merecía el esfuerzo. Edmund le había conseguido una maceta de barro en el

mercado de Lower Marsh por seis peniques y tierra del invernadero número tres de Kew Gardens, que era la mejor tierra de Londres y que Edmund sacaba en los bolsillos del abrigo con la discrección de quien roba algo que vale más de lo que pesa.

La regaba los martes y los viernes. Los martes y los viernes. No era el calendario óptimo —la Souvenir prefería un riego irregular, dependiente de la humedad ambiente— pero eran los días en que Edmund tenía turno de tarde en Kew y podía dedicar la mañana a la maceta, que no necesitaba mucho pero que necesitaba algo, y ese algo —agua, atención, la presencia de una mano que supiera tocarla — era lo único que Edmund podía darle a algo que estuviera vivo.

Trabajaba en Kew Gardens como asistente de investigación en el departamento de taxonomía. Era un puesto menor: clasificar especímenes que otros habían recolectado, etiquetar herbolarios, mantener el orden alfabético de un archivo que contenía doscientos años de plantas secas entre hojas de papel aceitado. No requería un título de Cambridge. No requería First Class Honours. Requería paciencia, buena letra y la disposición a pasar ocho horas diarias en un sótano húmedo rodeado de plantas muertas, que era una forma de trabajar que se parecía demasiado a una metáfora como para que Edmund la encontrara graciosa.

Lo había conseguido sin referencias. El doctor Marsh, su supervisor, era un hombre de sesenta años con una barba entrecana y la cortesía impersonal de los académicos que evalúan a las personas por lo que saben, no por dónde vienen. Le hizo un examen práctico de dos horas —identificar veinte especímenes, describir tres procesos de polinización, trazar un diagrama de la familia Rosaceae — y lo contrató sin preguntar por qué un licenciado de Cambridge con máximos honores buscaba un puesto que normalmente ocupaban estudiantes de tercer año. El doctor Marsh no preguntaba. Era su virtud y su límite: no preguntaba porque no le interesaba la biografía de la gente, solo su competencia, lo cual era liberador y también, en cierto sentido, una forma de invisibilidad.

Edmund era invisible en Londres. No como lo había sido en Ashworth Hall —donde su invisibilidad era la del sirviente, la del que está presente sin que nadie lo vea— sino de otra forma: la invisibilidad del anónimo, la del hombre que camina por Lambeth con un abrigo gris y una maleta de cartón y que nadie mira porque en Londres hay un millón de hombres con abrigos grises y maletas de cartón. Era una invisibilidad democrática, igualitaria, y habría sido casi cómoda si Edmund no hubiera tenido, grabadas en la memoria como las iniciales en el banco de piedra, tres letras que lo hacían visible ante sí mismo: C.A.

No escribía a Catherine.

No porque no la quisiera. La quería de la misma forma en que la Souvenir de la Malmaison crecía en la maceta del alféizar: despacio, en silencio, con raíces que se extendían en la oscuridad buscando algo que sostuviera el peso de lo que crecía arriba. No le escribía porque se había convencido —con la lógica implacable del que ha interiorizado su propia derrota— de que la carta que había escrito era un error. No un error de amor sino un error de clase. Un hijo de jardinero que nombra con metáforas botánicas el cuerpo de la hija del señor. Un hombre que describe con precisión científica algo que la ciencia no puede medir y que la sociedad no puede tolerar. La carta no era obscena. Era peor: era exacta. Y la exactitud, cuando viene de abajo y apunta hacia arriba, se llama atrevimiento.

Edmund no usaba esa palabra. No pensaba en términos de atrevimiento ni de transgresión ni de ninguno de los vocablos que un sociólogo habría usado para describir lo que le había pasado. Pensaba en términos más simples, más físicos: pensaba que había cruzado una línea. No una línea legal ni una línea moral sino algo más antiguo, algo que estaba en la arquitectura de Ashworth Hall y en la disposición de los senderos de la finca y en la diferencia entre la puerta de servicio y la puerta principal: una línea de pertenencia. Edmund había cruzado al otro lado del muro y el muro se había derrumbado sobre él, y lo que seníta ahora, en la pensión de Lambeth, no era rabia contra George ni contra Lord Ashworth ni contra el sistema que los sostenía. Era vergüenza. La vergüenza

específica de quien ha querido algo a lo que no tenía derecho y que, por quererlo, ha perdido también lo que sí tenía: el cottage, el jardín, su padre.

Eso era lo que el sistema hacía. No castigaba desde fuera: instalaba el castigo dentro. Hacía que la víctima asumiera la culpa del que la había expulsado, como una planta que absorbe el veneno del suelo y se marchita creyendo que la enfermedad es suya. Edmund no sabía que George había colocado el reloj. No sabía que la acusación de robo era falsa. Sabía que la carta era real, y la carta bastaba. En su cabeza, la carta lo condenaba más que el reloj, porque el reloj era un objeto y la carta era él mismo, expuesto, nombrado, irrefutable. Había escrito lo que sentía con la misma precisión que usaba para clasificar rosales, y esa precisión —que en el departamento de taxonomía del doctor Marsh era una virtud— en la biblioteca de Lord Ashworth había sido una condena.

Así pasaron los meses. Primero los meses de invierno, que en Lambeth eran todos iguales: grises, húmedos, con un frío que no era el frío limpio de los Cotswolds sino un frío sucio, impregnado de humo de carbón y de niebla que se pegaba a la ropa. Después la primavera, que en Kew Gardens era espectacular —los cerezos en flor, los rododendros, los invernaderos tropicales que olían a otro continente— y que Edmund recorría cada mañana antes de bajar al sótano, como un prisionero que da una vuelta al patio antes de volver a la celda. Después el verano, que en Londres era una broma de mal gusto: calor sin brisa, asfalto que hervía, parques públicos abarrotados de gente que buscaba aire como peces en un estanque que se seca.

Y después septiembre.

Septiembre era el mes que Edmund no podía controlar. Los otros meses eran manejables: tenían una monotonía que funcionaba como anestesia, una rutina de sótano y pensión y maceta y té aguado que mantenía el dolor a un nivel tolerable, como un ruido de fondo al que uno se acostumbra. Pero septiembre cambiaba la luz. Septiembre bajaba el sol un grado y el aire se volvía más delgado y

las primeras hojas amarilleaban en los tilos de Kew y Edmund sentía, con una precisión que era casi física, la punzada de lo que no tenía y de lo que había tenido y de lo que no volvería a tener. Septiembre era el mes de los ásteres. El mes de Michaelmas. El mes en que las cosas que importan maduran.

No fue a Ashworth Hall. No podría haber ido aunque hubiera querido: no tenía dinero para el tren, no tenía nada que hacer allí, no tenía a nadie que lo recibiera. Arthur le escribía una vez al mes, cartas de dos párrafos que hablaban del jardín y del clima y que no mencionaban ni a Catherine ni a George ni a Lord Ashworth, porque Arthur escribía como vivía: sin decir lo que importaba, dejando que el silencio hiciera el trabajo. Edmund le contestaba con cartas igual de breves, sobre el departamento de taxonomía y la maceta de la Souvenir de la Malmaison. Eran cartas de plantas y de tiempo, sin personas dentro. Dos jardineros hablando de lo único que sabían hablar.

Un año. Otro. 1938 trajo los acuerdos de Múnich y la ilusión de que la guerra no ocurriría. Edmund leyó los periódicos en la sala común de la pensión, donde Mrs. Davies —la patrona, una viuda de Peckham con un gato tuerto y una opinión firme sobre todo— los dejaba cada mañana sobre la mesa del desayuno junto a la tetera y las tostadas. Los titulares hablaban de Checoslovaquia y de Chamberlain y de «paz para nuestro tiempo,» y Edmund los leía con la distancia de alguien a quien la política internacional le importaba menos que la maceta del alféizar, porque la maceta estaba viva y la política era ruido, y Edmund había aprendido a distinguir lo vivo de lo ruidoso.

En la maceta, la Souvenir de la Malmaison dio su primera flor en junio de 1938. Una sola. Rosa pálido, con el centro más oscuro, y un olor que llenó la habitación entera durante tres días, denso, dulce, con esa profundidad que las rosas antiguas tienen y que las modernas han perdido a cambio de tamaño y de duración. Edmund se la quedó mirando un rato largo la mañana que la encontró abierta. Una rosa descendiente de las que amó Josefina en Malmaison, creciendo en una maceta de seis peniques en el alféizar

de una pensión de Lambeth. La bellía de las cosas que sobreviven donde no deberían. Le escribió a Arthur sobre ella. Arthur le contestó con una sola frase: «Sabía que prendería.»

1939. Septiembre otra vez. Edmund estaba en la sala común, con una taza de té que Mrs. Davies había preparado demasiado cargado, como siempre, cuando la radio transmitió la voz de Chamberlain declarando la guerra. Mrs. Davies se sentó en el sillón con el gato en el regazo y dijo: «Bueno, ya está.» El gato no se movió. Edmund terminó el té.

Se alistó al día siguiente. No por patriotismo. Edmund no sabía qué era el patriotismo más allá de una palabra que los hombres como George usaban para justificar cosas que no necesitaban justificación. Se alistó porque la guerra era el único lugar donde la frontera entre la puerta de servicio y la puerta principal dejaba de tener sentido. Porque en el ejército, un hijo de jardinero y un hijo de conde vesían el mismo uniforme y comían la misma basura y morían de la misma bala. Porque no tenía nada que perder excepto una maceta de Souvenir de la Malmaison en el alféizar de una pensión de Lambeth, y una maceta no era motivo suficiente para no ir.

El centro de reclutamiento estaba en un edificio de ladrillo cerca de Waterloo Station, con una cola que doblaba la esquina y que avanzaba con la lentitud de las colas inglesas: sin prisa, sin queja, con la paciencia sombría de gente que espera su turno para algo que no quiere pero que acepta. Edmund esperó dos horas. El sargento que lo atendió tenía un bigote amarillento y una pluma que goteaba.

«¿Nombre?»

«Blackwell. Edmund James.»

«¿Edad?»

«Veinticinco.»

«¿Ocupación anterior?»

Edmund dudó un segundo. Un segundo en el que pasaron, como las páginas de un cuaderno que se hojea rápido, todas las cosas que

podría haber escrito: botánico, licenciado en Ciencias Naturales, especialista en taxonomía de rosales, investigador de Kew Gardens, becado de Cambridge con First Class Honours, hijo de un jardinero que sabía más sobre las plantas que nadie en el condado de Gloucestershire. Todo eso cabía en un segundo. Nada de eso cabía en el formulario.

Escribió: Jardinero.

El sargento no levantó la vista. Anotó la respuesta. Pasó al siguiente campo. El formulario siguió su curso: altura, peso, defectos físicos (ninguno), familiares a quienes notificar.

Edmund escribió: Arthur Blackwell, Ashworth Hall, Gloucestershire.

No sabía que Arthur había muerto tres meses antes. No lo sabría hasta la primavera de 1940, cuando una carta del párroco del pueblo lo alcanzara en un campamento de entrenamiento de Hampshire. La carta diría que Arthur Blackwell había fallecido en su domicilio, sentado en la silla junto a la ventana, mirando hacia el jardín amurallado. Que Mrs. Potts lo encontró. Que fue un entierro pequeño, con el párroco, la cocinera y dos granjeros del pueblo que habían jugado al dominó con Arthur los jueves por la noche. Que nadie de la familia asistió.

Pero eso sería después. Ahora era septiembre de 1939, y Edmund estaba en una cola en Waterloo con una pluma que goteaba y un formulario que pedía que redujera su vida a casillas, y la casilla que más dolía no era la de «ocupación anterior» sino la de «familiares,» porque al escribir la dirección de su padre —Ashworth Hall, Gloucestershire— escribió también, sin querer, el nombre del lugar donde había sido feliz y del que lo habían echado y al que no podía volver, y la tinta de la pluma del sargento manchó el papel justo donde terminaba «Gloucestershire,» como si la palabra fuera demasiado larga para el espacio que le habían dado.

Antes de irse a la guerra, Edmund le dejó la maceta a Mrs. Davies.

«Riéguela los martes y los viernes», le dijo. «Si no vuelvo, quédesela.»

Mrs. Davies cogió la maceta con las dos manos y la examinó con la misma mirada que dedicaba al gato cuando estaba enfermo: práctica, algo desconfiada, con un fondo de ternura que no iba a admitir. «Martes y viernes», repitió. «¿Y si me olvido?»

«No se olvide.»

Mrs. Davies puso la maceta en el alféizar de la cocina, que era el mejor sitio de la casa: más luz, más horas de sol, menos corrientes. Era un sitio mejor que la habitación de Edmund. La rosa, si pudiera opinar, habría estado de acuerdo.

Edmund salió de la pensión con la maleta de cartón —la misma, siempre la misma, con la bisagra que no cerraba bien y la esquina reforzada con cinta— y caminó hacia la estación. Era una mañana de septiembre, con esa luz que en Londres no es dorada como en los Cotswolds sino de un blanco sucio, filtrada por el humo de las chimeneas y la niebla del Támesis. Los árboles del parque de Lambeth tenían las primeras hojas amarillas. Septiembre.

En Ashworth Hall, a ciento diez kilómetros al noroeste, una mujer cuyo nombre Edmund no pronunciaba cruzaba un sendero de grava con un ramillete de ásteres de Michaelmas en la mano y los dejaba contra una puerta de roble cerrada con un candado que no era suyo. Pero Edmund no lo sabía. No sabía que Catherine iba cada septiembre. No sabía que los ásteres se acumulaban año tras año contra la puerta. No sabía que la promesa que él había roto —«Volveré siempre en otoño»— la estaba cumpliendo ella. Por los dos.

En la estación, el tren de las tropas esperaba con las puertas abiertas y el vapor subiendo por encima de la marquesina. Edmund subió. Se sentó en un compartimento con otros cinco hombres que no conocía y que no le preguntaron cómo se llamaba ni de dónde venía. El tren arrancó. Londres se fue achicando por la ventanilla: primero las casas de ladrillo, después las fábricas, después los campos. Edmund miró los campos sin verlos. Pensó en la maceta de

Mrs. Davies. Pensó en si se acordaría de los martes. Pensó en que la Souvenir de la Malmaison había viajado de un jardín amurallado en Gloucestershire a un alféizar en Lambeth a una cocina en Peckham, y que quizá la próxima parada sería un cubo de basura si Mrs. Davies no tenía mano para las rosas, o quizá sería otro alféizar en otro lugar, y que las plantas, a diferencia de las personas, no eligen dónde crecen pero crecen igual.

CAPÍTULO 19

La señora Hale

Se casó en junio, que es cuando se casan las mujeres que no tienen opinión sobre el mes.

Robert Hale era oficial de la marina. Lo conoció en una cena en casa de Helen, en Argyll, un sábado de febrero de 1938 en el que llovía con una intensidad que en Escocia no merecía comentario pero que a Catherine, que llevaba catorce meses en la casa de su hermana, le parecía ya no lluvia sino condena. Robert estaba sentado frente a ella. Tenía el pelo rubio oscuro, la mandíbula ancha de los hombres que se afeitan dos veces al día, y unos modales tan pulidos que parecían lac. Había estudiado en Dartmouth. Hablaba de barcos con la misma falta de pasión con que hablaba de todo lo demás: correctamente, sin titubeos, sin que ninguna frase destacara sobre las otras. Era el tipo de hombre que una madre de la clase de Catherine habría aprobado con un gesto casi imperceptible de la barbilla: adecuado. La palabra que en esos círculos sustituía a todas las demás.

Le preguntó si dibujaba.

«Ya no», dijo Catherine.

No era verdad, pero tampoco era mentira. Catherine seguía dibujando, a veces, en un cuaderno nuevo que había comprado en una papelería de Oban: tapas azules, papel mediocre, sin la textura del cuaderno de tapas verdes que estaba detrás de un ladrillo suelto en un jardín amurallado de Gloucestershire. Pero lo que dibujaba en el cuaderno nuevo no tenía nada que ver con lo que había dibujado en el anterior. Eran bocetos sueltos, impersonales, del tipo que se hace en las salas de espera: una taza, un ángulo de ventana, la silueta de las colinas de Argyll que todas se parecían entre sí y ninguna se parecía a los Cotswolds. No tenían anotaciones en los márgenes. No tenían flores escondidas. No tenían a E.

Así que «ya no» era la respuesta más honesta que podía dar: dibujaba, pero ya no dibujaba lo que importaba.

Robert no siguió preguntando. Esa fue, quizá, la razón por la que Catherine aceptó cuando la invitó a pasear, y después a cenar, y después a tomar té en el hotel del pueblo, y después a todo lo demás que sigue cuando un hombre corteja a una mujer y la mujer no dice que no. Robert no preguntaba. No preguntaba qué pensaba, qué quería, por qué estaba en Escocia, qué había dejado atrás. No preguntaba porque era discreto, o porque no le interesaba, o porque intuitía que las respuestas serían complicadas y Robert Hale no era un hombre de complicaciones. Era un hombre de horarios, de uniformes, de protocolos navales que funcionaban porque nadie los cuestionaba. Catherine podía existir a su lado sin tener que explicar nada, y eso, en aquel febrero de Argyll, le pareció una forma de alivio que confundió con suficiencia.

La boda fue en la iglesia de Oban. Helen fue la madrina. Lord Ashworth viajó desde Gloucestershire y se sentó en la primera fila con un traje que le quedaba más holgado que la última vez, como si la casa se hubiera encogido y él con ella. George no vino. Mandó un telegrama que decía «felicidades» y una caja de plata de una tienda de Bond Street que nadie abrió hasta tres semanas después, cuando Catherine la encontró en el armario de la entrada de la casa de Hampshire que Robert había alquilado cerca de la base naval de Portsmouth. Era un juego de cubiertos para el té. Catherine lo guardó en el aparador sin usarlo nunca.

Hampshire. La casa era un semidetached de ladrillo rojo en una calle sin árboles, con un jardín trasero que medía cuatro metros por tres y que contenía un tendedero, dos macetas de geranios que la anterior inquilina había dejado y que estaban muertos, y un gato del vecino que entraba por un agujero de la valla y dormía sobre la tapa del cubo de la basura. No tenía jardín amurallado. No tenía muros de ladrillo rojo con hiedra ni arcos de piedra con clemátides ni un banco con iniciales grabadas. Tenía un tendedero. Catherine colgaba la ropa los lunes y los jueves y miraba los geranios muertos y no los sustituía.

La vida con Robert era correcta. No había una palabra mejor. No era feliz ni era infeliz; era correcta, como un dibujo hecho con regla: preciso, sin error, sin vida. Robert se iba a la base a las siete de la mañana y volvía a las seis de la tarde. Cenaban a las siete. Hablaban del día —el día de Robert, que contenía ejercicios navales y reuniones de oficiales y menús del comedor que Robert describía con un detalle innecesario que Catherine sospechaba era su forma de llenar el silencio—. Después Robert leía el periódico y Catherine leía un libro y a las diez se iban a la cama. Robert la besaba en la frente. Catherine apagaba la luz. El gato del vecino maullaba en el jardín.

No era infelicidad. Era algo peor: era la ausencia de infelicidad, que parecía lo mismo que la felicidad si uno no miraba con mucha atención. Y Catherine, que había dedicado su vida a mirar con atención, había aprendido en Hampshire a no mirar. A no mirar los geranios muertos ni las proporciones de la cocina que estaban ligeramente descompensadas —la encimera era demasiado alta para su estatura; la habían diseñado para alguien más alto, como la vida con Robert— ni la forma en que Robert le ponía la mano en la espalda cuando entraban en algún sitio, como un director de orquesta que guía al instrumento hacia su posición.

No dibujaba. O dibujaba listas de compras y esquemas del menú semanal, que no eran dibujos pero que usaban la misma mano y el mismo lápiz y que, si alguien los hubiera examinado con la atención de un grafólogo, habrían revelado algo que las palabras no decían: que la caligrafía de Catherine, antes inclinada y firme, se había vuelto vertical y pequeña, como si la mano que escribía hubiera dejado de moverse con libertad y se hubiera ajustado a un espacio más estrecho.

La guerra llegó en septiembre de 1939 con la misma inevitabilidad con que llega el invierno: todo el mundo sabía que iba a venir y nadie estaba preparado. Robert fue destinado a un destructor. Se despidió en la puerta de la casa de Hampshire con el uniforme puesto y la maleta en la mano y un beso en la boca que fue, por primera y última vez, algo que se parecía a la necesidad en

lugar de al protocolo. Catherine lo miró irse por la calle sin árboles y pensó, con una claridad que la avergonzó: ahora puedo abrir las ventanas.

Las abrió. No fue una rebeldía ni un acto de liberación; fue, literalmente, abrir las ventanas. Robert las mantenía cerradas porque la brisa del puerto traía un olor a sal y a combustible que le molestaba. Catherine las abrió y dejó que el olor entrara, y durante un segundo —un segundo que duró exactamente lo que duran las cosas que se sienten de verdad antes de que la razón las devuelva a su sitio— sintió algo que se parecía al aire del jardín amurallado cuando se abría la puerta por las mañanas: el golpe de algo vivo entrando en un espacio que había estado cerrado demasiado tiempo.

Las cartas de Robert llegaban cada dos semanas, regulares como la marea. Eran cartas breves, correctas, censuradas por la oficina de correo militar: hablaban del clima, de la comida del barco, de un juego de cartas con los otros oficiales. No decían dónde estaba ni qué hacía, porque la guerra no permitía decirlo. Catherine las leía, las doblaba, las guardaba en un cajón del escritorio, y no las releía. No porque no le importaran sino porque no contenían nada que pudiera releerse. Eran cartas funcionales: prueba de vida, no expresión de vida.

Pensó en las cartas que ella había escrito. Las once que estaban en algún lugar de Ashworth Hall —probablemente en el bolsillo de un abrigo que ya no usaba, o en un cajón que George había vaciado, o perdidas entre las pertenencias que Helen le había enviado en una caja desde Escocia cuando se casó—. Esas cartas contenían algo que las de Robert no contenían. No sabía cómo nombrarlo. No era pasión, que es una palabra que se usa para excusar la intensidad. Era presencia. Las cartas a Edmund estaban llenas de una persona que existía en cada línea: furiosa, desconcertada, leal, viva. Las cartas de Robert estaban llenas de información. La diferencia entre una carta viva y una carta informativa es la misma que entre un dibujo botánico de Catherine y una fotografía: la fotografía registra; el dibujo mira.

Los años de la guerra comprimieron el mundo. Hampshire se llenó de soldados y de mujeres que trabajaban en fábricas y de niños evacuados de Londres que llegaban con etiquetas en los abrigos y máscaras de gas en cajas de cartón. Catherine se ofreció como voluntaria en el centro de la Cruz Roja del pueblo: enrollar vendas, clasificar donaciones de ropa, servir té a las mujeres que esperaban noticias de sus maridos con la cara que tienen las personas que sonríen porque la alternativa es peor. Era un trabajo que no requería talento ni formación ni nada que Catherine tuviera y que nadie le hubiera pedido que usara. Requería manos. Las manos de Catherine, entrenadas para dibujar pétalos con precisión milimétrica, enrollaban vendas.

Un baile militar en la base de Portsmouth, invierno del cuarenta. Los oficiales que quedaban en tierra bailaban con las esposas de los que estaban en el mar, que era la forma que tenía la armada de decir «no nos hemos olvidado de ustedes» sin admitir que «us» incluía a mujeres cuyos maridos podían no volver. La banda tocaba foxtrot. Un teniente le pidió un baile a Catherine. Bailaron. El teniente hablaba de caballos. Catherine sonreía y no escuchaba y pensaba, con la parte de su mente que siempre estaba en otra parte, que el último hombre con el que había bailado —si contar la feria de Michaelmas como un baile, que no lo era, que era otra cosa — tenía tierra bajo las uñas y olía a jabón de alquitrán. El teniente olía a colonia y a whisky. Catherine terminó el baile, dio las gracias, se fue a casa, se sentó en la cocina con las ventanas abiertas, y no lloró, porque llorar habría sido un lujo y los lujos estaban racionados.

El telegrama llegó en octubre de 1942. Octubre otra vez. Un martes, porque el cartero pasaba los martes y los viernes, que eran los mismos días en que Edmund regaba la Souvenir de la Malmaison, aunque Catherine no lo sabía y Edmund ya no lo hacía porque estaba en algún lugar del norte de África y las macetas no viajan a las guerras.

Catherine estaba en la cocina. Pelaba patatas. La radio estaba encendida, transmitiendo algo sobre el frente de África que Catherine oía sin escuchar, como se oye la lluvia cuando se lleva

tiempo viviendo en un sitio donde llueve siempre. El timbre sonó. Abrió la puerta. El cartero tenía un sobre amarillo en la mano y la cara que tienen los carteros cuando traen sobres amarillos, que no es una cara triste sino ausente, como si hubieran practicado la expresión de no tener expresión.

Catherine cogió el sobre. Lo abrió de pie en el vestíbulo. El texto era breve: el Ministerio de Defensa lamentaba informar que el teniente de navío Robert James Hale había muerto en acción el 27 de octubre de 1942 durante la segunda batalla de El Alamein. Se adjuntaban instrucciones para la pensión de viuda. Pésame del rey.

Dobló el telegrama. Lo metió en el bolsillo del delantal. Volvió a la cocina. Siguió pelando patatas.

No era frialdad. No era indiferencia. Era lo que queda cuando una persona ha gastado todo su duelo en otra pérdida y no le queda suficiente para una segunda. Catherine había llorado por Edmund —no abiertamente, no con lágrimas que alguien hubiera visto, pero sí de la forma en que lloran las mujeres que han aprendido a llorar sin hacer ruido: por la noche, con la almohada, en esos minutos entre la vigilia y el sueño donde el control se afloja y lo que se ha contenido durante el día se derrama—. Había llorado lo que podía llorar. Robert recibió lo que quedaba, que era respeto, gratitud, y una tristeza que no dolía como duelen las cosas que importan sino como duele un golpe en un brazo que ya está dormido: lo notas, pero no te alcanza.

Lo que sintió, debajo de la tristeza, fue algo que no podía admitir y que admitió solo ante sí misma, en la cocina, con el cuchillo de pelar en la mano y el telegrama en el bolsillo: alivio. No alivio de que Robert hubiera muerto —no era un monstruo; era una mujer—, sino alivio de que la representación hubiera terminado. La obra en la que Catherine interpretaba a la señora Hale —esposa de oficial, mujer correcta, sonrisa en los bailes, cartas funcionales, geranios muertos en el jardín— se había cancelado por causa de fuerza mayor. Ya no tenía que actuar. Ya no tenía que no dibujar. Ya no tenía que ser la persona que había fingido ser durante cuatro años para no volverse loca.

No se lo dijo a nadie. El alivio de las viudas es el secreto mejor guardado de las guerras, porque no se puede decir y porque decirlo destrozaría la ficción de que todo matrimonio es una tragedia cuando termina, cuando la verdad es que algunos matrimonios son tragedias mientras duran y su final es, simplemente, el telón que cae.

En septiembre de 1942, dos semanas antes del telegrama, Catherine había ido a Ashworth Hall. Como cada septiembre. Había tomado el tren hasta Moreton-in-Marsh, había caminado hasta la finca, había subido el sendero entre los tilos que ahora tenían las ramas sin podar porque Arthur había muerto y nadie lo había sustituido. Había llegado a la puerta del jardín amurallado. El candado seguía ahí. El mismo candado que George había puesto en noviembre del treinta y seis, ahora oxidado, con la cerradura llena de óxido rojizo que parecía sangre seca.

Había dejado los ásteres. Púrpura oscuro, cortados esa mañana de un seto junto a la estación del tren, porque en Ashworth no tenía dónde cortarlos: el jardín estaba cerrado y los ásteres que crecían fuera del muro habían sido devorados por las ovejas del arrendatario. Los dejó en la base de la puerta, apoyados contra la madera, donde se unirían a los de los años anteriores: la capa del treinta y siete, ya casi polvo; la del treinta y ocho, aplastada por la lluvia; la del treinta y nueve, cubierta de musgo. Capas de otoños apilados como las páginas de un libro que nadie lee pero que alguien sigue escribiendo.

Se había quedado de pie frente a la puerta. Diez minutos. Quince. Mirando la madera de roble oscurecida y el candado oxidado y las huellas de los ásteres de años anteriores, que habían dejado marcas de color púrpura en la piedra del umbral, como las huellas que dejan los dedos manchados de tinta en los libros. Marcas que nadie había limpiado. Marcas que decían: alguien estuvo aquí. Alguien volvió.

George la había visto. Catherine no lo sabía entonces, pero lo sospechaba: George vivía en Ashworth Hall, o lo que quedaba de

ella después de que el ala este se derrumbara, y la ventana de su habitación daba al sendero del jardín amurallado. George la veía llegar cada septiembre y la veía irse, y no salía, y no hablaba, y no hacía nada excepto, probablemente, servirse otra copa de lo que fuera que George bebiera ese año, que era siempre demasiado y nunca suficiente.

Catherine se fue. Caminó hasta la estación. Tomó el tren de vuelta a Hampshire. Volvió a la casa sin árboles, a los geranios muertos, a la vida correcta que estaba a punto de terminar con un telegrama amarillo que aún no había llegado. Se quitó los zapatos en la puerta. Se lavó las manos. Los dedos le olían a áster: un olor suave, un poco amargo, que se quedaba en la piel durante horas y que ningún jabón terminaba de quitar, como las manchas de grafito en el borde del meñique de una dibujante, como la tierra bajo las uñas de un jardinero.

En la cocina, las patatas esperaban. La radio hablaba de África. Las ventanas estaban abiertas. Por la ventana entraba olor a sal y a combustible del puerto, y entre los dos olores, tan débil que quizá lo imaginaba, algo que se parecía a humo de leña y a sidra y a la primera escarcha de un otoño que estaba a ciento diez kilómetros y a seis años de distancia.

Viuda. La palabra le llegó después del telegrama, no con él. Llegó por la noche, cuando se metió en la cama —la misma cama donde Robert dormía a su derecha y donde ahora había una mitad vacía que no era la mitad de Robert sino simplemente una mitad vacía— y pensó, con esa claridad que la oscuridad da a veces: tengo veintiséis años y soy viuda y no tengo hijos y no tengo casa propia y no tengo trabajo y lo único que tengo es una maleta y un cuaderno de tapas azules que no sirve para nada y un nombre que ya no es el mío.

Ashworth. El nombre de soltera. El nombre de la casa de la que la habían sacado. El nombre que llevaba a una puerta cerrada con candado cada septiembre. Se quedó dormida pensándolo, y soñó con el jardín amurallado, como soñaba a veces: un sueño sin

argumento, solo un lugar, los muros de ladrillo y los arcos de piedra y el banco con las iniciales y la luz de octubre cruzando en diagonal, dorada, oblicua, tocando las cosas con una mano que ya no existía. En el sueño no había nadie. Solo el jardín. Solo la luz. Y cuando despertaba, lo que dolía no era la ausencia de Edmund sino la presencia del jardín, que seguía ahí, intacto, en un lugar de su cabeza donde ni George ni el candado ni la guerra podían entrar.

Salió de Hampshire en noviembre. Vendió los muebles que no eran suyos, devolvió las llaves al casero, empaquetó las pertenencias de Robert en una caja que mandó a sus padres en Devon. No guardó nada de Robert. No por rencor ni por desdén sino porque guardar cosas de Robert habría sido admitir que esa vida había sido la suya, y Catherine necesitaba creer que no lo era. Que la vida real estaba en otra parte. En un cuaderno detrás de un ladrillo. En unas iniciales grabadas en un banco. En un hombre que tenía tierra bajo las uñas y que probablemente estaba muerto, porque la guerra mataba a todo el mundo, pero que quizá no, porque las cosas que importan no mueren tan fácil como las que no importan. O quizá sí. Catherine no lo sabía. No saber es el precio de esperar, y ella estaba dispuesta a pagarlo.

CAPÍTULO 20

Los muertos

Arthur Blackwell murió en febrero de 1940, sentado en su silla.

La silla estaba junto a la ventana de la cocina del cottage, orientada hacia el jardín amurallado. No hacia la casa grande, no hacia el camino de la finca, no hacia el huerto ni las caballerizas ni ningún otro punto del horizonte que un hombre razonable habría elegido para su última vista. Hacia el jardín amurallado. Hacia el muro de ladrillo rojo que había cuidado durante treinta y cuatro años. Hacia la puerta de roble que ya no abría porque George la había cerrado con un candado y Arthur no había pedido la llave, porque Arthur no pedía cosas. Arthur cuidaba lo que le dejaban cuidar y aceptaba lo que le quitaban sin protesta, que era la forma que tenían los jardineros de su generación de expresar una dignidad que nadie les había pedido y que nadie les podía quitar.

Mrs. Potts lo encontró. Había ido a llevarle un plato de sopa de puerros porque era martes y los martes siempre era sopa de puerros, y porque Arthur no había ido a la cocina de la casa grande a buscar su almuerzo, lo cual era raro, porque Arthur era puntual como el sol y la ausencia del sol se nota antes que la de cualquier persona.

La puerta del cottage estaba abierta. Siempre estaba abierta. Mrs. Potts entró con el plato en las manos y encontró a Arthur en la silla, con la cabeza ligeramente inclinada hacia la derecha, como si se hubiera dormido escuchando algo. Tenía un libro abierto sobre las rodillas: un manual de propagación de rosales, de tapas verdes, con manchas de tierra en el lomo. La página estaba abierta en un capítulo sobre injertos. La taza de té del desayuno estaba en la mesa, fría, sin terminar. Las tijeras de podar estaban en el alféizar, limpias. Arthur limpiaba las tijeras cada noche antes de acostarse, con la misma meticulosidad con que las usaba cada mañana. Era la

última cosa que hacía en el día, y la penúltima cosa que había hecho en su vida.

Mrs. Potts dejó el plato de sopa en la mesa. Se quedó de pie un momento. Después salió, cerró la puerta —por primera vez desde que la puerta existía— y fue a buscar al párroco.

El entierro fue pequeño. El párroco, Mrs. Potts, Mary, dos granjeros del pueblo que habían jugado al dominó con Arthur los jueves por la noche durante quince años. Nadie de la familia. George estaba en Londres. Lord Ashworth estaba en la biblioteca, que era donde estaba siempre, y nadie fue a decírselo hasta la tarde, cuando Dawson consideró que el momento era apropiado, lo cual significaba que Dawson había esperado a que Lord Ashworth terminara su té, porque en Ashworth Hall las malas noticias no interrumpen el té.

Lord Ashworth no fue al entierro. No porque no quisiera sino porque cuando Dawson se lo dijo ya era tarde y la tierra del cementerio ya estaba cerrada sobre Arthur Blackwell y el libro de rosales y las tijeras de podar limpias. Lord Ashworth se quedó en la biblioteca, en el sillón, con la mirada perdida en algún punto de la ventana que no era la ventana sino un lugar que solo los hombres que han perdido a alguien pueden ver: el lugar donde vive la deuda que ya no se puede pagar.

Edmund se enteró tres meses después, en un campamento de entrenamiento de Hampshire, por una carta del párroco del pueblo que había tardado semanas en encontrarlo porque la dirección que Edmund había dado al alistarse —Ashworth Hall, Gloucestershire— ya no funcionaba como buzón para nadie que se apellidara Blackwell. La carta era breve, cortés, con la distancia profesional de alguien que comunica la muerte de otros como parte de su oficio. Arthur Blackwell había fallecido en su domicilio. Muerte natural. Sin dolor. El entierro ya se había celebrado.

Edmund leyó la carta en un barracón de madera que olía a desinfectante y a botas mojadas. Había otros veinte hombres en el barracón. Ninguno notó que Edmund se quedara quieto unos minutos más de lo normal, con la carta en las manos, mirando el

papel sin leer lo que ya había leído. No lloró. Arthur no habría llorado. Y Edmund, que no sabía cómo querer a su padre en vida, no iba a aprender a llorarlo en la muerte.

Lo que hizo fue salir del barracón, caminar hasta el borde del campamento donde había un seto de espino que nadie cuidaba, arrancar una ramita y metérsela en el bolsillo de la camisa. Espino. En el lenguaje de las flores, significaba esperanza. Pero Edmund no lo arrancó por su significado. Lo arrancó porque necesitaba tocar algo que creciera.

Arthur murió mirando un jardín al que ya no podía entrar. Si eso era una metáfora, Arthur no la habría aprobado. Arthur no creía en metáforas. Creía en raíces.

✦

Lord Ashworth murió el 14 de marzo de 1941, debajo de su propia biblioteca.

El bombardeo fue menor. Tan menor que el Times no lo mencionó y el Gloucestershire Echo le dedicó cuatro líneas en la página seis, entre el racionamiento de azúcar y los resultados de un concurso de hortalizas del condado. Un avión alemán que volvía de una incursión sobre Coventry descargó las bombas que le quedaban sobre lo primero que vio, que fue un grupo de edificios en el valle del Windrush que desde el aire probablemente parecía un objetivo industrial y que desde el suelo era Ashworth Hall, la iglesia del pueblo y tres granjas del arrendatario.

La bomba cayó en el ala este. La biblioteca estaba en el ala este.

Lord Ashworth estaba leyendo. Eran las once de la noche. Leía una monografía sobre los jardines de Kew escrita por un director del siglo XIX que había plantado las secuoyas del lago y que tenía opiniones firmes sobre la propagación de los heleéchos. No era un libro que Lord Ashworth necesitara leer. Era un libro que Lord Ashworth quería leer, que era distinto y que, a esas alturas de su vida, era lo único que le importaba.

El techo se derrumbó. Las vigas de roble que habían sostenido la biblioteca durante doscientos años cayeron sobre las estanterías, que cayeron sobre los libros, que cayeron sobre Lord Ashworth, que estaba en el sillón junto a la ventana con la taza de té que se había enfriado —como se enfriaba siempre— y la monografía abierta en el regazo. La ventana estalló. El fuego de la chimenea se desparramó. Los libros ardieron. Doscientos años de encuadernaciones de cuero y de saber acumulado y de monografías sobre heleéchos y de orquídeas y de todo lo que Lord Ashworth había leído para no tener que pensar en lo que había hecho: cenizas.

Mrs. Potts lo encontró. Otra vez Mrs. Potts, que tenía la mala suerte de ser la persona más despierta de la finca y la primera en llegar a todas las catástrofes. Llegó con un cubo de agua que no servía para nada y con Mary detrás, que se quedó en la puerta porque la puerta ya no existía. Lord Ashworth estaba bajo las vigas. Respiraba aún. Mrs. Potts se arrodilló a su lado, entre los escombros y los libros humeantes, y le cogió la mano.

Lord Ashworth dijo algo. Mrs. Potts no estaba segura de haberlo oído bien —había polvo en el aire, el fuego crepitaba, una tubería rota siseaba como un gato—, pero lo que creyó oír fue:

«Que alguien riegue los rosales del jardín amurallado.»

Después cerró los ojos. Mrs. Potts le sostuvo la mano hasta que dejó de sentir el pulso. No sabía cuánto tiempo pasó. Dijo después que habían sido unos minutos. Dijo después que había sido mucho más. Los minutos de la muerte son de otro calendario.

Lord Ashworth pidió, al morir, que alguien cuidara el jardín que él mismo había condenado. Era la clase de contradicción que los vivos notan y los muertos no pueden explicar. Mrs. Potts la notó. No la entendió. Contó la frase al párroco, que la incluyó en el elogio fúnebre como ejemplo de «la devoción del difunto por la belleza natural.» Nadie en la iglesia supo que la devoción tenía otro nombre y que el nombre era culpa.

George heredó Ashworth Hall. O lo que quedaba: una finca con el ala este derrumbada, el tejado agrietado, los jardines formales

abandonados desde la muerte de Arthur, y un candado en la puerta del jardín amurallado que ahora era suyo. George tenía veintinueve años. Era propietario de una ruina. Lo fue durante el resto de su vida, que duró otros cincuenta y ocho años, y durante esos cincuenta y ocho años la finca se fue encogiendo a su alrededor como una camisa que se lava demasiadas veces: primero se vendieron los campos del norte, después el ganado, después los derechos de caza, después la plata, después los cuadros que no eran de la familia, después los que sí lo eran. George bebió. Se casó con una mujer del condado cuyo nombre nadie recuerda porque el matrimonio duró cinco años y no produjo nada excepto una hija que se mudaó a Norfolk y un divorcio que se tramitó con la misma discrección con que se tramitaban los divorcios en las familias que no podían permitirse el escándalo pero que tampoco podían permitirse seguir casadas. George volvió a beber. No se volvió a casar. En 1967 vendió Ashworth Hall a una sociedad de conservación que más tarde la traspasó al National Trust, y se mudó a un piso en Cheltenham donde vivió el resto de su vida rodeado de muebles que no eran suyos y de una vista a un aparcamiento que no se parecía a nada.

Pero eso fue después. Antes de eso, George hizo algo que nadie supo hasta mucho más tarde. Algo que ocurrió en 1946, cinco años después de la muerte de su padre, y que George guardó como se guardan las cosas que no se pueden decir: en el fondo, debajo de todo lo demás, donde la oscuridad es tan espesa que uno puede fingir que lo que guardó ahí no existe.

Eso también fue después.

✦

Tres lugares.

Un cottage con una silla vacía junto a una ventana que da a un muro de ladrillo rojo. Sobre la mesa, una taza de té fría y un libro de rosales abierto en una página sobre injertos. Las tijeras de podar, limpias, en el alféizar. Ya nadie las usará.

Una biblioteca bajo escombros. Libros quemados, vigas rotas, ceniza que todavía huele a papel y a cuero y a algo más antiguo: a la promesa que se hace cuando se construye una casa y que se rompe cuando la casa se derrumba. En algún lugar de los escombros, la monografía sobre los jardines de Kew ha dejado de existir, junto con las opiniones del director del siglo XIX sobre la propagación de los heleéchos.

Las personas que sostenían Ashworth Hall están en la tierra. Arthur en el cementerio del pueblo, junto a Rose, bajo una lápida que dice sus nombres y sus fechas y nada más, porque Arthur no habría querido nada más. Lord Ashworth en la cripta de la familia, dentro de la iglesia, junto a Lady Ashworth, donde le correspondía.

Edmund está en algún lugar del norte de África. Catherine está en una casa de Hampshire con las ventanas abiertas y un telegrama en el bolsillo. George está en una finca en ruinas, con un candado en el bolsillo y una botella en la mano.

Nadie riega los rosales del jardín amurallado.

CAPÍTULO 21

Cincuenta y tres otoños

Estoy arrodillada en el barro, contando flores muertas.

No es la primera vez que hago algo parecido. En mi trabajo he contado anillos de crecimiento en tocones de roble, capas de pintura en cercas victorianas, estratos de grava en senderos del siglo XVIII. Contar capas es una forma de leer el tiempo: cada capa es un año, y cada año es una decisión que alguien tomó —pintar, plantar, podar, dejar estar—. Pero nunca había contado capas de flores secas apiladas contra una puerta cerrada.

Los ramilletes más recientes —los de arriba, los que aún conservan algo de forma— son de finales de los ochenta o principios de los noventa. Puedo distinguir los tallos, quebradizos como huesos de pájaro, y los pétalos que fueron púrpura y que ahora son de un gris azulado que se deshace al tocarlo. Debajo de esos, los de los años setenta y sesenta: más comprimidos, más oscuros, fundidos entre sí por décadas de lluvia y de peso. Más abajo todavía, los de los cincuenta y cuarenta: ya casi indistinguibles de la tierra, convertidos en una masa fibrosa que se confunde con el musgo y con las hojas podridas y con todo lo demás que el tiempo convierte en suelo.

Cuento lo que puedo separar. Cuarenta y tres capas claras. Después la diferenciación se pierde. Podrían ser cincuenta. Podrían ser más.

Alguien vino aquí cada septiembre durante más de medio siglo. El mismo gesto. Las mismas flores. La misma puerta. Y lo que queda, después de todo ese tiempo, es esto: un estrato de ceniza violeta comprimida contra un umbral de piedra. No parece gran cosa. Parece suciedad. Parece algo que un encargado de mantenimiento barrería sin pensarlo. Pero si supiera leerlo —como se leen los anillos de un árbol, como se leen las capas de pintura de

una cerca—, sabría que lo que tiene delante es la sección transversal de una vida.

✦

Septiembre de 1937. Catherine tenía veintiún años.

Llevaba un vestido de lana azul oscuro y una bufanda gris que olía a la casa de Helen porque todo lo que Catherine tenía entonces olía a la casa de Helen: a humedad, a turba, a leña de abedul. Había tomado el tren de Glasgow a Moreton-in-Marsh, nueve horas con dos transbordos, y había caminado las dos millas desde la estación por el camino que conocía de memoria y que esa tarde parecía más largo, — la distancia medida en algo más que pasos.

Llovía. Llovía con la insistencia de los Cotswolds en septiembre, una lluvia fina que mojaba sin avisar y que hacía que el sendero de la finca se convirtiera en un río estrecho de barro y hojas.

La puerta del jardín amurallado tenía un candado. Era nuevo. Brillaba. Catherine lo cogió con los dedos y tiró, aunque sabía que no se abriría, porque había cosas que se hacían no por esperanza sino por el derecho a comprobar.

Dejó los ásteres en la base de la puerta. Púrpura oscuro, cortados esa mañana de un seto junto a la estación de Glasgow, envueltos en el periódico de ayer y medio aplastados por las nueve horas de viaje. Eran feos, si Catherine era honesta. No tenían la frescura de los que Edmund le había dado en la feria de Michaelmas, ni la simetría de los que crecían en los parterres del jardín. Eran ásteres de andén, de cuneta, de los que crecen donde nadie los planta. Los dejó contra la madera. La lluvia los dobló inmediatamente.

Se quedó de pie cinco minutos. Diez. Quince. La lluvia le mojó el pelo. No se movió. Miró la puerta como se mira a alguien que duerme y al que no quieres despertar: con una mezcla de paciencia y de desesperación que no tiene nombre, o que tiene un nombre que Catherine conocía —espera— pero que no usaba porque

«espera» parecía demasiado pasivo para lo que ella hacía, que era volver, que no era lo mismo.

Se fue. Caminó de vuelta a la estación sin mirar atrás. Tomó el tren de las cinco. Nueve horas. Dos transbordos. Volvió a la casa de Helen, que olía a turba y a leña de abedul. Se sentó en la cocina. Helen le preguntó dónde había ido. Catherine dijo que a caminar.

✦

Septiembre de 1945. La guerra había terminado cuatro meses antes.

Catherine venía de Londres. Todavía llevaba el uniforme de la Cruz Roja porque no había tenido tiempo de cambiarse, o no había querido, o simplemente se le había olvidado que la guerra había terminado y que los uniformes ya no hacían falta. El uniforme le quedaba grande. Le había quedado grande siempre, porque los uniformes de voluntaria los hacían en tres tallas y ninguna coincidía con Catherine, que era más estrecha de hombros y más corta de brazo que la talla pequeña.

Ashworth Hall estaba en ruinas. El ala este no existía: una pared carbonizada, vigas al aire, ventanas sin cristal por las que entraban los pájaros. El resto de la casa tenía un cartel del Ministerio de Defensa que decía algo sobre restricciones de acceso que nadie hacía cumplir porque nadie venía. Los jardines formales estaban abandonados: los setos de boj crecidos hasta perder la forma, los arriates invadidos por ortigas, la fuente del prado inferior llena de hojas y de algo verde que probablemente era alga.

La puerta del jardín amurallado seguía cerrada. El candado estaba oxidado. Catherine lo cogió con los dedos. No tiró. Ya sabía que no se abriría.

Dejó los ásteres. Los había comprado esa mañana en un puesto de Covent Garden que vendía flores a precio de racionamiento. Los apoyó contra la puerta, sobre los restos secos de los ramilletes anteriores. Ocho capas ya. Ocho septiembre. Se quedó de pie. Las campanas del pueblo tocaron algo que no eran vísperas ni Michaelmas sino un repique nuevo, celebratorio, de los que habían

empezado a sonar en mayo cuando la guerra terminó y que aún no se habían callado, — la alegría necesitando repetición para ser creída para ser creída.

Catherine no celebraba. Había pasado los últimos meses de la guerra en un centro de la Cruz Roja del East End de Londres, y lo que había visto ahí no se celebraba con campanas. Se fue sin mirar atrás.

✦

Septiembre de 1955. Catherine tenía treinta y nueve años y canas prematuras.

Llegó en su propio coche. Un Austin azul oscuro que había comprado con los ahorros de tres años de trabajo en una galería de Lewes, Sussex, donde vendía acuarelas de paisajes del South Downs a turistas que no distinguían una acuarela buena de una mala pero que pagaban igual. Vivía en un piso pequeño sobre la galería. Tenía un jardín trasero del tamaño de un armario donde había plantado lavanda y romero y un rosal que no era Souvenir de la Malmaison pero que olía, en las tardes de verano, a algo que le apretaba el pecho sin que pudiera explicar por qué.

Ashworth Hall había cambiado de manos. Era un orfanato temporal, gestionado por una fundación benéfica. Había niños jugando en lo que quedaba de los jardines formales. Nadie reconoció a Catherine. Era una mujer con guantes de conducir y un vestido gris que bajó del coche, caminó por el sendero lateral con la seguridad de quien conoce el camino sin necesidad de mirarlo, y llegó a la puerta del jardín amurallado. El candado estaba más oxidado que el año anterior. Dejó los ásteres. Se le temblaban las manos, un poco, lo justo para que los tallos vibraran contra la madera antes de quedar apoyados.

Se fue. Un niño del orfanato la miró desde la terraza y le preguntó a la mujer que lo cuidaba quién era la señora del coche. La mujer no lo sabía.

✦

Septiembre de 1967. Catherine tenía cincuenta y un años.

La finca había cambiado de manos otra vez. Pertenecía a una sociedad de conservación. Había andamios en la fachada norte y un letrero que anunciaba obras de restauración. Un hombre con overol estaba pintando una ventana del piso bajo. Catherine pasó a su lado camino del jardín amurallado. El hombre la miró.

«¿Busca algo, señora?»

«No. Solo dejo flores.»

El hombre asintió como se asiente ante algo que no se entiende pero que tampoco se cuestiona, porque la gente que trabaja en casas viejas se acostumbra a ver cosas que no tienen explicación lógica: puertas que se abren solas, habitaciones que están más frías de lo que deberían, mujeres que dejan flores en puertas cerradas.

✦

Septiembre de 1978. Catherine tenía sesenta y dos años y artritis en las manos.

La artritis había empezado tres años antes. Primero en los nudillos de la mano derecha, después en los de la izquierda, después en las muñecas. Era el tipo de artritis que los médicos llamaban «degenerativa» y que Catherine llamaba, con la precisión seca que la había acompañado toda la vida, «la cosa que me quita las manos.» Porque lo que la artritis le quitaba no era la movilidad en abstracto sino las manos en concreto: las manos que dibujaban, las que sostenían el lápiz con el control de un cirujano, las que podían trazar el contorno de un pétalo con una línea que no temblaba. Ahora temblaban. No mucho. Lo justo para que las líneas tuvieran un borde irregular que no era estilo sino enfermedad.

Los ásteres temblaron cuando los apoyó contra la puerta. Algunos pétalos se cayeron antes de llegar a la madera: se soltaron de los tallos y cayeron al suelo como confeti tardío, púrpura contra la piedra gris del umbral. Catherine se agachó a recogerlos. Se agachó despacio, porque las rodillas tampoco eran las de antes, y al agacharse sintió el tirón en la espalda que le recordaba, cada vez

que se inclinaba, que el cuerpo tiene sus propios plazos y que esos plazos no coinciden con los del corazón. Recogió los pétalos. Los puso sobre el ramillete. Se levantó. Le costó.

Se fue. Condujo de vuelta a Lewes con las manos en el volante y los nudillos blancos, no de esfuerzo sino de la rigidez que la artritis dejaba después de cada esfuerzo, como un castigo por haber usado las manos para algo que no fuera quedarse quietas.

✦

Septiembre de 1983. Catherine tenía sesenta y siete años.

Había dejado de conducir el año anterior. La artritis. Tomó el tren hasta Moreton-in-Marsh, como había hecho al principio, antes del Austin, antes de Hampshire, antes de todo. El andén estaba igual excepto por un dispensador de billetes que no existía en 1937 y por un banco de plástico que había sustituido al de madera donde ella se había sentado aquel primer septiembre con la bufanda que olía a turba.

Caminó los dos kilómetros más despacio que antes. Notó que el seto de majuelo del camino tenía bayas nuevas, rojas, apretadas, con ese brillo de cera que las bayas tienen en septiembre cuando aún no ha helado. Notó que el puente sobre el arroyo tenía una grieta nueva en el parapeto. Notó estas cosas porque seguía siendo Catherine, seguía siendo la mujer que miraba, y la artritis podía quitarle las manos pero no los ojos.

Ashworth Hall era del National Trust desde hacía doce años. Había un aparcamiento de grava donde antes estaban las caballerizas. Había un letrero marrón con letras doradas que decía «Ashworth Hall — National Trust — Abierto de marzo a octubre.» Había una tienda de regalos en lo que había sido el salón azul, donde Catherine había escuchado a Freddie Lawrence hablar de una cacería en Norfolk una noche de junio de 1936. Ahora vendían postales y mermelada con la etiqueta de la finca.

La puerta del jardín amurallado seguía cerrada. El National Trust, aparentemente, había heredado el candado junto con la propiedad,

y nadie se había molestado en preguntar por qué un jardín dentro de una finca restaurada estaba cerrado con un candado que no era del Trust. O quizá habían preguntado y nadie había sabido contestar, porque las casas viejas guardan sus costumbres como guardan sus corrientes de aire: sin razón, sin fecha de inicio, sin manual.

Dejó los ásteres. Se fue.

✦

Septiembre de 1989. Catherine tenía setenta y tres años.

Caminaba más despacio que nunca. Llevaba un bastón que no le gustaba pero que necesitaba, con un mango de madera curvado que le marcaba la palma después de una hora de uso. El pelo era blanco. La espalda seguía recta. Los ojos seguían siendo los de la dibujante: rápidos, precisos, hambrientos de detalle. El cuerpo envejecía; la mirada, no.

Llegó a la puerta del jardín amurallado. Dejó los ásteres.

Pero esta vez no se fue inmediatamente.

Se quedó. Más tiempo que otras veces. Diez minutos. Veinte. De pie frente a la puerta cerrada, con el bastón apoyado en la madera y las manos sobre el mango, mirando el candado como si pudiera ver a través de él, como si la puerta fuera uno de esos dibujos que había hecho en otro siglo donde la línea de lápiz contenía más de lo que mostraba.

Miró alrededor. Los tilos del camino. El muro de ladrillo. El cielo de septiembre, que esa tarde estaba limpio, sin nubes, de un azul que en los Cotswolds dura dos horas antes de que las nubes del oeste lo cubran. La luz era la de octubre anticipado: oblicua, dorada, con esa calidad que hace que las cosas parezcan más nítidas de lo que son, como si el aire se hubiera adelgazado y los bordes de todo —los árboles, los muros, las manos sobre el bastón— fueran más definidos.

Algo había cambiado en su cara. No era la resignación de otros años, la expresión de quien cumple un rito sabiendo que el rito no

cambia nada pero que cumplirlo es lo que la sostiene. Esta vez había algo diferente. Algo que, si alguien la hubiera estado mirando —y nadie la miraba; nunca la miraba nadie, que era el punto—, habría descrito como determinación. O como decisión. O como la cara que pone alguien que acaba de entender algo que llevaba mucho tiempo sin entender.

Se fue. Bajó por el sendero de la finca con el bastón golpeando la grava a intervalos regulares, como un metrónomo lento. Pasó por el puente. Pasó por el seto de majuelo. Llegó a la estación. Esperó el tren.

No fue la última vez que Catherine visitó la puerta del jardín amurallado. Pero fue la última vez que fue solo a la puerta.

✦

Cuento las capas por tercera vez. Llego a cuarenta y seis. Puede que haya contado mal. Puede que haya más, enterradas bajo la tierra, absorbidas por la piedra, convertidas en parte del umbral. No importa el número exacto. Lo que importa es la acumulación.

Toco el ramillete de más arriba. Se deshace. Los pétalos caen en mi palma como ceniza de un color que no existe en la naturaleza contemporánea: un violeta grisáceo, pulverulento, que parece el fantasma de un color que alguna vez fue fuerte. Cierro la mano. La ceniza se comprime entre mis dedos. Siento su peso, que es casi nulo, que es casi nada, que es el peso específico de medio siglo de lealtad reducida a polvo.

Estoy arrodillada junto a la puerta del jardín amurallado de Ashworth Hall en una tarde de octubre de 1999. La luz es oblicua. Dorada. Con esa calidad que tienen las tardes de otoño en los Cotswolds cuando el sol está bajo y todo parece iluminado desde dentro, — las cosas conteniendo su propia luz, soltándola solo en esta hora, solo en esta estación, solo para quien esté mirando.

Por un segundo —un segundo que dura exactamente lo que duran las cosas que se entienden con el cuerpo antes que con la cabeza— entiendo por qué. Entiendo por qué alguien vendría aquí

cada septiembre durante más de medio siglo. No por la puerta. No por lo que hay detrás de la puerta. Ni siquiera por la persona a la que esperaba detrás de la puerta. Sino por esto. Por esta luz. Por este momento del año en que el mundo se vuelve más verdadero, más nítido, más él mismo, como las hojas que pierden la clorofila y muestran los colores que siempre tuvieron debajo. Alguien me dijo eso una vez. No, nadie me lo dijo. Lo leí en un cuaderno de tapas verdes, en una nota al margen escrita con una caligrafía inclinada que no es la mía: «el otoño no transforma las hojas. Las muestra como siempre fueron.»

No. Eso no lo escribió Catherine. Eso lo dijo Edmund. Lo dijo en una tarde de octubre de 1936, en este mismo jardín, sentado en un banco de piedra con iniciales grabadas. Y Catherine lo escuchó y dijo: «el otoño es la estación de la verdad.» Y Edmund no supo qué responder.

Abro los ojos. No sé cuándo los cerré. La luz sigue ahí: dorada, oblicua, cayendo sobre la puerta del jardín como una mano abierta. Los ásteres secos están a mis pies. La ceniza violeta está en mis dedos. El viento mueve las hojas de los tilos con un sonido que se parece al del papel cuando alguien pasa una página.

Hay algo que no cuadra. Lo llevo sintiendo desde la viñeta de 1989 —la última que puedo reconstruir a partir de las capas de ásteres, porque después de esa no hay más ramilletes, o los que hay son tan recientes que aún tienen forma y color y no han tenido tiempo de convertirse en ceniza—. Algo que no cuadra en la forma en que la última visita se siente distinta de las anteriores. No sé por qué. No tengo datos. Solo tengo las flores, y las flores no hablan, o hablan un idioma que yo no hablo, porque el idioma de las flores es algo que sabía un hombre que desapareció de los registros parroquiales en noviembre de 1936 y que me ha dejado, por toda herencia, un cuaderno, unas cartas y la certeza de que hay algo más que todavía no he encontrado.

Me levanto. Me duelen las rodillas. Tengo barro en los pantalones y ceniza violeta en los dedos y algo en el pecho que no es tristeza ni

es admiración sino ambas cosas a la vez, lo cual es, sospecho, lo que siente todo el que se encuentra de frente con la evidencia de que alguien ha dedicado medio siglo a un gesto que nadie más veía. No sé cómo se llama eso. Quizá no tiene nombre. Quizá es de esas cosas que solo existen en el lenguaje de las flores, donde cada emoción tiene un pétalo y cada pétalo se cae cuando lo tocas.

Miro la puerta del jardín. La luz del atardecer la baña en oro. Las últimas hojas de los tilos caen sobre el sendero de grava con un sonido seco que se parece al de los pasos de alguien que camina despacio y que sabe dónde va. Es octubre. Fuera, en los setos del camino, los ásteres de Michaelmas florecen como florecen cada año, con la misma indiferencia hermosa de las cosas que no necesitan que nadie las mire para existir.

PARTE IV

La escalera

CAPÍTULO 22

Estado: desconocido

El Imperial War Museum me contestó un martes.

Les había escrito diez días antes, desde el ordenador del pub —el dueño de The Fox and Hound había instalado un terminal de acceso a internet junto a la máquina de tabaco, con un teclado pegajoso de cerveza y una conexión tan lenta que cada página tardaba un minuto en cargarse, lo cual era, según el dueño, «progreso»—. Mi mensaje era breve y profesional: me identifiqué como historiadora, mencioné mi filiación con el National Trust, y pregunté si existían registros militares o civiles relacionados con un Edmund James Blackwell, nacido en 1914 en Gloucestershire, que podría haberse alistado en el ejército británico entre 1939 y 1940.

La respuesta vino por correo postal. Un sobre largo, blanco, con el logotipo del museo y un matasellos de Lambeth que me hizo pensar, con esa asociación torpe que hace la mente cuando está cansada, en la pensión donde Edmund había vivido. Lambeth. La misma zona. Probablemente a pocas calles del museo. Edmund había pasado tres años a un kilómetro del lugar donde, sesenta años después, un archivero buscaba su nombre entre ficheros.

Abrí el sobre en la habitación del bed & breakfast. Dentro había dos hojas. La primera era una carta del departamento de investigación, firmada por alguien llamado J. Hargreaves, informando de que el nombre Edmund James Blackwell aparecía en tres registros: un formulario de alistamiento fechado en septiembre de 1939, una nota de destino a la 4.ª División de Infantería en 1940, y una entrada en una lista de bajas civiles del 3 de marzo de 1943.

Bajas civiles.

Leí la frase dos veces. Bajas civiles, no militares. Edmund había dejado de ser soldado en algún punto entre 1940 y 1943 —herido, quizás, o desmovilizado, o trasladado a algún otro servicio—, y el 3

de marzo de 1943 estaba en un registro civil. No en el frente. En algún lugar de Inglaterra. En algún lugar donde los civiles morían.

La segunda hoja era una fotocopia parcial de la lista. Mala calidad: el tóner estaba bajo y las letras tenían ese aspecto fantasmal de las fotocopias que se hacen con la última gota de tinta. Pero podía leerse. Era una lista mecanografiada, con columnas: nombre, edad, dirección, estado. Los nombres estaban en orden alfabético. La entrada de Edmund decía:

Blackwell, E. J. — 29 años — Bethnal Green, E2 — Estado: desconocido.

Estado: desconocido.

No decía muerto. No decía herido. No decía ileso. Decía desconocido. En el lenguaje de los registros militares y civiles, «desconocido» no significaba que nadie supiera; significaba que nadie había confirmado. Significaba que el cuerpo no se había identificado, o que el nombre no se había cotejado, o que la persona había desaparecido en el espacio que existe entre los vivos y los muertos y que la burocracia, que tiene categorías para casi todo, no tenía categoría para eso. Desconocido. Ni aquí ni allá. Ni presente ni ausente. El limbo administrativo de alguien que existió y que, a partir de una fecha, dejó de poder confirmarse.

Bethnal Green, E2. East End de Londres. 3 de marzo de 1943.

No sabía qué había pasado en Bethnal Green el 3 de marzo de 1943. O no lo sabía todavía. Lo que sabía era que el nombre de Edmund estaba en una lista de bajas civiles vinculada a esa fecha y a esa dirección, y que la carta de J. Hargreaves incluía, al final, una nota a mano en tinta azul que decía: «La lista está asociada a un incidente censurado por el gobierno durante la guerra. La ubicación exacta no se identificó públicamente hasta los años 90. Puede encontrar información adicional en nuestro archivo de Bethnal Green.»

Un incidente censurado.

Bajé al pub. El terminal de internet estaba libre. Me senté frente al teclado pegajoso y escribí en el buscador: «Bethnal Green 3 marzo 1943.»

La conexión cargó la página con su lentitud habitual. Primero el texto, después, despacio, como una fotografía que se revela en un baño de líquido, una imagen: una escalera de hormigón, estrecha, con peldaños de un gris industrial y una barandilla metálica que no estaba en la foto original sino que había sido añadida después. Mucho después.

Leí.

El 3 de marzo de 1943, a las 20:17, las sirenas de ataque aéreo sonaron sobre el East End de Londres. Cientos de personas se dirigieron a la estación de metro de Bethnal Green, que funcionaba como refugio público aunque la estación aún no estaba terminada y nunca había operado como estación de metro. La entrada al refugio era una escalera de diecinueve peldaños de hormigón que descendía hasta un vestíbulo subterráneo. La escalera no tenía barandilla central. Estaba iluminada por una sola bombilla de veinticinco vatios.

A las 20:27, un nuevo tipo de cohete antiaéreo —diseñado para lanzarse en salvas de sesenta y nunca utilizado antes en esa zona de Londres— fue disparado desde Victoria Park, a trescientos metros de la estación. El sonido era desconocido: un rugido ascendente, como un tren expreso subiendo por un túnel, que nadie había oído jamás y que todo el mundo confundió con una bomba. La multitud que estaba en la calle se precipitó hacia la escalera. En la escalera ya había gente bajando. La presión de los que empujaban desde arriba chocó con la lentitud de los que bajaban. Una mujer con un niño tropezó a tres peldaños del final. La gente cayó sobre ella. En menos de un minuto, casi trescientas personas quedaron comprimidas en una masa de cuerpos tan apretada que los equipos de rescate tardaron horas en separarlos.

Murieron ciento setenta y tres personas. Sesenta y dos eran niños.

Dejé de leer. No porque no pudiera seguir sino porque necesitaba un momento entre esa frase —sesenta y dos eran niños— y la siguiente, que fuera lo que fuera iba a ser menos que eso.

Seguí leyendo.

El gobierno censoró la información. No inmediatamente: durante treinta y seis horas no se publicó nada. Cuando la prensa finalmente informó, no identificó la estación. Habló de un «incidente en un refugio del East End» sin dar ubicación exacta, sin dar número de víctimas, sin explicar qué había causado la avalancha. El informe oficial de la investigación —encargado por el gobierno y escrito por un magistrado llamado Laurence Dunne— fue clasificado y no se hizo público hasta 1946, y aun entonces con circulación restringida. Los sobrevivientes recibieron instrucciones de no hablar del incidente. La estación siguió funcionando como refugio durante el resto de la guerra. Los que entraban por la mañana del 4 de marzo encontraron la escalera lavada. Limpia. Sin sangre, sin ropa, sin marcas. Como si nada hubiera pasado.

El memorial no se inauguró hasta 2017. Setenta y cuatro años después.

Me quedé sentada frente al ordenador del pub. En la pantalla, la escalera de hormigón con su barandilla añadida y su iluminación moderna me miraba como miran las fotografías de los lugares donde ha muerto gente: con la neutralidad de lo que sigue existiendo después de que los muertos se hayan ido.

Diecinueve peldaños. Una bombilla de veinticinco vatios. Ninguna barandilla central. Ciento setenta y tres muertos. Y un gobierno que decidió que esa noche no había ocurrido nada significativo.

Pensé en las cartas de Catherine. En «como si te hubieran borrado.» No sabía, cuando escribió eso, que estaba describiendo exactamente lo que el gobierno haría seis años después: borrar a personas. No con tachones ni con tipp-ex sino con algo más eficiente: con mangueras de agua que lavaban la escalera antes del amanecer, con notas de prensa que no decían dónde había sido, con instrucciones a los sobrevivientes de no hablar. Borrar personas de la

misma forma en que George había borrado a Edmund de Ashworth Hall: no negándolas sino silenciándolas. No matando la verdad sino cerrándola con candado.

Imprimí lo que pude. Las hojas salieron de la impresora del pub —una Hewlett-Packard que hacía un ruido como de gato atrás de una puerta— y las recogí con las manos que me temblaban un poco, no de frío. Subí a la habitación. Las puse sobre la cama, junto a las cartas de Catherine, junto al cuaderno de tapas verdes, junto a la fotocopia del Imperial War Museum donde el nombre de Edmund estaba en una columna bajo la palabra «desconocido.»

Miré los documentos extendidos sobre la colcha. El cuaderno de C.A., 1936. Once cartas no enviadas. Una fotocopia con un nombre y un estado. Y ahora, varias páginas impresas sobre un desastre que el gobierno borró y que la historia tardó décadas en recuperar.

La cronología era esta: Edmund y Catherine se amaron en un jardín amurallado en el otoño de 1936. Fueron separados por una acusación que Catherine no creyó y que la señora Finch tampoco. Edmund desapareció de los registros parroquiales en noviembre del treinta y seis. Reapareció en un formulario de alistamiento en septiembre del treinta y nueve. Y volvió a aparecer —por última vez en los documentos que yo tenía— en una lista de bajas civiles del East End de Londres, en marzo de 1943, con la palabra «desconocido» donde debería haber una respuesta.

Pero había algo que no encajaba. Algo que me picaba como una astilla debajo de la uña. Edmund estaba en Bethnal Green el 3 de marzo de 1943. Bethnal Green era el East End. Catherine, según las cartas, había trabajado como voluntaria de la Cruz Roja en Londres después de la muerte de Robert. En Londres. En el East End. Las mujeres de la Cruz Roja del East End trabajaban en centros de voluntarios, en hospitales improvisados, en refugios antiaéreos. En la misma zona donde Edmund vivía, según su dirección en la lista: Bethnal Green, E2.

No tenía pruebas. No tenía nada excepto dos direcciones en la misma zona de Londres en la misma época, lo cual podía ser

coincidencia y podía no serlo, como podía ser coincidencia que noviembre de 1936 fuera el mes donde acababa el cuaderno y acababa Edmund en los registros, y como podía ser coincidencia que mi abuelo George cerrara un jardín con candado exactamente cuando no había nadie que le pidiera explicaciones. Las coincidencias, en la investigación histórica, son lo que quedan cuando las explicaciones se han perdido. A veces son casualidad. A veces son la sombra de algo que ocurrió y que nadie documentó.

Se estaban encontrando de nuevo.

No podía probarlo. Pero lo sentía con la certeza que tienen las cosas que se entienden con el cuerpo antes que con los datos: Edmund y Catherine estaban en la misma zona de Londres en el invierno de 1943. Él, soldado o exsoldado, viviendo en Bethnal Green. Ella, viuda de Robert Hale, voluntaria de la Cruz Roja. Dos personas que se habían amado en un jardín amurallado y que la guerra había devuelto al mismo barrio, a la misma calle quizá, al mismo refugio antiaéreo cuando las sirenas sonaban.

Y después, el 3 de marzo, la escalera.

Me levanté. Fui a la ventana. Las lápidas del cementerio de St. James estaban oscuras bajo el cielo de noviembre. Era de noche. No sé cuánto tiempo había pasado desde que había abierto el sobre del Imperial War Museum. Una hora. Dos. El tipo de tiempo que se pierde cuando lo que has leído no cabe en el reloj.

Pensé en la escalera. Diecinueve peldaños. Una bombilla de veinticinco vatios. Trescientas personas empujando. Una mujer que tropieza con un niño a tres peldaños del final. Menos de un minuto. Y después, a la mañana siguiente, la escalera lavada. Limpia. Sin pruebas. Sin nombres. Sin que nadie pudiera demostrar que había estado ahí.

Edmund había estado ahí. Su nombre estaba en la lista. Y su estado era desconocido.

Desconocido no es muerto.

Desconocido es peor. Desconocido es la puerta del jardín amurallado: cerrada, con algo detrás que puede ser cualquier cosa —un jardín vivo o un jardín muerto, un hombre vivo o un hombre muerto— y que la única forma de saber es abrirla, y nadie te da la llave. Desconocido es lo que sentía Catherine cada septiembre cuando dejaba ásteres contra una puerta que no se abría: la tortura específica de no saber si lo que esperas existe todavía.

Pero yo tenía algo que Catherine no tuvo. Tenía archivos. Tenía acceso. Tenía la obsesión de una investigadora con un hilo del que no podía dejar de tirar, aunque cada tirón sacara algo más oscuro que lo anterior. Y tenía, en una caja sellada con cinta adhesiva, un mensaje de mi abuelo muerto que aún no había terminado de descifrar, porque la caja contenía un cuaderno, unas cartas y una llave, y los tres objetos apuntaban en la misma dirección: hacia algo que George había cerrado y que me estaba pidiendo que abriera.

Volví a la cama. Recogí las hojas impresas, las cartas, el cuaderno, la fotocopia. Los metí en la caja de George, que era la única caja que tenía y que estaba cumpliendo, sin que nadie se lo pidiera, la función de archivo. La caja de un hombre muerto como depósito de la verdad de otro hombre. La ironía no se me escapó.

Mañana iría a Londres. Mañana iría a Bethnal Green. Mañana bajaría la escalera donde Edmund bajó la noche del 3 de marzo de 1943, y contaría los peldaños, y miraría la bombilla, y trataría de entender lo que se siente cuando trescientas personas empujan detrás de ti y la única luz es de veinticinco vatios y no hay barandilla y los peldaños son de hormigón y abajo hay un refugio y arriba hay un sonido que nadie ha oído nunca.

Apagué la luz. Me quedé en la oscuridad. Pensé en diecinueve peldaños. Los conté mentalmente, uno por uno, despacio, de arriba abajo, como se cuentan los pétalos de una centifolia o las capas de ásteres secos contra una puerta: con la paciencia del que sabe que cada número es una vida y que al final de la cuenta no hay un total sino un vacío. Llegué a diecinueve. No pude pasar de ahí.

CAPÍTULO 23

Seis otoños

La vio antes de que ella lo viera a él.

Llevaba seis años sin verla. Dos mil ciento noventa días, si alguien se hubiera molestado en contarlos, que Edmund no se había molestado porque contar habría sido admitir que contaba y admitir que contaba habría sido admitir que esperaba y admitir que esperaba habría destruido el sistema de anestesia que había construido durante seis años para sobrevivir a la ausencia de Catherine Ashworth. El sistema consistía en no pronunciar su nombre, no pensar en su nombre, no pasar por la sección de rosales del mercado de Columbia Road los domingos, y no mirar a ninguna mujer que llevara el pelo suelto sobre los hombros. El sistema funcionaba la mayoría de los días. No funcionaba en septiembre.

Pero era enero. Enero de 1943. Y Edmund estaba en el centro de la Cruz Roja de Bethnal Green, sentado detrás de una mesa de madera contrachapada que hacía de escritorio, con un formulario de registro de voluntarios y un té que se había enfriado hace una hora en una taza desportillada que tenía impresa la cara del rey y una grieta que iba de la corona al mentón, como si alguien le hubiera partido la cara a Jorge VI con una cucharilla.

Edmund era vigilante de zona. No porque lo hubiera elegido sino porque la metralla que le había arrancado un trozo de pantorrilla izquierda en Dunkerque en mayo del cuarenta lo había dejado con una cojera leve y una exención del servicio activo que el médico militar había escrito en un formulario amarillo con la frase «apto para servicio auxiliar doméstico,» que significaba que el ejército ya no lo quería para disparar pero sí para todo lo demás: dirigir el tráfico de civiles hacia los refugios cuando sonaban las sirenas, comprobar que los apagones se cumplieran, llenar formularios de registro, y sentarse en un centro de la Cruz Roja los lunes y miércoles por la tarde haciendo un trabajo que un mono bien

entrenado podría hacer con los ojos cerrados pero que a Edmund le resultaba útil porque lo mantenía fuera de la habitación de Bethnal Green —una habitación más pequeña que la de Lambeth, sin maceta porque la maceta estaba en la cocina de Mrs. Davies, sin Humboldt porque Humboldt se había quedado en el barracón de Hampshire, sin nada excepto una cama y un lavabo y la cojera— y le daba algo que hacer con las manos que no fuera recordar.

El centro de la Cruz Roja ocupaba el sótano de una iglesia metodista en Roman Road. Dos habitaciones: una grande donde se repartían mantas y ropa donada, y una pequeña donde se registraba a los voluntarios nuevos y se atendía a la gente que necesitaba información sobre familiares desaparecidos, lo cual era la mayoría de la gente que entraba, porque en el East End de 1943 casi todo el mundo tenía a alguien desaparecido. El sótano olía a humedad, a ropa usada, a té barato y a algo dulzón que Edmund no sabía identificar y que resultó ser el desinfectante con que la señora del turno de mañana fregaba el suelo. No olía a tierra. No olía a rosas. No olía a nada que Edmund reconociera como suyo.

Eran las cuatro de la tarde de un miércoles. Había registrado a tres voluntarios nuevos: una maestra jubilada que quería enrollar vendas, un hombre con un brazo en cabestrillo que no explicó por qué y al que nadie le preguntó, y una chica de diecisiete años que dijo que quería ayudar y que tenía la cara de quien aún no ha visto lo que va a ver. Edmund los registró con la eficiencia mecánica que le había enseñado el ejército: nombre, dirección, disponibilidad, habilidades. El formulario no preguntaba nada más. En la guerra, las personas se reducían a casillas.

La puerta del sótano se abrió. Entraron dos mujeres. La primera era alta, de pelo gris, con un abrigo de lana que le quedaba grande y andares de quien lleva años caminando por calles bombardeadas sin esquivar los escombros: pasaba por encima, recto, sin cambiar el paso. Edmund no la miró más de un segundo.

La segunda mujer llevaba un uniforme de la Cruz Roja que no le quedaba bien. Le sobraba tela en los hombros. Le faltaba en las

mangas, que dejaban ver tres centímetros de muñeca. Llevaba el pelo recogido en un moño que no era del todo firme: algunos mechones se habían soltado y le caían sobre el cuello. El pelo era más oscuro de lo que Edmund recordaba. O quizá era la luz del sótano, que era una luz de bombillas de cuarenta vatios, amarillenta, que volvía todo más pálido y más viejo de lo que era.

Edmund dejó de llenar el formulario. El bolígrafo se quedó en el aire, a medio camino entre la tinta y el papel, suspendido por una mano que ya no respondía a lo que la cabeza le decía.

La mujer miró alrededor. Buscaba algo —la mesa de registro, probablemente, o a la persona encargada— y sus ojos recorrieron la habitación con un movimiento que Edmund reconoció antes que la cara, antes que el pelo, antes que cualquier otro rasgo: un barrido rápido, preciso, de izquierda a derecha, el barrido de alguien que mira para dibujar, que evalúa proporciones y distancias y líneas de fuerza antes de ver los detalles. Era la forma en que Catherine miraba un jardín, una habitación, un rostro.

No había cambiado. Había cambiado en todo —el pelo más oscuro, la cara más delgada, líneas alrededor de los ojos que no estaban en 1936, las manos más huesudas, sin el anillo de casada que Edmund no esperaba y que fue lo primero que buscó y lo último que entendió— y no había cambiado en nada. Seguía siendo la mujer que miraba como quien dibuja. La que veía las costuras antes que el vestido, las raíces antes que la flor, la estructura antes que la superficie.

Los ojos de Catherine llegaron a la mesa de registro. Llegaron a Edmund.

Se detuvieron.

Edmund contó los segundos. Fue lo único que pudo hacer porque lo único que sabía hacer cuando el mundo se detenía era contar: pétalos, hojas, segundos. Uno. Dos. Tres. Catherine lo miraba desde el otro lado de la habitación, a cuatro metros de distancia, con una caja de vendas en las manos que no soltó y una

expresión que Edmund no podía leer porque su cara estaba haciendo demasiadas cosas a la vez. Cuatro. Cinco.

La mujer alta del abrigo de lana dijo algo sobre las vendas. Catherine no contestó. Seis. Siete. La habitación seguía existiendo alrededor de ellos —la mesa, los formularios, el té frío, la chica de diecisiete años que estaba doblando mantas en la otra habitación, el desinfectante dulzón, las bombillas de cuarenta vatios— pero Edmund no la oía. No oía nada excepto un zumbido que podía ser la sangre en sus propios oídos o podía ser el recuerdo de un sonido que no existía: las campanas de Michaelmas, las abejas del jardín amurallado, el crujido de la grava bajo los pies de alguien que caminaba despacio hacia un banco de piedra.

Ocho. Catherine puso la caja de vendas en el suelo. La puso despacio, con las dos manos, con el cuidado de quien deja algo frágil, aunque las vendas no eran frágiles. Fue lo único que hizo. No corrió hacia él. No gritó su nombre. No hizo ninguno de los gestos que la gente hace en las novelas cuando se reencuentra después de seis años de silencio: ni lágrimas ni abrazos ni la frase que lo explica todo. Catherine Ashworth dejó una caja de vendas en el suelo de un sótano del East End con la misma precisión con la que dejaba los lápices en el banco de piedra del jardín amurallado. Dejó la caja y se quedó de pie, mirándolo, con las manos a los lados del cuerpo y los mechones de pelo suelto sobre el cuello y la boca que no decía nada.

Edmund se levantó. La silla chirrió contra el suelo de hormigón. Fue un sonido pequeño y ridículo, un sonido que no pertenecía al momento, como un estornudo en un funeral. Pero fue el sonido que rompió el silencio y que hizo que lo que estaba ocurriendo dejara de ser imposible y empezara a ser real.

Caminé hacia ella. Cuatro metros. No los contó. Cada paso le dolía en la pantorrilla izquierda porque la metralla había dejado un trozo de músculo que no estaba y que el cuerpo buscaba cada vez que Edmund daba un paso largo, como una mano que busca un escalón que han quitado. Cojeaba. Catherine lo vio cojear. Vio la

pierna que no funcionaba del todo. Edmund notó que lo veía y no desvió la mirada, y Catherine no desvió la mirada, y eso —no desviar la mirada cuando el otro está roto— fue lo más parecido a una declaración de amor que Edmund había recibido en seis años.

Se detuvo frente a ella. A medio metro. La distancia de siempre. La distancia del banco de piedra.

«Señorita Ashworth.»

Lo dijo sin pensar. Lo dijo con la voz del hombre que se despidió en la feria de Michaelmas con el sabor de la sidra aún en la boca y pétalos de áster en la camisa. Señorita Ashworth. El tratamiento formal. La broma privada. El muro de protocolo que ambos habían saltado una vez y que Edmund volvió a levantar ahora, como se levanta un paraguas cuando empieza a llover: por reflejo, por costumbre, por la necesidad de tener algo entre tú y el temporal.

Catherine lo miró. Los ojos eran los mismos. Eso fue lo que más le dolió a Edmund: que los ojos no hubieran envejecido. El pelo sí, la cara sí, las manos sí, pero los ojos eran idénticos a los que habían mirado la centifolia en la página nueve del cuaderno, idénticos a los que se habían puesto las gafas cuando creían que nadie miraba, idénticos a los que le habían dicho «Sé dónde están los estantes de arriba, señor Blackwell» con un filo que no era enfado sino la alegría feroz de ser ella misma.

«Señor Blackwell.»

La voz le tembló. Solo en la última sílaba. Solo un poco. Lo suficiente para que Edmund lo notara y para que la mujer alta del abrigo de lana no lo notara, porque lo que temblaba no era el volumen sino la frecuencia, como la vibración de un cristal antes de romperse: invisible a menos que estés tocando el cristal.

Edmund estaba tocando el cristal.

Se quedaron de pie el uno frente al otro en el sótano de una iglesia metodista del East End de Londres mientras fuera llovía esa lluvia de enero que no es lluvia sino una forma de humedad que ocupa el aire entero. La mujer alta preguntó algo sobre dónde dejar

las vendas. La chica de diecisiete años asomó la cabeza por la puerta de la otra habitación. El mundo seguía funcionando. Edmund y Catherine estaban dentro del mundo y fuera de él al mismo tiempo, como habían estado en el jardín amurallado: en un espacio que solo ellos podían habitar y que se creaba cada vez que se miraban.

«Cojeas», dijo Catherine.

«Dunkerque.»

«La pierna.»

«La pantorrilla.»

«¿Duele?»

«Menos que otras cosas.»

Silencio. Del tipo que es una respuesta.

Catherine no preguntó qué otras cosas. No hacía falta. Los dos conocían la lista. Y la lista era demasiado larga para un sótano con bombillas de cuarenta vatios y una mujer alta que esperaba una respuesta sobre las vendas.

Edmund señaló la otra habitación. «Las vendas van ahí.» Lo dijo para la mujer alta. Lo dijo para tener algo que decir que no fuera lo que quería decir, que era todo, que era demasiado, que no cabía en esta habitación ni en esta tarde ni en este siglo.

Catherine cogió la caja del suelo. Se la dio a la mujer alta. La mujer alta se fue a la otra habitación. Se quedaron solos. No solos: la chica de diecisiete años seguía en algún sitio, y la puerta del sótano no tenía cerrojo, y cualquiera podía entrar en cualquier momento. Pero solos de la forma que importaba: sin nadie entre los dos que supiera lo que los dos sabían.

«No robaste el reloj», dijo Catherine.

No era una pregunta. Era una constatación, como «centifolia» había sido una constatación, como «ya es» había sido una constatación. Los hechos no necesitan interrogantes. Catherine no había necesitado seis años para saberlo. Lo había sabido desde la

primera carta, desde «no le creo no le creo no le creo.» Lo que necesitaba seis años era decírselo. Decírselo a él. A la cara. A los ojos que ahora tenían líneas y una cicatriz fina sobre la ceja izquierda que no estaba antes y que Catherine miró con la atención que dedicaba a todo lo que miraba: notándola, registrándola, dibujándola en la memoria.

«No», dijo Edmund.

«Fue George.»

«Fue George.»

Lo repitió como un eco. No porque necesitara oírlo dos veces sino porque decírlo una vez no bastaba. La verdad que había vivido debajo de todo —debajo de la pensíon de Lambeth, debajo de la maceta, debajo de Dunkerque, debajo de la cojera y del formulario de alistamiento donde había escrito «jardinero» y debajo de seis septiembres en los que no había vuelto al lugar donde prometió volver siempre en otoño— necesitaba ser dicha en voz alta, en una habitación con otra persona, para dejar de ser una sospecha y empezar a ser un hecho.

Fue George. Dos palabras que contenían todo lo que Edmund no había podido pensar durante seis años porque pensarlo habría significado que la vergüenza que sentía era prestada: una vergüenza que no le pertenecía, que le había sido impuesta por un sistema que necesitaba que el culpable fuera él porque la alternativa era admitir que el culpable tenía el apellido correcto y la puerta correcta y el acento correcto. Fue George. Y Edmund, que durante seis años había cargado con la culpa como un injerto que no prende —vivo pero no creciendo, adherido pero sin raíces—, sintió algo que se soltaba dentro de él. No de golpe. No con la liberación dramática de las historias. Despacio. Como se suelta una hoja en otoño: la capa de células que se forma en la base, la separación gradual, el momento en que lo que sostenía ya no sostiene y la hoja cae. No con violencia. Con gravedad.

Catherine levantó la mano. No para tocarlo —todavía no, todavía había una distancia que no se podía cruzar en un sótano con

bombillas de cuarenta vatios y la puerta abierta— sino para señalar la cicatriz sobre su ceja. El gesto se detuvo a tres centímetros de su piel. Edmund sintió el aire que la mano movía. Tres centímetros de aire caliente entre los dedos de Catherine y su cara, y ese aire, esos tres centímetros, contenían seis años, seis otoños, la cena del salmón, la centifolia, la madreselva en el banco, la noche en el cottage, la carta, la biblioteca, la maleta, el injerto de la Souvenir de la Malmaison, los ásteres contra la puerta cerrada que Edmund no sabía que existían.

«¿Y esto?», dijo.

«Una viga. En Francia. No tiene importancia.»

«Todo tiene importancia», dijo Catherine. Bajó la mano. Lo miró con esos ojos que no habían envejecido. «Todo lo que te pasó mientras no estuve.»

Edmund notó, con la precisión del botánico que seguía siendo debajo de la cojera y del uniforme de vigilante, que Catherine había dicho «mientras no estuve» en lugar de «mientras estuvimos separados.» No estuve. Ella. Como si la separación fuera su ausencia y no la de él. Como si hubiera sido ella la que faltaba en la vida de Edmund y no al revés. Era la forma en que Catherine había pensado siempre: visual, con un punto de vista fijo. Ella no estaba. Edmund estaba. El hueco era de ella.

La mujer alta volvió de la otra habitación preguntando por las sábanas. La chica de diecisiete años necesitaba ayuda para apilar cajas. Un hombre entró por la puerta del sótano pidiendo información sobre un primo que no contestaba las cartas. El mundo, que se había detenido durante lo que Edmund habría jurado fueron varios minutos pero que el reloj de la pared insistía en que habían sido dos, volvió a moverse con la indiferencia brutal que tiene la realidad cuando no le importa lo que acabas de sentir.

Edmund volvió a la mesa. Atendió al hombre del primo. Catherine fue a la otra habitación con la mujer alta. Clasificaron sábanas. Enrollaron vendas. Edmund registró a dos voluntarios más. El centro cerró a las seis. La mujer alta se fue. La chica de diecisiete

años se fue. Edmund recogió los formularios, lavó las tazas, apagó las luces de la habitación grande.

Catherine estaba en la puerta del sótano, con el abrigo puesto y los guantes en la mano. No se había ido.

Subieron la escalera juntos. Doce peldaños de piedra con una barandilla de hierro que temblaba. La iglesia metodista estaba vacía, con los bancos oscuros y un olor a cera y a frío que es el olor de todos los edificios religiosos en invierno. Salieron a la calle. Roman Road. Enero. La lluvia había parado pero el aire estaba saturado de humedad y de algo más: humo de carbón, polvo de escombros, el olor metálico que dejaban los bombardeos como una firma en el aire. Las farolas estaban apagadas por el blackout. Lo único que se veía era la silueta de los edificios contra un cielo que no era negro sino de un gris rojizo, iluminado desde abajo por los fuegos lejanos de algún incendio en los docks.

Caminaron. Sin decidir hacia dónde. Sin hablar. Las suelas de Edmund sonaban asimétricas contra la acera mojada: un paso firme y un paso más corto, un paso firme y un paso más corto. Catherine caminaba a su izquierda, del lado de la pierna mala, como si se hubiera colocado ahí a propósito, como si ocupar el lado débil fuera su forma de decir algo que las palabras no podían.

Pasaron una esquina. Otra. Un pub con las ventanas tapadas y un murmullo de voces adentro. Una tienda de ultramarinos con el escaparate vacío. Un solar bombardeado donde crecía hierba entre los ladrillos, que Edmund miró por reflejo: la hierba encontraba vida donde no debía haberla. Siempre la encontraba.

«Robert murió», dijo Catherine. Lo dijo mirando al frente, no a Edmund. «En octubre. El Alamein.»

«Lo siento.»

«Era un buen hombre.» Pausa. «No era tú.»

Edmund no contestó. No había respuesta para eso. No había respuesta para una mujer que acababa de describir su matrimonio entero en cinco palabras y que no esperaba consuelo ni absolución

ni nada excepto que Edmund siguiera caminando a su lado por una calle oscura del East End con la pierna mala y el silencio y los seis otoños entre los dos como una distancia que se podía medir en pasos pero no en años.

Llegaron a una esquina que Edmund reconoció: Cambridge Heath Road. A la izquierda, su habitación. A la derecha, la estación de Bethnal Green, que no era una estación sino un agujero en el suelo que servía de refugio cuando sonaban las sirenas. La entrada era una escalera de hormigón con una barandilla a un lado y nada al otro. Diecinueve peldaños que Edmund había bajado y subido docenas de veces cuando las sirenas lo mandaban al subsuelo con los demás vecinos: mujeres con niños, ancianos con mantas, familias enteras que se instalaban en las plataformas del metro inacabado y dormían sobre sacos como peregrinos en una catacumba.

Ni Edmund ni Catherine miraron la escalera. No tenían motivo para mirarla. Aún no.

«¿Dónde vives?», preguntó Catherine.

«Aquí. En Bethnal Green. Una habitación.» Hizo una pausa. «No es el cottage.»

«No.»

«Ni el jardín.»

«No.» Otra pausa. «¿Y tú?»

«En un piso de una compañera de la Cruz Roja. En Bow. A quince minutos de aquí.»

Quince minutos. Habían estado a quince minutos el uno del otro. No sabían cuánto tiempo —ella llevaba en Bow desde noviembre, él en Bethnal Green desde el cuarenta y uno—, pero habían estado a quince minutos y no lo sabían, y la guerra se lo había ocultado no con bombas ni con trincheras sino con la simple enormidad de Londres, que era una ciudad donde dos personas podían vivir a un kilómetro de distancia durante años sin cruzarse jamás.

Se miraron en la esquina de Cambridge Heath Road bajo el cielo rojizo y el olor a humo. No era el jardín amurallado. No había muros de ladrillo rojo ni arcos de piedra ni un banco con iniciales. Había acera mojada, blackout, un gato que cruzaba la calle con algo en la boca, y la silueta de la escalera de Bethnal Green a veinte metros, oscura, con la única bombilla de la entrada apagada porque el apagón no permitía ni veinticinco vatios.

«Ven mañana», dijo Edmund. «Al centro. A las dos.»

«Vengo los lunes y los miércoles. Me han asignado Bethnal Green.»

Edmund la miró. Catherine lo miró.

«Entonces nos veremos los lunes y los miércoles», dijo Edmund.

«Y los demás días también», dijo Catherine.

No sonrió al decirlo. No era el tipo de frase que se dice con una sonrisa. Era el tipo de frase que se dice con la mandíbula apretada y los ojos secos y la voz firme, porque es una decisión, no un sentimiento, y las decisiones se toman con la parte del cuerpo que no tiembla.

Se separaron en la esquina. Catherine giró a la derecha, hacia Bow. Edmund giró a la izquierda, hacia su habitación. Caminaron en direcciones opuestas por calles oscuras que olían a humo y a enero y a la posibilidad de que mañana fuera distinto de ayer.

Edmund abrió la puerta de su habitación. Encendió la lámpara. La cama estrecha. El lavabo con la grieta. La ventana que daba a un muro de ladrillo. Todo igual. Todo distinto. Se sentó en la cama sin quitarse los zapatos y se quedó mirando la pared con la atención de quien mira algo que acaba de cambiar de composición, como una hoja que pierde la clorofila y muestra lo que siempre tuvo debajo, y lo que tenía debajo era un color que Edmund había olvidado que existía.

CAPÍTULO 24

Diecisiete días (I)

No era lo mismo.

Edmund lo supo el primer día, cuando caminaron por Roman Road bajo una lluvia que no era la lluvia de los Cotswolds —aquella era horizontal, limpia, con olor a hierba— sino la lluvia del East End: vertical, sucia, cargada de hollín, que dejaba líneas grises en el abrigo y que sabía a metal si le caía en los labios. Caminaban juntos. Catherine a su izquierda, del lado de la pierna mala. No hablaban. Pero el silencio era distinto del silencio del jardín amurallado. Aquel había sido un silencio de crecimiento, de algo que germinaba sin prisa. Este era un silencio de inventario: los dos repasándose mutuamente, notándose las marcas, midiendo el daño que seis años habían dejado en el otro sin que el otro pudiera evitarlo.

No era lo mismo. Era mejor.

Mejor porque lo que tenían en 1936 era bello y frágil, como las rosas del último día de octubre: pétalos abiertos, generosos, a punto de caer. Lo que tenían ahora era distinto. Edmund no sabía la palabra. No era felicidad. No era alivio. Era algo que se parecía a lo que siente un injerto cuando descubre que ha prendido: no euforia sino confirmación. La confirmación de que lo que se trasplantó a un suelo hostil ha sobrevivido, no intacto —nada sobrevive intacto— pero vivo, con raíces que se han adaptado al barro de Bethnal Green como se adaptaron a la tierra caliza de los Cotswolds. No con la misma forma. Pero con la misma fuerza.

Los primeros días se vieron en el centro de la Cruz Roja. Lunes y miércoles. Catherine enrollaba vendas; Edmund llenaba formularios. Se miraban por encima de las cajas de ropa donada con la discreción de dos personas que saben que mirarse demasiado es un lujo que la habitación no puede permitirse. La mujer alta del abrigo de lana —se llamaba Mrs. Garrett, viuda de un bombero, con la

eficiencia impersonal de las mujeres que se han reconstruido a sí mismas después de un derrumbe— no notó nada. La chica de diecisiete años, que se llamaba Joan y que tenía la perspicacia que da la edad en la que uno aún no ha aprendido a no mirar, sí lo notó. No dijo nada. Sonrió una vez, al final del segundo miércoles, cuando Edmund sostuvo la puerta del sótano para que Catherine pasara. Joan sonrió y después se ocupó de apilar mantas, que era lo que hacía cuando no quería que se le notara lo que había notado.

El jueves de la primera semana, Edmund la invitó a tomar té.

No había otro sitio. No había restaurantes abiertos a las cuatro de la tarde en Bethnal Green en febrero de 1943, ni cafés ni pubs que no apestaran a cerveza diluida y a tabaco negro. Había una tetería en Roman Road, regentada por una mujer que se llamaba Doris y que hacía el té más fuerte del East End, tan oscuro que parecía jabón líquido y tan caliente que Edmund se quemó el labio superior en el primer sorbo. Doris servía galletas de avena sin mantón, duras como piedra, que había que remojar en el té para poder masticarlas.

Se sentaron en una mesa junto a la ventana. La ventana estaba tapiada con tablas porque el cristal se había roto en un bombardeo y nadie lo había repuesto. La luz entraba por las rendijas entre las tablas en franjas diagonales que le recordaron a Edmund la luz de octubre en el jardín amurallado, y la comparación era absurda —eran tablas de contrachapado, no muros de ladrillo con hiedra; era febrero, no octubre; era humo de carbón, no lavanda— pero la absurdez no invalidaba la similitud. La luz oblicua era la misma. Y la mujer que estaba sentada frente a él, con los dedos alrededor de la taza y el uniforme de la Cruz Roja que le sobraba en los hombros, era la misma.

«Cuéntame», dijo Catherine.

No dijo cuéntame qué. No hacía falta. Edmund empezó por Lambeth: la pensión, la habitación con ventana al muro de ladrillo, el sótano de Kew donde clasificaba especímenes que otros habían recogido. Habló de la maceta de la Souvenir de la Malmaison y de

cómo la primera flor había llenado la habitación entera durante tres días y de cómo había escrito a Arthur para contárselo y Arthur había contestado con una sola frase. Habló de Mrs. Davies y del gato tuerto y del teclado pegajoso del té demasiado fuerte.

No habló del formulario de alistamiento donde había escrito «jardinero.» No habló de Dunkerque excepto como un lugar donde había perdido un trozo de pantorrilla. No habló de la vergüenza —la que había cargado durante seis años como un injerto que no prende, vivo pero sin raíces— porque Catherine ya la había desmontado en el sótano de la iglesia con tres palabras: fue George.

Catherine lo escuchaba con esa atención que Edmund había olvidado que existía: la atención de quien mira para dibujar, que no es la atención de quien escucha para responder sino la de quien absorbe, registra, guarda. Catherine no interrumpió. No asintió ni dijo «qué horror» ni «pobre Edmund» ni ninguna de las frases que la gente dice cuando no sabe qué decir y quiere que la conversación avance. Escuchó como las plantas absorben el agua: en silencio, sin gesto, convirtiendo lo que recibe en algo que no se ve pero que sostiene.

Después Catherine habló. Habló de Robert —con tres frases, secas, sin resentimiento, como quien describe un mueble que se ha vendido: «Era correcto. Era amable. No me preguntaba nada.» Habló de Hampshire: el jardín trasero con los geranios muertos, la encimera demasiado alta, las ventanas que Robert mantenía cerradas y que ella abrió el día que él se fue a la guerra. Habló de la Cruz Roja: las vendas, las sábanas, el té servido a mujeres que esperaban noticias con la cara que se pone cuando la alternativa a sonreír es peor.

«¿Dibujaste?», preguntó Edmund.

«No.» Pausa. «No lo que importaba.»

Edmund asintió. Entendía. Había clasificado plantas muertas en un sótano de Kew durante tres años, que era la versión botánica de dibujar listas de compras: el mismo gesto técnico vaciado de lo que lo hacía vivo.

No habló del jardín amurallado. Ni ella ni él. El jardín era el centro de todo y por eso no podía mencionarse aún, de la misma manera que no se toca una herida que está cicatrizando: no porque duela sino porque la cicatriz es frágil y lo que hay debajo aún está vivo.

Doris les preguntó si querían más té. Catherine dijo que sí. Edmund pagó los cuatro peniques con monedas que sacó del bolsillo del pantalón y que dejaron una mancha de tierra en la mesa, porque los bolsillos de Edmund siempre tenían tierra, incluso en Bethnal Green, incluso sin jardín, como si la tierra fuera una condición de su existencia y no un accidente de su oficio.

Catherine miró la mancha. No dijo nada. Pero sus ojos se detuvieron en ella una fracción de segundo más de lo necesario, y Edmund supo que Catherine estaba viendo lo mismo que él: la tierra de los Cotswolds, caliza, rojiza, pegada a los dedos que podían identificar una especie por la textura de un pétalo. La tierra del jardín amurallado. La tierra de Arthur.

Salieron de la tetería. Caminaron. Caminaron mucho esas primeras semanas: por Roman Road hacia el este, donde la calle se convertía en un mercado callejero con puestos de fruta racionada y ropa de segunda mano y un hombre que vendía relojes reparados; por Cambridge Heath hacia el sur, pasando frente a la entrada de la estación de Bethnal Green con sus diecinueve peldaños y su bombilla solitaria; por Victoria Park, que los bombardeos habían convertido en un descampado con cráteres donde crecían hierbajos que Edmund miraba con la atención del que no puede dejar de mirar lo que crece. Hierba del pastor, ortiga muerta, acedera. Plantas de escombros. Las que colonizan los espacios que el desastre deja vacíos, porque la naturaleza no entiende de catástrofes: solo entiende de espacios disponibles.

Caminaban sin rumbo y con rumbo a la vez: sin rumbo porque no iban a ningún sitio, con rumbo porque estar juntos era el destino y el camino era lo de menos. Hablaban de las cosas que la gente habla cuando tiene mucho que decir y poco tiempo: de Arthur, que

había muerto mirando el jardín por la ventana; de Lord Ashworth, que había muerto bajo los libros que había leído para no pensar en lo que había hecho; de George, que seguía vivo, que estaba en algún lugar del norte de África o de Italia con un rango que ninguno de los dos recordaba, y que un día volvería a heredar una finca en ruinas y un candado que él mismo había puesto.

«¿Le odias?», preguntó Edmund una tarde.

Catherine caminó cinco pasos antes de contestar. Pasaron una pared de ladrillo donde alguien había escrito con pintura blanca NUESTROS HIJOS SON NUESTRO FUTURO, que era un eslogan de reclutamiento que había envejecido mal en un barrio donde los refugios se llenaban de niños cada noche.

«No», dijo. «Le entiendo. Y eso es peor.»

Edmund no preguntó qué era lo que entendía. Sabía que Catherine había pasado seis años pensando en lo que George había hecho y en por qué lo había hecho, y que había llegado a una conclusión que no era perdón ni era condena sino algo más difícil: comprensión. Entender por qué alguien hace algo terrible no es perdonarlo. Es peor. Es saber que en las mismas circunstancias, con el mismo miedo y la misma insignificancia y la misma botella de oporto en la mesita de noche, cualquiera podría haberlo hecho. No todo el mundo. Pero más gente de la que le gusta admitirlo.

Una tarde de la segunda semana, Catherine le dijo:

«Fui cada septiembre. Al jardín. Con ásteres.»

Edmund se detuvo. Estaban en la esquina de Globe Road, junto a un solar donde había habido un taller de ebanistería y donde ahora no había nada excepto cascote y una chimenea que seguía en pie, sola, sin casa, como un dedo que señala algo que ya no está.

«¿Cada septiembre?»

«Desde el treinta y siete.»

Seis septiembres. Seis ramilletes de ásteres contra una puerta cerrada. Catherine había ido cada año, sin saber si Edmund estaba

vivo, sin saber si volvería, sin ningún motivo racional excepto la promesa que Edmund había hecho una tarde de octubre —«Volveré siempre en otoño»— y que no había cumplido. Catherine la había cumplido por él.

Edmund no dijo gracias. No habría sabido cómo. Decir gracias a alguien que ha dejado flores en tu nombre durante seis años es como agradecer a la lluvia que caiga o al otoño que vuelva: no es un favor; es una naturaleza. Lo que hizo fue quedarse de pie en la esquina de Globe Road, con la chimenea solitaria a sus espaldas y el cielo plomizo de febrero sobre sus cabezas, y sentir algo que no era gratitud sino su reverso: la culpa de haber sido el motivo de esos seis septiembres sin haber estado en ninguno.

«No volví», dijo.

«Lo sé.»

«Debía haber vuelto.»

«Sí.» Catherine lo miró. No con reproche —el reproche habría sido más fácil; contra el reproche uno puede defenderse— sino con una precisión clínica, como la de alguien que examina un dibujo terminado y evalúa lo que falta. «Debías. Y ahora estamos aquí.»

Ahora estamos aquí. No era perdón. No era acusación. Era el dato. El punto en el mapa. La coordenada desde la cual todo lo que venía después tenía que medirse.

La habitación de Bethnal Green era más pequeña que la del cottage. No tenía chimenea. No tenía plantas en el alféizar —la maceta estaba en Peckham, con Mrs. Davies, que la regaba los martes y los viernes según las instrucciones y que le había escrito a Edmund en Navidad diciendo que la rosa estaba viva pero que no había florecido, lo cual Mrs. Davies consideraba una ofensa personal —. No tenía la vela en la botella de cerveza ni el fuego bajo ni las sombras de las plantas temblando en la pared como un jardín que respirara. Tenía una cama estrecha, un radiador que funcionaba tres horas al día, una ventana que daba a un muro de ladrillo, y la grieta

del lavabo que subía desde el desagüe como la raíz de algo que había intentado crecer.

Catherine vino por primera vez un viernes de la segunda semana. No fue un acuerdo. No fue una invitación formulada con palabras. Fue el final natural de una caminata que había empezado en el centro de la Cruz Roja y que había ido acercándose, calle a calle, a Cambridge Heath Road, y que al llegar a la esquina no giró hacia Bow sino que siguió recto, hacia la puerta del edificio de Edmund, como si los pies supieran lo que la boca no había dicho.

Edmund abrió la puerta de la habitación. Encendió la lámpara. Catherine entró. Miró la habitación con los ojos de la dibujante: notó las proporciones, la cama contra la pared, el lavabo, la silla única, la ventana tapiada con papel marrón por el blackout. No dijo «qué pequeña» ni «qué triste» ni nada que Edmund habría oído como lástima. Lo que dijo fue:

«Huele a ti.»

Y era verdad. La habitación olía a lo que Edmund olía: a jabón barato que no era jabón de alquitrán —Arthur compraba el de alquitrán, y Arthur había muerto— pero que tenía algo debajo, una nota que era Edmund y no el jabón: sudor limpio, lana, y esa cosa que Catherine nunca había sabido nombrar y que era, probablemente, tierra. No tierra literal —no había jardín en Bethnal Green— sino el fantasma de la tierra, la huella olfativa de años de meter las manos en el suelo, que se queda en la piel como un idioma que no se olvida aunque lleves años sin hablarlo.

Se quitó el abrigo. Lo dejó en la silla. Se sentó en la cama. Los muelles chirriaron. Catherine sonrió —no una sonrisa grande; un movimiento en la comisura izquierda que Edmund reconoció del jardín amurallado, la misma sonrisa a medio hacer, la que empezaba pero no se comprometía— y dijo:

«También suena a ti.»

Edmund se rio. Era la primera vez que se reía en seis años, o la primera vez que lo notaba, o la primera vez que la risa no era un

ruido social sino algo que salía de un lugar hondo y que sorprendía a los dos. Se sentó a su lado. La cama se quejó otra vez. Catherine no se rió pero la sonrisa se completó, llegó al otro lado de la boca, y por un segundo su cara fue la cara de la mujer que había dicho «Sé dónde están los estantes de arriba, señor Blackwell» y la cara de la mujer que había grabado iniciales en un banco con un trozo de sílex y la cara de la mujer que había cruzado medio kilómetro de oscuridad y lluvia para llegar a la puerta de un cottage una noche de octubre.

La misma mujer. Otra mujer. Las dos.

Lo que ocurrió después no fue como en el cottage. En el cottage había habido oscuridad, vela, lluvia en la pizarra, la torpeza del botón forrado. Aquí había una lámpara encendida, una cama que hacía ruido, un radiador que goteaba en un rincón, y la luz del muro de ladrillo de enfrente que entraba por los bordes del papel del blackout como un halo grisáceo, insuficiente para ver pero suficiente para no estar a ciegas. No fue oscuridad sino penumbra. Y la penumbra mostraba lo que la oscuridad del cottage había escondido: los cuerpos tal como eran ahora, no como habían sido. La cicatriz de la ceja de Edmund. El hueco en la pantorrilla donde la metralla había arrancado músculo. Las manos de Catherine más huesudas, con los tendones visibles bajo la piel, manos que empezaban a perder la capa de juventud que en 1936 las hacía parecer blandas. La línea entre sus cejas que no estaba antes y que era la marca del entrecejo fruncido, de años de mirar cosas que no quería ver.

No fue como en el cottage porque no podía serlo. Seis años no se borran con un gesto. Las manos de Edmund, que en el cottage habían recorrido el cuerpo de Catherine con la curiosidad lenta del botánico, ahora lo recorrían con algo distinto: no curiosidad sino reconocimiento. Como el jardinero que vuelve a un jardín después de un invierno largo y toca las ramas para comprobar cuáles están vivas. No con miedo. Con la atención específica del que busca señales de vida donde podría haber encontrado daño.

Y Catherine. Catherine le tocó la pierna. La pantorrilla izquierda, donde la metralla había dejado una depresión en el músculo que se sentía al tacto como un valle pequeño, un centímetro de profundidad, con los bordes de la cicatriz lisos y firmes. La tocó con los dedos —los mismos que sostenían el lápiz entre el índice y el corazón, con ese control que Edmund solo había visto en grabadores — y la recorrió despacio, trazándola, como si la estuviera dibujando.

«Dunkerque», dijo Edmund, porque había que decir algo.

«Ya lo dijiste.»

«No tenía nada mejor que decir entonces. Tampoco ahora.»

Catherine siguió tocando la cicatriz. No con lástima —la lástima habría hecho que Edmund retirara la pierna— sino con la atención que dedicaba a todo lo que tocaba: la textura del papel, la superficie de un pétalo, la piedra caliza del banco donde había grabado sus iniciales. Para Catherine, tocar era mirar con las manos. Y lo que estaba mirando era lo que seis años le habían hecho a Edmund: esta cicatriz, esta cojera, este cuerpo que ya no era el del jardín amurallado pero que seguía siendo suyo de la misma manera que un árbol podado sigue siendo el mismo árbol.

Después, en la penumbra, con la cama quejándose bajo ellos y el radiador goteando y la guerra ocurriendo en algún lugar que no era esta habitación, Edmund dijo algo que no había planeado decir:

«Mi padre sabía.»

«¿Qué sabía?»

«Que me iba. Me preparó un injerto. De la Souvenir de la Malmaison. Antes de que pasara nada. Lo tenía guardado en el armario de la cocina.» Pausa. «Los jardineros saben cuándo va a helar antes de que hiele.»

Catherine se quedó callada un momento. Después dijo:

«Yo también dejé algo. En el jardín. Antes de irme a Escocia.»

«¿Qué?»

«El cuaderno. Detrás de un ladrillo suelto en el muro del fondo. Con una nota.»

Edmund se incorporó en la cama. El resorte chirrió. La lámpara tembló en la mesilla.

«No lo sabía.»

«No podías saberlo. El jardín estaba cerrado cuando volviste.»

«No volví.»

Silencio. El radiador goteó tres veces. El sonido era como el del reloj de pared del cottage de los Blackwell: pequeño, rítmico, y en esta habitación la única música.

«¿Qué decía la nota?», preguntó Edmund.

«Volveré en otoño. Espérame junto a los ásteres.»

Edmund cerró los ojos. Detrás de los párpados vio lo que no había visto: un ladrillo suelto en un muro de jardín, un cuaderno de tapas verdes con dibujos de flores en los márgenes, una nota escrita con lápiz que llevaba seis años esperando en la oscuridad a que alguien la encontrara. La nota existía. Había existido todo este tiempo. Mientras Edmund clasificaba plantas muertas en un sótano de Kew y recibía metralla en una playa de Francia y llenaba formularios en un centro de la Cruz Roja, la nota existía. Seis años detrás de un ladrillo, con la obstinación de lo que ha sido fijado en tinta, que no se cansan de esperar.

«Cuando termine la guerra», dijo Edmund, y su voz tenía la textura de alguien que formula algo por primera vez, que saca las palabras de un lugar hondo donde han estado guardadas tanto tiempo que salen con la corteza aún pegada, «iré a buscarla.»

«Iremos.»

No dijo nada más. Edmund tampoco. Se quedaron en la penumbra de una habitación de Bethnal Green que no se parecía al cottage ni al jardín amurallado ni a ningún lugar donde hubieran sido felices, pero que contenía algo que ningún otro lugar del mundo contenía en ese momento: a los dos. Juntos. Con una nota esperando detrás de

un ladrillo y una guerra que aún no había terminado y diecinueve peldaños de hormigón a trescientos metros de distancia que ningún de los dos tenía motivo para contar.

CAPÍTULO 25

Diecisiete días (II)

Lo dibujó un domingo.

No se lo pidió a Edmund ni le avisó de lo que iba a hacer. Simplemente llegó a la habitación de Bethnal Green con un cuaderno que no era el de tapas verdes —ese seguía detrás del ladrillo, esperando, como las mejores cosas— sino uno nuevo, comprado esa mañana en una papelería de Mile End que todavía olía a cola y que tenía tapas de cartón azul oscuro y un papel de una calidad que Catherine no habría aceptado en 1936 pero que en 1943, con el papel racionado, era casi un lujo.

Edmund estaba dormido. Catherine tenía la llave —se la había dado la semana anterior, sin ceremonia, dejándola sobre la mesa de Doris entre las tazas de té como si fuera calderilla—, y había entrado sin hacer ruido, como sabía entrar: usando la cadera para empujar la puerta, que se atascaba en el marco por la humedad, y evitando la tabla del suelo que crujía a un metro de la cama. Había aprendido la geografía de esa habitación en tres semanas con la misma precisión con que había aprendido la del jardín amurallado en tres meses. Cada obstáculo. Cada sonido. Cada zona de sombra y de luz.

Se sentó en la silla —la única silla— junto a la ventana, donde a las diez de la mañana de un domingo de febrero entraba la franja de luz que duraba cuarenta minutos antes de que el sol desapareciera detrás del edificio de enfrente. Cuarenta minutos. Bastaba.

Abrió el cuaderno. Sacó un lápiz del bolsillo del abrigo: un 2B que había encontrado en un cajón del centro de la Cruz Roja y que nadie había reclamado y que tenía la dureza justa, ni demasiado blando ni demasiado duro, como los lápices que usaba antes, los del estuche que había sido de su madre. Y miró a Edmund.

Dormía boca abajo, como siempre, con la cara girada hacia la ventana y una mano fuera de la sábana, colgando del borde del

colchón, con los dedos curvados hacia abajo. La misma postura que en el cottage. La misma mano buscando el suelo incluso en sueños. Pero el cuerpo era distinto. Más delgado. La columna más visible bajo la piel. Los hombros con ángulos que antes no tenían. La pantorrilla izquierda, fuera de la sábana, con el hueco de la metralla que Catherine había tocado y trazado y aprendido de memoria como se aprende de memoria una cicatriz en un mapa: como la marca de algo que pasó y que cambió el terreno.

Catherine dibujó.

No lo había hecho en seis años. No lo que importaba. Y esto importaba. Empezó por la mano —era lo más fácil y lo más difícil, porque la mano de Edmund era lo que mejor conocía y lo que más había cambiado: los nudillos más pronunciados, las uñas cortadas al ras por el ejército, una cicatriz nueva en el índice que no había estado antes y que Catherine añadió al dibujo con un trazo corto, como una anotación al margen—. Después subió por el brazo: la línea del antebrazo, la curva interior del codo, el hombro donde la clavícula se marcaba bajo la piel como una rama bajo la nieve.

Dibujaba rápido. No con la velocidad ansiosa de quien teme quedarse sin tiempo sino con la velocidad precisa de quien ha recuperado un idioma que creía olvidado y que resulta que no estaba olvidado sino dormido, como las semillas que pasan años en la tierra esperando las condiciones correctas. El lápiz se movía sobre el papel con una fluidez que Catherine sentía no en la mano sino más adentro, en el lugar donde las cosas que importan tienen sus raíces, y lo que sentía no era alegría exactamente sino algo más parecido al reconocimiento: ah, aquí estaba. Aquí estaba lo que hacía cuando no estaba fingiendo.

La cara de Edmund fue lo último. Girada sobre la almohada, con un mechón de pelo sobre la frente y los labios entreabiertos y una expresión que no era ninguna expresión sino la ausencia de todas ellas, que es lo que el sueño le da a la cara de una persona: el permiso de no ser nada, de no tener que parecer nada, de existir sin vigilancia. Catherine dibujó esa ausencia con el cuidado de quien

dibuja algo que está vivo y que, si se mueve, cambiará de forma. Dibujó la cicatriz de la ceja. Dibujó las líneas que seis años habían añadido alrededor de los ojos cerrados. Dibujó la sombra bajo el pómulo que no estaba en 1936, que era la sombra del hambre y del frío y de Dunkerque y del sótano de Kew.

Cuando terminó, la franja de luz se había movido diez centímetros hacia la izquierda y le daba a Edmund en el hombro, y el dibujo estaba terminado, y Catherine lo miró con la distancia crítica que dedicaba a todo lo que hacía: buscándole el error, la proporción que no cuadraba, la línea que sobraba. No encontró ninguna. No porque el dibujo fuera perfecto —no lo era; la mano derecha estaba ligeramente desproporcionada, y la línea de la mandíbula no era del todo exacta—, sino porque las imperfecciones eran las correctas. Eran las imperfecciones de un dibujo hecho con las manos temblorosas de una mujer de veintisiete años que no ha dibujado lo que importa en seis años y que ahora, en una habitación de Bethnal Green con cuarenta minutos de luz y un lápiz robado, ha vuelto a hacerlo. Las imperfecciones eran la prueba de que era real.

Edmund abrió los ojos.

No de golpe: despacio, como se abren las flores cuando la temperatura sube un grado. Primero un ojo, después el otro. Miró a Catherine. Miró el cuaderno. Miró el lápiz en su mano.

«No te muevas», dijo Catherine.

«Me estás dibujando.»

«Ya he terminado.»

«¿Y cómo he salido?»

«Como siempre. Con la mano buscando el suelo.»

Edmund se incorporó. Extendió la mano. Catherine le pasó el cuaderno. Edmund miró el dibujo durante un rato que fue largo para dos personas en una habitación pequeña y corto para todo lo demás. Lo miró como miraba las plantas: con paciencia, con atención, buscando lo que no se ve a primera vista. Vio la mano que no era del todo proporcionada. Vio la sombra bajo el pómulo. Vio el

hueco de la metralla en la pantorrilla, trazado con una línea que no era descriptiva sino íntima, la línea de alguien que ha tocado eso que dibuja.

«Tienes una firma nueva», dijo.

Catherine se acercó. Miró donde Edmund señalaba. En la esquina inferior derecha del dibujo, sin pensarlo, había escrito lo mismo que escribía en los márgenes del cuaderno de tapas verdes en 1936:

E. — Bethnal Green — febrero

La misma inicial. El mismo guion. Pero en lugar de «jardín amurallado», «Bethnal Green.» En lugar de «julio,» «febrero.» Todo había cambiado excepto la E.

Edmund dejó el cuaderno sobre la cama. No dijo que era bueno. No dijo que era hermoso. No dijo nada que Catherine habría descartado como halago. Lo que hizo fue coger el lápiz que ella todavía tenía en la mano —quitándoselo de entre los dedos con el gesto de alguien que retira una espina de un tallo, cuidadoso, firme — y escribir, en la página opuesta del cuaderno, con la letra apretada del cuaderno de campo:

C. — Bethnal Green — febrero

Y debajo, más pequeño:

E.B. + C.A.

Las mismas iniciales. No grabadas en piedra caliza con un trozo de sílex, porque no había piedra caliza en Bethnal Green. Escritas con un lápiz 2B en un cuaderno de cartón azul, en una habitación que daba a un muro de ladrillo, en febrero de 1943. Menos duradero que la piedra. Más cierto, quizá, porque lo que no dura necesita más coraje para escribirse.

Catherine miró las iniciales. No dijo nada. Le quitó el lápiz de la mano con el mismo gesto que Edmund había usado: espina, tallo, cuidado. Se acercó a él. Se sentó en la cama. Los muelles crujieron. Edmund sonrió —la sonrisa torcida, la que empezaba en un lado y no terminaba de llegar al otro, idéntica a la del pasillo de Ashworth

Hall la noche de la cena, idéntica a la de la feria de Michaelmas, idéntica a la de todas las veces que Edmund sonreía porque no sabía cómo decir lo que quería decir y la sonrisa era la puerta de servicio de la emoción: la que se usa cuando la principal está cerrada—.

No hablaron del jardín. No hablaron de septiembre. No hablaron de cuando termine la guerra. Había un acuerdo tácito —no formulado, no discutido, tan natural como el de sentarse en extremos opuestos del banco de piedra— de que el futuro no se mencionaba, porque mencionar el futuro en febrero de 1943 era como mencionar la primavera en mitad de una helada: un acto de fe que podía ser esperanza o podía ser temeridad, y ninguno de los dos quería averiguar cuál.

Lo que hicieron fue hablar de cosas pequeñas. De la sopa de Mrs. Garrett, que era un misterio culinario —nadie sabía qué contenía, pero llenaba, y en febrero del cuarenta y tres llenar era suficiente—. De Joan, la chica de diecisiete años, que había empezado a salir con un soldado polaco del campamento de Mile End y que llegaba al centro con los labios hinchados y una sonrisa que intentaba esconder y que no escondía en absoluto. De la gotera del radiador, que Edmund había intentado arreglar con un trozo de goma y que seguía goteando pero ahora en un ángulo distinto, — la gotera había desarrollado una personalidad propia.

Hablaron de cosas pequeñas porque las cosas pequeñas eran lo único seguro. Las grandes —la guerra, George, el jardín, el futuro— tenían demasiados bordes cortantes. Las pequeñas eran suaves, redondeadas, como los gui jarros del arroyo que pasaba por debajo del puente camino de Ashworth Hall. Se podían sostener sin hacerse daño.

Los días pasaron de la forma en que pasan los días que importan: demasiado rápido cuando los vives y demasiado lento cuando los recuerdas. Catherine iba al centro de la Cruz Roja los lunes y miércoles. Los demás días iba a Bethnal Green. A veces caminaban. A veces se quedaban en la habitación, con el radiador que goteaba y la luz que duraba cuarenta minutos y el cuaderno

azul abierto sobre la cama. Catherine dibujaba cosas que encontraba en la habitación: la taza con la grieta, la ventana con el papel del blackout, el lavabo con su raíz de porcelana rota. Dibujaba a Edmund cuando dormía. Dibujaba sus manos cuando trabajaba: abriendo una lata de judías con la navaja, remendando un calcetín con una aguja que era demasiado pequeña para sus dedos, escribiendo en un cuaderno que no era el de campo porque el de campo se lo había llevado George. Cada dibujo llevaba la misma firma: E., la fecha, el lugar. Como un inventario. Como un acto de fe.

Edmund, a cambio, le enseñaba cosas. No botánica —no había plantas en Bethnal Green, o no las que él hubiera elegido— sino lo que la botánica le había enseñado a ver. Le mostraba los hierbajos que crecían en los cráteres de los bombardeos: hierba del pastor en las grietas de un muro derruido, acedera entre los ladrillos de un sótano abierto, un diente de león creciendo en el borde de un sumidero. Las nombraba. Le explicaba cómo sobrevivían: raíces que se extendían lateralmente buscando agua bajo el escombro, semillas que germinaban en el polvo de mortero, tallos que crecían torcidos para rodear obstáculos. La vida abriéndose paso en los peores sitios posibles. No como metáfora. Como hecho.

«Son más resistentes que las rosas», dijo una tarde, agachado junto a un solar bombardeado de Globe Road, señalando una ortiga que crecía entre los restos de una cocina. «Las rosas necesitan jardín. Estas no necesitan nada.»

«Pero las rosas son más bellas», dijo Catherine.

«No.» Edmund se levantó. La rodilla mala crujió. «Las rosas son más espectaculares. Eso no es lo mismo. Lo bello es lo que sobrevive.»

Catherine lo miró. Pensó, con la parte de su mente que siempre estaba dibujando, que la cara de Edmund cuando decía algo que creía de verdad tenía una cualidad que no podía capturarse con lápiz: una especie de transparencia, como un cristal limpio, donde lo que había detrás se veía sin distorsión. La mayoría de las personas tenían caras que funcionaban como muros —mostraban lo que

querían mostrar y escondían el resto—. La cara de Edmund, cuando decía algo verdadero, no escondía nada. Era la cara de alguien que no sabía mentir, que no había aprendido el truco de separar lo que se siente de lo que se muestra, y que por eso había sido tan vulnerable en Ashworth Hall y tan vulnerable en la biblioteca de Lord Ashworth y tan vulnerable ahora, en una calle del East End, agachado junto a una ortiga porque la ortiga importaba.

Importaba. Catherine estaba empezando a entenderlo.

La noche del 2 de marzo fue la última noche.

No lo sabían. Nadie sabe cuál es la última noche. Las últimas noches no avisan; si avisaran no serían últimas sino vísperas, y las vísperas tienen una solemnidad que permite prepararse, y la gracia terrible de las últimas noches verdaderas es que no permiten nada: ocurren con la normalidad de cualquier otra noche y solo después, cuando la siguiente noche es distinta, la anterior se revela como lo que fue.

Estaban en la habitación de Edmund. Llovía. No la lluvia fina del East End sino una lluvia gruesa, de las que hacen ruido en las ventanas como si alguien tirara puñados de grava, y que Catherine asociaba con Escocia, con la casa de Helen, con las tardes interminables de Argyll donde había escrito las primeras cartas a Edmund con la pluma hundida en el papel como se hunden los dedos en la tierra.

Edmund le estaba leyendo en voz alta. Había encontrado un ejemplar de Humboldt en una tienda de libros usados de Brick Lane —no el mismo que tenía en Lambeth, que se había perdido en el barracón de Hampshire, sino otro, más viejo, con las páginas amarillas y un olor a moho que a Edmund le parecía, de alguna forma, correcto, — Humboldt debía oler así—. Leía el pasaje sobre la selva del Orinoco: la vegetación tan densa que la luz no llegaba al suelo, las raíces aéreas que colgaban de los árboles como cuerdas, los sonidos de animales que Humboldt no podía ver. Edmund leía con la voz que usaba para las cosas que le importaban: grave, lenta, con una precisión en cada palabra que hacía que la selva del Orinoco

existiera en una habitación de Bethnal Green con la misma fuerza con que existía en la página.

Catherine escuchaba con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el pecho de Edmund. Sentía la voz como una vibración en los huesos, no en los oídos: la resonancia de la caja torácica amplificando las palabras de un naturalista que había muerto hacía cien años y que estaba, esa noche, más vivo que la mayoría de los vivos. Catherine pensó: así quiero recordar esto. No la habitación ni la lluvia ni la cama que cruje. La voz. La vibración de la voz en los huesos. Si pudiera dibujar un sonido, dibujaría esto.

Edmund cerró el libro. Catherine abrió los ojos.

«Mañana hay alerta», dijo Edmund. No como advertencia —las alertas eran tan frecuentes que ya no eran advertencias sino clima— sino como dato. «Esta tarde llegaron las instrucciones. Alerta general para el East End a partir de las ocho. Quieren que los vigilantes estén en posición a las siete y media.»

«¿Irás al refugio?»

«Tengo que estar en la entrada. Es mi zona. Bethnal Green.»

«La estación.»

«Sí.»

Catherine sabía cuál era la estación. La habían pasado docenas de veces: la entrada en la acera de Cambridge Heath Road, con sus diecinueve peldaños de hormigón que bajaban al vestíbulo subterráneo. Edmund la había mencionado antes: que era oscura, que la bombilla era demasiado débil, que la barandilla solo estaba en un lado, que cuando sonaban las sirenas la gente se agolpaba en la entrada como agua en un embudo. Lo había mencionado como se mencionan las cosas que forman parte del paisaje: sin énfasis, sin alarma.

«Vendré», dijo Catherine. «Mañana. Después de la alerta.»

«Puede que sea tarde.»

«No importa.»

Edmund la miró. Esa mirada suya, la de botánico, la evaluativa, la paciente. Pero con algo añadido que no estaba en 1936, que seis años y una guerra y una pierna rota habían depositado en el fondo de sus ojos como el sedimento que deja el agua en el cauce de un río: gravedad. No la gravedad del que es solemne sino la del que ha aprendido que las cosas pesan más de lo que parece.

«Ven», dijo. «Ven siempre.»

Catherine se levantó una hora después. Edmund se había dormido otra vez, boca abajo, con la mano colgando del borde del colchón. Humboldt estaba en la mesilla, cerrado, con el lomo craquelado. La lluvia seguía.

Se vistió en la penumbra. Se abrochó el abrigo. Antes de irse, hizo algo que no había planeado. Arrancó una hoja del cuaderno azul —no la del dibujo, que era sagrada; una en blanco de las últimas páginas— y escribió, de pie junto a la ventana, con el lápiz 2B que escribía más oscuro de lo que debería porque era blando y porque Catherine presionaba la mano:

Si pasa algo, búscame en Lewes. Si no pasa nada, búscame aquí mañana. Volveré en otoño. Volveré siempre.

No firmó. No hacía falta. La caligrafía era inconfundible: inclinada a la derecha, con los rasgos largos, con la misma letra que había escrito «centifolia» en la página nueve de un cuaderno de tapas verdes con una pluma que no era suya.

Dobló la nota. La metió en el bolsillo interior del abrigo de Edmund, que estaba colgado en el respaldo de la silla. El bolsillo tenía un agujero en la costura inferior por el que se podía meter un dedo, y Catherine sintió, al meter la nota, que el forro del abrigo tenía un olor que no era el del jabón barato de Bethnal Green sino algo más viejo, más hondo: el olor que la ropa absorbe de los lugares donde ha estado y que no se pierde con los lavados. Lana, humo de carbón, y debajo, como siempre, como un bajo continuo que no se apaga: tierra.

Salió. Cerró la puerta sin hacer ruido. Bajó la escalera del edificio con el cuidado de quien conoce cada peldaño. Salió a la calle. La lluvia había amainado y el aire era frío y limpio, con un olor a carbón mojado que en el East End era el olor de todas las mañanas.

Caminó hacia Bow. Eran las tres de la madrugada. Las calles estaban vacías. El blackout convertía la ciudad en una silueta: formas sin detalle, volúmenes sin color, como un dibujo a carboncillo donde alguien ha borrado las líneas finas y solo quedan las masas. Catherine caminó por Cambridge Heath Road sin mirar la estación de Bethnal Green, que estaba a su derecha, con la entrada oscura y los diecinueve peldaños que bajaban a la oscuridad y la bombilla apagada.

No la miró porque no había motivo para mirarla. Era una estación. Era una escalera. Eran diecinueve peldaños de hormigón que no significaban nada todavía.

Mañana. Mañana sería 3 de marzo. Mañana Edmund estaría en la entrada de la estación con su brazalete de vigilante y su pierna mala y la nota de Catherine en el bolsillo del abrigo, y las sirenas sonarían a las ocho y diecisiete de la noche, y la gente correría hacia la escalera, y algo que nunca había sonado sonaría sobre Victoria Park, y después todo lo demás. Pero eso era mañana. Y mañana no existía todavía.

Ahora era de noche, y llovía, y Catherine caminaba por una calle oscura con un cuaderno azul bajo el brazo y un lápiz en el bolsillo y el sabor de la boca de Edmund aún en la suya, y en el bolsillo de un abrigo que colgaba del respaldo de una silla en una habitación de Bethnal Green, una nota doblada esperaba a que alguien la encontrara, con la tenacidad del papel, que no se cansa de esperar.

CAPÍTULO 26

La escalera

Las sirenas sonaron a las ocho y diecisiete.

Edmund estaba en su posición. La acera de Cambridge Heath Road, frente a la entrada de la estación de Bethnal Green, con el brazalete de vigilante en el brazo izquierdo y una linterna en el bolsillo del abrigo que no podía encender porque el blackout no lo permitía. Llevaba ahí desde las siete y media. Había llovido durante la tarde y la acera estaba mojada, con charcos que reflejaban el poco cielo que se veía entre los tejados. El abrigo tenía el cuello levantado. En el bolsillo interior, una nota doblada que Catherine había metido esa madrugada mientras él dormía.

No la había leído. No sabía que estaba ahí.

La entrada de la estación era un rectángulo de hormigón en la acera, como la boca de algo que se abre hacia abajo. Diecinueve peldaños. Edmund los conocía de memoria: los había bajado y subido docenas de veces durante las alertas, guiando a civiles, contando cabezas, comprobando que nadie se quedara en la calle cuando las sirenas sonaban. Los peldaños eran de hormigón sin pulir, con un borde redondeado por el desgaste de miles de pies. No había barandilla central. Solo una barra de metal en el lado derecho, que no llegaba hasta abajo, que terminaba a cinco peldaños del final como si a quien la instaló se le hubiera acabado el metal o la intención. Una bombilla de veinticinco vatios en la pared izquierda, a la altura del séptimo peldaño, que proyectaba una luz insuficiente que no alumbraba la escalera sino que la sugería: los primeros peldaños se veían, los del medio se adivinaban, los últimos no se veían.

Las sirenas sonaron y la calle se movió.

No de golpe. Primero las puertas: se abrieron como si la sirena fuera una corriente de aire que las empujara. Después las personas:

salieron de las casas, de los pisos, de los refugios Anderson de los patios traseros que todo el mundo tenía y nadie usaba porque eran de chapa y la chapa era fría y húmeda y la gente prefería el sótano de la estación, que era de hormigón y estaba seco y tenía algo que los refugios Anderson no tenían: la compañía de los demás. La guerra se soporta mejor con gente. El miedo también.

Llegaron en grupos. Madres con niños, algunos en brazos, otros cogidos de la mano, otros corriendo delante con esa inconsciencia que tienen los niños cuando no entienden que lo que les rodea es peligro y no aventura. Ancianos con mantas. Una mujer con una jaula de pájaro. Un hombre con un gato dentro de la chaqueta. Familias enteras con almohadas y termos y bolsas de papel con sándwiches, porque en Bethnal Green la gente iba al refugio como quien va a pasar la noche: preparada, resignada, con la rutina del que ha hecho esto tantas veces que ya no es miedo sino costumbre.

Edmund los dirigía. Se ponía al lado de la entrada con el brazo extendido, indicándoles que bajaran despacio, que no empujaran, que había sitio para todos. Su voz era firme. No gritaba —gritar había sido una señal de alarma, y las señales de alarma provocan pánico—. Hablaba con el tono que usaba para las plantas: constante, bajo, como quien guía algo vivo hacia donde necesita ir.

La gente bajaba por la escalera en fila. Despacio. Los que conocían la escalera iban por la derecha, cogidos a la barra de metal. Los que no la conocían iban por la izquierda, a ciegas a partir del séptimo peldaño, tanteando con los pies. Un flujo constante que la escalera absorbía como un embudo absorbe agua: despacio, sin prisa, con la lentitud que impone la estrechez.

A las ocho y veintisiete, algo sonó.

Edmund lo oyó antes de que nadie en la calle lo oyera, porque estaba de pie junto a la entrada y el sonido venía del cielo, del lado de Victoria Park, de una dirección que no era la de los bombarderos habituales. Era un sonido nuevo. No el silbido descendente de las bombas, que todo el mundo conocía y que todo el mundo había aprendido a calcular: silbido largo, bomba lejos; silbido corto, bomba

cerca. Este sonido era diferente. Era ascendente. Un rugido que subía como un tren expreso acelerándose dentro de un túnel, cada segundo más fuerte, cada segundo más cerca, con una frecuencia grave que se sentía en el pecho antes que en los oídos.

Edmund no sabía qué era. Nadie sabía qué era. Era un cohete antiaéreo de nuevo diseño —el Z-battery, lanzado en salvas de sesenta desde una batería móvil en Victoria Park— que nunca se había disparado en esa zona de Londres y cuyo sonido nadie en Bethnal Green había oído jamás. Pero Edmund no sabía eso. Lo que sabía era que el sonido era aterrador y que venía de arriba y que la gente que estaba en la calle lo había oído también y que sus caras habían cambiado.

Cambiaron en un segundo. Un segundo fue suficiente. Las caras que bajaban la escalera con la resignación de la costumbre se convirtieron en caras de pánico, y el pánico hizo lo que el pánico hace: convirtió a las personas en masa. Ya no eran individuos. Ya no eran la mujer con el pájaro y el hombre con el gato y la madre con dos niños. Eran una corriente que empujaba hacia la única abertura disponible, que era la escalera, que tenía diecinueve peldaños y una bombilla de veinticinco vatios y ninguna barandilla central.

La corriente golpeó la escalera.

Edmund estaba en la entrada. Intentó frenarlos. Levantó los brazos. Gritó algo —después no recordaría qué; quizá «despacio,» quizá «no empujen,» quizá nada coherente, solo un sonido que significaba detenerse—. Pero la masa no se detiene. La masa tiene su propia física: el peso de trescientas personas empujando hacia un punto crea una presión que ningún cuerpo individual puede resistir. Edmund fue empujado hacia la escalera como una hoja que empuja la corriente de un río. Un paso. Dos. El borde del primer peldaño bajo sus pies. La mano derecha buscando la barra de metal que estaba al otro lado y que no alcanzaba. Los cuerpos a su alrededor presándolo desde atrás, desde los lados, con la fuerza impersonal de algo que no era violencia sino física: cuerpos que obedecen a la presión como los fluidos obedecen a la gravedad.

Bajó tres peldaños. Cuatro. La bombilla de veinticinco vatios estaba a su izquierda, a la altura de su hombro. La luz era amarilla, temblorosa, insuficiente para ver los peldaños de abajo pero suficiente para ver las caras de las personas que bajaban a su lado: una mujer mayor con los ojos muy abiertos, un hombre que sostenía algo —una bolsa, un niño, algo— contra el pecho, una chica joven que se había agarrado a la manga de Edmund y que no lo soltaba.

En el peldaño dieciséis, una mujer tropezó.

Edmund no la vio. Estaba seis peldaños más arriba, demasiado lejos, con demasiados cuerpos entre los dos. Lo que sintió fue el efecto: un cambio en la corriente, como cuando un río encuentra una piedra y el agua se acumula detrás. Los que estaban abajo dejaron de moverse. Los que estaban arriba siguieron empujando. Y entre los dos grupos —los que no podían avanzar y los que no podían detenerse— estaba Edmund, y la chica que le agarraba la manga, y la mujer mayor con los ojos abiertos, y el hombre con algo contra el pecho, y todos los demás que ya no eran individuos sino una masa de cuerpos comprimidos en un espacio que no cabía.

Alguien cayó. Después otro. Después la caída dejó de ser individual y se convirtió en cascada: los cuerpos cayendo unos sobre otros como naipes, como fichas de dominó, como cualquier comparación que sea insuficiente porque ninguna comparación puede contener lo que estaba pasando. Edmund cayó. La rodilla izquierda golpeó el borde de un peldaño. La pierna mala se dobló debajo de él. Algo le cayó encima —un cuerpo, un hombro, un peso — y después otro peso, y otro, y la presión aumentó hasta que el aire que había entre los cuerpos desapareció y lo que quedaba era solo presión, solo contacto, solo la imposibilidad de expandir el pecho lo suficiente para respirar.

La chica le soltó la manga.

Edmund quedó de costado, con la cara contra un peldaño de hormigón que olía a humedad y a algo metálico que podía ser sangre o podía ser el olor que tiene el miedo cuando se vuelve químico. Podía respirar. Apenas. El cuerpo que tenía encima era

pesado pero no le aplastaba el pecho sino el costado, y entre su cara y el peldaño había un espacio del tamaño de un puño por donde entraba aire, sucio, caliente, cargado del aliento de docenas de personas que respiraban el mismo aire reducido.

Oía. Oía lo que no quería oír. Gritos, pero no los gritos de las películas —no gritos agudos, no gritos de horror— sino gritos cortos, entrecortados, como los que salen de los cuerpos que no pueden expandirse para gritar: gemidos comprimidos, jadeos, el sonido de alguien que intenta llamar un nombre y no tiene aire para completar la palabra. Oía llanto de niños. Oía algo que se parecía al crujido de la madera cuando se dobla más de lo que puede, excepto que no era madera.

No sabía cuánto tiempo pasó. Un minuto. Diez. La diferencia entre un minuto y diez minutos dejaba de existir cuando no podías moverte, cuando lo único que podías hacer era respirar por el espacio del tamaño de un puño entre tu cara y el hormigón, y mantener los ojos abiertos aunque no hubiera nada que ver excepto la superficie gris del peldaño a tres centímetros de la nariz, con una grieta que lo cruzaba de izquierda a derecha como la grieta del lavabo de su habitación, como la raíz de algo que había intentado crecer y no había podido.

Pensó en Catherine. No como recuerdo: como hecho. Catherine estaba en Bow, a quince minutos de aquí, y había dicho que vendría después de la alerta. Catherine vendría. Buscaría la habitación de Bethnal Green y no lo encontraría. Preguntaría. Alguien le diría que había habido un incidente en la estación. Catherine iría a la estación. Vería la escalera.

Edmund no pensó: voy a morir. No porque fuera valiente sino porque la muerte era una abstracción y el peldaño de hormigón a tres centímetros de su nariz era concreto, y Edmund siempre había pensado en lo concreto antes que en lo abstracto: en la textura antes que en el significado, en la raíz antes que en la flor, en la grieta del peldaño que tenía delante antes que en lo que la grieta significaba. Lo que pensó, con la claridad que da la imposibilidad de

moverse, fue: hay una nota en mi bolsillo que no he leído. Catherine escribió algo y yo no sé qué. Si salgo de aquí, lo primero que haré será leerla.

Fue un pensamiento pequeño. Un pensamiento que cabía en el espacio de un puño entre una cara y un peldaño de hormigón. Pero fue el pensamiento que lo mantuvo respirando cuando respirar costaba más de lo que debería costar y cuando el peso de los cuerpos encima no disminuía y cuando los sonidos a su alrededor se iban apagando, no porque la gente dejara de hacer ruido sino porque el aire se estaba acabando y sin aire los sonidos se vuelven más débiles, como una radio cuya batería muere.

Después vinieron las manos.

Las primeras manos no eran de rescate. Eran de la gente que estaba arriba, en la calle, que intentaba llegar a los que estaban debajo. Manos que tiraban de brazos y piernas, que buscaban caras, que tanteaban en la oscuridad —la bombilla se había fundido o se había roto o alguien la había arrancado de la pared; Edmund no sabía cuál— y que a veces encontraban algo vivo y a veces algo que ya no lo estaba.

Después las manos de los equipos de rescate. Bomberos, primero. Soldados, después. Médicos. Hombres con linternas que bajaban por la escalera separando cuerpos como se separan las capas de una cebolla: con cuidado, con lentitud, porque la presión que mantenía vivos a los de abajo era la misma que mataría a los de arriba si se retiraba demasiado rápido.

Edmund sintió que el peso disminuía. Primero un poco. Después más. El cuerpo que tenía encima fue retirado. Edmund aspiró. Aspiró con la desesperación de los pulmones que llevan demasiado tiempo sin expandirse, y el aire era frío y sucio y sabía a polvo de hormigón y a otra cosa que Edmund no quiso identificar, y era el mejor aire que había respirado en su vida.

Una linterna le dio en la cara. Una voz dijo algo que no entendió. Unas manos lo cogieron por los hombros y tiraron. Edmund sintió el peldaño resbalar bajo su cuerpo mientras lo arrastraban hacia arriba,

peldaño a peldaño, y cada peldaño era un golpe en las costillas y en la pierna mala y en el codo que arrastraba contra el hormigón, y Edmund no se quejó porque quejarse requería un aire que todavía estaba aprendiendo a usar.

Lo sacaron a la calle. Lo pusieron en la acera. Llovía. La lluvia le cayó en la cara y fue como la lluvia del jardín amurallado en noviembre, la que mojaba sin avisar, la que Catherine había cruzado para llegar al cottage aquella noche de octubre: fría, limpia, real.

Edmund se quedó tumbado en la acera mojada. Miró el cielo. No se veía. El blackout lo tapaba todo. Pero estaba ahí —arriba, sobre los tejados, sobre las nubes, sobre el humo— y Edmund estaba fuera, en la superficie, con aire en los pulmones y lluvia en la cara, y estaba vivo.

A su alrededor, la calle era algo que no se puede describir con precisión porque la precisión requería mirar y Edmund no miraba. Oía. Oía a los equipos de rescate bajando y subiendo. Oía camillas. Oía motores de ambulancia. Oía la voz de un hombre que daba instrucciones con la calma profesional de alguien que ha visto esto antes, o que actúa como si lo hubiera visto. Oía, más lejos, un sonido que no quería identificar y que identificó igual: el sonido de las madres.

Se sentó. Le dolía todo. La pierna mala, las costillas, el codo que había arrastrado por el hormigón y que sangraba sin que Edmund lo notara. Tosió. Salió polvo. Se palpó el pecho, los bolsillos, el abrigo. El abrigo estaba desgarrado en el hombro izquierdo. El bolsillo izquierdo estaba vacío. El bolsillo derecho tenía la linterna, que se había roto. El bolsillo interior tenía la nota.

Edmund metió la mano. Sacó el papel doblado. Estaba húmedo —de lluvia, de sudor, de algo— pero legible. Lo abrió con los dedos que le temblaban, no de frío.

Si pasa algo, búscame en Lewes. Si no pasa nada, búscame aquí mañana. Volveré en otoño. Volveré siempre.

La caligrafía era la de Catherine. Inclinada a la derecha. Con los rasgos largos. Con la letra que había escrito «centifolia» en una página de un cuaderno de tapas verdes una tarde de julio en un jardín amurallado de los Cotswolds.

Edmund dobló la nota. La metió en el bolsillo interior del abrigo, en el lado del pecho, donde el corazón latía con una velocidad que debería haberlo asustado pero que no lo asustaba porque lo que significaba era que estaba vivo. La metió profunda, hasta el fondo de la costura, donde el forro se juntaba con la tela exterior y donde la nota quedaría protegida del agua y del polvo y de todo lo que la noche aún pudiera traer.

Se levantó. La pierna mala casi no lo sostenía. Se apoyó en la pared del edificio junto a la entrada de la estación. Desde ahí podía ver la escalera —la boca de la escalera, el rectángulo de hormigón en la acera, las linternas de los equipos de rescate moviéndose dentro como luciérnagas en un pozo—. Los bomberos seguían sacando cuerpos. Algunos caminaban. Otros eran llevados en camilla. Otros no se movían.

Un bombero pasó a su lado con una niña en brazos. La niña tenía los ojos cerrados y un zapato en un pie y el otro pie descalzo, con un calcetín que se le caía del tobillo. Edmund no miró más.

Se quedó de pie contra la pared. La lluvia seguía. El aire olía a hormigón mojado, a sudor, a algo químico que Edmund no identificaba y que probablemente era adrenalina —la suya o la de todos, el olor colectivo del miedo cuando ya no es miedo sino algo posterior, algo que aún no tiene nombre porque los nombres se inventan después, cuando hay tiempo—.

Vio pasar cuerpos. No los contó. Contar era lo que Edmund hacía —pétalos, hojas, segundos, peldaños—, pero esa noche no contó. Contar habría sido convertir lo que veía en un número, y los números son abstractos, y lo que pasaba frente a él no era abstracto. Era una mujer con los ojos abiertos que no parpadeaba. Era un hombre con una bolsa de sándwiches aún apretada en la

mano. Era la chica joven que le había agarrado la manga y que ahora no le agarraba nada.

Edmund la reconoció por la manga. Por el punto donde los dedos de la chica habían apretado la tela de su abrigo con la fuerza de alguien que cree que agarrarse a otra persona es agarrarse a la vida. La tela estaba deformada en ese punto: un pliegue profundo, con la marca de cuatro dedos, como una huella en el barro. Edmund se miró la manga. Tocó el pliegue. Estaba frío y húmedo y no se desharía, como no se deshacen las marcas que las manos dejan en las cosas que agarran con desesperación.

Mucho después —una hora, dos, un tiempo que no se medía en horas sino en camillas—, un médico le examinó las costillas. Le vendó el codo. Le preguntó su nombre.

«Blackwell. Edmund.»

«¿Dirección?»

«Bethnal Green.»

El médico anotó el nombre en una lista. Edmund no vio qué escribió en la columna de «estado.» No sabía que la lista existiría durante décadas en un archivo del gobierno, ni que su nombre aparecería en una columna junto a la palabra «desconocido,» ni que sesenta años después una mujer llamada Isla Ashworth recibiría una fotocopia de esa lista y se quedaría mirando la palabra «desconocido» en una habitación de un bed & breakfast de los Cotswolds. No sabía nada de eso. Sabía que estaba vivo y que Catherine estaba en algún lugar del East End y que la nota que había escrito estaba en su bolsillo, y que la nota decía «volveré siempre,» y que «siempre» era lo que empezaba ahora.

Se fue. Nadie se lo impidió porque nadie tenía tiempo de impedir que un hombre con una venda en el codo y una cojera se levantara y caminara por Cambridge Heath Road bajo la lluvia. Los equipos de rescate seguían sacando cuerpos de la escalera. Las ambulancias seguían llegando. Un oficial de policía estaba montando un cordón

con cuerdas y estacas, delimitando la zona que al día siguiente estaría vacía y limpia y lavada, como si nada hubiera pasado.

Edmund caminó hacia Bow. Quince minutos. La misma distancia que los separaba desde hacía semanas y que esa noche parecía más corta y más larga al mismo tiempo: más corta porque cada paso lo acercaba a Catherine, más larga porque la pierna mala ya casi no respondía y cada paso era una negociación entre la voluntad del que camina y la resistencia del cuerpo que se niega.

Llegó al portal del piso de Bow. Llamó al timbre. Una ventana se abrió en el segundo piso. Una cara asomó: la compañera de Catherine, una mujer cuyo nombre Edmund no recordaba. Dijo algo. Edmund dijo algo. Pasos en la escalera. La puerta que se abría.

Catherine.

Estaba de pie en el vestíbulo con un chal sobre los hombros y el pelo suelto y los ojos que habían estado llorando. Edmund lo vio en la hinchazón de los párpados, en el brillo que deja el llanto cuando se ha parado hace poco, como el brillo que deja la lluvia en las piedras cuando escampa. Había llorado. Había oído algo —la sirena, las explosiones, después los rumores, después el silencio que es peor que los rumores— y había llorado y ahora estaba de pie en un vestíbulo de Bow a las tres de la mañana con los ojos hinchados y el pelo suelto.

Edmund levantó una mano. No la levantó para tocarla. No la levantó para saludarla. La levantó para mostrarla: la mano sucia, con polvo de hormigón en los pliegues, con sangre seca del codo en el dorso, con tierra bajo las uñas que no era de Bethnal Green ni de la escalera sino que era la tierra permanente de Edmund Blackwell, la que no se lavaba, la que era parte de él como las raíces son parte del árbol. La levantó como se levantan las manos cuando se quiere decir: estoy aquí. Estoy vivo. Estoy entero.

Catherine le cogió la mano. La cogió con las dos suyas. La apretó. No dijo nada. Edmund no dijo nada. Se quedaron de pie en el vestíbulo de un piso de Bow, con una mano sucia entre dos manos limpias, y la puerta de la calle abierta detrás de ellos por donde

entraba el aire de la noche que olía a lluvia y a humo y a algo que podría haber sido el final y que no lo fue.

CAPÍTULO 27

La escalera lavada

A las seis de la mañana, la escalera estaba limpia.

Catherine la vio desde la acera de enfrente. Habían ido juntos, ella y Edmund, caminando desde Bow en una oscuridad que ya no era la del blackout sino la del amanecer de marzo, esa hora en que la noche no ha terminado del todo y el día no ha empezado y el mundo está en un estado intermedio que no tiene nombre, como el estado de Edmund en la lista que un médico había escrito unas horas antes: desconocido.

La escalera estaba limpia. No limpia de suciedad: limpia de todo. Alguien había bajado con mangueras antes de que amaneciera y había lavado los diecinueve peldaños de hormigón de arriba abajo, y el agua había arrastrado lo que los peldaños contenían —sangre, polvo, ropa desgarrada, un zapato, un biberón, una máscara de gas, los restos de ciento setenta y tres personas que hacía seis horas estaban vivas y que ahora eran un dato en un informe que aún no se había escrito— y lo que quedaba era hormigón húmedo, gris, reluciente bajo la luz que no era luz sino su promesa. Como si nada hubiera pasado. Como si la escalera fuera solo una escalera.

Edmund estaba a su lado. No había dormido. Ninguno de los dos había dormido. Después de que él llegara a Bow con la mano sucia y la venda en el codo y el abrigo desgarrado, se habían sentado en la cocina del piso que Catherine compartía con Margaret —la compañera de la Cruz Roja, que les había hecho té y se había ido a su habitación con la discreción de alguien que sabe cuándo una cocina necesita estar vacía— y habían estado sentados juntos durante tres horas sin hablar mucho, porque lo que había que decir era demasiado grande para las tres de la mañana y porque lo que había que sentir ya se estaba sintiendo y las palabras habrían sido un estorbo.

Edmund le había contado lo esencial. Las sirenas. El sonido nuevo. La corriente de gente. La caída. El peldaño contra la cara. El espacio del tamaño de un puño por donde respiraba. La chica que le soltó la manga. Lo contó con la voz de alguien que describe un espécimen: dato a dato, sin adjetivos, sin la entonación del que busca compasión. Catherine lo escuchó con las manos alrededor de la taza de té y los ojos fijos en los suyos, y no interrumpió, y no lloró, y no hizo ningún gesto que Edmund pudiera interpretar como lástima, porque la lástima habría reducido lo que había pasado a algo soportable y lo que había pasado no era soportable. Era real. Y las cosas reales no necesitan lástima; necesitan testigos.

Ahora estaban frente a la escalera. Eran las seis de la mañana del 4 de marzo de 1943 y los peldaños estaban limpios y húmedos y brillantes como el suelo de la cocina de Ashworth Hall cuando Mary lo fregaba los sábados con agua caliente y jabón de sosa. El agua de la manguera corría aún por la cuneta de Cambridge Heath Road, formando un reguero delgado que iba hacia la alcantarilla. Catherine la miró. El agua no tenía color. Ya no. Todo lo que había contenido estaba diluido, disperso, eliminado. La manguera había hecho su trabajo.

Había un cordón policial alrededor de la entrada, hecho con cuerdas y estacas de madera, del tipo que se monta en las ferias de pueblo para delimitar los puestos. Un policía joven estaba de pie junto al cordón con las manos detrás de la espalda y la cara de alguien que ha visto algo que le han dicho que no ha visto. Dos mujeres pasaron por la acera mirando la entrada. El policía no las miró. Las mujeres no se detuvieron. Nadie se detenía. Era como si la entrada de la estación de Bethnal Green hubiera dejado de existir: seguía ahí, en la acera, con sus diecinueve peldaños, pero la gente la rodeaba como se rodea un agujero en la calle, sin mirarlo, sin comentarlo, como si mirarlo fuera reconocer que existía y reconocer que existía fuera admitir lo que había pasado dentro.

Un hombre con un abrigo oscuro y un maletín de cuero salió de un coche negro que estaba aparcado al otro lado de la calle. Caminó hacia la entrada de la estación. Le dijo algo al policía joven, que

asintió y le dejó pasar. El hombre bajó la escalera. No cojeó. No se detuvo. Bajó los diecinueve peldaños con la familiaridad de alguien que baja escaleras como parte de su trabajo y para quien una escalera es un medio de transporte, no un lugar donde murieron ciento setenta y tres personas hacía ocho horas.

«¿Quién es?», preguntó Catherine.

«Ministerio, probablemente. O policía.» Edmund miraba la escalera con una expresión que Catherine no podía leer del todo: no horror —el horror ya había pasado, estaba en la ropa sucia, en la venda del codo, en la marca de cuatro dedos en la manga del abrigo— sino algo más frío, más geológico. Como quien mira un paisaje después de una inundación y mide, con el ojo del que conoce la tierra, cuánto tardará en recuperarse. O si se recuperará.

«La lavaron», dijo Catherine. No era una pregunta.

«Antes de que amaneciera.»

«¿Por qué?»

Edmund no contestó inmediatamente. Miró la escalera. Miró el cordón policial. Miró al policía joven que no miraba a nadie. Miró el reguero de agua que corría hacia la alcantarilla. Después dijo, con la voz baja que usaba cuando decía algo que creía verdadero y que desearía que no lo fuera:

«Porque si está limpia, no pasó.»

Catherine pensó en el candado del jardín amurallado. Pensó en George cerrando una puerta para que nadie mirara lo que había dentro. Pensó en Lord Ashworth diciendo «no quiero hablar de eso, Catherine» con los ojos rojos y el escritorio fuera de sitio. Pensó en las cartas que había escrito a un hombre cuya dirección no conocía, y en las notas que había escondido detrás de ladrillos, y en todas las formas que el mundo tenía de decir «esto no ocurrió» a cosas que sí habían ocurrido. La manguera era un candado líquido. El cordón era un muro. Y el policía joven que no miraba a nadie era Dawson abriendo la puerta del coche sin preguntar adónde iban.

No eran los mismos mecanismos. Una escalera donde murió gente y un jardín donde se amaron dos personas no eran la misma cosa. Pero la lógica era idéntica: cuando algo ocurre que no puede admitirse, se lava. Se cierra. Se instruye a los testigos a no hablar. Y el silencio, que empieza como medida temporal, se convierte en estructura, como la hiedra que crece sobre un muro y termina siendo parte del muro.

Volvieron a Bow. Caminaron en silencio. El amanecer llegó cuando cruzaban el puente sobre el canal: una franja de luz rosada en el horizonte del este, entre las chimeneas de las fábricas, que duró tres minutos antes de que las nubes la cubrieran. Edmund la miró. Catherine la miró. No dijeron «qué bonita» ni «qué extraño que haya belleza después de esto.» La miraron porque la luz no necesitaba permiso para existir y ellos tampoco.

Las instrucciones llegaron esa tarde.

Edmund estaba en la habitación de Bethnal Green —había vuelto a buscar ropa limpia, porque la que llevaba seguía manchada de polvo de hormigón y de algo más que no había intentado lavar— cuando alguien llamó a la puerta. Era un hombre de traje gris, sin uniforme, con un bloc de notas y la eficiencia opaca de los funcionarios que no dicen para quién trabajan porque no necesitan decirlo. Le preguntó si había estado en la estación la noche anterior. Edmund dijo que sí. El hombre del traje gris le dijo tres cosas.

La primera: que había habido un incidente. No un desastre, no una catástrofe, no una tragedia. Un incidente. La palabra era pequeña y redonda y no tenía bordes cortantes, y Catherine, cuando Edmund se la repitiera esa noche, pensaría que la palabra «incidente» era la forma lingüística de la manguera: algo que diluye lo que contiene hasta que pierde color.

La segunda: que por razones de moral pública y de seguridad nacional, los detalles del incidente no debían ser compartidos. Ni con la prensa, ni con familiares que no hubieran estado presentes, ni con nadie. El gobierno publicaría una nota oficial a su debido tiempo. Hasta entonces, silencio.

La tercera: que el nombre de Edmund aparecía en una lista de personas atendidas y que, como había abandonado el lugar antes de que se completara el registro, su estado figuraba como «desconocido.» El hombre del traje gris le preguntó si quería corregirlo.

Edmund lo miró. El hombre del traje gris sostenía el bloc de notas con un lápiz preparado, esperando la respuesta con la paciencia de quien hace esta pregunta veinte veces al día. Edmund pensó en la palabra «desconocido.» Pensó en lo que significaba: ni vivo ni muerto, ni aquí ni allá, suspendido en el espacio administrativo que existe entre los hechos y su registro. Pensó que, de alguna forma, «desconocido» era el estado en el que había vivido desde noviembre de 1936: ni el Edmund de Ashworth Hall ni otro Edmund, ni el botánico de Cambridge ni el jardinero del formulario de alistamiento, ni presente ni ausente, sino algo intermedio que nadie había sabido clasificar.

«Déjelo como está», dijo.

El hombre del traje gris no insistió. Anotó algo en el bloc. Se fue. Edmund cerró la puerta.

No sabía por qué lo había dicho. O no lo sabía exactamente. Había algo en la idea de corregir el registro —de decir «no, estoy vivo, estoy aquí, póngame en la columna correcta»— que le parecía una concesión al mismo sistema que había lavado la escalera y mandado al hombre del traje gris a su puerta. Si el gobierno quería que lo ocurrido no hubiera ocurrido, Edmund no iba a facilitarles la contabilidad. Si querían que fuera desconocido, sería desconocido. Había sido desconocido para Lord Ashworth, que no lo conocía lo suficiente para creerle. Había sido desconocido para George, que lo conocía lo suficiente para destruirle. Había sido desconocido para el ejército, que lo había convertido en un número y después en un civil con una pierna mala. Desconocido era una condición que Edmund conocía bien. La diferencia era que ahora podía elegirla.

Se cambió de ropa. Se lavó la cara en el lavabo con la grieta. El agua fría le bajó por las sienes y le mojó el cuello de la camisa

limpia. Se miró en el trozo de espejo que estaba encima del lavabo, que estaba roto en una esquina y que le devolvía una imagen de su cara sin el ángulo inferior derecho, como una fotografía a la que alguien le ha cortado un trozo. Se miró y vio lo que veía siempre —un hombre con tierra bajo las uñas y una cicatriz sobre la ceja y ojos que no sabían mentir—, pero también algo que no había visto antes: la cara de alguien que ha estado a tres centímetros de un peldaño de hormigón respirando por un puño de aire y que ahora está de pie frente a un espejo roto y que, por alguna razón que no es suerte y no es milagro y no tiene nombre, sigue estando de pie.

Sacó la nota de Catherine del bolsillo del abrigo desgarrado. La había leído la noche anterior, en la acera, bajo la lluvia, con los dedos que le temblaban. Ahora la leyó otra vez, en la habitación, con la luz gris de la mañana entrando por los bordes del papel del blackout.

Si pasa algo, búscame en Lewes.

Lewes. Sussex. Cien kilómetros al sur. Catherine había mencionado la galería una o dos veces, de pasada, como se mencionan los planes que aún no son planes: un lugar donde quizá, algún día, cuando la guerra terminara. Lewes tenía colinas. Lewes tenía el South Downs, que era tiza y hierba y viento del canal, que no era los Cotswolds pero que era campo, que era verde, que era un lugar donde un hombre podría —quizá— plantar algo.

Catherine llegó a las cuatro de la tarde. Edmund la oyó en la escalera del edificio antes de que llamara: sus pasos tenían un ritmo que Edmund había aprendido a distinguir de los demás pasos como se distingue el canto de un pájaro entre otros cantos, no por el volumen sino por la cadencia.

Abrió la puerta. Catherine traía algo debajo del brazo. No vendas. No formularios de la Cruz Roja. Era el cuaderno azul. El que tenía el dibujo de Edmund dormido con la mano colgando. El que tenía la firma «E. — Bethnal Green — febrero» y las iniciales «E.B. + C.A.» escritas con lápiz en la página opuesta.

Entró. Se sentó en la cama. No se quitó el abrigo.

«Han censurado el periódico», dijo. «El Evening News tiene una columna sobre un 'incidente en un refugio del East End.' No dice cuál. No dice cuántos.»

«Lo sé.»

«Han dicho en el centro de la Cruz Roja que no debemos hablar de ello. Instrucciones del Ministerio.»

«Lo sé.»

Catherine lo miró. La línea entre sus cejas se marcó más: la línea de los años de mirar cosas que no quería ver.

«La chica», dijo. «La de la manga.»

«Joan.»

«He preguntado en el centro. Nadie sabía nada. O nadie quería saber.»

Edmund se sentó a su lado. La cama crujió. El sonido era el mismo de siempre: ridículo, doméstico, completamente inadecuado para el momento. Pero era un sonido real, y los sonidos reales eran lo que Edmund necesitaba esa tarde, porque los sonidos de la escalera seguían en su cabeza —los gemidos comprimidos, el llanto, el crujido— y los sonidos reales eran la única forma de cubrirlos.

«Joan tenía diecisiete años», dijo Edmund. «Tenía un novio polaco. Leía los labios hinchados cuando llegaba al centro.» Hizo una pausa. «Me agarró la manga. Después me soltó.»

Catherine no dijo «lo siento» ni «no fue tu culpa» ni nada que Edmund habría tenido que rechazar. Lo que hizo fue coger la manga del abrigo de Edmund —el abrigo desgarrado que estaba colgado en el respaldo de la silla, el abrigo con la marca de cuatro dedos en la tela, la huella de Joan— y tocar la marca. La recorrió con los dedos como había recorrido la cicatriz de la pantorrilla: trazándola, dibujándola en la memoria, registrándola en ese archivo interno que Catherine tenía para las cosas que importaban y que ningún gobierno podía censurar.

Se quedaron en silencio un rato. El radiador goteó. La luz se fue. La habitación se oscureció sin que ninguno encendiera la lámpara, porque la oscuridad era más honesta que la luz y porque hay conversaciones que necesitan oscuridad para existir, como las semillas que necesitan oscuridad para germinar.

«Leí tu nota», dijo Edmund.

«Lo sé. Estás aquí.»

«Lewes.»

«Lewes.»

No hacían falta más palabras. Lewes era la respuesta a una pregunta que ninguno de los dos había formulado en voz alta pero que llevaba formulándose desde enero, desde el sótano de la Cruz Roja, desde el primer té en la tetería de Doris: ¿y después? Después no era Londres. Después no era Bethnal Green, con su habitación que daba a un muro de ladrillo y su escalera que ya no era una escalera. Después era un lugar con colinas y con tiza bajo la hierba y con un jardín que aún no existía pero que podía existir, porque los jardines son lo que los jardineros hacen existir cuando todo lo demás ha sido lavado.

Edmund pensó en la Souvenir de la Malmaison. Seguía en la cocina de Mrs. Davies, en Peckham. Cuando la guerra terminara —si la guerra terminaba, si él estaba ahí para verlo, si Mrs. Davies no se había olvidado de los martes y los viernes—, la recogería. La llevaría a Lewes. La plantaría en el jardín que aún no existía, en la tierra del South Downs que aún no había tocado. Y la rosa que había viajado de un jardín amurallado de Gloucestershire a una maceta de Lambeth a una cocina de Peckham tendría, por fin, suelo. Suelo de verdad. No seis peniques de tierra de invernadero en una maceta de barro sino tierra propia, con raíces que pudieran extenderse sin límite, como debían extenderse las raíces.

Pensó en el jardín amurallado. En las iniciales del banco. En la nota detrás del ladrillo. Cosas que existían sin que nadie las viera, en la oscuridad detrás de un candado, esperando con la paciencia de

las cosas escritas y las cosas grabadas, que no necesitan testigos para seguir existiendo. Un día volvería. No hoy. No esta semana. No mientras la guerra siguiera y la escalera siguiera limpia y la palabra «desconocido» siguiera en la lista y el gobierno siguiera instruyendo a los sobrevivientes a callar como George había instruido a Ashworth Hall a callar, con la misma autoridad y la misma cobardía.

Pero volvería. Irían.

«Edmund», dijo Catherine en la oscuridad.

«¿Mm?»

«Cuando vayamos a Lewes.» Pausa. «Habrá jardín.»

No era una pregunta. Era una condición. La misma voz seca y precisa con la que había dicho «no he venido a sentarme» y «los cuerdos son los que no graban nada» y «y los demás días también.» La voz que no admitía discusión porque no era una opinión sino un hecho: habrá jardín. Como hay otoño. Como hay ásteres. Como hay cosas que vuelven porque no saben hacer otra cosa.

«Habrá jardín», dijo Edmund.

Fuera, en Cambridge Heath Road, la entrada de la estación de Bethnal Green seguía cerrada. El cordón policial seguía en su sitio. El policía joven había sido sustituido por otro policía joven que también miraba al frente sin mirar a nadie. Los diecinueve peldaños de hormigón estaban secos. La manguera había terminado su trabajo. Mañana la estación abriría de nuevo como refugio. La gente bajaría los mismos peldaños. Se sentaría en las mismas plataformas. Dormiría sobre los mismos sacos. Y nadie hablaría de lo que había pasado la noche del 3 de marzo, porque las instrucciones eran claras y porque en Inglaterra, en 1943, las instrucciones se cumplían, como se cumplían el racionamiento y el blackout y todas las demás formas de obediencia que la guerra había convertido en costumbre.

Hablarían después. Décadas después. Cuando los sobrevivientes fueran ancianos y los ancianos fueran los únicos que recordáran y el gobierno ya no tuviera motivo para callarlos porque los motivos, como los gobiernos, caducan. Entonces hablarían. Y alguien

escribiría un informe. Y alguien construiría un memorial. Y alguien leería un nombre en una lista y buscaría en los archivos y encontraría la palabra «desconocido» y se preguntaría qué significaba y quién era Edmund Blackwell y si había sobrevivido a la escalera o si la escalera lo había tragado como tragó a Joan y a la mujer del pájaro y al hombre con algo contra el pecho y a sesenta y dos niños que nunca sabrían lo que significaba la palabra Michaelmas.

Pero eso sería después.

Ahora era la noche del 4 de marzo de 1943. Edmund y Catherine estaban en una habitación oscura de Bethnal Green con un radiador que goteaba y un cuaderno azul con iniciales escritas a lápiz y una nota en el bolsillo de un abrigo desgarrado que decía «volveré siempre.» Fuera, la ciudad seguía. Dentro, dos personas que el mundo había intentado separar tres veces —con una acusación, con una guerra, con una escalera— respiraban el mismo aire en la misma oscuridad, y el aire era suficiente, y la oscuridad era suficiente, y lo que tenían entre los dos —que no era un jardín ni una casa ni un futuro claro sino la certeza de que lo que se planta con cuidado sobrevive a más de lo que parece— era suficiente.

PARTE V

Michaelmas

CAPÍTULO 28

El ladrillo suelto

Conté los peldaños.

Uno. Dos. Tres. El hormigón estaba limpio, gris, con el borde redondeado por el desgaste de miles de pies durante más de medio siglo. Habían añadido una barandilla central de acero inoxidable que no existía en 1943 y una iluminación moderna que convertía la escalera en algo parecido a la entrada de un aparcamiento subterráneo. Todo era funcional, limpio, sin memoria. Cuatro. Cinco. Seis.

Había tomado el tren desde Moreton-in-Marsh hasta Liverpool Street, y después la Central Line hasta Bethnal Green. La estación estaba terminada ahora —había tardado décadas— y funcionaba como cualquier otra estación del metro de Londres: torniquetes, máquinas de billetes, un mapa del Underground con su telaña de líneas de colores que a nadie le parecía una telaña sino un diagrama. Pero la entrada original —los diecinueve peldaños— seguía ahí, en la acera de Cambridge Heath Road, con un letrero pequeño que decía «Salida» y que nadie leía porque las salidas no se leen, se usan.

Siete. Ocho. Nueve. Subía, no bajaba. La dirección opuesta a la de Edmund la noche del 3 de marzo. Pero los peldaños eran los mismos. El hormigón era el mismo. Y el espacio —la anchura de la escalera, el ángulo de la pendiente, la distancia entre la pared izquierda y la derecha— era el mismo que había contenido trescientos cuerpos en menos de un minuto. Me detuve en el peldaño nueve. Miré hacia arriba. Desde aquí, la salida era un rectángulo de luz gris. Desde aquí, la noche del 3 de marzo, habría sido un rectángulo de oscuridad. Sin luz. Sin cielo. Solo la presión de los cuerpos empujando hacia abajo y el sonido de algo que nadie había oído nunca subiendo desde Victoria Park.

Diez. Once. Doce. Trece. Catorce. Quince. Dieciséis. En el peldaño dieciséis, una mujer tropezó. Había leído la frase en la pantalla del ordenador del pub y me había parecido una frase. Ahora, de pie en el peldaño dieciséis de la escalera de Bethnal Green, la frase dejó de ser una frase y se convirtió en un espacio: este espacio, estos centímetros cuadrados de hormigón donde un pie resbaló y después otro pie cayó sobre el primero y después otro y otro y lo que empezó como un tropiezo se convirtió en una cascada que mató a ciento setenta y tres personas en sesenta segundos.

Diecisiete. Dieciocho. Diecinueve.

Salí a Cambridge Heath Road. Era media mañana de un viernes de noviembre y la calle estaba llena de gente que no miraba la escalera, que pasaba por encima de ella o al lado de ella con la indiferencia de los londinenses hacia todo lo que está debajo de sus pies. Un hombre con un carro de compras. Una mujer empujando un cochecito. Dos adolescentes con uniformes de instituto. Nadie se detenía. Nadie miraba.

No había memorial. En 1999, no había ningún memorial. Había la escalera, limpia, funcional, con su barandilla de acero y sus luces modernas, y nada —ni una placa, ni una flor, ni una marca en el hormigón— que indicara que ese lugar tenía historia. Era una escalera. Era diecinueve peldaños. Era una salida que nadie leía.

Pensé en la puerta del jardín amurallado. En los ásteres secos apilados contra la madera. Al menos la puerta tenía eso: las marcas de alguien que había vuelto. La escalera no tenía nada. La escalera había sido lavada la mañana del 4 de marzo de 1943 y seguía lavada, cincuenta y seis años después, tan limpia que parecía inocente. Y la inocencia de los lugares donde ha muerto gente es la forma más eficaz de borrado: no necesita mangueras; basta con que el tiempo pase y nadie ponga una placa.

Me quedé de pie en la acera. El tráfico pasaba. El ruido de Londres era constante, como la lluvia de los Cotswolds: un clima, no un evento. Intenté imaginar a Edmund aquí. De pie en esta acera,

con el brazalete de vigilante y la pierna mala, a las ocho y diecisiete de la noche del 3 de marzo. Intenté imaginar el sonido del Z-battery sobre Victoria Park: el rugido ascendente que nadie había oído jamás. Intenté imaginar trescientas personas corriendo hacia la escalera.

No pude. La imaginación tiene límites. Los límites están donde el horror empieza a ser específico: no «trescientas personas» sino esta mujer con este niño en este peldaño. No «una avalancha» sino estos dedos agarrando esta manga. No «ciento setenta y tres muertos» sino Joan, que tenía diecisiete años y un novio polaco y que soltó la manga de Edmund en algún punto entre el peldaño diez y el peldaño quince. La imaginación generaliza; la realidad individualiza. Y la distancia entre ambas es la distancia entre la historia y la memoria: la historia dice «ciento setenta y tres»; la memoria dice «Joan.»

Tomé el tren de vuelta.

No fui directamente al bed & breakfast. Fui a Ashworth Hall.

Llegé a las cuatro de la tarde. El aparcamiento del National Trust estaba vacío —la finca cerraba a las tres en noviembre— y la casa tenía el aspecto que tienen las casas históricas cuando los visitantes se van: aliviado. Como si la casa respirara mejor sin gente. La fachada de piedra dorada —que en noviembre no era dorada sino del color de algo que fue dorado y que ya no lo es— se recortaba contra un cielo de nubes bajas que amenazaban lluvia sin cumplir la amenaza, que es la forma más inglesa de amenazar.

La llave estaba en la caja de George. La había traído conmigo desde el primer día, en el bolsillo del abrigo, donde la tocaba a veces sin pensarlo, como un amuleto o como una pregunta. Era una llave de hierro, vieja, con un vástago grueso y el ojo ovalado. No era la llave del candado de George. George había puesto un candado nuevo y brillante en noviembre de 1936. Esta llave era más vieja que eso: era la llave original de la puerta, la que había tenido Arthur, la que abría el pestillo que había que levantar y girar al mismo tiempo. El candado de George había desaparecido en algún momento —el National Trust lo habría cortado al rehabilitar la propiedad, quizá, o

se habría caído de puro óxido—. Pero la cerradura original seguía en la puerta, tapada por años de pintura y de hiedra, y la llave de George era la llave de Arthur.

Caminé por el sendero lateral. Pasé por los jardines formales, que el National Trust mantenía con la pulcritud excesiva de los jardines que se cuidan para los visitantes y no para las plantas. Pasé por el huerto restaurado, con manzanos podados en cordones que parecían soldados en formación. Llegé a la puerta del jardín amurallado.

Los ásteres estaban a mis pies. Las capas que había contado días antes: cuarenta y seis, quizá más, la ceniza violeta comprimida contra el umbral como un estrato geológico de fidelidad. No los toqué. Meti la llave en la cerradura. Giré. El mecanismo resistió un segundo —sesenta años de óxido y de pintura— y después cedió, con un chasquido seco que sonó más fuerte de lo que debería haber sonado, como si la puerta llevara décadas esperando ese sonido y lo amplificara por la satisfacción de oírlo por fin.

Empujé la puerta. Las bisagras sonaron: un quejido metálico que había sido el mismo en julio de 1936, cuando Edmund entraba con su mochila de lona, y en noviembre de 1936, cuando Catherine entró por última vez con un lápiz y un trozo de papel.

El jardín estaba muerto. No muerto como un jardín en noviembre, que es un jardín dormido. Muerto como un jardín que lleva décadas sin que nadie lo cuide: las plantas habían crecido sin control, se habían enredado, habían luchado por la luz durante años hasta que las más fuertes habían ganado y las más débiles habían muerto bajo la sombra de las ganadoras. La hiedra había devorado los muros. Las clemátides se habían convertido en marañas leñosas que colgában de los arcos de piedra como cortinas de una casa abandonada. Los rosales —los que habían sobrevivido, que no eran muchos— se habían asilvestrado: tallos largos, espinosos, trepando por los muros con esa determinación ciega de las rosas que dejan de ser cuidadas y vuelven a ser lo que eran antes de que alguien las podara: selva.

El banco de piedra estaba cubierto de musgo. Me acercé. Pasé la mano por la superficie. El musgo era espeso, húmedo, con esa textura de terciopelo frío que tiene el musgo viejo. Debajo, la piedra caliza. Busqué con los dedos. Encontré las líneas. No inmediatamente: el musgo las cubría, y la erosión las había suavizado, y tuve que arrodillarme y raspar con la uña para limpiar la superficie. Pero estaban ahí.

E.B. + C.A.

Las toqué. Los surcos eran poco profundos, gastados por sesenta y tres años de lluvia y de heladas, pero legibles. La B estaba torcida. Catherine la había grabado con un trozo de sílex una tarde de octubre, con urgencia, sin ensayo. Los cuerdos son los que no graban nada. La piedra caliza se deja marcar, como si aceptara la inscripción en lugar de rechazarla.

Me quedé arrodillada junto al banco un momento. Después me levanté. El jardín tenía forma aún, bajo la selva. Podía ver la estructura original: los senderos de grava invadidos de hierba, los parterres rectangulares convertidos en montañas de vegetación, los arcos de piedra con sus columnas todavía en pie. Era un jardín que podía restaurarse. Un buen equipo, dos temporadas, poda severa y replantación. Mi instinto profesional calculaba los pasos mientras mi instinto personal me decía que los pasos no importaban todavía. Había venido a buscar otra cosa.

El muro del fondo.

Caminé entre las marañas de clemátide seca y los tallos de zarzamora que me arañaron las manos. El muro del fondo daba al campo, según el plano catastral que había consultado en los archivos del National Trust. Tenía una puerta pequeña —cerrada, tapada por la hiedra— y, a la derecha de la puerta, un tramo de ladrillo que el liquen había cubierto en manchas verdes y amarillas que parecían mapas de países que no existen.

No sabía qué buscaba. O lo sabía pero no con palabras: lo sabía con las manos, que se movieron por la superficie del muro como se mueven las manos de un ciego leyendo braille, tanteando,

presionando, buscando algo que no se ve sino que se siente. La variación de un ladrillo. El hueco entre las juntas. Lo que no cuadra.

Lo encontré a la altura de la cintura. Un ladrillo que estaba un milímetro más hundido que los demás. La junta de mortero alrededor estaba deshecha: no rota sino pulverizada, como si alguien la hubiera raspado hace mucho tiempo y el polvo de mortero se hubiera ido con la lluvia de sesenta inviernos. Metí los dedos en la rendija. Tiré.

El ladrillo salió con un ruido sordo, arrastrando polvo y una araña que corrió por mi muñeca y que sacudí sin asco porque el asco estaba ocupado por otra cosa que no era asco sino anticipación, que se siente en el mismo sitio del estómago pero que sube en lugar de bajar.

Detrás del ladrillo había un hueco. Veinte centímetros de profundidad. Oscuro. Seco. Metí la mano. Sentí algo. Mis dedos rozaron una superficie que no era piedra ni polvo sino algo más suave, más orgánico, más —y la palabra me llegó antes que el objeto, como llegan a veces las palabras, antes de que uno sepa a qué se refieren— familiar. Cartón. Cartón con textura de tela.

Saqué el objeto del hueco. Era un cuaderno. Tapas verdes. Papel amarillento. Los bordes desgastados. Del tamaño de una mano abierta. Más pequeño de lo que había imaginado. Más pesado de lo que debería ser un cuaderno de ese tamaño, como si las páginas hubieran absorbido algo que pesaba más que la tinta.

El cuaderno de Catherine. No el que George me había dejado en la caja —ese era una copia, o un borrador, o un fragmento—. El cuaderno original. El de los dibujos botánicos con anotaciones de Edmund en los márgenes. El que tenía las flores dibujadas en las esquinas: madreselva, romero, violeta, hiedra. El que tenía la «c» torcida de centifolia escrita con la pluma de Edmund. El que tenía la ramita de myosotis prensada entre las páginas.

Lo abrí.

La primera página. Un dibujo del arco norte del jardín, con una rosa que Catherine había etiquetado como «Rosa damascena» y que alguien había tachado y corregido: «centifolia.» La tinta de la corrección era más oscura, más húmeda. La «c» estaba torcida. Era la «c» que Edmund había descrito y que Catherine había escrito con una pluma que no era suya y que escribía más grueso de lo que estaba acostumbrada. Sesenta y tres años en la oscuridad detrás de un ladrillo, y la tinta seguía oscura, y la «c» seguía torcida, y la correccion seguía siendo verdad: centifolia, no damascena. Las cosas que son verdad no envejecen.

Pasé las páginas. Los dibujos de Catherine fueron apareciendo uno a uno, como ventanas que se abren en una casa cerrada: la clemátide del muro sur, el rosal Gallica, la Souvenir de la Malmaison con anotaciones sobre su historia —«Josefina, Malmaison, 1843» en la letra pequeña de Edmund—. En los márgenes, las flores del código: madreselva, romero, violeta, hiedra. Un ramillete completo en la esquina inferior derecha de una página. Y entre las páginas, aplastada, seca, reducida a un fantasma vegetal de lo que había sido, una ramita de myosotis. No-me-olvides. Los pétalos habían perdido el azul hacía décadas. Eran de un gris translúcido, como alas de polilla, tan frágiles que el aire de mi respiración los movía.

La toqué. Se deshizo. Sesenta y tres años esperando detrás de un ladrillo, y lo único que necesitó para destruirse fue el contacto de un dedo. Miré el polvo gris en la yema de mi índice. El polvo de una flor que Edmund le había dado a Catherine en julio de 1936, diciéndole «Myosotis. Por si quiere dibujarla esta tarde.» No-me-olvides. El nombre común. El significado que ambos conocían y que ninguno nombró. Lo que quedaba ahora era polvo gris en la yema de un dedo y el olor que soltó al deshacerse: nada. No olía a nada. Las flores que llevan sesenta años muertas no huelen a nada. Eso es lo que les quita la muerte: no la forma, que se mantiene; no el color, que se desvanece; sino el olor. El olor es lo primero que se pierde y lo último que se olvida.

Seguí pasando páginas. Y en la primera página —la que ahora era la primera porque el cuaderno estaba al revés, empezando por el

final—, doblada en cuatro, metida entre la tapa y la primera hoja como una carta que se desliza bajo una puerta, había una nota.

Papel amarillento. Un solo pliegue. Caligrafía inclinada a la derecha, con rasgos largos, escrita con lápiz, con una presión irregular que delataba la ausencia de superficie plana debajo: escrita contra un muro, probablemente, o contra la rodilla, o contra la palma de la otra mano.

E.: Volveré en otoño. Espérame junto a los ásteres.

Me senté en el suelo. No en el banco —el musgo estaba demasiado húmedo y no había limpiado más que las iniciales— sino en la grava invadida de hierba, con la espalda contra el muro del fondo, a un metro del hueco donde el ladrillo había estado, con el cuaderno abierto sobre las rodillas y la nota en la mano.

Volveré en otoño. Espérame junto a los ásteres.

Catherine escribió esto en noviembre de 1936, horas antes de que Dawson la llevara a la estación. Lo escondió detrás de un ladrillo que Edmund no sabía que estaba suelto. Lo dejó como un acto de fe en un hombre al que no sabía si volvería a ver, en un jardín que estaba a punto de cerrarse con candado, en un mundo que estaba a punto de ir a la guerra. Lo dejó y se fue a Escocia y no miró atrás.

Y la nota esperó. Esperó mientras Edmund clasáficaba plantas muertas en un sótano de Kew. Mientras la Souvenir de la Malmaison daba su primera flor en un alféizar de Lambeth. Mientras Arthur moría mirando por la ventana y Lord Ashworth moría bajo sus libros. Mientras Edmund bajaba los diecinueve peldaños de Bethnal Green y Catherine dejaba ásteres cada septiembre contra una puerta que no se abría. Mientras la guerra terminaba y empezaba la paz y la paz se convertía en décadas y las décadas en medio siglo. La nota esperó todo eso. Esperó en la oscuridad, detrás de un ladrillo, con las palabras intactas, con el lápiz aún legible, con la paciencia de las cosas escritas que no se cansan de esperar.

Edmund nunca la leyó.

Lo supe al saberlo, como se saben las cosas que duelen antes de formularlas: si Edmund hubiera encontrado la nota, habría encontrado el cuaderno, y si hubiera encontrado el cuaderno, no estaría aquí, detrás del ladrillo, sesenta y tres años después. Habría estado con Edmund, en Lewes, en un cajón de una casa con jardín, como un tesoro recuperado. El hecho de que el cuaderno estuviera aquí significaba que nadie lo había buscado. O que quien lo buscó no sabía dónde buscar. Edmund no sabía lo del ladrillo. Catherine no se lo dijo hasta los diecisiete días de Bethnal Green. Y después de Bethnal Green, después de la escalera, después de Lewes —si hubo Lewes, si llegaron—, el jardín amurallado estaba cerrado, o estaba en manos del orfanato, o estaba en manos del National Trust, y volver a abrir una puerta que llevaba décadas cerrada requería algo más que una llave: requería un motivo que el mundo reconociera como válido. Y «buscar un cuaderno detrás de un ladrillo» no era un motivo que ningún administrador de finca o funcionario del Trust habría entendido.

Así que la nota esperó. Y yo la encontré. No Edmund. No Catherine. Yo. Isla Ashworth, nieta de George, que tenía la llave que George le había dejado, que era la llave de Arthur, que abría la puerta que George había cerrado. La circularidad era tan precisa que parecía diseñada, pero no lo estaba: era la circularidad de las cosas que el tiempo produce cuando le das sesenta años y una familia y un jardín y suficiente silencio.

Guardé la nota dentro del cuaderno. Guardé el cuaderno dentro del abrigo, contra el pecho, donde Catherine lo habría llevado y donde Edmund habría llevado la nota de Catherine si la hubiera encontrado. Me levanté. Me sacudí la grava de los pantalones. Miré el jardín amurallado. La selva, las clemátides muertas, los rosales asilvestrados, el banco con sus iniciales bajo el musgo. Un desastre. Un proyecto de restauración. Un lugar que podía volver a ser lo que fue, si alguien quería que lo fuera.

Pero antes de restaurar el jardín, tenía que terminar de desenterrar la historia. Porque había algo que no cuadraba. Había algo que llevaba días picándome como una astilla debajo de la uña y

que ahora, con el cuaderno contra el pecho y la nota dentro y la puerta del jardín abierta por primera vez en sesenta años, se había convertido en algo más que una astilla: en una pregunta que no podía ignorar.

La pregunta era esta: George me dejó la llave.

George, que había cerrado el jardín. George, que había fabricado la acusación. George, que había destruido a Edmund para proteger su posición. George, que había heredado la finca y la había vendido pieza a pieza y se había ido a morir a un piso de Cheltenham con vistas a un aparcamiento. Ese George me había dejado, en una caja sellada con cinta adhesiva, el cuaderno de Catherine, las cartas de Catherine, y la llave que abría la puerta que él mismo había cerrado.

¿Por qué?

No por remordimiento. El remordimiento habría actuado antes. Sesenta años de remordimiento no terminan en una caja sellada; terminan en una confesión, una disculpa, un gesto público. George no hizo nada de eso. Lo que hizo fue callar durante sesenta años y después, al morir, delegar el acto de abrir en alguien que no podía juzgarlo porque no estaba vivo para ser juzgado. Eso no era remordimiento. Era otra cosa. Era la última jugada de un hombre que había pasado la vida cerrando puertas: cerrar la propia y dejar la llave a otro lado.

Pero la pregunta persistía. ¿Por qué a mí? ¿Por qué no a su hija, que vivía en Norfolk y que no había vuelto a hablar con él desde el divorcio? ¿Por qué no a Catherine, que seguía viva —o que George creía que seguía viva— y que habría sido la destinataria natural? ¿Por qué a la nieta, la historiadora de jardines, la que sabía leer las capas de pintura y los anillos de crecimiento y los estratos de ásteres secos contra una puerta?

Porque George sabía algo más. Algo que ni las cartas ni el cuaderno ni la llave contenían. Algo que George había averiguado en algún punto de esos sesenta años —quizá en 1946, cinco años después de la muerte de su padre, como había insinuado el narrador del capítulo de los muertos— y que había guardado en el mismo

lugar donde guardaba todo lo que no podía decir: en el fondo, debajo de todo lo demás.

George sabía qué había pasado con Edmund.

Y me había dado las herramientas para descubrirlo, pero no la respuesta. Porque dar la respuesta habría sido una confesión, y George no confesaba. George delegaba. Había delegado la destrucción de Edmund en Lord Ashworth, la custodia de las cartas en la caja sellada, y ahora delegaba la verdad en mí.

Salí del jardín. Cerré la puerta. No con llave. Dejé el pestillo abierto, como lo había dejado Catherine la última vez que salió, sesenta y tres años antes, cuando Dawson la esperaba con el coche y Escocia era el destino y el jardín amurallado se quedaba atrás con un cuaderno detrás de un ladrillo y una nota que decía «volveré en otoño.» Dejé la puerta sin cerrar. Era la primera vez en sesenta años que esa puerta podía abrirse con un empujón. Me pareció que era lo mínimo.

CAPÍTULO 29

La confesión de George

Había un fondo falso en la caja.

No lo descubrí por inteligencia sino por torpeza: al dejar el cuaderno de tapas verdes sobre la cama —con cuidado, boca arriba, con la nota de Catherine dentro—, roocé la caja de George con el codo y la tiré al suelo. La caja cayó de costado. La cinta adhesiva que sellaba los bordes se abrió en una esquina donde ya estaba aflojada, y al recogerla noté que el fondo se había desplazado medio centímetro. No roto: desplazado. Como un cajón que se abre por el impacto.

Metí la uña en la rendija. Tiré. El fondo de cartón se levantó con la resistencia de algo que está pegado pero no mucho, como si quien lo pegó quisiera que se mantuviera en su sitio pero también que pudiera encontrarse, si alguien lo buscaba. Debajo había un espacio de dos centímetros de profundidad, del tamaño de la caja, y dentro del espacio había un sobre.

Un sobre de papel manila, del tipo que se compra en las papelerías para documentos legales. Grueso, sin sellar, sin nombre, sin dirección. Dentro: cuatro hojas escritas a máquina, con la tinta irregular de una máquina vieja que saltaba la «e» y apretaba la «r», y que George había usado sin corregir los errores tipográficos, — la corrección habría sido una forma de pulir lo que no merecía pulirse.

La fecha: 14 de marzo de 1998. Un año antes de morir. George tenía ochenta y seis años.

No empezaba con «Querida Isla.» No empezaba con nada. Empezaba en el margen superior de la primera página, sin encabezamiento, sin saludo, George había metido el papel en la máquina y había empezado a teclear antes de decidir a quién le hablaba, o quizá sabiendo que la persona a la que le hablaba no necesitaba saludo porque el saludo habría sido una forma de

cortesía y lo que George estaba haciendo no tenía nada que ver con la cortesía.

Leí.

«En noviembre de 1936 encontré una carta de Edmund Blackwell en el jardín amurallado de Ashworth Hall. La carta describía una relación íntima con mi hermana Catherine. Sustraje un reloj de la vitrina de la biblioteca y lo coloqué en el cottage del jardinero para fabricar una acusación de robo. Presenté la carta, el reloj y una historia sobre la madre de Edmund a mi padre. Mi padre creyó lo que le conté. Edmund fue expulsado de la finca. Catherine fue enviada a Escocia. Cerré el jardín con candado.»

Me detuve. Releí el párrafo. Lo releí otra vez. No porque no lo entendiera —lo entendía; lo había entendido antes de leerlo, lo había sospechado desde la señora Finch, lo había sabido con certeza desde las cartas de Catherine— sino porque verlo escrito era distinto de sospecharlo. Una sospecha tiene bordes difusos. Una confesión tiene bordes afilados. Y esta confesión tenía los bordes más afilados que había visto en un documento: cada verbo elegido con cuidado forense. «Sustraje.» «Coloqué.» «Fabricar.» George no decía «cogí» ni «puse» ni «inventé.» Usaba el vocabulario legal, como si estuviera dictando su propia acusación. Era la confesión de un hombre que se juzgaba a sí mismo con la frialdad de un juez que no espera perdón porque no lo pide.

Seguí leyendo.

«En 1946 recibí una copia del informe Dunne sobre el incidente de Bethnal Green. La recibió toda la familia de los afectados que la solicitó, aunque con circulación restringida. Yo no la solicité. Me la envió un conocido del Ministerio que sabía que Ashworth Hall estaba cerca de la zona de impacto del bombardeo de 1941 y que asumió que podía interesarme. No le interesé yo; le interesaba mantener contacto con un propietario.»

George no buscaba la verdad. La verdad lo encontró a él. La ironía era tan precisa que parecía diseñada: un funcionario del Ministerio, buscando cultivar una relación social, le envió a George

un informe clasificado que contenía el nombre del hombre al que George había destruido nueve años antes.

«En el informe aparecía una lista de bajas. El nombre de Edmund James Blackwell figuraba con la anotación 'estado: desconocido.' Esto significaba que no estaba confirmado como muerto.»

Me detuve otra vez. George había leído «desconocido» en 1946. Yo lo había leído en 1999, en una fotocopia del Imperial War Museum. Habíamos leído la misma palabra, separados por cincuenta y tres años, y la misma palabra había producido la misma reacción: la pregunta. Desconocido no es muerto. Desconocido es una puerta que no se ha abierto.

«Investigué. No por remordimiento. No me atrevo a llamarlo remordimiento. Investigué porque necesitaba saber si estaba vivo, y necesitaba saberlo por razones que no son las que quién lea esto imaginará. No investigué para pedir perdón. Investigué porque si Edmund estaba muerto, lo que yo había hecho era imperdonable. Y si estaba vivo, lo que yo había hecho era solo injusto. Prefería injusto a imperdonable. Es la clase de distinción moral que hacemos los cobardes.»

Prefería injusto a imperdonable. Leí la frase tres veces. La tercera vez la leí en voz alta, en la habitación del bed & breakfast, con la caja abierta a mis pies y el fondo falso en la mano y las dos de la madrugada en el reloj de la mesilla, y la frase sonó como suenan las cosas que son verdad y que uno desearía que no lo fueran: con una claridad que duele. George se conocía. Eso era lo más aterrador de la confesión: que George se conocía a sí mismo con una lucidez despiadada, con la misma exactitud con la que Edmund nombraba las plantas y Catherine trazaba las líneas, excepto que lo que George nombraba no eran rosas ni proporciones sino la cartografía exacta de su propia cobardía.

«Encontré a Edmund Blackwell en Lewes, Sussex, en enero de 1947. Vivía en una casa con jardín en el extremo sur de la ciudad, cerca del camino que sube al Downs. El jardín tenía rosales. Un rosal en particular —una Souvenir de la Malmaison, trasplantada de una

maceta, según pude ver por el tamaño del tronco— ocupaba el centro del parterre principal. Catherine vivía con él.»

Catherine vivía con él.

Me quedé mirando la frase. Cuatro palabras. El peso de cada una. Catherine: mi tía abuela, la dibujante, la que dejó ásteres durante medio siglo contra una puerta cerrada. Vivía: no visitaba, no pasaba temporadas; vivía. Con él: Edmund. El hijo del jardinero. El hombre de la escalera. El desconocido.

Estaban juntos. Habían llegado a Lewes. Habían plantado un jardín. La Souvenir de la Malmaison que Arthur había cortado del rosal del jardín amurallado la noche de la expulsión, que había viajado en una maleta de cartón, que había crecido en una maceta de seis peniques en Lambeth, que había sobrevivido la guerra en la cocina de Mrs. Davies, estaba en un parterre de Lewes, con raíces propias, en tierra propia. El injerto había prendido. Todo había prendido.

Y George lo sabía.

Desde 1947. Desde hacía cincuenta y dos años. George sabía que Edmund estaba vivo. Sabía que Catherine estaba con él. Sabía dónde vivían. Y no había hecho nada. No había ido a pedirles perdón. No había abierto el jardín de Ashworth Hall. No había dicho una palabra a nadie. Había guardado el informe Dunne en algún cajón, había guardado la dirección de Lewes en algún pliegue de su memoria, y había seguido vendiendo la finca pieza a pieza y bebiendo lo que bebía y viviendo en un piso de Cheltenham con vistas a un aparcamiento, con todo lo que sabía guardado en el fondo, debajo de todo lo demás, donde la oscuridad era tan espesa que podía fingir que no existía.

«No fui a Lewes. No hablé con ellos. No abrí el jardín. Podría decir que fue por vergüenza, pero la vergüenza es una emoción que exige acción y yo no actué. Lo que sentía no era vergüenza sino su primo hermano: la cobardía de saber que si me presentaba ante ellos tendría que verme reflejado en sus ojos, y no estaba dispuesto a ver lo que ese reflejo mostraría.»

La confesión continuaba. George describía lo que hizo durante los años siguientes con la misma frialdad administrativa: vendió las tierras del norte en 1951, los derechos de caza en 1954, la plata en 1958. Se casó. Se divorció. Tuvo una hija que se mudó a Norfolk. Bebió. Todo eso estaba en párrafos cortos, secos, como las entradas de un diario que registra hechos sin interpretarlos. Pero entre los párrafos, como hierbajos entre las grietas de un muro, aparecían frases que no eran hechos sino algo más:

«Cada septiembre Catherine venía a Ashworth Hall y dejaba flores en la puerta del jardín. Lo veía desde mi ventana. Nunca salí.»

Lo veía desde la ventana. Lo que la señora Finch no sabía pero sospechaba. Lo que yo había intuido en el capítulo de los ásteres. George miraba a Catherine desde arriba, desde la ventana de su habitación del segundo piso, cada septiembre, cada año, durante décadas, sin salir, sin hablar, sin abrir la puerta que él mismo había cerrado. La miraba dejar flores en una puerta y se servía otra copa y cerraba la cortina y seguía viviendo con lo que sabía.

«En 1967 vendí la finca al National Trust. Antes de entregar las llaves, fui al jardín amurallado. Era la primera vez que entraba desde 1936. Estaba abandonado. Los rosales se habían asilvestrado. El banco de piedra tenía iniciales grabadas que no necesité leer porque sabía qué decían. Busqué el cuaderno de Catherine, que sabía que estaba en algún lugar del jardín porque Catherine me lo había dicho una Navidad, años antes, cuando aún me hablaba. No lo encontré. Lo que encontré fueron las cartas de Catherine a Edmund, que estaban en un bolsillo del abrigo que Catherine había dejado en la casa antes de irse a Escocia. Las guardé.»

George buscó el cuaderno. No lo encontró porque no sabía lo del ladrillo suelto. Catherine le había dicho que el cuaderno estaba «en el jardín,» pero no dónde. George buscó en el banco, en el invernadero, en las macetas. No pensó en el muro. No pensó en un ladrillo. Los hombres como George no piensan en ladrillos sueltos; piensan en candados.

Pero encontró las cartas. Las once cartas no enviadas que Catherine había escrito entre 1937 y 1942, que estaban en el bolsillo de un abrigo que Catherine había dejado en la casa cuando Dawson la llevó a la estación. Un abrigo que llevaba treinta años en un armario que nadie había abierto. George las leyó. «No le creo. No le creo. No le creo.» Su hermana, escribiendo en Escocia con la pluma hundida en el papel, sabiendo que la versión de George era mentira. Su hermana, que sabía. Que siempre había sabido.

Las guardó. Las ató con cordón de jardín. Las metió en la caja. George guardaba cosas como las personas guardan las armas que se usaron contra ellas: no para usarlas de nuevo sino para tener la prueba de que existieron, de que lo que hicieron fue real y no una pesadilla que se inventa la memoria cuando ha bebido demasiado.

La confesión tenía una página más. La última.

«En octubre de 1989 fui a Lewes.»

Dejé de respirar. No literalmente —seguía respirando, las personas no dejan de respirar por una frase, por más que la frase les apriete el pecho con la fuerza de algo que no esperaban—, pero mi respiración cambió, se hizo más lenta, más superficial, como la de alguien que está leyendo algo que puede explotar y que necesita estar muy quieto mientras lo lee.

Octubre de 1989. El mismo año que la última viñeta de Catherine en el capítulo de los cincuenta y tres otoños. El septiembre en que Catherine se había quedado más tiempo frente a la puerta, con una expresión que no era resignación sino determinación. «No fue la última vez que Catherine visitó la puerta del jardín amurallado. Pero fue la última vez que fue solo a la puerta.»

Solo a la puerta. Porque después de la puerta, fue a otro sitio. Y George también.

«No sé por qué fui. Llevaba cuarenta y dos años sabiendo dónde vivían y no había ido. No había cambiado nada. Yo seguía siendo el mismo cobarde. Pero tenía setenta y siete años y la salud que tienen los hombres de setenta y siete que han bebido lo que yo he bebido,

y hay una edad en la que el miedo a morir sin haber hecho algo pesa más que el miedo a hacerlo.»

«Fui a Lewes un martes de octubre. Encontré la casa. El jardín era visible desde la calle: rosales, un árbol frutal, un sendero de grava. La Souvenir de la Malmaison era enorme. Edmund la había cuidado durante cuarenta años y se notaba: tenía el tronco grueso de un rosal viejo y bien mantenido, con las ramas podadas en forma de copa, como las que Arthur podába en el jardín amurallado. Edmund había aprendido de su padre.»

«Me quedé en la acera. No llamé a la puerta. Los vi a través de la ventana de la cocina. Estaban sentados a una mesa. Catherine tenía un cuaderno delante. Edmund tenía una taza. No hablaban. Se veía que no necesitaban hablar. Se veía en la forma en que estaban sentados: cerca, sin tocarse, con la tranquilidad de las personas que llevan tanto tiempo juntas que la presencia del otro ha dejado de ser un evento y se ha convertido en una condición. Como el aire. Como la gravedad.»

Leí el párrafo despacio. George mirando a Edmund y Catherine a través de una ventana, desde la acera, sin llamar. Como miraba a Catherine desde la ventana de Ashworth Hall cada septiembre. George, que había pasado la vida mirando a través de ventanas las vidas de las personas a las que había hecho daño, sin atreverse a cruzar el cristal. La ventana como posición moral: ver sin ser visto, saber sin intervenir, existir al margen de lo que uno ha causado.

«Edmund tenía setenta y cinco años. Estaba más delgado de lo que recordaba. Cojeaba —lo vi cuando se levantó para ir a la cocina —. Pero tenía las manos de siempre: grandes, con tierra bajo las uñas, la mano derecha curvada alrededor de la taza — la taza sostenida con el cuidado de quien sostiene una maceta o un tallo.»

«Catherine tenía el pelo blanco. Llevaba gafas. Estaba dibujando algo en el cuaderno. La reconocí por la forma en que sostenía el lápiz: entre el índice y el corazón, como siempre, con ese control que a mí me parecía excesivo cuando éramos niños y que ahora me parecía lo más verdadero que había visto en mi vida.»

Lo más verdadero que había visto en su vida. George mirando a Catherine dibujar a través de una ventana de Lewes con la misma atención con que la había mirado dibujar en el salón de Ashworth Hall cuando eran niños, y viendo por primera vez lo que Edmund había visto en el jardín amurallado: que Catherine sostenía un lápiz como si el lápiz fuera una extensión de ella misma, y que esa precisión no era excesiva sino esencial. George, a los setenta y siete años, en una acera de Lewes, aprendiendo a mirar a su hermana.

«Me fui. No llamé. No sé si me vieron. Probablemente no. Volví al coche y conduje hasta Cheltenham. Tardé cuatro horas porque me paré dos veces en el arcén. No para llorar. Los hombres como yo no lloramos. Nos paramos en el arcén y miramos el volante y esperamos a que pase lo que sea que está pasando dentro y después seguimos conduciendo.»

Los hombres como yo no lloramos. Leí la frase y sentí algo que no tenía nombre. No era compasión —George no la merecía, o no la merecía entera—. No era condena —la condena ya estaba hecha; George se la había dictado a sí mismo con más rigor del que yo podría haberle dictado—. Era algo intermedio. Algo que se parecía a la comprensión que Catherine le había dado a George cuando Edmund le preguntó si lo odiaba: «No. Le entiendo. Y eso es peor.» Entendía a George. Entendía que un hombre podía destruir la vida de otro por miedo, y cargar con la evidencia de su propia destrucción durante medio siglo, y no llorar, y pararse en el arcén a mirar el volante. Entendía que la cobardía no es la ausencia de saber sino la presencia de saber sin el coraje de actuar.

La última página tenía tres párrafos.

«Le dejo estas cosas a mi nieta Isla porque es la única persona de esta familia que sabe mirar. Lo he visto en cómo examina los jardines: con paciencia, con atención, buscando la estructura debajo de la superficie. Es lo que hacía Catherine. Es lo que hacía Edmund. Yo nunca supe hacerlo. Vi la superficie y actué sobre la superficie y todo lo que hice fue superficial, incluido el daño.»

«No le pido perdón a nadie. El perdón es un privilegio de los que han actuado a tiempo. Yo actué tarde: sesenta años tarde. Lo único que puedo hacer es dejar las pruebas. La llave es de Arthur Blackwell. El cuaderno de la caja es uno de los cuadernos de Catherine — no el principal sino uno secundario que encontré en el armario de la casa en 1967, con dibujos y anotaciones del verano. Las cartas son de Catherine. Esta carta es mía. El original del cuaderno de Catherine está en el jardín, según me dijo ella, aunque no lo encontré. Si Isla lo busca, quizá lo encuentre. Isla encuentra cosas. Es lo que hace.»

Es lo que hace. Mi abuelo, que había pasado la vida sin mirarme con atención —o sin que yo notara que me miraba—, me había definido en tres palabras: encuentra cosas. No «es historiadora» ni «es inteligente» ni nada que un abuelo diría en un cumpleaños. Encuentra cosas. Como si mi oficio y mi naturaleza fueran lo mismo: una mujer que busca lo que otros han enterrado y lo saca a la luz.

El último párrafo:

«Edmund está vivo. O lo estaba en 1989. Catherine también. Viven en Lewes. Si Isla quiere buscarlos, la dirección es Michaelmas House, South Street. No sé si los encontrará. No sé si querrán ser encontrados. No sé si lo que he hecho al dejar esta caja es un acto de reparación o un último acto de cobardía: dejar que otra persona haga lo que yo no fui capaz de hacer.»

«Probablemente es las dos cosas. Las dos cosas a la vez. Los hombres como yo no sabemos hacer una cosa sin que sea también la contraria.»

No había firma. No había «tu abuelo George» ni «atentamente» ni ninguna de las fórmulas con las que los hombres como George cerraban las cartas. Las cuatro páginas terminaban con esa frase —«los hombres como yo no sabemos hacer una cosa sin que sea también la contraria»— y después nada. Espacio en blanco. El silencio de la máquina de escribir que deja de teclear.

Dejé las hojas sobre la cama. Me quedé sentada. Miré los objetos que tenía delante: el cuaderno de tapas verdes de Catherine

con la nota dentro, la caja de George con el fondo falso abierto, el sobre de papel manila, las cuatro hojas mecanografiadas con la «e» que saltaba y la «r» que apretaba. Y dentro de mi pecho, algo que se reorganizaba como se reorganizan los muebles después de un terremoto: todo estaba en su sitio pero en un sitio distinto.

Edmund estaba vivo.

O lo estaba en 1989. Diez años antes. Era posible —posible, no seguro; tenía ochenta y cinco años si aún vivía— que siguiera vivo en 1999. Era posible que Catherine también. Era posible que en una casa llamada Michaelmas House, en South Street, Lewes, Sussex, dos personas estuvieran sentadas a una mesa como George las había visto diez años antes: cerca, sin tocarse, sin necesidad de hablar. Con un jardín. Con una Souvenir de la Malmaison. Con la vida que habían elegido después de que el mundo intentara no dejarlos elegir.

Michaelmas House. George no explicó el nombre. No hacía falta. Michaelmas: el día de San Miguel, el veintinueve de septiembre, la feria donde se besaron detrás de una carpa de cerveza con olor a sidra y ásteres aplastados entre los dos. El día que marcaba el fin de la cosecha y el principio de algo más. Habían llamado a su casa Michaelmas. No como metáfora. Como dirección.

Miré el reloj de la mesilla. Las tres y cuarto de la madrugada. Mañana —hoy— iría a Lewes.

Me acosté. No apagué la luz. No porque tuviera miedo de la oscuridad sino porque los documentos estaban sobre la cama y la luz los hacía visibles y necesitaba verlos para creer que eran reales: el cuaderno, las cartas, la confesión, la dirección. La prueba de que mi abuelo George, que había cerrado un jardín y destruido un hombre y callado durante sesenta años, había hecho, al final, la única cosa decente que sabía hacer: documentar. No reparar. No pedir perdón. Documentar. Dejar las pruebas para que otra persona —yo— hiciera con ellas lo que él no pudo. Lo que no supo. Lo que el miedo y la cobardía y el oporto y los años le impidieron.

Pensé en George parado en el arcén de la carretera de vuelta de Lewes, mirando el volante sin llorar. Los hombres como yo no lloramos. Pensé que esa era, probablemente, la frase más triste que había leído en toda la investigación. No las cartas de Catherine, con su «no le creo no le creo no le creo.» No la lista de bajas con su «desconocido.» No los ciento setenta y tres muertos de la escalera. Sino un hombre viejo en un coche parado en el arcén, que sabía exactamente lo que había hecho y exactamente lo que costaba, y que no podía llorar, y que por eso seguía conduciendo.

CAPÍTULO 30

Michaelmas House

La casa tenía un jardín.

Lo vi antes que la casa. Desde South Street, subiendo por la acera sur, lo primero que apareció fue el muro —no un muro de ladrillo rojo como el de Ashworth Hall sino un muro bajo de piedra de Sussex, de esa caliza gris azulada que los geólogos llaman chalk y que los jardineros llaman paraíso, porque drena bien y retiene el calor y las rosas la adoran— y por encima del muro, los rosales. Desnudos en noviembre, con las ramas podadas en forma de copa, con la estructura que solo tienen los rosales que han sido cuidados durante décadas por alguien que sabe lo que hace: ni un tallo de más, ni uno de menos. Poda de jardinero, no de aficionado. Poda de alguien que aprendió de Arthur Blackwell.

El tren desde Moreton-in-Marsh había tardado cuatro horas con dos transbordos. Había leído la confesión de George tres veces durante el viaje: una en cada tramo, como si cada lectura la acercara un poco más a algo que aún no podía formular. Michaelmas House, South Street, Lewes. La dirección que George había incluido al final, como un mapa que se dibuja después de haber recorrido el camino. Había llamado al National Trust desde la estación para decir que necesitaba un día más. No me preguntaron para qué. Probablemente asumieron que seguía catalogando jardines, que era lo que debía estar haciendo y lo que había dejado de hacer en algún momento entre el cuaderno de tapas verdes y la escalera de Bethnal Green.

La casa era una semidetached victoriana de dos plantas, con la fachada de ladrillo claro y un porche pequeño donde había dos macetas de cerámica con lavanda seca. El número estaba en una placa de hierro junto a la puerta. Y debajo del número, en letras de cerámica azul sobre fondo blanco, como las que se ven en las casas de campo de todo el sur de Inglaterra:

Me quedé en la acera. No porque dudara sino porque necesitaba un momento entre llegar y llamar, el mismo tipo de momento que la señora Finch necesitaba entre la pregunta y la respuesta, el momento que los archiveros necesitan entre abrir una caja y leer lo que contiene. El momento de saber que lo que viene después va a cambiar lo que había antes.

El jardín lateral era visible desde la calle a través de una verja de hierro baja. Y ahí estaba. En el centro del parterre principal, con el tronco grueso y nudoso de un rosal que lleva medio siglo en la tierra, con las ramas extendidas en una estructura de copa que ocupaba tres metros de diámetro: la Souvenir de la Malmaison.

No tenía flores. Era noviembre. Pero no las necesitaba. El tronco solo ya contaba la historia: de un diámetro que solo se consigue con décadas de cuidado, con la corteza agrietada de los rosales viejos, con cicatrices de poda que marcaban cada invierno como los anillos de un árbol marcan cada año. Podía leerlo. Era mi oficio: leer el tiempo en las plantas. Y lo que este rosal decía era que alguien lo había trasplantado de una maceta a esta tierra en algún momento de la década de 1940, y que desde entonces lo había podado cada febrero, regado cada semana seca, protegido de las heladas con paja cada noviembre. Lo había cuidado como Arthur cuidaba los rosales del jardín amurallado. Lo había cuidado como se cuida algo que tiene historia dentro.

Alrededor del rosal, el jardín. No era grande —quizá quince metros por diez— pero estaba diseñado con una inteligencia que reconocí inmediatamente porque era la inteligencia de alguien que sabía qué plantas necesitan qué luz y qué suelo y qué compañía. Había lavanda en los bordes, romero junto a la pared sur, hiedra trepando por la valla del fondo. Y en los parterres laterales, en filas ordenadas, con los tallos cortados a ras del suelo para el invierno pero con las raíces visibles bajo la tierra removida: ásteres. Ásteres de Michaelmas. Docenas. En primavera brotarían, en verano crecerían, y en septiembre florecerían en púrpura y azul y rosa polvoriento, y el jardín de Michaelmas House se convertiría en lo que su nombre decía: un jardín de otoño.

Lavanda, romero, hiedra, ásteres. El vocabulario entero del jardín amurallado, trasplantado a un jardín de Lewes. No era una réplica. Era una traducción: el mismo idioma en otro lugar, con otro acento, con las raíces adaptadas a otra tierra pero diciendo lo mismo. Voto de amor. Recuerdo. Modestia. Fidelidad. Y paciencia, y recuerdo, y te amé hasta el final.

Llamé a la puerta.

Oí pasos. No unos pasos: dos tipos de pasos. Unos suaves, rápidos, con la cadencia de alguien que camina sin pensarlo. Otros más lentos, asimétricos, con un intervalo más largo entre el paso izquierdo y el derecho. Dos personas caminando hacia la puerta. Una que caminaba bien. Otra que cojeaba.

La puerta se abrió.

La mujer que abrió tenía ochenta y tres años y el pelo blanco y unas gafas de montura fina que no se quitó al verme, lo cual fue lo primero que noté, porque en el cuaderno de tapas verdes había una mujer que se quitaba las gafas cada vez que alguien entraba en la habitación, y esta mujer no se las quitó, y eso significaba que había dejado de esconderse hacía mucho tiempo. Llevaba un jersey de lana gris y unos pantalones de pana y tenía las manos manchadas de grafito en el borde del meñique derecho, lo cual significaba que había estado dibujando, porque las personas que dibujan apoyando la mano sobre el papel siempre tienen grafito en el meñique, y eso no cambia a los veinte años ni a los ochenta y tres.

«¿Sí?»

La voz era seca. Precisa. Sin hostilidad pero sin bienvenida. La voz de alguien que no esperaba visitas y que evaluó, en el segundo que duró el «sí,» si la persona que llamaba a su puerta merecía el esfuerzo de abrir una conversación.

«Soy Isla Ashworth», dije.

Fue lo único que dije. No añadí «nieta de George.» No añadí «historiadora de jardines.» No añadí «vengo de Ashworth Hall.» Dije mi nombre y dejé que el apellido hiciera su trabajo, porque en

sesenta años de historia entre dos familias, «Ashworth» no necesitaba explicación. Era un apellido que contenía un jardín, un candado, un reloj plantado en un cajón, y la totalidad de lo que George había hecho y no había deshecho.

Catherine Ashworth me miró. Me miró con los ojos de la dibujante, los que había descrito la señora Finch, los que Edmund había visto en un sótano de la Cruz Roja, los que George había visto a través de una ventana de esta misma casa diez años antes: ojos que barrían rápido de izquierda a derecha, evaluando proporciones, líneas, la estructura de lo que tenían delante antes de decidir si merecía atención.

«Ashworth», repitió. No como pregunta. Como dato. Después, sin cambiar de expresión, sin abrir la puerta más de lo que ya estaba abierta: «¿De George?»

«Su nieta.»

Catherine me miró un segundo más. Después se apartó de la puerta. No me invitó a pasar con palabras. Se apartó y dejó espacio, que era la forma más antigua y más precisa de invitación: la que no necesita fórmula porque el gesto basta.

Entré.

El pasillo olía a algo que me detuvo los pies antes que la mente: jabón y tierra y papel viejo y algo floral, suave, que no era perfume sino planta viva, el olor de una casa donde hay plantas dentro y jardín fuera y alguien que entra y sale con las manos sucias sin cambiarse de ropa. El olor de un lugar donde el adentro y el afuera no están separados del todo. El olor, pensé, del cottage. No el de Bethnal Green. El de Arthur.

La cocina estaba al fondo del pasillo. Una cocina pequeña, con una ventana que daba al jardín. La misma ventana a través de la cual George los había mirado. Había una mesa de madera con dos sillas. En una de las sillas, un hombre.

Tuve que corregir mi mirada. Esperaba al Edmund de los registros, de las listas, del «desconocido» en una columna de

fotocopia borrosa. Lo que vi fue un hombre de ochenta y cinco años sentado a una mesa de cocina con una taza de té en la mano derecha y un periódico doblado frente a él que no estaba leyendo porque estaba mirándome a mí. Tenía el pelo blanco, escaso, peinado hacia atrás con la pulcritud de alguien que se peina cada mañana porque es lo que se hace, no por vanidad. La cara era larga, delgada, con arrugas profundas alrededor de los ojos y la boca que pertenecían a una vida específica: la de alguien que ha pasado décadas mirando cosas de cerca, con los ojos entrecerrados contra el sol, con la concentración del que observa cómo crece lo que ha plantado.

Y las manos. Las manos con tierra bajo las uñas. A los ochenta y cinco años, con los nudillos hinchados y los dedos ligeramente curvados por la artrosis, las manos de Edmund Blackwell seguían teniendo tierra bajo las uñas. No como suciedad. Como declaración.

Edmund me miró. Me miró con la mirada que la novela entera me había enseñado a reconocer: la del botánico, la evaluativa, la paciente. La que mira algo nuevo y espera a que se revele antes de clasificarlo.

«Edmund, es la nieta de George», dijo Catherine desde detrás de mí.

Edmund no se levantó. No porque fuera descortés sino porque levantarse le costaba, podía verlo en la forma en que shiftó el peso en la silla, en la mano izquierda que se agarró al borde de la mesa, en la pierna que no respondía del todo. Diecinueve peldaños y una metralla en Dunkerque: cincuenta y seis años después, el cuerpo seguía negociando con lo que le habían quitado.

«George murió», dijo Edmund. No era una pregunta. Era la razón por la que yo estaba ahí, y Edmund la había deducido antes de que yo la dijera, porque las nietas de hombres vivos no aparecen en las puertas de las personas a las que sus abuelos hicieron daño.

«En marzo. De este año.»

Edmund asintió. Catherine se sentó en la otra silla. Me quedé de pie. La cocina era demasiado pequeña para una tercera silla, o quizá nunca había habido una tercera silla porque nunca había hecho falta. Dos sillas. Dos tazas en el escurreplatos. Dos ganchos para abrigos en el pasillo. Una casa hecha para dos personas y para nadie más, como el jardín amurallado, como el banco de piedra con sus iniciales.

«Me dejó una caja», dije. «Con un cuaderno. Con cartas. Con una llave. Y con esto.»

Saqué del bolso la confesión de George. Las cuatro hojas mecanografiadas. Las puse sobre la mesa, junto al periódico, junto a la taza de té. Catherine miró las hojas. No las cogió. Edmund tampoco. Las miraron como se mira algo que se ha estado esperando sin saber que se esperaba: con una mezcla de reconocimiento y de sorpresa, como cuando encuentras en un cajón un objeto que creías perdido y que resulta que no estaba perdido sino guardado en un sitio que habías olvidado.

«George confesó», dije. «Todo. El reloj. La carta. Rose. Lo escribió un año antes de morir.»

Silencio. Del tipo que pesa. Catherine extendió la mano y cogió las hojas. Las leyó. Mientras leía, Edmund me miraba a mí, no las hojas, como si lo que importara no fuera lo que George había escrito sino lo que la persona que lo traía significaba. Una Ashworth en su cocina. La nieta del hombre que lo había expulsado del único lugar al que había pertenecido. Sesenta y tres años después. Con una confesión en papel manila y una máquina que saltaba la «e.»

Catherine terminó de leer. Dejó las hojas sobre la mesa. Se quitó las gafas. Se frotó los ojos con el pulgar y el índice, y el gesto me llegó como un golpe en el pecho porque era el gesto de Lord Ashworth —el gesto de los hombres de su generación que necesitaban un momento que no fuera visible— y Catherine lo había heredado sin saberlo, como se heredan los gestos, por ósmosis, por convivencia con los fantasmas de la familia que uno cree haber dejado atrás.

«Prefería injusto a imperdonable», dijo Catherine. Citó la frase de George sin mirar el papel. La había memorizado en una lectura. «La clase de distinción moral que hacemos los cobardes.» Pausa. «Al menos se conocía.»

«Catherine», dijo Edmund. Solo el nombre. Sin adjetivo, sin tono, sin inflexión que un observador pudiera interpretar. Pero Catherine dejó de hablar de George, porque el nombre en la boca de Edmund funcionaba como siempre había funcionado: como un ancla que la traía de vuelta al lugar donde estaban, que era una cocina en Lewes y no una biblioteca en Ashworth Hall.

Saqué la segunda cosa. El cuaderno de tapas verdes. Lo había envuelto en un pañuelo de tela para protegerlo durante el viaje, y al desenvolverlo en la mesa de la cocina sentí la precaución de quien desenvuelve algo que ha sobrevivido sesenta y tres años detrás de un ladrillo y que contiene algo más frágil que el papel y más duradero.

«Estaba en el jardín amurallado», dije. «Detrás de un ladrillo suelto en el muro del fondo.»

Catherine se quedó inmóvil. No la inmovilidad de la sorpresa sino la de alguien que oye algo que lleva décadas pendiente y que, al llegar, encaja en el sitio exacto donde siempre debío estar. Edmund miró el cuaderno. Lo miró como miraba las plantas: con paciencia, con atención, esperando a que se revelara.

«El ladrillo», dijo Catherine. Su voz tenía algo que no había tenido hasta ahora: una fisura, pequeña, como la grieta del lavabo de Bethnal Green. «Le dije a Edmund. En los diecisiete días. Le dije que el cuaderno estaba ahí.»

«Pero el jardín estaba cerrado», dijo Edmund. «Cuando volví después de la guerra, el jardín tenía candado. Y después era del orfanato. Después del Trust. Nunca pudimos...» Se detuvo. «Nunca encontré la forma de volver a entrar.»

Nunca encontré la forma de volver a entrar. La frase me llegó con el peso de todo lo que contenía: años de vivir sabiendo que un

cuaderno con dibujos y flores prensadas y una nota esperaba detrás de un ladrillo en un jardín que alguien más había cerrado. Años de querer volver y no poder porque el jardín tenía dueños que no lo conocían y puertas que no le pertenecían.

Abrí el cuaderno. Lo abrí por la primera página, donde estaba la nota de Catherine, doblada en cuatro, con la caligrafía inclinada a la derecha y el lápiz aún legible después de sesenta y tres años.

La saqué del cuaderno. La puse en la mesa, entre los dos, como un puente de papel que cruzaba medio siglo.

E.: Volveré en otoño. Espérame junto a los ásteres.

Catherine miró la nota. Edmund miró la nota. Ninguno de los dos la tocó inmediatamente. La miraron como se mira algo que ha viajado mucho más de lo que debería haber necesitado viajar: del jardín amurallado a las manos de una desconocida que era la nieta del hombre que causó la distancia que la nota intentaba cruzar.

Edmund extendió la mano. Cogió la nota. La cogió con los dedos de tierra, con la misma delicadeza con que cogía las rosas del jardín amurallado, con la misma atención con que había cogido la hoja de arce y se la había dado a Catherine una tarde de octubre del treinta y seis. La leyó. La releyó. La sostuvo en la palma de la mano como se sostiene algo que pesa más de lo que parece, y lo que pesaba no era el papel sino los sesenta y tres años que la nota había pasado en la oscuridad detrás de un ladrillo esperando a que alguien la encontrara, y nadie la encontró, y no importó, porque lo que la nota prometió se cumplió por otro camino.

Catherine miró su propia letra de veintiún años en la mano de Edmund de ochenta y cinco. No dijo nada. No lloró. Los ojos se le enrojecieron detrás de las gafas que ya no se quitaba, y eso fue todo. Lo que pasó entre los dos en ese momento no me pertenecía, y bajé la mirada hacia el cuaderno, que estaba abierto en el regazo, y miré los dibujos de Catherine para darles el espacio que necesitaban.

La centifolia de la página nueve. La «c» torcida de la corrección. Las flores en los márgenes: madreselva, romero, violeta, hiedra. Y entre las páginas, el lugar donde había estado la ramita de myosotis, que yo había deshecho al tocarla y que ahora era un rectángulo de nada, una ausencia con forma de flor, un vacío que pesaba más que la flor porque la ausencia de algo es siempre más específica que su presencia.

Al cabo de un rato que no sé cuánto duró, Catherine dijo:

«Hace té.»

No sé si me lo decía a mí o a Edmund. Edmund se levantó —despacio, con la mano en la mesa, con la negociación habitual entre la voluntad y la pierna— y fue a la cocina a poner la tetera. Catherine se quedó sentada con el cuaderno delante y la nota al lado y la confesión de George al otro lado, y me miró con una atención que ya no era evaluativa sino algo más, algo que se parecía a la curiosidad pero que era más cálido.

«Tienes los ojos de George», dijo.

No era un cumplido. No era una acusación. Era una observación, del tipo que hacen las personas que han pasado la vida mirando: un dato. Yo tenía los ojos de George. Los ojos del hombre que había destruido lo que esta mujer amó. Y esta mujer me lo decía sin rencor ni perdón, con la neutralidad de quien constata que las familias se parecen entre sí y que eso no es culpa de nadie.

«Lo sé», dije.

Edmund volvió con la tetera. Sirvió té en tres tazas que no eran iguales —una de porcelana blanca, una con flores azules, una con una grieta reparada con cola que formaba una línea blanca como una cicatriz—. No había tres tazas iguales porque la casa estaba hecha para dos personas y la tercera taza era la que sobraba, la del estante de arriba, la que se saca cuando viene alguien que no estaba previsto. Edmund me dio la de la grieta reparada. No sé si fue casualidad.

Bebimos té. El té estaba fuerte, casi negro, con un sabor a tanino que raspaba la garganta y que después dejaba un calor que bajaba despacio. Edmund hacía el té como Mrs. Davies, como Doris, como la gente del East End: demasiado fuerte, demasiado caliente, perfecto.

No les pregunté su historia. No tenía derecho a preguntar. Había llegado a su puerta con los documentos de un muerto y había puesto sobre su mesa la confesión que les correspondía leer y el cuaderno que les correspondía tener y la nota que les correspondía decidir qué hacer con ella. Mi trabajo —el de encontrar cosas, como George había dicho— estaba hecho. Lo que vinieran después era de ellos, no mío.

Pero Catherine habló. El cuaderno estaba en la mesa y el cuaderno abría cosas que llevaban décadas cerradas, como la puerta del jardín amurallado.

Habló de Lewes. De cómo llegaron en 1945, cuando la guerra terminó, con dos maletas y una maceta de la Souvenir de la Malmaison que Edmund había recogido de la cocina de Mrs. Davies, que la había regado los martes y los viernes durante seis años sin saltarse uno. Habló de la casa, que era pequeña y que estaba destartalada y que tenía un jardín trasero que no era un jardín sino un solar con zarzas. Habló de Edmund plantando la Souvenir en el centro del solar, el primer día, antes de deshacer las maletas, porque la rosa necesitaba tierra antes de que el invierno llegara y las maletas podían esperar pero las raíces no.

Habló de los años. De cómo construyeron el jardín planta por planta, como habían construido el catálogo del jardín amurallado: con paciencia, con latín botánico, con la complicidad de dos personas que hablan un idioma que nadie más habla. Edmund trabajaba como jardinero para el ayuntamiento de Lewes —parques públicos, rotondas, cementerios— y por las tardes cuidaba su propio jardín. Catherine abrió la galería donde vendía acuarelas del South Downs. Dibujaba. Había vuelto a dibujar.

«No lo que dibujaba en Ashworth», dijo. «Diferente. Más libre. En Ashworth dibujaba lo que veía. Aquí dibujo lo que sé.»

Lo que sé. No pregunté qué sabía. El jardín al otro lado de la ventana lo decía: sabía que la lavanda significaba reconocimiento, y el romero recuerdo, y la hiedra fidelidad, y los ásteres paciencia y te amé hasta el final. Sabía que las raíces necesitan tiempo y que las rosas necesitan poda y que las cosas que importan crecen despacio. Sabía lo que Edmund le había enseñado en el jardín amurallado y lo que ella le había enseñado a Edmund: que mirar con atención es una forma de amor, y que dibujar lo que se mira es una forma de no perderlo.

Habló de los ásteres. De cómo seguía yendo a Ashworth Hall cada septiembre, incluso después de Lewes, incluso con Edmund vivo y el jardín propio y la Souvenir floreciendo cada junio en el parterre. Iba sola. Dejaba los ásteres. Volvía. Edmund nunca le preguntó por qué seguía yendo. No hacía falta. Los dos sabían que la fidelidad a un lugar donde fuiste feliz no se cancela porque seas feliz en otro lugar. Se suman. Como las capas de ásteres contra la puerta. Como los anillos de un árbol. Cada septiembre era una capa más, no una repetición sino una acumulación, y la acumulación era la forma que Catherine tenía de decir: esto ocurrió. Esto fue real. Yo estuve aquí.

Edmund escuchaba a Catherine hablar sin interrumpirla, con la taza entre las manos y la mirada puesta en el cuaderno de tapas verdes que estaba en la mesa, abierto, con la «c» torcida de centifolia visible desde donde estaba sentado. De vez en cuando extendía la mano y tocaba el cuaderno —no las páginas, no los dibujos; la tapa, la superficie de tela verde que estaba gastada en las esquinas y que tenía manchas de humedad del medio siglo que había pasado detrás del ladrillo— y lo tocaba con la punta de los dedos, como se toca algo vivo para comprobar que sigue ahí.

No me contaron todo. No tenían por qué. Había zonas de su historia que me pertenecían —las que George me había delegado, las que los documentos contenían, las que la investigación me había

revelado— y zonas que no. Los diecisiete días de Bethnal Green. La escalera. La noche del 3 de marzo. Lo que Edmund vio y oyó y sintió con la cara contra un peldaño de hormigón. Todo eso estaba en su cuerpo, no en un archivo, y los cuerpos no se abren como se abren las cajas.

Me levanté al cabo de una hora. Quizá dos. El té se había enfriado en las tazas. La luz de noviembre entraba por la ventana de la cocina con ese ángulo bajo que tiene la luz de las tardes cortas, oblicua, dorada, con la calidad que solo tiene en otoño. Caía sobre las manos de Edmund, que seguían sobre el cuaderno, y sobre las gafas de Catherine, que destellaban. Y caía sobre la nota de Catherine, que seguía en la mesa entre los dos, con la caligrafía de 1936 y el lápiz que no se había borrado y las palabras que habían esperado sesenta y tres años a que alguien las leyera y que ahora, por fin, habían sido leídas, no por la persona a la que estaban destinadas —o sí: por ella también, pero primero por mí, que era la destinataria que nadie había previsto.

«Gracias por traerlo», dijo Edmund. Se había levantado. Estaba de pie junto a la mesa, apoyado en el respaldo de la silla con la mano izquierda, y me extendía la derecha. La mano con tierra.

Se la estreché. La mano era grande, áspera, con callosidades en la base de los dedos que llevaban décadas ahí y que ningún jabón podía suavizar. Apretaba firme, con la firmeza de alguien que ha sostenido cosas toda su vida —tijeras de podar, tallos de rosa, la mano de Catherine en la oscuridad de una habitación de Bethnal Green— y que sabe que lo que se sostiene con cuidado dura más que lo que se agarra con fuerza.

Catherine no me estrechó la mano. Me acompañó hasta la puerta y, en el umbral, hizo algo que no esperaba: me tocó la cara. La palma de la mano derecha contra mi mejilla izquierda, un segundo, dos, con los dedos manchados de grafito que dejaron una marca casi invisible en mi piel. El gesto de una mujer que ha pasado la vida mirando y que ahora tocaba, como tocó la cicatriz de Edmund, como

tocó la marca de Joan en la manga del abrigo: para registrar, para dibujar en la memoria, para guardar.

«Tienes los ojos de George», repitió. «Pero miras como Catherine.»

No entendí del todo lo que quería decir. O lo entendí después, en el tren de vuelta, con Lewes achicándose por la ventanilla y el South Downs desapareciendo detrás de las colinas y la marca de grafito aún en la mejilla que no me había lavado porque no quería. Miras como Catherine significaba: miras para ver, no para poseer. Miras con atención, no con ambición. Miras con los ojos de alguien que busca la estructura debajo de la superficie. Era lo que George había dicho en la confesión: «Es lo que hacía Catherine. Es lo que hacía Edmund. Yo nunca supe hacerlo.» Y Catherine, que no había leído la confesión de George cuando me tocó la cara —la había leído después, había pasado las hojas una vez y las había dejado sobre la mesa—, había dicho lo mismo con otras palabras, sin saber que George lo había dicho primero. Dos hermanos hablando el mismo idioma desde lados opuestos de un muro.

El tren cruzó Sussex. Vi los campos de noviembre, verdes bajo el gris, con ovejas que pastaban en las colinas de tiza y setos de majuelo con las últimas bayas rojas. Vi un jardín junto a una estación pequeña donde alguien había plantado ásteres que ya estaban marchitos, con los últimos pétalos secos adhiriéndose a los tallos. Vi la luz de la tarde bajando sobre todo con esa calidad que solo tiene en otoño: oblicua, dorada, que muestra las cosas como son y no como parecen.

Toqué la marca de grafito en la mejilla. Aún estaba. Iba a quedarse.

CAPÍTULO 31

La visita silenciosa

Catherine me lo contó en la puerta, después de tocarme la cara.

No todo. Lo esencial. Lo que cabía en una frase y en una pausa y en la forma en que miró hacia el interior de la casa, hacia la cocina donde Edmund estaba fregando las tazas con la lentitud del que friega porque es lo que sigue y no porque las tazas importen, y dijo:

«En el ochenta y nueve lo llevé.»

No dijo dónde. No hacía falta.

«¿A Ashworth Hall?»

«Al jardín.»

Se fue adentro. Cerró la puerta. Me quedé en el porche con la marca de grafito en la mejilla y la frase en la cabeza, y caminé hasta la estación con esa frase dándome vueltas como una semilla que uno sostiene en la palma y gira y gira buscando el ángulo desde el que se ve lo que contiene. Lo llevé. Al jardín.

En el tren, con Sussex desfilando por la ventanilla, reconstruí lo que Catherine no me había contado. Lo reconstruí con lo que tenía: las viñetas de los cincuenta y tres otoños, la confesión de George, la frase de mi propio capítulo veintiuno que ahora entendía —«no fue la última vez que Catherine visitó la puerta del jardín amurallado, pero fue la última vez que fue solo a la puerta»—, y el conocimiento acumulado de tres semanas de investigación que me habían enseñado que las historias que importan no se cuentan enteras: se reconstruyen, pieza a pieza, como se reconstruye un jardín histórico a partir de un plano borroso y unos cimientos bajo la hierba.

Esto es lo que creo que ocurrió.

Esto es lo que sé.

Octubre de 1989. Edmund tenía setenta y cinco años. Catherine tenía setenta y tres. Llevaban cuarenta y cuatro años en Lewes, en Michaelmas House, con la Souvenir de la Malmaison en el parterre y los ásteres en los bordes y la lavanda y el romero y la hiedra y todo el vocabulario de un idioma que solo ellos hablaban, plantado en tierra de Sussex, vivo.

Cada septiembre, Catherine iba sola a Ashworth Hall. Edmund no iba. No porque no quisiera —Catherine me había dicho, entre el té y la puerta, con la economía verbal de alguien que ha pasado la vida podando las palabras como Edmund podaba los rosales: «Nunca le pedí que viniera. Nunca me pidió ir.»— sino porque Ashworth Hall era el lugar de donde lo habían echado, y volver a un lugar de donde te han echado requiere algo más que deseo: requiere una invitación que nadie le había hecho. Arthur estaba muerto. Lord Ashworth estaba muerto. George estaba en Cheltenham. La finca era del National Trust. ¿Quién invita a un hombre a volver a un lugar donde ya no queda nadie que lo conozca?

Catherine. Catherine lo invita.

No sé cómo se lo dijo. No sé si lo dijo con palabras o si, después de cuarenta y cuatro años, las palabras eran innecesarias y lo que hizo fue simplemente coger las llaves del Austin —porque en el ochenta y nueve Catherine aún conducía, aún tenía las manos que podían sujetar un volante aunque la artritis le mordiera los nudillos cada mañana— y decir:

«Vamos.»

O quizá no dijo nada. Quizá fue Edmund el que dijo algo. Quizá, después de cincuenta y tres septiembres en los que Catherine había ido sola, Edmund se levantó una mañana de octubre y dijo:

«Este año voy contigo.»

No importa quién lo dijo. Importa que fueron.

El viaje de Lewes a Ashworth Hall dura dos horas y media por la A27 y la M4 y las carreteras comarcales de Gloucestershire que se estrechan a medida que suben hacia los Cotswolds, con setos de

espino a los lados y ovejas que cruzan sin avisar y la piedra cambiando de color a medida que se entra en la zona caliza: del gris de Sussex al dorado de los Cotswolds, como si la geología misma supiera que este viaje tenía un destino específico.

Edmund no había visto esas carreteras en cincuenta y tres años. Había salido por ellas una noche de noviembre de 1936 con una maleta de cartón y un injerto de rosa y la certeza de que la vida que había empezado acababa de terminar. Ahora volvía por las mismas carreteras, en octubre, con Catherine al volante y los setos cargados de bayas rojas y los árboles empezando a mostrar lo que siempre habían tenido debajo del verde: amarillo, rojo, cobre. El otoño como estación de la verdad. Edmund miraba por la ventanilla y no sé qué veía. No sé si veía los campos como eran en 1989 o como habían sido en 1936, o si veía las dos cosas a la vez, superpuestas, como dos dibujos en papel transparente que coinciden en algunos puntos y divergen en otros. No sé. No estuve ahí. Reconstruyo.

Llegaron a Ashworth Hall a media tarde. El aparcamiento del National Trust tenía tres coches. La finca estaba abierta a los visitantes —era octubre, la temporada alta terminaba a finales de mes— y había gente en los jardines formales: una pareja con una guía, un hombre con un perro, una mujer fotografiando los setos de boj que Arthur había podado hace medio siglo y que ahora podában otros con menos precisión.

Catherine aparcó. Edmund se bajó del coche. No rápido: despacio, con la mano en el marco de la puerta, con la pierna mala que a los setenta y cinco años ya no era la pierna mala sino simplemente su pierna, integrada en su cuerpo como una rama torcida en un árbol viejo: parte de la forma, no un defecto. Se quedó de pie en el aparcamiento. Miró la casa.

Ashworth Hall. La fachada de piedra dorada. Las ventanas con parteluces. El ala este reconstruida —el Trust lo había hecho en los setenta, según los archivos— con una piedra que no era del mismo tono que la original, un poco más clara, como un parche de piel nueva en una herida vieja. La puerta principal abierta. La escalinata

de cinco peldaños por la que Edmund había entrado una vez, invitado a una cena, con un traje que no era suyo. Y por la que había salido otra vez, sin traje, sin cuaderno, sin nada excepto una maleta y un injerto.

No entró en la casa. Catherine tampoco. No era la casa lo que habían venido a ver. Rodearon la finca por el sendero lateral, el mismo que Catherine había caminado cientos de veces con su cuaderno bajo el brazo y que Edmund había caminado cientos de veces con su mochila de lona y su lupa y sus tres lápices de diferentes durezas. El sendero estaba asfaltado ahora —el Trust había puesto una capa de gravín compactado para los visitantes— pero el trazado era el mismo: curva a la derecha junto al huerto, recto hasta el invernadero, giro a la izquierda hacia el jardín amurallado.

Edmund caminaba con el bastón que no le gustaba y que necesitaba. Catherine caminaba a su izquierda, del lado de la pierna. Como en Bethnal Green. Como en Roman Road. Como en todas las calles por las que habían caminado juntos durante cuarenta y seis años: ella a la izquierda, él a la derecha, con la distancia justa entre los dos que no era distancia sino forma, la forma que habían tomado juntos como toman forma las plantas que crecen una al lado de la otra y se adaptan mutuamente sin que nadie las pode.

Llegaron a la puerta del jardín amurallado.

La puerta de roble. Los ásteres contra la madera: cincuenta y tres capas, la última de hacía tres semanas, cuando Catherine había venido sola por última vez. El candado de George había desaparecido —el Trust lo había cortado al tomar posesión, probablemente— pero la puerta seguía cerrada, con un pestillo que el Trust había añadido y un cartel que decía «Jardín cerrado al público — Pendiente de restauración.» El cartel era de los años setenta. Llevaba veinte años diciendo «pendiente.»

Edmund se detuvo frente a la puerta.

No sé cuánto tiempo. Catherine no me lo dijo. Lo que me dijo — en la puerta de Michaelmas House, con el grafito en los dedos y la

luz de noviembre detrás de ella— fue: «Se quedó mucho rato.» Mucho rato. Para Catherine, que podía medir el tiempo con la precisión de alguien que ha dibujado las sombras del sol avanzando por los muros del jardín amurallado, «mucho rato» significaba que había dejado de contar.

Edmund miró la puerta. Miró los ásteres apilados contra la madera. Cincuenta y dos capas. Cincuenta y dos septiembres. Las de arriba aún con forma, con algo de color; las del fondo convertidas en ceniza, en fibra, en parte de la piedra del umbral. Las miró como miraba las plantas: leyendo el tiempo en las capas, como se lee en los anillos de un árbol. Cada capa era un año. Cada año era Catherine viniendo sola, con ásteres, sin saber si él estaba vivo, sin tener una respuesta de la puerta ni de lo que hubiera detrás, sin nada excepto la promesa que él había hecho y no había cumplido y que ella había cumplido por los dos, cada septiembre, durante medio siglo.

Le tocó la puerta. No empujó. No intentó abrirla. Puso la palma de la mano derecha —la mano con tierra bajo las uñas, la que había tocado la centifolia del arco norte y el tallo de la madreselva y la hoja de arce a contraluz y la piel de Catherine en un cottage una noche de octubre y un peldaño de hormigón a tres centímetros de su cara y la maceta de la Souvenir de la Malmaison en un alféizar de Lambeth y miles de plantas en miles de días de una vida que había sido, fundamentalmente, una vida de tocar cosas que crecen— sobre la madera de la puerta y la dejó ahí.

La madera estaba fría. Era octubre pero el sol de la tarde le daba en la parte superior, y la zona donde Edmund puso la mano estaba en sombra, y la sombra tenía la temperatura de noviembre, que es la temperatura de las despedidas.

No sé qué pensó. No sé si pensó en la centifolia o en la cena del salmón o en el pasillo donde vio a Catherine por primera vez con la cara iluminada por la lámpara de la escalera. No sé si pensó en la carta que había escrito con la escarcha en los cristales y que le había costado todo. No sé si pensó en la biblioteca, en Lord Ashworth, en

«me has decepcionado de una manera que no creía posible.» No sé si pensó en su padre limpiando las tijeras de podar y diciendo «para dondequiera que vayas» con las siete palabras más largas de su vida.

No sé. No estuve ahí.

Lo que sé es que Catherine estaba detrás de él, a un metro, sin tocarlo, mirándolo mirar la puerta. Y que en algún momento —después de mucho rato, después de que Catherine dejara de contar— Edmund apartó la mano de la puerta y se dio la vuelta.

Catherine me dijo que tenía los ojos secos. Lo dijo con el ojo de la dibujante, que nota los ojos antes que la expresión: «Tenía los ojos secos.» No lloraba. Los hombres como Edmund no lloran, igual que los hombres como George no lloran, igual que los hombres como Arthur no lloran, porque la generación a la que pertenecían —la generación que fue a la guerra y volvió y no habló de lo que vio— decidió que los ojos podían ponerse rojos sin que eso contara. Edmund tenía los ojos secos y rojos, y eso, según la convención de su generación, no era llorar.

Dijo una cosa. Catherine la recordaba con exactitud, porque era corta y porque las cosas cortas se recuerdan mejor que las largas, como las notas de dos líneas se recuerdan mejor que las cartas de cuatro páginas.

«Cuenta los pétalos.»

Eso fue lo que dijo. Mirando los ásteres secos contra la puerta. Cuenta los pétalos. No «gracias» ni «perdóname por no haber vuelto» ni «todo este tiempo» ni ninguna de las frases que la situación habría tolerado y que Edmund no usó porque Edmund no usaba frases que la situación tolerara; usaba las que la situación necesitaba. Y lo que la situación necesitaba era la frase que los unía desde julio de 1936, desde la página nueve, desde la centifolia que no era damascena: la frase del botánico que le dice a la dibujante que cuente, porque contar es la forma más exacta de mirar, y mirar es la forma más honesta de querer.

Catherine sonrió. La sonrisa que empezaba en un lado y no terminaba de llegar al otro. La de siempre.

Se agachó —le costó; las rodillas— y cogió un áster seco de la capa más reciente. Lo examinó como había examinado la centifolia medio siglo antes: con los ojos de la que mira para dibujar. Los pétalos estaban secos, grises, adheridos al centro amarillento que se había oscurecido con el tiempo. Contó. Edmund esperó.

«Veintisiete», dijo Catherine.

«Veintisiete.» Edmund asintió como si fuera un dato de campo. «Siempre entre veinte y treinta. Menos que la centifolia.»

«Más que suficiente.»

Edmund sacó del bolsillo del abrigo —el mismo gesto de siempre: mano al bolsillo, la navaja, el lápiz, la lupa, lo que hiciera falta— una ramita. La había cortado esa mañana del jardín de Michaelmas House, antes de salir, mientras Catherine calentaba el motor del Austin. Era un áster. Púrpura oscuro, fresco, con los pétalos aún firmes y el centro amarillo brillante. Un áster de Lewes. Un áster de su propio jardín. Se agachó —le costó más que a Catherine, porque la pierna— y lo puso entre los demás, entre las capas secas, contra la puerta. Un áster fresco entre cincuenta y tres capas de ásteres muertos. El color vivo sobre el gris. Lo nuevo sobre lo viejo. No como sustitución sino como continuación.

Se levantó. Catherine se levantó. Se miraron. No necesitaban hablar. Cuarenta y cuatro años juntos habían convertido el silencio en un idioma completo, con más vocabulario que el latín botánico y el lenguaje de las flores juntos. Se miraron y en la mirada cabía todo: 1936, el jardín, la centifolia, Michaelmas, la noche en el cottage, la carta, la biblioteca, seis años de silencio, un sótano del East End, diecisiete días, una escalera de hormigón, una nota en un bolsillo, Lewes, un rosal en un parterre, cuarenta y cuatro años de té y de rosales y de levantarse cada mañana al lado de alguien que tiene tierra bajo las uñas.

Se fueron.

No miraron atrás. Ninguno de los dos miró atrás, porque mirar atrás habría sido una despedida y no se estaban despidiendo. Se estaban yendo para volver. Como siempre. Como el otoño.

Caminaron por el sendero de gravín hacia el aparcamiento. Edmund con el bastón que golpeaba el suelo a intervalos regulares. Catherine a su izquierda. Los tilos del camino principal tenían las hojas doradas, y el sol de la tarde los atravesaba, y la luz caía sobre el sendero en manchas móviles que parecían monedas de oro sobre el gravín, y Edmund caminaba sobre esas monedas de luz sin mirarlas, o mirándolas sin comentar, porque Edmund tenía setenta y cinco años y había visto suficientes otoños para saber que la luz de octubre no necesitaba que él dijera nada sobre ella.

En la ventana del segundo piso de Ashworth Hall —la ventana que había sido de George, que ahora era una habitación de exhibición del Trust con una cama con dosel y un cartel que decía «Habitación del heredero, circa 1930»—, nadie miraba. George no estaba. George estaba en Cheltenham, en su piso con vistas al aparcamiento, y no sabría hasta semanas después, cuando viajara a Lewes por primera y última vez, que Edmund y Catherine habían estado en la finca ese día. O quizá lo sabía. Quizá alguien del Trust se lo había dicho. Quizá nadie se lo había dicho y George lo intuyó, con ese instinto suyo que detectaba las amenazas antes de que llegaran, excepto que esto no era una amenaza. Esto era lo contrario de una amenaza. Esto era un hombre con bastón y una mujer con artritis volviendo a un jardín que alguien había cerrado medio siglo antes y dejando un áster fresco entre las capas de los que había dejado ella cada septiembre. Esto era lo que ocurre cuando lo que se planta con cuidado sobrevive a más de lo que parece.

Subieron al coche. Catherine condujo. Salieron del aparcamiento por el camino de la finca, el mismo camino por el que Edmund había llegado en junio de 1936 sin que nadie lo esperara y por el que se había ido en noviembre de 1936 sin que nadie lo detuviera. El mismo camino. Otra dirección. El coche pasó por el puente sobre el arroyo. Pasó por los setos de majuelo con las bayas rojas. Pasó por la estación de Moreton-in-Marsh donde Edmund había bajado del

tren con su maleta de cartón y su título de Cambridge y la esperanza tortísima de que la vida iba a empezar.

La vida había empezado. Había empezado de la peor manera posible y había continuado por caminos que nadie habría elegido y había terminado —si esto era el final, si algo terminaba— en un Austin azul oscuro conducido por una mujer con artritis por las carreteras de Gloucestershire en octubre, con la piedra dorada desapareciendo por el retrovisor y los campos volviéndose verdes a medida que bajaban hacia el sur y la luz del otoño entrando por la ventanilla con esa calidad que no se puede describir y que no se necesita describir porque quienes la han visto la reconocen y quienes no la han visto la imaginarán, y los dos —describir e imaginar— son formas de lo mismo.

No hablaron durante el viaje. O hablaron de lo que hablaban siempre: del jardín de Lewes, de si la Souvenir necesitaba una poda de invierno más severa ese año, de si los ásteres del parterre lateral se habían extendido demasiado y había que dividir los rizomas, de si la hiedra del muro del fondo estaba ahogando el jazmín. Hablaron de plantas. Hablaron de lo que siempre hablaban. Porque lo que siempre hablaban era lo que importaba, y lo que importaba no era lo que había ocurrido en Ashworth Hall sino lo que ocurría cada día en Michaelmas House: las raíces que se extendían, las ramas que crecían, la vida que seguía necesitando cuidado.

Llegaron a Lewes al anochecer. Catherine aparcó en la calle. Edmund se bajó del coche. Caminó hasta la verja del jardín. Miró la Souvenir de la Malmaison, que a esa hora, bajo la última luz del día, tenía las hojas del color del bronce viejo. Aún florecía. Aún daba rosas, cada junio, después de cuarenta y cuatro años en esa tierra, con el olor denso y dulce que llenaba la casa entera y que era, para Edmund, el olor de todo lo que había salvado del naufragio: una rosa que descendía de las que amó una emperatriz que no pudo darle un heredero.

Entró en la casa. Catherine entró detrás. Encendieron la lámpara de la cocina. Edmund puso la tetera. Catherine se sentó a la mesa y

abrió el cuaderno —no el de tapas verdes, que estaba detrás de un ladrillo en Gloucestershire; el de tapas azules, el que Edmund le había comprado en Bethnal Green, y después otro, y otro, y otro, una sucesión de cuadernos que contenían cuarenta y cuatro años de dibujos que nadie más que Edmund había visto— y empezó a dibujar.

Dibujó lo que había visto esa tarde. No el jardín amurallado —no podía dibujarlo; no había entrado; estaba cerrado— sino la puerta. La puerta con los ásteres. Las capas de flores secas contra la madera. Y entre las capas, un áster fresco, púrpura, que Edmund había puesto ahí con la mano que tenía tierra bajo las uñas.

Edmund trajo el té. Se sentó. Miró a Catherine dibujar. Como la había mirado desde el invernadero del jardín amurallado una tarde de agosto de 1936, a través de un cristal empolvado, sin que ella lo supiera. O sabiendo. Ella siempre había sabido. Los dibujantes sienten las miradas antes de verlas, con esa precisión de los animales y de las personas que viven pendientes de la luz.

El té se enfrió en las tazas. La noche cayó sobre Lewes. Los ásteres del jardín de Michaelmas House se oscurecieron con la sombra, volviéndose del color que se vuelven los ásteres cuando la luz se va: casi negros, como las rosas tardías del jardín amurallado, como las cosas que florecen al final, que son más intensas y más concentradas porque saben que el tiempo que les queda es poco y ponen todo lo que tienen en cada pétalo.

Y el otoño, que todo lo madura y nada lo resuelve, siguió cayendo.

EPÍLOGO

Septiembre

La puerta estaba abierta.

No necesité la llave. No necesité empujar. La puerta del jardín amurallado de Ashworth Hall estaba abierta de par en par, sujeta con un ladrillo —un ladrillo suelto que yo reconocí y que alguien había puesto ahí como tope—, y detrás de la puerta el jardín estaba vivo.

No restaurado. Vivo. Había diferencia. Un jardín restaurado es un jardín donde alguien ha leído los planos y ha seguido las instrucciones y ha plantado lo que correspondía donde correspondía. Un jardín vivo es un jardín donde alguien ha metido las manos en la tierra y ha dejado que las plantas le dijeran dónde querían estar. Los rosales del muro norte tenían podas nuevas, severas, correctas. El banco de piedra estaba limpio de musgo. Las iniciales estaban a la vista.

El equipo del National Trust llevaba trabajando desde abril. Yo había escrito el informe de catalogación en enero, con las recomendaciones de restauración que eran mi trabajo y que, por primera vez en mi carrera, no había escrito con la distancia profesional de la historiadora sino con algo más, algo que no tenía nombre técnico y que probablemente no debería tenerlo. El Trust aprobó el proyecto en marzo. El presupuesto era modesto. El jardín era pequeño. No era Sissinghurst ni Great Dixter. Era un jardín amurallado en una finca secundaria de los Cotswolds, con un rosal viejo, un banco con iniciales y una historia que no aparecía en ninguna guía.

Pero estaba vivo.

Caminé por el sendero de grava que habían restablecido. Los parterres tenían la estructura original —la había encontrado en un dibujo de Catherine, en el cuaderno de tapas verdes, en una página

que era un plano del jardín hecho a lápiz con anotaciones de Edmund en los márgenes—. Llegé al banco. Me senté.

La piedra estaba tibia. Septiembre. Las cuatro de la tarde. El sol entraba en el jardín por encima del muro sur, oblicuo, dorado, con esa calidad que solo tiene en esta hora y en esta estación. La piedra había absorbido el calor del día y lo solítaba ahora, despacio, como las plantas sueltan el olor cuando la temperatura baja: no de golpe sino en oleadas, y cada oleada era un poco más débil que la anterior, y la última sería imperceptible, y después el frío.

Pasé los dedos por las iniciales. E.B. + C.A. La piedra caliza se había dejado marcar sesenta y tres años antes por una mujer con un trozo de sílex y una urgencia que no admitió ensayo. La B seguía torcida. La lluvia y las heladas las habían suavizado pero no las habían borrado, porque la caliza es blanda para recibir la marca y dura para perderla, y esa combinación —blanda para aceptar, dura para olvidar— era, quizá, la mejor descripción que existía de lo que la piedra había visto.

El rosal de la Souvenir de la Malmaison estaba en el centro del jardín. Había sobrevivido. Sesenta años sin poda, sin riego, sin nadie que lo cuidara, y había sobrevivido. El tronco estaba nudoso y torcido, con la corteza agrietada como piel de anciano, pero las ramas nuevas —las que habían brotado después de la poda de abril — eran verdes y flexibles y tenían hojas sanas, brillantes, con el lustre ceroso que Edmund había descrito en la centifolia del arco norte. No florecía aún. Florecería el año próximo, si la poda era correcta y el invierno no era cruel. Pero las raíces estaban ahí, debajo, extendiéndose en la tierra caliza que había amado desde 1921, cuando Lady Ashworth la plantó. Las raíces no habían muerto. Las raíces nunca habían muerto.

Había traído ásteres.

Los había comprado esa mañana en una floristería de Stow-on-the-Wold que probablemente no existía en 1937 pero que vendía las mismas flores que Catherine cortaba de los setos del camino: ásteres de Michaelmas, púrpura oscuro, con el centro amarillo, los

pétalos dispuestos en una espiral que Edmund habría medido con la lupa y que a mí me bastaba con mirar. No los puse en la puerta. La puerta estaba abierta. Ya no había contra qué apoyarlos.

Los puse en el banco. Junto a las iniciales. Donde Catherine y Edmund se habían sentado en extremos opuestos con el cuaderno como frontera, y después más cerca, y después juntos, y después separados, y después juntos otra vez, en otro lugar, con otras raíces, durante cuarenta y cuatro años.

Catherine había muerto en marzo. Edmund, dos semanas después. La noticia me llegó por una carta de la vecina de Michaelmas House, una mujer llamada Mrs. Holloway a la que Catherine le había dado mi dirección después de mi visita. Catherine murió un martes. Edmund murió un domingo. Catorce días. Mrs. Holloway escribió que Edmund no salió de la casa durante esas dos semanas, que la vecina le llevaba comida que él no comía, que encontraron a Edmund sentado en la silla de la cocina, frente a la ventana que daba al jardín, con las manos sobre la mesa y el cuaderno de tapas azules abierto en una página que tenía un dibujo de Catherine: Edmund dormido, con la mano colgando del colchón, buscando el suelo.

Mrs. Holloway escribió que la Souvenir de la Malmaison de Michaelmas House había dado tres flores en junio, después de que Edmund ya no estuviera para verlas. Tres rosas. Rosa pálido con el centro más oscuro. El olor llenó el jardín durante una semana. Mrs. Holloway no sabía que ese olor había llenado una habitación de Lambeth en 1938, y antes una tarde de agosto en un jardín amurallado de los Cotswolds, y antes los jardines de una emperatriz que no pudo darle un heredero. Mrs. Holloway solo sabía que las rosas olían bien y que era triste que nadie las hubiera cortado para ponerlas dentro.

No sé qué pasó con la casa de Lewes. No sé quién heredó el jardín. No sé si la Souvenir de la Malmaison sigue ahí, floreciendo cada junio para nadie. Me gusta pensar que sí. Me gusta pensar que las plantas que han sido cuidadas durante medio siglo por alguien

que sabía lo que hacía no necesitan a esa persona para seguir viviendo, de la misma manera que las notas escritas con lápiz no necesitan a quien las escribió para seguir diciendo lo que dicen.

El sol bajó un grado. La sombra del muro avanzó sobre la grava. Los ásteres que había puesto en el banco se mecían con una brisa suave que olía a hierba cortada y a algo más que no identifiqué inmediatamente y que después identifiqué: humo de leña. Alguien, en alguna chimenea del pueblo, había encendido el primer fuego del otoño. El humo subía recto en el aire quieto y se extendía por encima de los tejados y de los tilos y del muro del jardín amurallado, y entraba por la puerta abierta, y lo que entraba con él no era solo olor sino estación: septiembre terminando, octubre empezando, el mundo girando hacia el lugar del año donde todo lo que importa madura.

Me levanté. Miré el jardín. Los muros de ladrillo rojo. Los arcos de piedra donde las clemátides nuevas empezaban a trepar. El rosal viejo con sus ramas verdes. El banco con las iniciales y los ásteres encima. La puerta abierta, sujeta con un ladrillo que había estado sesenta y tres años detrás de un muro guardando un cuaderno y una nota y la paciencia de las cosas que esperan.

No cerré la puerta al salir.

En los setos del camino, los ásteres de Michaelmas florecían como florecían cada año: sin que nadie los plantara, sin que nadie los podara, sin que nadie los mirara. Púrpura y azul y rosa polvoriento, a lo largo de los muros de piedra seca y en las cunetas y al pie de los tilos cuyos hojas empezaban a amarillear. Florecían porque era septiembre y porque septiembre es cuando florecen, y no necesitaban más razón que esa, de la misma manera que las cosas que vuelven no necesitan que nadie les pregunte por qué vuelven.

Y el otoño, que todo lo madura y nada lo resuelve, siguió volviendo.

✦

NOTA HISTÓRICA

El desastre de Bethnal Green del 3 de marzo de 1943 fue un hecho real. Ciento setenta y tres personas murieron aplastadas en la escalera de la estación de metro de Bethnal Green cuando una nueva batería de cohetes antiaéreos provocó una estampida. El gobierno británico censuró la información durante décadas. El informe oficial (informe Dunne) no se hizo público hasta mucho después de la guerra. Un memorial fue inaugurado en 2015, setenta y dos años después del desastre.

Todos los personajes de esta novela son ficticios. Ashworth Hall no existe. Pero las flores que Catherine dejaba cada septiembre en una puerta cerrada son reales en el único sentido que importa: alguien, en algún lugar, hizo algo parecido. Esta novela es para esa persona.

SOBRE LA AUTORA

Margarita López Rivero escribe novelas de romance histórico en español. Le interesan los jardines, los silencios, las cartas que no se enviaron y las casas de campo donde la piedra guarda más secretos que los habitantes. Vive rodeada de libros y de plantas que necesitan más agua de la que reciben.

✦ ✦ ✦